

**José Luis
Castillo
Puche**

oro blanco



Lectulandia

Oro Blanco es la epopeya de los pastores vascos emigrados a los Estados Unidos de América del Norte. Nostalgia y espíritu de aventura combaten en el alma de estos hombres contratados para guardar ovejas a muchos cientos de kilómetros de su tierra natal. Cuando el protagonista, Chemari, navarro de Vera de Bidasoa, toca en su armónica melodías de canciones españolas o vascas, cuando se acuerda de la novia que prometió esperarle allá en su tierra, la nostalgia parece quererlo arrebatarse. Pero cuando en pie sobre una loma otea los páramos castigados por la sequía, cuando un poderoso impulso le induce a traspasar todas las barreras y conducir el ganado famélico hacia prometedores horizontes de verdes montañas, entonces es el espíritu de aventura el que se impone y manda, como en la época de los descubridores. Sólo que ahora la burocracia extiende su sombra tentacular por todos los ámbitos de la naturaleza y establece implacable sus límites y demarcaciones. He aquí el conflicto. Otro conflicto no menos dramático nace del firme sentimiento del deber que enfrenta al protagonista con el compañero despreocupado, egoísta y poco escrupuloso. Y el amor propio herido. Más que el amor propio: esa conciencia racial, nobiliaria, que hace del hombre vasco un dechado de rectitud, de valor, de austeridad.

Tales son los elementos épicos y humanos que han inspirado a Castillo-Puche este relato sencillo y conmovedor. Sin comodines folklóricos ni artificios de lenguaje, ha conseguido una pieza maestra en interés sociológico y en calidad literaria. Con ritmo de melodía pura, el novelista ha sabido presentarnos la vida de esos seres casi de leyenda que son los pastores vascos, quienes, desde ahora, van a ser conocidos y valorados en su verdadera dimensión humana y racial.

Lectulandia

José Luis Castillo Puche

Oro blanco

ePub r1.0

Artifex 13.04.14

Título original: *Oro blanco*
José Luis Castillo Puche, 1963
Diseño de cubierta: Estrada

Editor digital: Artifex
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Al Padre Félix García, a quien todos llaman en la última hora.

NOTA DEL AUTOR

En esta novela, como podrá notar el lector, intervienen personajes que hablan distintas lenguas. Algunas veces esto se advierte en el texto, otras se supone. El autor ha querido huir expresamente del galimatías lingüístico y de todo eso que sería tan fácil y tan ostentoso. Bastaría echar mano de diccionarios y traductores. Pero el autor, que no pretende en ningún modo presumir de erudición lingüística, ha querido dar a su relato la mayor sencillez y, por lo tanto, la mayor claridad. Si alguna palabra vasca o inglesa se ha colado ha sido por verificar el viejo dicho de que «para muestra basta un botón».

Por otra parte, está claro que cualquier lector medianamente inteligente se dará cuenta de cuándo un personaje no está hablando castellano. Sería muy bonito, por ejemplo, haber reproducido ese lenguaje tan primitivo, sonoro y pintoresco de los vascos cuando hablan entre ellos; pero creo que sería poco eficaz y cómodo para el lector corriente y moliente, aunque sea vasco. Una novela —creo yo— no tiene por qué ser un alarde idiomático, aunque alguna vez pueda serlo, sin dejar de ser una buena novela.

Y si el lector se ha enterado de lo que pasa con mis pastores vascos, aquí paz y después gloria. Y no digo amén porque es palabra latina y contradiría casi todo lo que acabo de decir.

PRIMERA PARTE

Aeropuerto de Barajas

Entre el tráfico, más o menos exótico, se ven una serie de tipos como campesinos. Destaca entre ellos un tipo muy vasco, patán como los demás pero de aspecto agradable.

Es Chemari.

Sus compañeros, porque no saben qué hacer sentados en los sillones de espera, le gastan bromas.

Hay algún otro tipo claramente vasco. Se ve que están entre acobardados y eufóricos.

Hay uno especialmente que no se separa de Chemari. Es Chaume. En un aparte le pregunta:

—¿Y dices que tu primo es allí un mandamás?

Chemari afirma.

—¿Tú crees que nos esperará allí?

Chemari ni afirma ni niega, pero da a entender con el gesto que sí.

Una comisión algo absurda los va buscando hasta que da con ellos. Tanto puede ser una comisión de ganaderos como una cofradía local y hasta se puede ver que hay entre ellos algún tipo con pinta de diplomático.

Les regalan con toda ceremonia una bolsa de viaje a cada uno. Se arma en el grupo una algarabía bastante regular. Todo el mundo está pendiente de ellos y se hacen algunos comentarios:

—Son pastores.

—¿En qué lo notas?

—Hasta en el olor se nota, chica.

Unos americanos, más campechanos, se acercan a uno y le preguntan:

—¿A Estados Unidos?

—Sí, para allá vamos.

Le citan varios Estados. El vasco no comprende nada.

—Lo pasarán bien, ya verán cómo les gusta...

Chemari ha sacado de la bolsa una botella de coñac, cuando los demás sólo se han atrevido a mirarla. La ha abierto casi con los dientes. Se ve que es un modo de quitarse de encima pena y nerviosismo.

Se atiza un trago fenomenal. Los demás se quedan asustados.

—Que te marearás, tú...

—Si me mareo, eso llevo adelantado, vamos, digo yo.

Un avión de pasajeros

Están subiendo al avión. Forman un cortejo extraño entre los demás pasajeros. La azafata los va colocando como si fueran niños. Los demás pasajeros no dejan de mirarlos entre alarmados y divertidos. Son, en general, tipazos, pero se mueven con torpeza y timidez.

El avión empieza a deslizarse sobre la pista.

Ellos están emocionados y asustados, ambas cosas. Uno de ellos comienza a entonar una canción vasca y los demás le siguen. La azafata trata de impedirlo, pero no puede. Con un gesto se dirige a los demás pasajeros pidiéndoles que comprendan.

Uno a uno les va abrochando el cinturón. A alguno le tiene que quitar el cigarro de la mano. La azafata se va poniendo seria.

—¿Pero las manos, no me las atará? —dice Chemari.

—Las manos, no —contesta la azafata.

Chemari se larga otro trago de coñac y seguidamente mira por la ventanilla sin lograr ver nada. Se ve que es un tipo duro y hasta brutote, pero sentimental en el fondo.

Como dialogando consigo mismo:

—¿Por qué me he tenido que meter en un cacharro de estos, digo yo? ¿Por qué? ¿Por qué salgo como huyendo en un cacharro de estos?

No parece decir todo esto con mucha lucidez. Se ve que trata de aturdirse.

—¿Quién nos ha engañado, quién fue el...? —toma otro trago.

El avión ha puesto en marcha sus hélices. El ruido ha asustado a Chemari, que ha querido levantarse. Vuelve a su sitio y bebe de nuevo. Hace un gesto de náusea y se lleva la mano al estómago.

Los demás pasajeros se están diciendo cosas entre ellos en vasco. Han prescindido casi por completo de los demás pasajeros y empiezan a perder la timidez.

—Si no nos caemos, ya veréis cómo llegamos —dice uno que es el que siempre quiere hacer gracia.

Los demás ríen.

El compañero de asiento de Chemari es Chaume, un tipo algo más pulido pero con cara de atravesado.

—Pues no se va mal —dice a Chemari.

—Sí, no se va mal, pero no me gusta un pelo.

—Pero, ¿por qué?

—Porque cuando se va mal ya lo mismo tiene que dar todo. ¿No?

—¿Es que tienes miedo?

—Y tú también lo tienes, que vas agarrado como un gato.

Los vascos parecen irse adaptando y lo miran todo con cierta naturalidad.

Chemari, nervioso, trata de levantarse, pero se sienta de nuevo.

—Quiero dormir —y bebe de nuevo, sin poder evitarlo.

Están en el aire. Chemari observa las caras de los pasajeros. Hay una pareja que va haciéndose arrullos. Un matrimonio va rezando. Van hombres de negocios que escriben cartas y señores que leen revistas de humor o deportivas.

Chemari es como si no comprendiera. Y bebe más.

En su rostro comienza a asomar la confianza. Se siente ya seguro y optimista. Es el efecto de su borrachera, sorda y simpática.

—Chemari, mira Madrid.

—¿No ves, Chemari, que estamos volando?

—Chemari, ¿qué dices tú a esto?

—Pues, que ¡Aupa el Athletic!

La apocada psicología del personaje se va trocando en personalidad capaz de arrojo y energía. Por otra parte, es evidente que todos los demás distinguen a Chemari y hasta lo miman un poco.

Los demás pasajeros miran con asombro tanto bullicio. No es normal. La azafata va imponiendo amablemente orden y sirve pastillas de chicle y caramelos.

Chemari toma una pastilla de chicle y al instante la escupe. Bebe para quitarse el sabor.

En cambio Chaume, como si lo hubiera hecho toda su vida, mastica con cierta facilidad y hasta con gusto. Se recrudece el jolgorio y la azafata sigue imponiendo orden. Los vascos tiran el chicle.

Van pasando sobre un fondo de nubes blancas. Es de noche. Se filtra la luz de la luna que hace brillar las alas del avión. En el extremo de las alas tintinea la luz roja.

Chemari mira al fondo. No sabe lo que ve, si mar o tierra, si señales de barcos o luces de casas.

—Chemari, ¿esto será ya Portugal? —dice Chaume.

—Esto, qué va a ser Portugal. Estamos sobre el mar. Esos son pescadores, pescadores como los de nuestra tierra, donde tú, yo y todos estos nos debimos de quedar.

—¿Por qué vienes, entonces?

—Eso mismo digo yo, ¿por qué vengo? ¿Por qué vienes tú, por qué venimos todos? Este no era mi camino. Ahora lo veo claro.

Vuelve a la botella. La bebida parece distanciarle del resto y le hace entornar los ojos dulcemente.

El avión se va colando por entre las nubes. Chemari va maravillado. De vez en cuando cierra los ojos.

Como si soñara, empieza a recordar...

Una aldea vasca

La ventanilla del avión se convierte para Chemari en una especie de ojo mágico a través del cual se ve un pequeño pueblo del Bidasoa, cada vez más cercano. Primero es una visión entera del poblado que va recogiendo los trajines cotidianos, hasta detenerse en una humilde casa de campo.

Inconscientemente Chemari saca su cartera y repasa los papeles que lleva dentro. De entre todos ellos saca la fotografía de su madre, una mujer enlutada, de cierto carácter. La pone con cuidado en su sitio. Luego, disimulando, se detiene en la contemplación de otra foto; es la de Maribelcha.

Chemari cierra con respeto su cartera, pero al cerrarla se ha visto que también, guarnecida de celofán, lleva una estampa de Andra Mari de Begoña que su madre le ha dado al despedirse.

Chemari entorna los ojos. Ahora mismo está pensando en el roble que hay a la puerta de su casa, un roble plantado por su abuelo, un roble con más de cien años.

Enfrente de su casa hay un bosquecillo donde él ha metido el hacha incontables veces.

Sin quererlo jadea como si estuviera cortando un tronco fenomenal.

¿Cómo será la tierra a donde se dirige? ¿Habrán abetos, abedules, castaños, un río para truchas, torres para las palomas torcaces?

Las cartas de Esteban no eran muy explícitas, «Vente y verás lo que es bueno» era lo único que decían. Pero su primo Esteban ya era más americano que vasco.

—Yo seré vasco siempre, siempre... —dijo en alta voz.

—¿Decías algo? —le preguntó Chaume.

—Nada, no decía nada...

Sin quererlo, Chemari se ha puesto a examinar a Chaume, que desde el primer momento no se separa de él, acaso porque ha pensado que el tener un primo en las oficinas de la Compañía es una buena alianza.

—¿Tus padres de dónde eran? —le ha preguntado Chemari a bocajarro.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No serían vascos...

—Mi madre era tan vasca como la primera. Era de Marquina.

Chemari se ha abismado de nuevo. Ahora está recorriendo los pastizales de su aldea, la mejor tierra del mundo.

—¿Pero tu padre?

—¿Es eso un delito, que mi padre no fuera vasco?

—¿He dicho yo algo de eso?

Está viendo su casita allá en lo alto de la colina, dominando el pequeño valle, blanca como una gaviota...

Chemari cierra los ojos.

De repente, Chemari ha salido de su abstracción y se ha encontrado con la cara sonriente de la azafata que le pregunta:

—¿Quiere tomar algo? ¿Qué quiere tomar?

—Pero, ¿es obligatorio tomar algo? —ha contestado medio adormilado.

—¿Quiere whisky, un jerez, ginebra...?

—¿Podría darme un chacolí?

Los demás han roto en aplausos y risas. Chemari se va haciendo el personaje de la expedición.

En seguida ha vuelto a sus rememoraciones...

La casa de Chemari

Chemari, montado en bicicleta, está a punto de salir. Discute con una mujer a la puerta de la casa.

Es su madre. Un tipo enjuto y adusto de mujer vasca.

—Si viviera tu padre no lo harías —dice la vieja.

—Lo haría igual, madre.

—Ya verás cómo te acuerdas de mí más de una vez.

—Claro que me acordaré.

—Acuérdate de lo que te dice tu madre: te arrepentirás de marcharte.

—Pero, ¿les ha pasado algo a los demás? ¿Por qué otros van, están bien, envían dinero, y yo no he de ir?

—Yo no quiero dinero así. Aquí también se puede uno abrir camino y salir adelante. Esa vida no está hecha para ti.

—Pero, ¿por qué no? ¿Soy yo más flojo que los demás?

—Soy tu madre y te conozco. Tú no sirves para eso.

—Ya veremos si sirvo o si no.

—Cuando vuelvas no creas que me vas a encontrar. Además, ya le he escrito yo a Esteban para que no te llame.

—¿Usted le ha escrito a Esteban?

—Sí, le he escrito.

—Pero, madre, irse allá no es irse a la Legión, vamos. Mira Paqui, mira Toni, mira Javier: han ido, están allí, no se han muerto, envían dinero...

—No quiero el dinero así.

—Yo sí lo quiero, madre. Y mira a don Ricardo. Viene cada dos años.

—Te digo que no me gusta que te vayas. Si lo haces, allá tú...

Visiblemente contrariado y malhumorado, Chemari sale en la bicicleta con una

carta en la mano. Se ve que tendrá energía suficiente para llegar hasta el final.

Antes de abandonar el caserío vuelve los ojos a su casa. Su hermana Rosa, al borde de un maizal, ordeña una cabra. Es ya algo mayor. Pesa sobre ella la tristeza de la muchacha de aldea que no se ha casado.

—¿Te irás por fin? —pregunta a su hermano.

—Claro que me iré.

Ella sonrío. Es como si a ella, a pesar del disgusto de la separación, le tocase algo en la aventura.

La madre se ha quedado a la puerta de la casita llorando.

Chemari recuerda muy bien este instante.

«Casa Maite», taberna de paso

Ahora es una taberna ahumada en un cruce de la carretera. Cerca hay un pueblecillo. Al fondo va el río.

La taberna se llama «Casa Maite».

Dentro, Chemari bebe sentado en una mesa rústica. Está escribiendo con gran dificultad y reconcentramiento una carta.

Junio al mostrador hay tres tipos del pueblo que lo miran un poco con sarcasmo, otro poco con desprecio y hasta con algo de envidia.

—A este, por más que escriba y patalee, no lo llevan.

—No sirve.

—Pero, ¿cómo lo van a llevar? Este no ha visto una oveja en su vida, ni a un kilómetro de distancia.

—Por eso no. Tampoco otros de los que han ido...

—Sí, pero ya verás como a éste, aunque sea el primo de Esteban, no lo llevan. A éste no lo llevan.

—¡Qué lo van a llevar!... Su madre no quiere.

—A éste lo dejan más *colgao* que el Cristo de la ermita.

—Es un *rajao*, y la prueba está en que viven de lo poco que ahorró su padre.

—Este lo que no quiere es hincarla.

Lo están sometiendo a dura revisión. Él se da cuenta y disimula. Sigue escribiendo su carta.

El tabernero se ha acercado a los tres hombres y mira con lástima a Chemari. Dice:

—Lleva escritas más de diez cartas.

—No gana para sellos.

—Y como si nada. Yo creo que su madre le ha escrito al primo para que no lo lleve. Manda allí mucho el primo, ya lo creo.

—Si su padre viviera le rompía una costilla. Dólares, dólares, dólares. La gente lo que pasa es que se ha vuelto loca en este país.

—Este, como ganó el campeonato de partir troncos, se ha creído alguien.

—No tenía competidores.

—Allí no hay que partir troncos. Allí lo que hay que tener es mucho de esto —y aprieta el puño.

—Sí, puños como mazos es lo que hay que tener.

—Y puntería —y hace ademán de manejar el gatillo.

—Y sobre todo montar a caballo. Allí se pasan el día a caballo, según dicen.

—¡Pastor! ¿Tú crees que tiene ése pinta de pastor?

Chemari ha oído algo y se ha quedado muy fijo, grave, cabal. Ellos han dado otro giro a la conversación y se han puesto de cara al mostrador.

Chemari se acerca y en medio de un gran silencio pide un sello para la carta. Nadie chista. Paga y se va muy digno.

Pero su rostro endurecido revela una honda rabia.

¿Qué es lo que dirán ahora estos insensatos, estos envidiosos, estos prójimos? Seguro que no estarán diciendo lo mismo que decían aquel día.

Una romería vasca

Se trata ahora de una típica romería vasca: ambiente puro, popular, chistularis, danzas típicas a la puerta de una antigua ermita.

Chemari se aparta a un extremo con una bonita aldeana, una muchacha medio rubia, de ojos azules, con aire soñador.

Se ve que está enamorada de Chemari. Él se muestra algo reservado.

—Si me quisieras no te irías.

—Justamente porque te quiero, me voy.

—Eso es fácil decirlo.

—Y probarlo.

—Ya ves, de los demás que se han ido cuántos han vuelto. ¿Cuántos han vuelto? Y míralas, mira a Josefina, mira a Rositín, mira a...

No puede seguir. Está a punto de llorar.

Se ve a un grupo de muchachas solas que tratan de divertirse tristemente.

—Yo te digo que volveré.

—Pero lo que no sabes es si cuando vuelvas me encontrarás.

—Tú no me quieres, Maribelcha.

—¡Tú qué sabes lo que es querer!...

La escena termina patéticamente. Maribelcha se aleja sola. Todavía él le grita:

—¡Tengo que irme, tengo que irme, Maribelcha, tú lo sabes igual que yo!...

—Vete, si quieres. ¡A mí qué me cuentas!

La gente de la romería sigue cantando y bailando.

Por fin, la carta

Chemari ha llegado en bicicleta a un cruce de la carretera. Está lloviznando. Se sube el cuello de la gabardina. Está nervioso. Se pone debajo de un árbol, después camina un poco. Mira a uno y otro lado.

Se ve que espera a alguien.

Pasa un hombre con una carreta de dos vacas cargada de heno. La carreta chirría. El hombre de la carreta le dice:

—Esperando al cartero, ¿eh?

—Eso mismo.

—¿Todavía no llegó la carta?

—Todavía no.

Pasa más gente que comprende su situación. Unos le miran con piedad, otros, con ironía.

Tarda más que nunca el cartero. Chemari está a punto de irse desalentado.

Por fin aparece el cartero con un capuchón raro que al ver a Chemari abre los brazos y exclama:

—Carta, carta, hay carta.

Tan excitado está Chemari que no acierta a abrirla. Está conmovido. Apenas le da tiempo a leer. Tan pronto ha visto que a la carta acompañan unos impresos, sale corriendo.

Llega al poblado y va enseñando la carta, alterando con la noticia la campesina paz. Entra en el tenducho de enfrente de la iglesia, en el bar de la esquina, en la peluquería, siempre con la carta en la mano. Con sobriedad, pero henchido de satisfacción, agita la carta.

—Eh, la carta, ha llegado la carta...

Luego emprende el camino de su casa y se le ve avanzar lento, como pesaroso y poco decidido. Su madre está esperando en la puerta.

Alarma pasajera

En este momento se interrumpe bruscamente la evocación nostálgica de Chemari por una fuerte sacudida del avión. Caen algunos objetos de la rejilla. Algunos vascos tratan de ponerse en pie.

La azafata, muy enérgica, ordena apagar los cigarrillos y ponerse los cinturones. Aclara que no es nada de importancia, sino un pequeño temporal cerca de las Bermudas.

Chemari se despierta sobresaltado.

Lo primero que hace es echarse mano al bolsillo y tentar el pasaporte. Dentro está la carta y los papeles. No se da bien cuenta de lo que ocurre. En contra de los demás, que están visiblemente preocupados, Chemari está muy tranquilo. Saca de nuevo la botella y bebe haciendo gárgaras.

Vuelve a aclarar la azafata que están llegando a las Bermudas.

Hay un poco de balanceo, instante que pasa de lo dramático a lo cómico porque a Chemari se le ocurre gritar:

—¡Aupa el Athletic!

Alto en las Bermudas

Aterriza el avión en las Bermudas.

Chemari desciende tocando la armónica.

Van descendiendo adormilados, dóciles, como un rebaño. Forman un gran contraste con los otros pasajeros.

La noche es desapacible, fría.

Se sientan mecánicamente. Chemari está un poco *trompa*. Todos parecen consternados por el peligro pasado. La azafata y la tripulación están en una mesa aparte, con cara de preocupados.

En este serio instante, Chemari se levanta de repente y grita:

—¡Aupa el Athletic!

Todos aplauden y gritan. Se ha roto el hielo.

En seguida se les ve subir de nuevo al avión, muy callados.

El avión despega.

Algunos van medio dormidos. El avión está apagado y sólo se ven a través de las ventanillas nubes y luna. Todo está pacífico. Uno de los pastores comienza a roncar y unos extranjeros se sienten incómodos. La azafata hace que cambie de postura, pero entonces ronca otro. Alguien masculla palabras que se suponen de protesta.

Chemari está medio dormido y habla solo, a veces con gestos, sin que se le entienda nada. Al parecer está soñando algo que debe de ser una pelea. Estira los puños y hace ademán de sacar un revólver. Chaume le mira extrañado y le quita la botella de debajo del asiento. Chemari, por fin, duerme feliz, pletórico, como vencedor de algún peligro invisible.

La azafata comienza a servir desayunos. Es el amanecer.

Forman un cuadro caricaturesco estos hombres rudos con la servilletita de papel y la taza en la mano. Algunos abren su bolsa y sacan un enorme bocadillo que comen a grandes bocados. Chemari busca la botella inútilmente. Se la han escondido. Se levanta y da con ella debajo de uno de los asientos. Esto produce un pequeño alboroto. De pie mismo, bebe y bebe, hasta que le quitan otra vez la botella.

Entonces Chemari, muy descompuesto, grita:

—¡Quiero bajarme de aquí, quiero bajarme de aquí!

Todos ríen, menos el que hace de jefe de los vascos que le pide disciplina. Se sienta entonces como un cordero.

La azafata le da una aspirina y café.

Ya el avión comienza a dar las primeras instrucciones sobre la inminente llegada al aeropuerto de Nueva York.

Se deja de fumar y se ponen los cinturones.

El avión cabecea un poco. Van desmadejados.

La azafata advierte que Nueva York está nevado.

Miran por la ventanilla como pueden, de un modo infantil y desbordante. Se supone que están viendo un espectáculo maravilloso.

—Esta es mi tierra —grita una de las viejas norteamericanas del avión y casi les echa un discurso.

Ellos la dejan hablar y la miran como si fuera una chiflada.

En el aeropuerto de Nueva York

En el aeropuerto de Nueva York se apiña una multitud abigarrada, unos que van y otros que vienen, gente oficial que llega, comisiones, una banda de música, un personaje con séquito que se va, etc.

Entre esta baraúnda pasan los vascos a un recibidor extraño en donde les espera, muy complaciente, una pintoresca comisión. Son delegados de los pastores vascos en los Estados americanos, representantes del Estado de Idaho, algunas señoras miembros de sociedades protectoras, etc. Esta comisión los recibe con ceremonia y alboroto afectuoso. La multitud que circula contempla entre atónita, escéptica y

despreocupada a estos quince hombres de aldea que bajan de un avión, conducidos casi animalmente y agasajados de manera casi cómica.

Después del recibimiento son metidos en un autocar.

Van acompañados de cuatro o cinco personajes que representan sociedades americanas ligadas con el pastoreo, con las lanas e incluso con los mataderos.

Ellos van consternados. Todo para ellos es incomprensible, empezando por el lenguaje, aunque hay en la comisión varios personajes que hablan un español muy raro. Todo lo que oyen es ininteligible y lo que ven, fantástico, abrumador.

A cada uno le han regalado una botella de whisky y algunos utensilios curiosos.

Contraste y asombro

De avión a avión los jerifaltes de las sociedades de pastores han decidido organizarles un breve recorrido por la ciudad.

El autocar se detiene expresamente en dos puntos, primero en el edificio de la ONU; luego en una calle céntrica, cerca de la Quinta Avenida. En el edificio de la ONU han presenciado desde la galería un debate aburrido. Entran y salen gentes de todas las razas. Los pastores son en aquel lugar un motivo pintoresco.

En la calle se les ve disimular su asombro, ante las mujeres elegantes, los escaparates, la riada de coches, los llamativos anuncios.

Para impresionarlos los meten en un gran *drugstore* donde cada cual saca su café metiendo una moneda. Esto les hace reír como niños.

El primer sitio de la Quinta Avenida en que los han parado y los han hecho bajar es en la puerta de la Catedral de San Patricio.

Los pastores van descendiendo como reumáticos incurables. Parecen náufragos.

La gente neoyorquina se para en las aceras para ver a aquel montón de hombres moviéndose torpemente entre los apresurados transeúntes.

No son turistas. Están como bobos. Con infantil asombro se encaran con los rascacielos.

—Anda, mi madre, qué albóndiga si uno se cae de allí.

—Aquí todos tienen que padecer de tortícolis.

La circulación llega un momento en que casi se paraliza. ¿De dónde habrán salido estos hombres campestres y asustados?

—Serán refugiados —dice algún listo al pasar.

—Pero ¿refugiados de dónde? —se preguntan unos y otros.

Difícilmente podría saberse de dónde han salido. Son tipos altos, fuertes, con cierta seriedad en el gesto.

Proceden de remotas aldeas, casi de la otra punta del mundo, de pueblecillos montados sobre las breñas, de caseríos encaramados en angostos desfiladeros, de casitas blancas y rojas hundidas en los valles a la orilla de un riachuelo, de aldeas antiguas colocadas entre rocas gigantes y ruinas milenarias.

Si por allí en aquel momento hubiera pasado un catedrático de historia hubiera dicho:

—He aquí unos tipos con muchos siglos de historia. En ellos comienza Europa. Antes que Europa saliera de la prehistoria ellos eran ya un pueblo con cultura y costumbres propias. Ellos son un pueblo excepcional. Aquí mismo en los Estados Unidos ellos estuvieron antes de que estuviéramos nosotros.

Por todo esto, a pesar de su rústica gravedad y del pasmo casi infantil de sus rostros, avanzando por la Quinta Avenida, aún con miedo, retraídos, orgullosos, forman por si solos un mensaje de fortaleza y de autenticidad.

Chemari acercándose al grupo ha dicho:

—Parecemos borregos.

—¿Por qué hemos de parecer borregos? —le ha contestado uno de ellos.

—Porque todos vamos haciendo lo mismo. ¿No hemos venido a cuidar ovejas? Pues parecemos borregos.

—Parecerás un borrego tú.

—Yo y todos. ¿No te fijas en la cara que ponemos?

—¿No te gusta esto?

—A mí lo mismo me da esto que Vitoria o Pamplona. ¿Entendemos algo de lo que van hablando? Para mí, como si estuviéramos en las ferias de Durango.

Ramalazo de nostalgia

Chemari se ha quedado unos instantes aparte y solo. Sus ojos han chocado con aquellas imponentes moles de hormigón y cemento. Riadas de coches le impiden ver la otra acera...

Ahora piensa, como nunca, en su aldea, en aquel rebaño disperso de casitas, casitas blancas como la lana de las ovejas, y en aquellas cuadras, y en los pequeños muros divisorios al abrigo de los helechales.

Ahora es cuando por primera vez se da cuenta de lo bella que era su aldea, sobre todo al amanecer, cuando el sol hacía revivir el rojo de las puertas y de las ventanas... A veces, el sol inundando la aldea era como cuando una luz fuerte traspasa el porrón de tinto.

Pero todo aquello, tan hermoso, tan tranquilo, quedaba ya tan lejos...

Para salir de su ensimismamiento Chemari ha lanzado en plena Quinta Avenida el grito eufórico y exultante de los vascos, grito único nacido en las montañas, probablemente entre los primeros pastores, pues también es posible que los primeros pastores del mundo fueran vascos. Así le parece a Chemari.

Y por eso en su grito ha puesto orgullo y pasión.

Los demás pastores le han contestado delirantes y poseídos de una virtud extraña frente a la ciudad multitudinaria y ajetreada.

Los acompañantes de los pastores han aplaudido la ocurrencia, e incluso algunos transeúntes se han detenido hasta rodear a los pastores. Entonces uno de los jefazos de la Compañía ha dicho a los curiosos:

—Son pastores. Pastores. Pastores vascos. ¿No habéis visto nunca pastores?

Y muchos de los que transitaban por la Quinta Avenida en aquella hora, han declarado, con gestos de asombro más que con palabras, que ellos no habían visto nunca de cerca pastores, y mucho menos pastores vascos.

—Pastores, pastores, pastores...

¿Qué sería eso de los pastores? Realmente en el mundo había gente para todo y en Norteamérica más que en ninguna parte. Había pastores en Nueva York seguramente para que los neoyorquinos pudieran verlos de cerca y sobre todo para que los americanos de cualquier estado pudieran vivir tranquilos.

Chaume se enamora de un cuchillo

Los pastores han hecho una visita rápida y atolondrada a San Patricio. Todo ha sido entrar y salir, la mayoría de ellos con la boina en la mano, más asustados que admirativos.

Al salir han marchado entre dos filas de edificios, arrimados a los escaparates como ganado que huye de la tormenta.

En uno de los comercios Chaume se ha detenido más de la cuenta.

Uno de los empleados de la Compañía se ha acercado a él y le ha preguntado:

—¿Quería algo?

—Es bonito ese cuchillo de monte... —ha respondido.

—Pero no es práctico. Ya le darán un buen cuchillo, mejor que ese, cuando le den todo su equipo.

—Es hermoso...

—Sí, pero no es de monte. Es para la pesca submarina.

—¿Ah, sí?

Chaume ha seguido andando en silencio al lado del empleado y se ha incorporado

al grupo. En sus pupilas parece refulgir la ancha hoja del cuchillo. Ni siquiera ha tenido tiempo de enterarse de cuánto podría costar, pero se ha enamorado de él como un niño de un juguete.

Un accidente

A todo esto, la calle famosa se ha poblado de ruidos frenéticos. Eran coches que frenaban. La gente se ha arremolinado.

Los pastores apenas han podido enterarse de nada. Cuando el espacio ha quedado libre sólo han podido ver una figura humana magullada y medio deshecha a los pies de un guardia.

En seguida la circulación ha continuado impertérrita, constante, abrumadora. Y el cadáver de un hombre —Dios sabría quién era, y de donde venía— ha continuado a los pies del guardia hasta que ha llegado una ambulancia tras el alarido de las sirenas y se lo ha llevado en medio de la precipitada riada de coches.

Los pastores han continuado andando. Chemari ha sentido cierto malestar en la boca del estómago. Como cuando se fumaba un puro y le caía mal.

—Vamos, vamos —ha dicho el alto empleado de la Compañía como tirando de todos ellos.

Pero todo termina cuando apenas han comenzado a pasmarse. Estados Unidos no es esto. Esto no es más que un breve descanso que les han proporcionado dentro de su oficio. De nuevo los han metido en un autocar y cruzando barrios enormes, fábricas, puentes, suburbios, zonas residenciales, llegan a otro campo de aviación.

Ya los tratan como a piezas humanas, como a tornillos de una máquina que debe funcionar.

Los americanos los van valorando y elogiando en virtud de su facha, de su resistencia, de su ignorancia, de su docilidad.

Son mansos como corderos, son disciplinados como borregos, son fuertes como toros, son tercos como bisontes.

Están volando de nuevo. Se les ha visto subir a otro avión como de transporte en un aeródromo de aspecto comercial. Ya no son pasajeros. Son casi bestias, aunque de vez en cuando descuella algún detalle humano y delicado.

—Mira qué casas.

—Mira qué cosas.

—¿Qué dices a esto, Chemari?

—¿Que qué digo? Pues que ¡Aupa el Athletic!

Este optimismo va teniendo ya alguna mezcla de tristeza. Se presiente la vida que

les espera, que será vida de soledad. Ellos van embobados. Poco a poco se va acabando el jolgorio y cada uno es como un árbol o una estatua, algo inerte, moldeable, vencido.

Los acompañantes juegan el papel seductor. Los van animando uno por uno.

—Entre ellos se dicen: —Este material no se encuentra en ninguna parte de la tierra.

Hay alguno que, pronunciando mal, grita:

—Gora Euzkadi!

Ellos van tristes pero extasiados. Desde el avión van descubriendo la grandeza del campo americano, tierra jugosa, cultivada, fecunda, ubérrima.

Desde arriba pueden admirarse de lo que es una granja americana, las pistas formidables, las escuelas, las bibliotecas; los campos interminables y los bosques, los ríos, los lagos; los hoteles deportivos al borde de la carretera y las casitas, todo cuidado y casi perfecto. Es una estampa de égloga muy distinta a la vasca y los llena de entusiasmo aunque también de melancolía.

Poco a poco algunos van entrando en éxtasis. Es maravilloso. Es una sucesión rápida, persuasiva, de lo que pudiera ser en la mente de estos hombres la transformación de su tierra. Es también un utópico sueño de las comodidades y recompensas que les esperan. Van de prodigio en prodigio, de ciudad en ciudad, dejándose impresionar por los jefazos de esta Sociedad de pastores que los miman ostensiblemente.

—Mirad, qué granjas.

—Mirad, qué tierras.

—Así es Norteamérica.

Se sienten como adoctrinados. En algunos, como Chaume, prende el entusiasmo administrativo; en otros, una reacción casi de tipo contrario, como de aislamiento y orgullo.

Una nueva vida ha comenzado para ellos antes de tocar tierra.

Poco a poco, se va esclareciendo la hermosa vegetación y aparecen tierras blancas y rojas y en ellas grandes rebaños pastando.

Pero no son ovejas.

Hablan dos pastores

—Yo preferiría vacas.

—¡Ah, vacas ya las preferiría yo también!

—Claro, hombre. Las ovejas se pasan el día, bé, bé, bé.

—¿Tú has visto de cerca alguna vez a algún macho cabrío?

—¿Sabes quién?

Y le dice alguna cosa al oído.

Ríen los dos como locos.

Discursos en pleno vuelo

A pesar de que lodo recuerda que van en avión viendo bosques, poblados, ferrocarriles, campos de aviación, carreteras y campos con rebaños, la escena se transforma: ahora cada uno está en su sitio, como si fueran niños en la escuela que escuchan una lección.

Chemari lodo lo oye desde atrás, ensimismado, lejano.

Chaume se ha puesto en primera fila.

Les habla un vascoamericano, un antiguo vasco sofisticado, que actúa de consejero. Dice:

—Fuertes muchachos de Vasconia, mi tierra y vuestra tierra, afortunados muchachos a los que ha sido abierta milagrosamente esta tierra de suerte y de paz, de trabajo y prosperidad.

—Habla bien el tío dice por lo bajo un vasco.

—Lo ha aprendió hace mucho, repite otro.

—Habla como los discos del Avecrem.

Prosigue el vasco americano:

—Cuando yo llegué, como llegáis vosotros ahora, no veníamos en un avión entre paisanos, sino en vagones de ganado, en trenes que tardaban cuarenta y ocho horas. Pero ahora la Compañía, pensando en vosotros, lo ha estudiado y lo ha resuelto todo.

—Muy bien dicho —dice Chaume.

Chemari hace un gesto de paciencia. Habrá que comprobar las promesas, es su gesto.

Prosigue el vasco ya situado:

—Vosotros, en realidad —se ríe— es como si fuerais unos señoritos privilegiados que se vienen a correr una juerga.

—¿Una juerga?

—¿De veras se trata de una juerga?

—Una juerga —continúa— o unas vacaciones pagadas, bien pagadas.

Va cundiendo la animación.

Les han repartido papeles con sus contratos, listas de sueldos y otros pormenores. Están en americano y en vasco. Ellos no se dejan impresionar sino que examinan las

cosas muy al detalle, haciendo cuentas de memoria y con lápiz, llegando a discutir incluso.

Chemari más bien se hace el sumiso y el último. Tampoco esto es un gesto de soberbia sino de su natural timidez.

Prosigue el vasco americanizado:

—Ahora, cuando llegáis vosotros, se puede decir que todo está hecho. En cierto modo vosotros sois los herederos de un trabajo que han hecho antes a ciencia y conciencia muchos vascos que vinieron acá antes de que vosotros nacierais. Vosotros venís a recoger una cosecha. Aquellos sí que éramos pastores auténticos.

El tono de suficiencia, contraste también entre dos generaciones, va produciendo un efecto contraproducente.

—Muchos de vosotros, ya lo sé, no habéis visto ovejas más que cuando cruzan las carreteras y las vías del tren para subir al monte o bajar al río.

Algunos ríen. Otros se ponen serios.

—Lo estoy viendo en vuestras caras. ¿Qué es lo que os espera? Pues os espera una tierra libre, protectora y agradecida que os da la bienvenida y os abre los brazos...

Mientras unos están pendientes y hasta hacen gestos afirmativos y disciplinados, otros se enajenan descaradamente del asunto, mirando por las ventanillas, turnando distraídamente Incluso hay dos que van jugando a la baraja como si tal cosa.

—Vosotros venís pensando en la aventura. No hay aventura aquí sino obediencia y cumplimiento del deber. Ni quiera hay peligros extremos, sólo paciencia y méritos ganados muy despacito, como nos ha sucedido a todos. Mirad a éste, mirad a éste —va señalando a los compañeros viejos— todos los que han conseguido el respeto y el prestigio entre los americanos ha sido a base de paciencia y honradez, nada más.

Los viejos asienten humildes pero satisfechos.

—A más de uno habrá que devolverlo más que deprisa. Les veo la cara y los conozco, he visto pasar a muchos. Aunque son contados los que hasta ahora han fracasado, yo sé que hay algunos débiles, que aunque son altos como castillos les entra dolor de madre, dolor de pueblo o, lo que es más grave, dolor de novia o de mujer.

Uno de los viejos le hace una seña, el otro le da con el pié. Entre los que vienen llegan casados. Pero el vasco sermoneador no cesa:

—Se ve claramente —mira despacio a unos y a otros— y no un equivocarla ni un pelo. Y lo cierto es que aquí hay que dejar lo de atrás y saber que lo que empieza es algo nuevo.

Este personaje tiene experiencia y seriedad; pero se advierte también en él cierta amargura o resentimiento. El ímpetu de los jóvenes de su tierra le perturba, le gusta verlos y se siente feliz e importante; pero al mismo tiempo rompe disimuladamente

contra las peregrinas posibilidades que cada uno de aquellos destinos encierra, destinos que sabe muy bien que él no podrá controlar. En cierto modo es un funcionario del pastoreo, un burócrata de la emigración.

—¿Tú, qué dices?, pregunta un vasco a otro por lo bajo.

—¿Qué voy a decir? Que está *chalo*.

—¿Decíais algo? —pregunta el directivo que ha notado los murmullos.

Chemari se ha adelantado hasta él y en un acto que parece chulería, pero que es un acto inconsciente y que viene a romper muchos hielos, le dice:

—¿Tiene lumbre?

El vasco saca un precioso mechero y se lo da. Chemari enciende parsimoniosamente su cigarro. Chemari en esto no abusa de independencia de juicio ni de suficiencia personal. Es algo que hace para romper la tensión de los que están hablando, haciéndose guiños, dándose palmaditas.

Chemari debe tener además una disculpa. El arrastra ese estado vago, medio lúcido, medio turbio del que está bebido.

—Gracias —dice Chemari al devolverle el mechero.

—De nada —responde el jefazo. Y añade muy solemne—: Tú llegarás.

—Sí, a dar con la cabeza en el pesebre.

—Sí, a derribar troncos con la cabeza.

—Sí, a acabar con todo el whisky de los americanos.

Chemari se ha sentado y se ha quedado riendo. Pero está como avergonzado.

Para demostrar el adelanto de los Estados Unidos y asombrar un poco a estos seres toscos y primitivos de las aldeas vasconavarras, la radio comienza a retransmitir un saludo a los pastores vascos. Los nombran a cada uno por su nombre, y les van diciendo poco menos que de dónde son y hasta su apodo. Es Esteban, el primo de Chemari, quien les hace este saludo general.

Las primeras ovejas

Están llegando. La ciudad sobre la que vuelan es Boise, en el Estado de Idaho, algo así como la capital de los pastores vascos en el Oeste americano. La azafata comienza a explicarles en inglés cosas que ellos no entienden. Sólo entienden lo que ven: que aquello es una arbolada y bien distribuida ciudad en medio de una semiárida llanura.

Hay montañas a lo lejos, verdes montañas medio nevadas. Hay también, a lo lejos, el murallón de pastos y verdura siguiendo el curso caprichoso de un río o la tabla vercosa alrededor de los lagos.

El avión ha dado una vuelta entre hurras y admiraciones. Por fin han visto una cabaña en la hondonada del río medio seco y al lado de un bosquecillo.

—Ovejas, ovejas. Ahí tenéis las ovejas.

Desde abajo dos hombres saludan con el pañuelo.

Las ovejas se dispersan. Corren los perros alrededor de ellas.

Recibimiento apoteósico

Ya están descendiendo.

Es un espectáculo de colorido y música inaudito para ellos. Una banda de música de muchachas y muchachos con traje blanco y boina ejecuta la pieza de bienvenida.

Comitiva de recepción entre seria y estrafalaria.

Tipos en mangas de camisa y sombrero de vaquero; tipos medio aldeanos con auténtica boina vasca y pañuelo al cuello; norteamericanos de pajarita con atuendo cinematográfico.

Es una recepción pintoresca. Los recién llegados están medio confundidos entre la vergüenza y la emoción. Van bajando aturullados, empujándose, queriendo todos ponerse los últimos.

Hay preparado un desfile exagerado, con una carroza que representa la vigilancia del pastor frente a una tropa de bandidos. (Esto más que carácter histórico tiene valor simbólico.)

Reina una gran animación entre los asistentes. Hasta pueden verse filas ordenadas de niños de los colegios con banderitas americanas.

El recibimiento es espontáneo y natural. La banda de música está compuesta por gentes muy heterogéneas: señores mayores, muchachos de quince años e incluso muchachas.

—Todos, todos los de la banda son vascos..., es decir, descendientes de vascos —dice el jefazo de la Compañía. Y luego va preguntando uno a uno—: ¿Cómo te llamas tú? ¿Y tú? ¿Y tú?

Ellos van respondiendo:

—Urrutia.

—Mendivil.

—Goicolea.

—Arrieta.

—Vizcarra.

—Barrenechea...

Los futuros borregueros han sido asaltados por la numerosa colonia vasca. El

primo de Chemari, Esteban, va y viene como supremo organizador. Tan pronto ha dado con Chemari le ha quitado la boina y le ha puesto en la cabeza un sombrero ancho del Oeste. Chemari no ha podido resistir el cambio repentino y se lo ha quitado. Chaume lo ha cogido y se lo ha puesto.

Los que un día fueron pastores y hoy son personajillos de la ciudad de Boise van preguntando a los recién llegados de dónde son. Todos recuerdan las aldeas y pueblos de su niñez y juventud. Algunos hasta se han puesto a hablar el vascuence, aunque mezclado ya con palabras americanas.

Hay un grupo más encopetado que asiste a la ceremonia complacido y distante. Son también vascos, pero ya de segunda generación. Y son figuras importantes de la pequeña localidad. Allí están el jefe de policía, vasco, el director del banco, vasco, la directora de un liceo, hija de vascos, un sacerdote alto y solemne con inconfundible pinta de vasco.

La caravana se va poniendo en marcha. Los recién llegados están apabullados. La banda de música va abriendo este conato de desfile. La gente se asoma a la puerta de sus alegres viviendas y saluda con gesto amical a los recién venidos.

Chemari estudia de cerca a su primo Esteban.

Indudablemente tiene ya poco de vasco. Va y viene llevando y trayendo recados de los altos jefes de la Compañía.

Instintivamente ha empezado a huirle. No quiere que crea que trata de aprovecharse de su parentesco.

A fin de cuentas, ¿qué era Esteban más que un oficinista a sueldo de la Compañía, que acaso cobrara un tanto por ciento por cada pastor que embarcaba desde la península?

Lo que más rabia le daba era la zalamería de Chaume con su primo. Desde que había llegado no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

Van avanzando por la simpática población. La música de la banda enlaza zortzikos y canciones vascas ritmos modernos. Al llegar a una plaza ha sonado el chistulari e incluso varios vascos viejos han saltado como verdaderos *dantzaris*.

Los primos se abrazan

Inesperadamente Esteban ha dejado toda clase de mensajes y órdenes y se ha venido junto a Chemari.

—¿Qué tal, gran zángano?

—Pues mira, detrás de la orquesta.

—¿Contento?

—Ya ves... —y Chemari comienza a tocar la armónica que lleva en el bolsillo, como no haciendo caso al primo.

—Ya verás la que os tenemos preparada. Nada menos que alubias con chorizo. Y vino.

—No será vino de la Rioja.

—Aquí también por la parte californiana hay buen vino. Pero sólo se toma en los días grandes. Sin embargo, la cerveza no tiene comparación con la de allá. Ya verás. Aquí es como si estuvieras en Guemica o poco menos. Hay un orfeón vasco, el cura predica en vasco, echamos nuestras partidas de mus. Ya verás la que armamos el día de San Ignacio.

—¿Cuántos vascos habrá en este pueblo?

—No le llames nunca pueblo. Boise es la capital del Estado. No ves qué filigrana de calles, de edificios...

—... de mozas... —concluye Chemari.

—Exacto. Y todavía no has visto nada. Eres el mismo de siempre. Estás igual, igual... ¿A que no creías que terminarías viniendo? ¿Ves? Ya estás aquí. Y te vamos a colocar en un sitio bueno, cerca de la capitalita...

—Oye, yo quisiera correr la suerte de todos.

—Claro, claro, eso es inevitable. Hasta pasado algún tiempo no es fácil camuflarse.

—A mí que me den borregos y en paz.

—Ya te hartarás de borregos y de borregas. Pero parece que cojeas un poco...

—Se me ha agarrotado el pie en el avión... —y Chemari patalea cómicamente—. Y además apenas oigo nada. Estoy sordo, sordo como una tapia...

—¿Que no oyes? ¿Y Maribelcha?

—No me la nombres.

El festejo prosigue. De vez en cuando los demás pastores, por congraciarse con Chemari, le gritan:

—¿Y qué dices tú a todo esto?

A lo que Chemari contesta con gran parsimonia y rango de personaje principal:

—Que ¡Aupa el Athletic!

—¿No te has mareado en el avión?

—Se tomó una botella de coñac —añade Chaume, que no pierde distancia entre los primos.

Los primos caminan medio abrazados. Esteban de rato en rato se para, mira a su primo y le dice:

—Espabila ya, hombre.

—No sé ni dónde estoy.

—Estás en el corazón mismo de los Estados Unidos.

—¿El corazón? Esto desde arriba más bien parece el espinazo.

—El espinazo también está cerca del corazón.

El primo Esteban

El primo de Chemari no es el que lleva el consabido letrero de «Welcome»; pero como si lo llevara.

Sin ser un dirigente máximo de este gran tinglado comercial de los pastores vascos, Esteban se ve que tiene la confianza de los jefes.

Es un tipo desenvuelto y casi brillante. Se le notan los rasgos del vasco, aunque un poco apagados por este ajetreo constante de jefe de relaciones públicas o algo parecido. Si fuera más sereno y menos aparatoso, podría pasar por un hombre con verdaderas dotes de mando. En realidad, toda esta bullanga de los pastores en corporación avanzando por las calles de Boise se ve que la ha organizado él.

Tiene habilidad para sonreír, hablar con todos, hacerse obedecer y dar a cada cual lo suyo.

Chemari está asombrado de la disposición y simpatía de su primo. Pero por dentro no para de decirse: «Este no volverá, éste ya no vuelve, éste se quedará aquí para siempre...» Este solo pensamiento le hace sentir cierta repugnancia hacia Esteban. Adivina que para alcanzar el puesto que ha alcanzado habrá tenido que arrastrarse y claudicar. El entusiasmo con que Esteban mira a la ciudad de Boise y a sus gentes indica claramente que está, si no comprado, sí seducido por todo lo americano. Su misma manera de vestir y de moverse no recuerdan nada a aquel Esteban del caserío. Es ya otra persona.

Chaume se ha acercado a Chemari y se ha cogido de su brazo.

—Esto, chico, es estupendo.

—¿El qué es estupendo?

—Todo. Todo es estupendo. Yo nunca me lo imaginaba así. No parecemos pastores.

—Entonces ¿qué parecemos?

—Nos están tratando como si fuéramos ciudadanos americanos.

—Ya vendrá Paco con la rebaja.

—¿Qué quieres decir?

—Que todo esto es el festejo y que ahora mismo no somos más que comparsa. Espera que nos dejen en la montaña triscando entre los ciervos y escuchando el soplido del búfalo.

—¿Quién te ha dicho a ti que hay ciervos y búfalos?

—Si no hay ciervos ni búfalos habrá zorros y osos. Algo habrá en la montaña, en esas montañas nevadas que hemos visto desde el avión.

—No seas pesimista.

—Si no soy pesimista.

—Y mucho menos tú, que tienes a tu primo de mandamás.

—No pienso escurrir el bulto.

—Pero tú tienes una gran suerte con tu primo.

—¿Tú crees?

—Y tú también lo crees. Y lo mismo que te digo una cosa, te digo otra: también es una suerte para mí ser tu amigo...

Esteban, ágil, nervioso, hablando más como americano que como vasco, va de corro en corro, animando el cotarro. Les dice a los pastores recién llegados:

—Muchachos, ¿qué os parecen las mujeres ele Boise?

—No están mal —dice uno de ellos.

—Pueden pasar —añade otro.

—Se les podría hacer un favor a cualquiera de ellas —agrega Chaume.

—Os advierto —prosigue Esteban— que los pastores tienen buen cartel entre ellas. Y cuando a uno le echan el ojo se lo rifan.

—Pero me figuro que no se vendrán a cuidar ovejas con nosotros —comenta uno de los más viejos, ya casado.

—No, eso no —interviene de nuevo Esteban—, pero de tarde en tarde aparecen por los ranchos y se arman unas buenas...

—Juergas... —insiste el viejo.

—Tanto como juergas, no.

—Total, que vamos a estar como Dios —dice Chaume.

—Tanto como Dios no, pero no lo pasaréis mal... —aclara Esteban.

Las calles de Boise son rectas, limpias y tranquilas. A la puerta de los comercios y cafeterías salen camareras y clientes admirando el cortejo.

Boise es acogedora y alegre, casi más alegre que algunos pueblos vascos. Lo que ocurre es que casi todas las calles y todas las casas parecen iguales.

—¿Y el equipaje? —pregunta Chemari a su primo.

—No te preocupes. Cuando llegues al hotel ya lo tendrás allí. Además, aquí en Boise no hay ladrones...

Esta salida no le ha gustado a Chemari y se ha puesto a tocar la armónica en cierto modo para desligarse un poco del grupo.

Desde la puerta de alguna casa, desde el escaparate de alguna tienda, desde los andamios de alguna obra, desde el atrio inmaculado de una capilla, desde la nave incluso de un Parque de Bomberos, los pastores reciben saludos. Cálidos y sinceros saludos.

—Pues ni que hubiéramos ganado la guerra —dice Chemari a Esteban.
—Es que aquí decir pastor vasco es decir algo muy serio.
—Es que les gusta mucho la leche de cabra.
—No es por eso.
—Será por la lana.
—¿Sabes cómo llaman por estos Estados a la lana?
—Cualquiera sabe.
—Pues le llaman el oro blanco.
—Entonces al carbón le llamarán el oro negro.
—Claro, claro. Y al petróleo el oro líquido.
—¡Cuernos, qué tíos! No se les pasa una. Y al oro oro, ¿cómo le llaman?
—Le llaman dólar y ojalá juntas una espuerta. Ya sabes, en cinco años casi el millonaje de pesetas.
—No me digas. Oye, pero yo vengo sólo por tres años. En eso quedamos...
—Ya veremos, ya veremos...
—Bromas no.

Welcome, Welcome

Al pasar al centro de Boise, en lo que se supone que es la plaza principal, han penetrado al *hall* del capitolio y se han encontrado con que eran presentados, sin ninguna clase de protocolo, al gobernador y al alcalde de la ciudad. Alguno de ellos es descendiente de vascos.

En este instante ha llegado también en un coche descapotable el senador de la región, un tipo animoso y complaciente que ha repartido abrazos entre los pastores como si los hubiera conocido de toda la vida.

—Oye, Esteban, ¿pero siempre ocurre como ahora?

—No, esto es extraordinario.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque has venido tú. Por eso...

Han comenzado a repartir coca colas, naranjadas, zumos de tomate, *sandwiches*, pastas.

—¿Qué tal va la cosa? —ha preguntado Chaume a Chemari con cierto tono de zalamería.

—Noto la falta del tintorro.

—Esto es jauja, chico.

Los recién llegados están, más que sorprendidos, maravillados. Tienen buen

apetito y en pocos minutos han quedado todas las bandejas vacías. No entienden nada, pero de momento ya se han aprendido una palabra: *Welcome*.

Alguien dice unas palabras en norteamericano cerrado. Los pastores aplauden.

De nuevo se ponen en camino. Esteban los precede.

Sin saber por qué Chemari se siente fastidiado. A ratos se dice que no hay motivo alguno para sentirse molesto. Acaso el disgusto provenga del acecho constante a que lo tiene sometido Chaume.

Han salido a la explanada. Van a montar en un lujoso autocar.

Una morena y una rubia

Cuando el autocar iba a arrancar se han presentado en la portezuela dos hermosas mujeres, una rubia y una morena. La rubia le ha echado encima el brazo a Esteban con gran naturalidad.

Los pastores desde dentro del coche han silbado.

—Baja, Chemari —ha dicho Esteban.

Chemari no quería descender, pero no ha tenido más remedio que bajar, entre el achuchamiento de todos.

—Aquí, mi novia: Lucy —dice Esteban muy satisfecho.

—Tanto gusto —dice Chemari mientras ella habla y ríe como un pájaro.

—Y aquí su hermana Esther.

Se han dado la mano más serios de lo que la ceremonia requería. Desde el autocar los compañeros gritan con ese grito estridente, medio selvático, los *irrintzina* que estremecen la sangre.

Las dos hermanas son norteamericanas legítimas, o sea, mujeres menos coquetas de lo que parecen. Están vestidas como de fiesta.

—¿Te extraña ahora que no haya vuelto por allí? —dice Esteban en el colmo del enamoramiento.

Ellas no paran de preguntar cosas, cosas de Chemari. Tienen interés si realmente son parientes, si son del mismo pueblo, si Chemari sabe montar a caballo, si en la tierra de los vascos se baila también el «rock-and-roll».

Esteban en un aparte dice a Chemari:

—El padre es uno de los más importantes rancheros de la región.

—¿Ah, sí?

—Pero no es de nuestra Asociación. Tiene sus operaciones aparte. Debe de tener por lo menos quince mil cabezas.

—Vaya suerte.

—Precisamente a ti te va a tocar mover tu ganado por esa zona, muy cerca de su rancho. Lo he hecho yo así porque de este modo cuando vaya a ver a Lucy podremos vernos.

Ellas ríen y tratan de enterarse de lo que hablan, pues aunque han ido al Liceo de Boise a las clases de español no se enteran del todo. Pero se dan cuenta de que están hablando de ellas. Esteban intercala junto a palabras vascas, palabras castellanas e incluso americanas.

Chemari quiere subirse al coche. Aunque no sean mujeres provocativas, lo parecen. En realidad pudiera decirse que son muchachitas ingenuas e inocentes, pero vestidas con muy poca ropa y con un descaro increíble.

Lucy resulta más comprometedora. Esteban no para de barbillearla y de pasarle la mano por la nuca. Ella se resiste un poco, pero se ve que le gusta. En cambio, Esther parece un poco sofocada de que haya tantas miradas pendientes de ella.

—¿Qué te parece? —dice Esteban reventando de vanidad.

—Está bien, está bien todo...

—¿He tenido gusto, sí o no?

Un poco confundido Chemari se sube al coche. Esteban ríe. Desde abajo le grita:

—No te hagas el loco. Si tienes que ser mi padrino de boda.

Los pastores ríen. Esteban agrega, de nuevo en vasco:

—¿Qué te parece la morena?

Chemari está aturdido. Quiere decir algo ante todos, pero no le sale. Quisiera decir que su Maribelcha vale más que todas las americanas juntas.

Chemari desde lo alto del coche sonrío a la pareja y a Esther, Sonrío un poco bobamente, pero también con orgulloso desvío.

Mientras tanto un locutor, que habla un extraño y horrendo castellano, les está explicando cosas: el monumento que hay en la plaza, la biblioteca pública, el edificio del Centro Vasco, los grandes almacenes...

Se ponen en marcha. Los pastores cantan:

*Desde Santurce a Bilbao
vengo por toda la orilla
con la falda remangada
luciendo la pantorrilla.
Vengo de prisa y corriendo
porque me oprime el corsé...*

El locutor sigue perorando. Ahora habla de la patata de la región de Idaho, la mejor, dice, de todos los Estados Unidos. Luego, habla también del periódico *Idaho Statesman* donde los vascos, en general, y los pastores en particular, tienen siempre las puertas abiertas.

De nuevo Chemari saca la armónica. No se preocupa lo más mínimo de lo que va

diciendo el locutor. Ni se fija en los establecimientos, ni en los hoteles, ni en las muchachas que pasan, ni en los simpáticos guardias de la circulación.

Boise

Boise es una ciudad amplia, simétrica, de calles rectas, muy horizontal, con tiendas muy pintadas y relucientes coches que van desde el lujoso al utilitario de la gente de campo.

En medio del sosiego burgués de la ciudad se nota cierto tráfago de negocios.

Hay un bello contraste entre lo elegante de algunos tipos y lo rústico de otros. Algunos visten la típica indumentaria del Oeste.

Se ven tipos altos, con pantalones vaqueros, ante una gasolinera o en la puerta de un bar.

Hay ricos almacenes, pomposos bancos, raras capillas, niños que salen de las escuelas.

Es una ciudad limpia, pero chata. Se ve que todo está ordenado y que la ciudad goza de gran prosperidad. Esta prosperidad proviene principalmente de la industria de la lana, labor anónima de los vascos, obra cotidiana de los borregueros y camperos.

El escudo de Boise dice: «*Esto perpetúa*», lo cual quiere decir que mientras haya pastizales y pastores, mientras haya ovejas y ranchos, Boise será un emporio de riqueza en el *Far West*.

—Señores pastores —va diciendo el locutor pedante que de vez en vez mezcla un chiste absurdo en su disertación—. Lo vasco aquí en Boise siempre ha sido un timbre de gloria. Por eso los vascos, los que vinieron antes, ustedes, los que vengan después, siempre se han sentido, se sienten y se sentirán responsables y conscientes de este honor que se les otorga en los Estados Unidos, donde decir pastor vasco es decir miembro de una raza intocable, es decir...

—¿Qué te parece, Chemari? —ha preguntado Chaume, por lo bajo.

—Que a este tío se le ha subido la coca-cola a la cabeza.

Pero el locutor prosigue:

—Por todo esto, es tópico que los pastores vascos en cada nueva remesa traten de superarse. Saben que no pueden superar ese aprecio general de los Estados Unidos, donde incluso en el Congreso repetidas veces se ha hecho público testimonio de su honradez, de su obediencia, de su integridad...

A los pastores les halaga la cantinela, pero van un poco moscas. Callan y parecen otorgar.

La sede de la Compañía

Los pastores han llegado a la mansión de la Compañía que los ha contratado.

Es un edificio más práctico que rico, más funcional que bello.

Hay fotos espléndidas de pastores, de ranchos y de ovejas. Hay fotos principalmente de «la parición», que es la época del nacimiento de los corderillos, momento espectacular en la vida de los rebaños. También del esquila y de la trashumancia.

Todo está explicado en mapas, gráficos y fotos.

Cada pastor, con su acompañante campero, que es el que resuelve los problemas más elementales del pastoreo, se encarga de unas dos mil cabezas de ganado.

—Pero dos mil ovejas son muchas ovejas —dice uno de los recién llegados.

Actualmente en toda el área de Boise hay más de dos mil vascos, aunque la mayoría pasaron del pastoreo a otras ocupaciones más consideradas y lucrativas.

—Todos los que ustedes ven en el mapa como puntitos, en parejas, son pastores. Y todos de la provincia de Vizcaya —dice uno de los directivos con aire de gran suficiencia.

—¿Todos son vascos de padre y madre, de pueblos vascos, de apellidos vascos? —ha preguntado Chemari.

—Bueno, todos, todos, no. Pero todos tienen algo vasco.

La jornada del pastoreo se hace en las altas montañas, a veces casi en las cercanías con la frontera del Canadá. Pero en la invernada los rebaños descienden cerca de los ranchos. Hay ranchos que están relativamente próximos a Boise, a cien o ciento cincuenta kilómetros. Otros están mucho más lejos. Entre rancho y rancho a veces no existe tanta separación, cincuenta o sesenta kilómetros como máximo.

El equipo del pastor es suficiente y decoroso. Consiste en un carro de campaña tirado por caballerías, una escopeta, perros, a veces tres, aunque lo corriente suele ser una pareja, un aparato de onda corta, que no es sólo objeto de distracción sino que es el nexo de unión con la ciudad, el único medio de comunicación con el mundo civilizado.

En la curiosa exposición que se les ofrece en las oficinas de la Compañía, hay incluso un maniquí vestido con el atuendo ideal del pastor: camisa a cuadros, sombrero de ala ancha, botas como de soldado expedicionario.

En un gran encerado está reseñado también el sueldo del pastor por mensualidades. El sueldo será de 250 a 275 dolares, en las mejores épocas. Naturalmente la manutención y el vestuario son también por cuenta de la compañía.

Todo esto lo va explicando Esteban con cierto desparpajo y optimismo.

—Y no creáis —termina diciendo— que vais a vivir abandonados a vuestra suerte. La Compañía estará siempre pendiente de vosotros. Ella es la que os dará el gas para vuestra cocina, el colchón para vuestra cama...

—Pero, ¿vamos a tener colchón y todo? —pregunta Chaume en plan de lisonja.

—¡Naturalmente! Un impecable colchón de espuma.

¿Cómo?

—De espuma del mejor *nylon*, nada menos.

—Caramba, caramba, ¡no somos nadie! —dice uno de los pastores de más edad del grupo recién llegado.

—Ella cuidará de que vuestros faroles tengan siempre pilas y vuestros transistores también. La Compañía os llevará la cerveza y el tabaco. Y fijaros cómo cuida la Compañía de vosotros que a los que no quieran cigarrillos liados les dará tabaco y papel de fumar, hecho expresamente para vosotros.

—¡Viva la Compañía! —grita Chaume.

Algunos le responden con voz semiapagada.

Comienza a funcionar la máquina burocrática

De este salón-exposición han pasado a una especie de sala de conferencias. Les han mandado sentarse.

Los nuevos pastores se sienten optimistas pero un tanto desconcertados.

La decoración sigue siendo a base de hermosos ejemplares de ovejas, que al parecer se llevaron premios, y de paisajes vascos mezclados con los del Oeste.

Esteban sigue siendo el caporal. Se mueve de un lado para otro con carpetas y papeles y consulta de vez en cuando con los jefes, no todos vascos viejos, porque también hay americanos puros.

Los directivos van estudiando a cada nuevo pastor con cierta detención, casi también como si examinaran piezas de ganado. Se ve que, según la impresión que les producen, les asignan un lugar u otro en la lista que tienen entre manos.

—Vamos a proceder —dice Esteban— a formar las parejas.

—¿Pero es que hay que bailar? —pregunta uno.

Todos ríen.

Uno de los directivos pregunta por lo bajo a Esteban:

—¿Cómo se llama su primo?

—Chemari.

—Digo los apellidos...

—Artola, como yo, y Urresti.

—Pues habrá que mandarlo bien lejos.

—¿Por qué? —pregunta Esteban un poco excitado.

—No sea que te quite la novia —responde el directivo en tono de chanza.

Los vascos sueltan la carcajada. Y uno de ellos exclama:

—Eso estuvo bueno. Pero que muy bueno.

Chemari está causando efecto

Los jefes de la Compañía se van fijando en Chemari. Es como si advirtieran que se trata de otro Esteban pero más reconcentrado. El primo recién llegado tiene buena facha. No es nada adulator, sino más bien todo lo contrario. Teniendo la puerta medio abierta por su primo, prefiere quedarse distante, un tanto al margen. Esto intriga mucho más a los jefes.

—¿Qué os parece mi primo Che? —dice Esteban sin terminar de pronunciar el nombre.

Bajando la voz le responden:

—Podría ser incluso jefe de un equipo, siempre que no le pueda la tierra —dice uno de ellos.

—Parece un poco sentimental. Me atrevería a asegurar que se dejó la novia allá —responde otro.

—Ya olvidará —contesta Esteban.

—O no olvidará —responde el norteamericano.

—Algo de eso nos pasó a todos —insiste Esteban.

Mientras tanto los pastores cuchichean por lo bajo. Saben que en aquel momento están decidiendo, o van a decidir, el destino de cada uno de ellos.

—Tiene cara de ser hombre muy rectilíneo —dice el americano.

—Muy recto —responde el viejo vasco ya incorporado a las tareas asesoras.

—Lo importante —prosigue Esteban— es que pasen los primeros meses. Tan pronto mi primo, como los demás, se vea con los primeros mil dólares en el bolsillo —no sé si se fiará del banco— y comience a calcular lo que son en pesetas, se dedicará pacientemente a contar meses, sumando dólares...

—Es posible —dice el vasco.

—Y no es posible también —añade el americano.

—¿Ustedes lo ven tan serio y enfurruñado? Pues es el que tiene mejor humor de todos. ¿No le ven la armónica en el bolsillo? Ese se las entenderá siempre muy bien a solas con su armónica.

La estampa de Chemari es la de un hombre entero, algo ingenuo, noblote, aunque también susceptible. Chemari está imperturbable y no parece preocuparse de lo que hablen ni de lo que piensen de él.

El reparto

En medio de cierta expectación y solemnidad, comienzan las llamadas. Es Esteban el que, con la lista en la mano, los va citando.

—Celestino Urbistondo y Francisco Goicoechea.

Se han levantado los dos esperando órdenes. Entonces un experto de la Compañía, con aire ostentoso y casi marcial, les ha señalado, con un puntero de escuela, un punto en el mapa. En el sitio donde ha clavado el puntero se ha iluminado la zona y en el centro ha quedado encendida una lucecilla.

—Rancho y zona de pastoreo. Usted, borreguero; usted, su ayudante, el campero como aquí se dice.

El experto ha seguido hablando ligeramente sobre las características de este rancho y sus vecindades, zona de pastos, sitio propicio para el agua del ganado, etc.

Los dos vascos han sido acercados a la mesa y han firmado un documento. Uno de ellos ha preguntado algo en vasco. El directivo vasco le ha contestado un poco secamente, en vasco también, y le ha dicho que la Compañía lo tiene todo previsto y pensado por ellos y que no deben preocuparse por nada. La pareja, un poco encogida, se retira.

De nuevo el experto americano ha cogido el puntero, pero antes de señalar y de dar orden a Esteban de que llame a la nueva pareja, se ha vuelto y ha dicho a los pastores:

—Ustedes, naturalmente, hablan el vasco y deben seguir hablándolo. Pero conviene que tengan los oídos abiertos al inglés. Por eso mismo la Compañía les da un transistor para que acostumbren el oído, y además un aparato de onda corta que sólo deben emplear en casos de necesidad. Para que a fuerza de oír y escuchar se les vaya quedando nuestro idioma, la lengua del país en donde van a vivir estos tres primeros años. El vasco es hermoso y es una lengua respetable de la antigüedad, pero el inglés es también muy útil y es el lenguaje por el que se entienden millones y millones de seres no sólo en los Estados Unidos, en esta nueva Patria suya, sino por todo el mundo... Les interesa, pues, conocer la lengua nuestra. Eso les ayudará mucho en su ocupación...

—Pero no nos harán ir ahora a la escuela —dice Chemari cuando menos lo esperaba nadie.

El experto americano, muy diplomático, se vuelve a él y le dice:

—Aquí nada de imposición. Eso sucederá, si acaso, en otras... partes. Ustedes pueden conservar íntegros todos sus usos y costumbres y nunca les molestará nadie por eso, sino todo lo contrario. Todo lo vasco aquí es, cómo lo diría yo, emblema de señorío. Este país, como ustedes ya lo saben, es amigo, muy amigo de la libertad, y tolera en su seno no sólo las más diversas creencias, sino también todos los usos genuinos de cualquier pueblo, sobre todo si es el vasco. Y a nada más aspiramos que

a que haya respeto mutuo y sentido de comunidad, esto es, que ustedes, sabiendo como ustedes saben, que Estados Unidos les abre sus puertas de todo corazón, este Estado y nosotros, esperamos que ustedes...

—Vaya cuerda que tiene el prójimo —ha dicho un vasco por lo bajo.

—Jodé, qué manera de dorar la píldora —dice otro.

—Este es catedrático por lo menos.

—Este lo que es, hablando bien y pronto, es un *mandao*.

—Aquí ustedes donde me ven —ha dicho el experto introductor americano— yo soy nieto de húngaros, de ese país que en este momento está sufriendo en sus carnes el zarpazo del comunismo. Y este que está a mi lado —ha dicho señalando al directivo que está a su lado— es hijo de alemanes. Pero esto no es obstáculo. Aquél es vasco, pero ya americano total, y nuestro veterinario es ruso legítimo, sólo que incorporado definitivamente a Norteamérica. Que Norteamérica es grande por eso, porque ha sabido a través del tiempo y del espacio...

—Pero este fulano come lenguas.

—Lenguas de rruiseñor —aclarar otro vasco.

Esteban se ha levantado. Ha notado cierto incomodo entre sus compatriotas. Viene a Chemari y le habla al oído. Lo que le dice no es nada que tenga que ver con lo que allí se está ventilando. Lo que le está diciendo es:

—Luego van a venir Lucy y su hermana.

Seguidamente llaman a otros dos pastores por sus nombres y apellidos. También a éstos les señalan su nuevo enclave en el mapa. De pronto, se ha apagado la luz, y en una pantalla se proyecta durante breves minutos la función pastoril de antiguos compañeros.

Los pastores, al concluir la breve proyección, firman igualmente.

Luego llaman a otros dos que, de entrada, se nota que no están muy conformes con que los hayan emparejado.

Esteban, muy sagaz, aclara que estos turnos no son definitivos y que, rápidamente, conforme se vea en la práctica la manera de conducirse cada uno, podrá haber otras acomodaciones y sucesivos arreglos.

—Vuestro oficio —dice el experto— consiste en devolver las ovejas que os entregan. Las dos mil ovejas que se depositan en vuestras manos tenéis que devolverlas, no sólo en perfecto estado, sino aumentadas, claro está...

—Quiere decir mi colega —agrega Esteban— que el depósito de las ovejas es sagrado y siempre ha sido considerado así. Este fue mi oficio al llegar aquí.

Las ovejas que la Compañía deja en vuestras manos debéis considerarlas como las niñas de vuestros ojos, como dijo el gran pastor y padre de la Compañía... un vasco... también... que junto con los pioneros del país creó este sistema.

El experto le corta y prosigue:

—Quería decir antes que no sólo debéis devolver vosotros, cada dos que sois cada uno, o cada uno que sois cada dos, no sólo las dos mil ovejas nominales que se os entregan, sino estas mismas dos mil corregidas y aumentadas...

Naturalmente los pastores nuevos están hartos de discursos. Lo que ellos quieren es ver tierra y ovejas, pastos y corrales, si es que existen.

—De multiplicarse me figuro que no tendremos que encargarnos nosotros —dice Chemari.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta el experto.

—Quiero decir que yo me figuro que serán las ovejas, con el macho o los machos que haga falta, las que se encargarán por sí mismas...

No lo han dejado terminar. Los pastores se carcajean. El ambiente es, a pesar de todo, cálidamente familiar. Posiblemente los pastores recién desembarcados se habían esperado algo peor. Allí el ambiente es camaraderil y todos pueden hablar libremente.

Un leve refrigerio, según los vascos

La sesión casi se interrumpe porque han entrado dos camareros, con atuendo y fisonomía de vascos.

Reparten pastas, limonadas, naranjadas, zumos de tomate, coca-colas.

Los pastores están un poco embarazados. La mayoría de ellos quisieran mejor estar en la montaña con sus ovejas. El protocolo los tiene cortados. Uno de ellos dice confidencialmente a los demás:

—¿Qué tal les sentaría a los señores pastores una trucha recién sacada de la manteca?

—¿De la manteca o del horno? —dice otro.

—Del río quería decir —exclama Chemari—. Eso quería decir el compañero.

Los pastores beben lo que les ofrecen, pero mirándose unos a otros.

—¿A ti te gusta el aguachirle? —dice uno.

—Esto es un refrigerio, según ha dicho Esteban.

—Pero lo que yo quiero es un aperitivo —dice uno de los mayores. Un aperitivo a base de higadillos, chipirones, pajaritos fritos, calamares, caracoles, chorizo, cangrejos, trozos de bacalao, chipirones en su tinta...

—Basta, basta que nos estás poniendo los dientes largos —lamenta Chemari.

Esteban lee de nuevo en alta voz:

—Ignacio Mendiola y Carmelo Lachiondo...

El experto americano advierte a todos:

—No crean que se trata de formar las parejas y dejarlos allá perdidos. Cada pareja

de las ahora nombradas puede tener variación conforme se vaya viendo el rendimiento. Ustedes no van a estar solos nunca, sobre todo en los primeros días. Pastores hay que entienden el asunto y llevan aquí quince o veinte años...

—¿Veinte años ha dicho? —pregunta con cara de pasmo uno de los más jovencitos.

—Veinte años y más —exclama uno de los pastores viejos que tiene un cargo de responsabilidad en la Compañía. Y prosigue—: ¿Le asusta lo de veinte años? Ya quisierais muchos de vosotros firmar ahora mismo por veinte años. Y no creáis que los que llevan aquí veinte años o más son de otra manera que vosotros. Son como vosotros, vinieron aquí para tres o cinco años lo más y son los mismos que ni han vuelto allá ni volverán...

—Pero, vamos a ver, cada uno podrá volver allá cuando quiera, ¿no? —interviene con mucha calma y espontaneidad Chemari.

—Por supuesto —recalca el americano. Y añade—: Y si quiere, ahora mismo. Usted todavía no ha firmado el contrato. Sólo que, eso sí, tendría que abonar el importe de su pasaje...

Los vascos ya viejos se levantan y cogen ellos mismos las bandejas del refrigerio.

Esteban mira con cierta preocupación a Chemari. ¿Será su primo capaz de fallar? No es posible. Chemari vale por una docena de los otros. Chemari nunca lo dejará en ridículo. Las cartas de Chemari han sido las de un hombre que sabe por qué hace las cosas. Sin embargo, Esteban, justamente para no dar a entender ante sus superiores que en él prevalece el afecto al pariente sobre las demás cosas, le pregunta un tanto sarcásticamente:

—¿Es que sientes miedo ya?

—Aquí nadie ha nombrado la palabra miedo, que yo sepa. Lo que yo quería saber tan solo es si uno podía volver allá citando le dé la real gana.

—Claro que sí replican a coro los viejos.

—Y alguno pudiera volver —matiza el americano— aún antes de que le dé la real gana, porque lógicamente la Compañía, a la vista de la conducta de cada cual, es muy dueña también de rescindir el contrato si lo considera necesario.

—Pero este caso prácticamente no ha ocurrido nunca —aclara uno de los vascos viejos...

—Aquí no hemos tenido nunca conflictos laborales de ninguna especie. Decir pastores en este Estado, y en los vecinos, es decir honradez, cumplimiento de lo pactado, seguridad plena...

Ahora el que se pone de pie, sin quitarse siquiera la boina, es Miguelín, un zagal de Marquina.

—Y si la familia —dice— por cualquier causa, que Dios no quiera, nos reclamara o nos necesitara, sin haber expirado el plazo del contrato, ¿en qué condiciones

entonces... podría uno volver allá y después acá?...

El más autoritario y representativo de los vascos se ha levantado y después de mirarlos a todos ha dicho:

Somos los mejores

—Sí, muchachos, somos los mejores. Os tenéis que dar cuenta de que estáis en otro mundo aunque ninguno de nosotros haya renunciado a su pueblo y mucho menos a su lengua, a sus costumbres, a sus fiestas, a todo... Esto es tan verdad como el Evangelio. Con todo, yo os digo que lo mejor para vuestro trabajo es que no os forméis líos en la cabeza y mucho menos que se os hagan cuajarones en la sangre. Todo aquello lo llevamos muy dentro y lo seguiremos llevando, pero aquí hay que dar la impresión de que todo aquello hubiera muerto para nosotros...

Esta frase produce un poco de escándalo en algunos, que se revuelven en sus asientos. El vasco viejo prosigue:

—Queridos muchachos... y compañeros en este sagrado oficio del pastoreo, como repetidas veces nuestro cura nos ha dicho... nuestro cura, que es vasco como nosotros, y nos habla en vasco en nuestras misas. Aquí en este territorio y en otros territorios cercanos donde caben cien provincias como nuestras Vascongadas, e incluso muchas Españas juntas, desde hace años, muchos años, los pastores vascos somos queridos y respetados por encima de los demás pastores, incluso los nativos cuando los ha habido, y nada digamos de las experiencias de griegos, rusos, chinos o japoneses... Aquí en los años de guerra los vascos dimos hasta un ejemplo de gratitud como no lo dio ninguna colonia de emigrantes y algunos se fueron al frente y así se ganaron la ciudadanía americana. Pero mientras tanto los compañeros que se quedaron salvaron todo el ganado, a veces llevando tres mil y cuatro mil ovejas... Nobleza obliga. Y así somos los vascos. Hubo unos antepasados nuestros que no sólo, porque era su obligación, guardaron y enseñaron a guardar ganados, sino que fueron adelantados y pioneros en el descubrimiento y explotación de estas tierras. Pero vasco siempre ha querido decir integridad; lo vasco aquí siempre ha sido sinónimo de valentía, intrepidez y estoicismo. Somos y tenemos fama de fuertes porque sabemos vivir con el honor de nuestro linaje y de nuestra palabra donde quiera que estemos...

Algunos se entusiasman, otros guardan un poco de reserva.

—Lo importante, muchachos, es cumplir donde quiera que estéis. Aquí no hay individuos solitarios, aunque a veces os encontréis meses y meses apartados del resto del mundo. Donde está un vasco está otro vasco: donde estéis vosotros estaremos nosotros. En cualquier momento de duda no hagáis otra cosa que lo que haríais allá, y

eso será lo bueno y lo justo. Si en cualquier momento alguien intenta sobornaros, quitaros y quitarnos el prestigio que tenemos, os digo que antes debéis dejaros la piel. El buen pastor, dice el Evangelio, tiene que estar dispuesto a dar la vida por sus ovejas; pues esto es lo mismo, y acaso alguna vez haya que darla, aunque no sea lo corriente ni mucho menos. En toda mi larga experiencia al frente de pastores vascos —yo fui uno de los primeros, en la etapa más difícil—, he visto pocos casos, seré más exacto, no he conocido ningún caso, de alguien que haya desertado a la confianza puesta en nosotros.

Todo esto está produciendo en los recién llegados cierto clima de responsabilidad y hasta de heroísmo.

—La honradez y la fortaleza de nuestra raza es lo que este pueblo respeta y quiere. Antes de poner en duda esto, antes de que el concepto de los vascos sufra merma en este maravilloso país, vosotros debéis estar dispuestos a todos los sacrificios; pero sabiendo también que no estáis solos: donde hay un vasco estamos todos.

—¡Aupa el Athletic! —grita de manera casi inconsciente y conmovido Chemari.

Esto, que podía haber parecido un grito inoportuno e irrisorio, provoca un desahogo natural y sincero de todos, que aplauden y ríen.

Siguen repartiendo canapés y vasos.

Todo está resultando un poco insulso. Pero los viejos tratan de animar y de hacer entrar en ambiente a este ejército pacífico de pastores, gente la mayoría que va a algo que no sabe lo que es y que no sólo desconoce los peligros sino hasta las ventajas. Los vascos viejos quieren formar una especie de muralla alrededor de ellos para darles la sensación de que están protegidos, pero también para que siga existiendo la retaguardia, de la cual los nuevos son la fuerza de choque.

Sigue el nombramiento de parejas. Las que van saliendo forman contrastes extraños; hay uno gordo y otro flaco; dos que parecen antagónicos en todo; uno con cara de malvado y otro muy inocentón; cosas que producen risa en los presentes y ayudan a animar la operación que, de otro modo, resultaría demasiado seria. El mutismo y la poca expresividad de los vascos se presta.

Pasa por entre ellos un funcionario de la Sociedad entregando a cada uno un sobre. Algunos lo abren.

Otros lo miran con gran desparpajo. Son dólares. Se miran entre ellos.

Uno de los jefazos administrativos aclara:

—Ahí os están entregando un poco de dinero para los primeros gastos, un subsidio de la Compañía que no afecta para nada a vuestro sueldo. Es simplemente una ayuda para los primeros gastos que se os ocurran —y pone un cierto énfasis de malicia en la frase.

Chaume es el único que, al ver dólares, los cuenta y hasta se altera en su

compostura. Da las gracias de un modo demasiado grosero comparado con la impasibilidad del resto. Aunque todos sean gente más bien interesada, saben disimular.

—Eso que estáis firmando —aclara Esteban a la pareja de turno— es la copia de vuestro contrato, más una póliza de seguro personal a cuenta de la Compañía.

Hay un vasco que se queda inerte y paralizado frente a la mesita. Es un tiarrón enorme. Se le ve encogido y avergonzado.

—No importa que no sepas firmar —dice el jefazo.

—Quise aprender siempre, pero nunca pude.

—Es lo mismo, La firma no hace al hombre. Aquí ha habido muchos vascos que no han sabido firmar y que en un momento dado se han portado como los buenos.

Dirigiéndose a los demás, matiza:

—Cuando aquí, en esta ciudad y sus alrededores, un vasco no ha sabido firmar y ha tenido necesidad de hacer algún trato, le ha bastado siempre con extender la mano y esta fórmula nunca ha fallado.

Al decir esto alargó el brazo y estrechó fuertemente la mano del pastor.

—Bueno, falló una vez —intercepta otro viejo.

—Sí, falló una vez en que un judío loco creyó que era fácil burlarse de un vasco consciente y fiel; pero el vasco le rompió la mandíbula de un puñetazo.

Todos ríen.

—Fue la única vez que un vasco ha sido aquí detenido por el *sheriff*. Nunca más ningún vasco ha tenido asuntos con la justicia, ni nunca más ningún americano dudó de la buena fe ni de la lealtad de los vascos.

Los nuevos siguen sonriendo muy complacidos. Prosigue el consejero principal:

—Esto, que decimos que vale ante los bancos y ante la propia Compañía, vale también ante el juez y, ya sabéis, si un día alguno de vosotros tenéis que firmar la partida de casamiento en el juzgado ante un juez americano, con extender la mano y apretar una mano amiga todo está listo.

—Pero ¿aquí nos dejan casarnos también? —pregunta Chaume congraciándose.

—¡Jajajá! Casarse es libre, muchacho. Eso sólo depende de la otra parte, de ella.

Otro de los autorizados norteamericanos, añade:

—Aquí, aunque de momento no seáis ciudadanos americanos, porque eso no es tan fácil como parece, aunque sí que es posible —y parece querer poner una golosina y una tentación ante ellos—, tenéis salvados todos vuestros derechos igual que el primero.

Llaman a Chemari y a Chaume.

Hay un poco de chismorreo entre ellos. Todos, o casi todos, consideran a Chemari un enchufado.

Al firmar, Chemari pregunta ostentosamente:

—Digo yo: y si alguien intentara robarnos ganado, atacarnos en pleno monte, ¿cómo nos defenderíamos?

—No crea que es fácil, porque eso —riéndose— ya sólo ocurre en las películas. Y es que, si no ocurriera en las películas, no sé qué iban a hacer en Hollywood. Pero en cualquier caso, ya os lo dijo antes vuestro compatriota, Esteban. Habéis de defender las ovejas tanto como la vida propia.

—Eso mismo —dicen otros vascos antiguos.

—Eso hicimos todos. Y pasamos tiempos malos.

—Pocos saben lo que fue para nosotros la última guerra.

—Pero siempre cumplimos.

—Vaya si cumplimos.

A todo esto Chemari está todavía plantado en el centro y aún pregunta:

—Pero nos darán algún arma, algo...

—Se os da una escopeta y cartuchos, pero eso sólo para quitaros de en medio a los coyotes y a los zorros.

—No será necesario usarlas, ya veréis —agrega otro americano.

—Pero está bien lo dicho por Chemari —comenta un vasco nuevo—. Vamos solos a un sitio desconocido, queremos cumplir, respondemos con nuestras vidas... pero...

Hay signos de aprobación.

Era la última pareja Todos se han levantado. Hay algún aparte mientras van saliendo. Algún vasco viejo va comentando:

Ocho años estuve yo en esa misma región y nunca usé la escopeta.

—¿Nunca? —le pregunta otro compañero viejo.

—Bueno, sí, alguna vez para matar algún animalejo. Chemari, que lo está oyendo, vuelve a preguntar:

—¿No nos tendrán prohibido cazar...?

—Ahora está prohibido cazar —responde el jefazo—. La Compañía os da más que suficiente de todo y cualquier cosa que os falte no tenéis más que reclamarla.

—No es de la Compañía la orden de no cazar. Es del Gobierno del Estado —viene a distinguir otro de los jefazos.

Están en corros, parados junto a la puerta. Todavía les están sirviendo copas y algún aperitivo; pero es algo que no les llama mucho la atención.

Se van despidiendo eufóricos y campechanos.

—Mañana, pitando para la pradera —dicen los organizadores.

—Bueno —comenta Chemari—, nosotros iremos donde nos lleven, nosotros somos también como las ovejas.

Salen los dirigentes en flamantes cochazos.

Un restaurante vasco en pleno Oeste

Chemari y Esteban van del brazo por la calle.

Estas calles ofrecen una mezcla del desorden tradicional en el Oeste con un refinamiento supercivilizado.

Los vascos van hablando fuerte y escandalizando por la calle.

Hay gente curiosa que los observa y hace comentarios.

Han llegado a un bar donde casi no se nota ninguna diferencia con una tasca auténtica de Pamplona, San Sebastián o Bilbao.

Tan pronto van entrando los pastores los norteamericanos simpatizantes se van apartando a un lado. Ellos se sienten entusiasmados: los carteles, los toneles, los jamones colgando y los chorizos, el vino tinto que están sirviendo en jarras, todo es insólito e inaudito en aquel país.

—Pero, ¿se puede saber dónde estamos? —se preguntan.

—Estamos en «Casa Mayte», el mejor restaurante de la ciudad, el mejor hotel — responde Esteban.

—¿De dónde habrá salido todo esto?

—¿De dónde va a salir todo esto? La mayor parte de las cosas vienen de allá.

Son los dueños una familia de vascos cien por cien.

—¿Y ustedes, cómo es que se han establecido aquí? —pregunta Chemari a uno de los que están detrás del mostrador.

—Nosotros —dice— comenzamos como tú, detrás de las ovejas.

Los pastores están eufóricos y desbordados. Aunque algún emparejamiento no haya caído muy bien, ellos ya van tomando el pulso a la aventura. De rato en rato Chemari mira profundamente a Chaume y se pregunta: ¿Será posible que quien triunfe aquí con el tiempo sea éste y no yo? Es posible. Tiene la ambición en los ojos, en la punta de los dedos, en el alma. Aunque sea mi ayudante, este Chaume viene a triunfar, a costa de lo que sea...

Se alzan los *irrintzina* como si aquello fuera una romería.

Los americanos que hay en el local ponen cara de comprensión y simpatía, pero, poco a poco, se van alejando. Los vascos recién llegados ya se encuentran en su salsa. No se esperaban esto. El dueño va y viene entre ellos tratándolos como a miembros de una gran familia.

—Este debe de ser uno de los buenos negocios de Boise —dice Chaume.

—Seguramente lo es —añade Chemari.

Los vascos beben y comen como diablos.

—Aquí es donde viviréis o podréis vivir cuando vengáis a la ciudad.

—Pero, ¿se puede venir a la ciudad? —pregunta Chaume.

—Hay dos o tres fiestas al año que son intocables. Todo consiste en que la pareja se vaya poniendo de acuerdo.

—Esto me gusta —sigue Chaume.

—Esta es vuestra posada y ha sido la posada de cientos y cientos de vascos: camas buenas, con sábanas de hilo, comida de la de allá, abundante. Este restaurante se ha puesto de moda en Boise. Aquí se celebran las bodas, los bautizos, los banquetes oficiales.

Chemari ha sacado su armónica y se ha sentado en un rincón. En medio de la algarabía de los vascos, la estampa de Chemari, apartado, tocando por lo bajo su armónica, tiene un aire triste y melancólico. Apenas se sabe qué es lo que está tocando. Desde luego se trata de algo antiguo y pasado, una música lenta, sentimental y dulce. Poco a poco se va elevando el tono de la armónica y Chemari lanza con brío sus notas, notas que, más que románticas, quieren ahora ser guerreras y arrolladoras. Poco a poco se han ido callando todos los presentes y escuchan embobados a Chemari. Por él canta la tierra, la tierra remota, entrañablemente recordada y vivida.

—Es muy bello lo que toca —dicen unos americanos.

—Toca muy bien el compadre —dicen los compañeros.

Al concluir recibe vítores y aplausos. Chemari es rodeado por todos. Le insisten porque toque más y cada uno elige su pieza favorita.

De nuevo Chemari se pone en trance y toca. Lo que ahora toca es una canción sentimental, acaso una de las canciones más populares de Vasconia. Hombres de pelo en pecho tratan de disimular su emoción.

Lo que Chemari está tocando de modo leve y desgarrador es *Maite*.

*Lejos de aquel instante,
lejos de aquel lugar,
el corazón amante
siento resucitar.*

*Vuelvo tu imagen bella
en mi memoria a ver
como un fulgor de estrellas
muerto al amanecer.*

*¡Maite!, yo no te olvido
y nunca, nunca, te he de olvidar,
aunque de mi te alejes
leguas y leguas por tierra y mar.*

*¡Maite!, si un día sabes
que he muerto ausente de tu querer,
del sueño de la muerte,
para quererte, despertaré*

¡Maite, Maite, Maite!...

Todos están conmovidos, pero Chemari es el que mejor disimula. No se mueve ni una mosca en el salón que hay junto al bar.

Al concluir, todos levantan su vaso, ahora lleno de vino, y brindan muy serios por la tierra lejana que les dio el ser.

Curiosidad malsana

Uno de los funcionarios de la Compañía que, hasta ahora, apenas había intervenido en nada, un tipo menudo, con gafas, de aspecto más bien tímido, una vez que se ha hecho el silencio, se ha acercado al grupo y ha preguntado con cierto afán:

—¿Y por allá, qué tal?

—¿Dónde es por allá? —pregunta uno.

—Por Madrid.

—Así, así —responden.

—Por allá —insiste él por su cuenta— deben de ir mal las cosas.

—¿Cómo lo sabe?

—Es lo que dicen los periódicos.

—No se fíe de los periódicos. Dicen muchas mentiras.

—Los de allá también dirán mentiras, me figuro —persiste el funcionario.

—Regular. Como todos —le contestan.

—Pero ustedes por lo visto no eran muy felices allá.

—No éramos ni felices ni desgraciados.

—¿Por allá cómo se vive?

—Mal, pero bien.

—¿Mal pero bien? No entiendo. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —ha replicado uno de los mayores recién llegados— que allí todo va bien menos lo que va mal.

—¿Y qué es lo que va mal?

—Usted quiere saber demasiado. Usted lo que tiene que hacer es tomar el avión y aterrizar por allá. Así lo que sea lo verá por sus propios ojos... —y el vasco, muy orgulloso y digno, se ha retirado del grupo.

Chemari, para aliviar la situación, ha seguido tocando la armónica.

Somos pocos, pero estamos en todas partes

Los vascos han ido a conocer sus habitaciones para esa noche. Cada uno tiene su equipaje muy bien colocado. Cada uno tiene, además, y con su nombre, un formidable macuto en donde hay camisas a cuadros, calcetines, gorra con visera, linterna, navaja de pastor que sirve para todo, tabaco, papel y sobres, sellos, block, bolígrafos, un mapa del Estado de Idaho, un pequeño diccionario de inglés español y español inglés, una caja de chicle, pañuelos de papel, servilletas, mechero de cocina, mechero de uso personal, papel higiénico, una caja de aspirinas, etcétera, etc.

Estaba Chemari celebrando como un niño este obsequio cuando Esteban lo ha sacado de su cuarto.

—Tienes visita.

De nuevo están allí las dos hermanas, una de ellas, como se sabe, prometida de Esteban. Vienen muy elegantes.

Están acomodados en un saloncito, más bien cursi, propincuo al bar y al restaurante. No están solos. De vez en cuando entran parejas, matrimonios amigos, grupos de muchachas, americanos solteros o por lo menos solitarios. Es lógico pensar que muchos de estos contertulios ya están vinculados a lo vasco por sentimientos poderosos.

Esteban los va presentando a distancia:

—Ese es el alcalde de la ciudad. Tiene la medalla de pastor *honorario*.

En un rincón del saloncito hay una pantalla de televisión. Por unos instantes Chemari cree que está en su pueblecillo por las fiestas. Se trata de una película del Oeste, naturalmente con muchos caballistas y muchos rebaños. Hay tiros a barullo.

Mira, Che, el secretario del gobernador. Vasco. Esteban saluda a su mujer, una rubia altísima y desgarrada, con una rendida inclinación de cabeza.

Los bomberos

Por la puerta pasan tronando y alborotando sirenas y campanilleos desesperados. Chemari se levanta.

—No te preocupes —dice Esteban—. Son los bomberos. Eso está aquí siempre a la orden del día.

La alarma pasa. Posiblemente el fuego es muy lejos. O no existe en realidad fuego alguno. Todo sigue igual.

Esteban pide dos whiskies. Ellas tomarán helado.

El hostel parador de «Maite» está concurridísimo a esta hora. Unos entran y otros

salen.

Ese es el director del banco, de uno de los bancos. No hay más que verlo: vasco. Y el subdirector de otro banco, y el cajero de otro, todos vascos.

—Eso está bien —responde Chemari— que seamos los amos de los cuartos.

—Pero lo más importante es que el jefe de la policía también es vasco.

—O sea, que somos pocos, pero estamos en todas partes.

Al traducirles la frase ellas lo celebran. El mismo hecho de que Chemari esté prescindiendo de las muchachas, sin que se pueda decir que se está portando groseramente, hace que ellas se interesen más por él.

Chemari más que huraño es tímido y más que gracioso es humilde y sencillo. Pero va imponiendo su fuerza. Cuando Esteban ha salido a bailar con Lucy ha empujado materialmente a Chemari para que saliera también con la hermana de su novia. Pero no ha sido posible mover a Chemari de su asiento.

Por lo que se ve, Esteban esperaba que Chemari iba a estar más animado. Por eso al sentarse ha pedido una botella de champaña.

—Bravo —contesta Chemari cuando todos menos lo esperaban.

Por dentro Chemari está haciéndose sus cuentas. Que Esteban, al cabo de siete años de vida norteamericana, tenga novia, se explica. Pero él, que acaba de llegar, sería incomprensible que saliera a bailar. No se perdonaría nunca serle infiel a Maribelcha el primer día de su llegada. Eso sería como para no regresar jamás.

Al traer el champaña se disponen a brindar.

—Por la feliz llegada de Chemari —grita Esteban.

—Por tu próxima boda —contesta Chemari con solemnidad.

De nostalgia también se vive

También en el salón vecino lo están pasando bien, aunque en los momentos de mayor jolgorio y euforia siempre hay algún vasco cabizbajo y ensimismado. Alguno casi no prueba la comida. Son, sobre todo, los vascos viejos, ya afincados allá, los que están experimentando más fuertemente el revolcón de los recuerdos.

Hay un recién llegado que describe un naufragio en las cosas vascas; esto hace entrar en nostalgia a uno de los viejos, que revive su pasado y lo que pudo ser su villa actual. Tiene dinero, comodidades y consideración; pero algo ha fallado en su existencia. Puede ser que su nostalgia esté centrada en el momento en que consiguió el pasaporte americano, cosa que le produjo gran alegría en aquel instante; pero en prenda queda claro que tuvo que ceder alguna parte íntima de su ser, concretamente un amor.

Todo lo salva en seguida cantando las canciones de su tierra y disimulando.

De vez en cuando se acerca alguno de los jefazos que pregunta:

—¿Falta algo por aquí?

—Todo va bien —responden unos.

—Estamos *aviaos* —contestan otros.

—Brindemos por el noble pueblo americano —grita un poco extemporáneamente, medio borracho ya, medio cobista, Chaume, que además anda preocupado con el aislamiento de Chemari.

—¿A que ése no pisa el monte? —dice denunciando sus propios recelos.

¿Será Chemari un rival?

A todo esto Esteban y Chemari hasta han dado unos pasos de baile en el saloncito, Chemari muy torpón y alicorto, Esteban muy desenvuelto.

Resulta pintoresco el diálogo entre la novia de Esteban y Chemari, sobre todo cuando en plan de broma logra por fin Lucy sacarlo a bailar y, quiera que no, sin saber, baila las más locas danzas americanas.

Lucy sabe alguna que otra palabra en español.

—¿Cómo se dice Semari...?

—Pues eso, Chemari...

No, no, niega ella con la cabeza, e intenta repetir, complacida, el modo de expresarse de Chemari.

—Tú quedarte aquí —dice la novia de Esteban.

—No, no —dice Chemari.

—¿Por qué no se ha de quedar aquí...? —dice ella interrumpiendo el baile y acercándose a Esteban.

—No, no —repite Esteban, muy serio.

Y por si fuera poco, Esteban perora durante un rato, diciendo que, de entrada, a todo el que llega le es preciso cumplir lo que manda el reglamento. Otra cosa será cuando haya pasado un poco de tiempo, tan pronto haya cumplido un plazo prudencial de servicio con el ganado. Para convencer a Lucy, pero también para que Esther se impresione más, añade:

—Díselo a tu padre y verás lo que piensa sobre el particular. Aun los ajenos a la Compañía saben que esto funciona como un reloj...

Lucy trata de demostrar a Esteban que su empeño porque se quede Chemari obedece tan solo al gusto de Esther. Así podrían salir los cuatro juntos, incluso los finales de semana. Sin embargo, Esteban reacciona en taciturna desconfianza. Lucy

ha puesto demasiado calor en la cosa.

—¿Te parece mal la combinación? —ha dicho por fin Lucy volviendo a acariciar mimosa, mientras bailan, a Esteban.

Chemari, aburrido de la sosez de esta juerga y mucho más porque está cansado y porque se acuerda mucho de su novia, dice:

—Estoy que me caigo de sueño.

Pero no lo dejan irse.

Otra canción vasca

Ya los principales están abandonando la fiesta. El día siguiente será el día de la marcha y antes de la salida recibirán las últimas instrucciones. Lo sensato es que se vayan a la cama. Tienen muy bien merecido el descanso. Hay que tener en cuenta que la mayoría de ellos es la primera vez que hacen un viaje largo en avión. Luego, las horas de Nueva York han tenido que ser agotadoras.

Chemari está que se cae.

Pero Lucy y Esteban no están por retirarse, ni tampoco Esther. Insisten en que hay que salir a dar una vuelta.

Salen a la calle. Hace una noche hermosa. Chemari mira hacia las estrellas olvidado de todo.

Aquel es su mismo cielo, pero no se lo sabe de memoria como visto desde su aldea. Es como si algo hubiera cambiado en aquel misterioso tablero tachonado de carbones refulgentes.

Van atravesando las solitarias, las bien iluminadas, las limpiísimas calles de Boise. De vez en cuando Chemari se para en una tienda.

—Pero, ¿aquí venden revólveres así, al que los pide? —pregunta a Esteban.

—¿Por qué no?

—¿Es que te gustan? —dice Lucy.

—Estos de las películas, mucho.

—Pues yo te regalaré uno. En casa hay muchos.

—Yo lo pago... lo que valga...

—¡Tú qué vas a pagar! —replica Esteban con aire protector.

En algunos bares, más bien penumbrosos, se escuchan voces y música. Hay pocos edificios de más de dos pisos. Pero todos están pintados de colores vivos y brillantes. Aunque apenas hay tránsito de coches, las farolas de las esquinas se encienden y apagan intermitentemente.

De nuevo Chemari se ha parado ante otro escaparate. Allí hay no sólo revólveres,

sino rifles y escopetas bellísimas.

—¿Tanto te gustan las armas? —dice Esther, frase que en seguida tiene que traducir Esteban.

—Es que yo en mi vida no he tenido más que una escopeta, una escopeta del año catapún...

—Yo diría —agrega Lucy— que Semari de lo que tiene aspecto es de jugador de baseball.

—¿Qué dice? —pregunta Chemari.

—Que tienes facha de deportista —aclara Esteban.

Chemari vuelve a su mutismo. Recela que no le dicen la verdad y que se van divirtiendo un poco a su costa.

La ciudad, más que tranquila, parece medio muerta. Sólo de tarde en tarde descubren algún rincón un poco alborotado. Los hombres permanecen sentados a lo largo de las barras, y por el centro de los salones van y vienen mujeres con poca ropa y ademanes descocados. Lucy y Esther no parecen escandalizarse de nada.

A Chemari le da por preguntarse para sus adentros: ¿Será virgen Lucy? ¿Será Esther virgen? Y no sabe qué contestarse. De aquellas mujeres a Maribelcha hay un abismo, un abismo tan grande como del cielo a la tierra.

Entran en un bar más elegante. Hay una rueda de jugadores. En un sitio cartas, en otro dados. Chemari al probar de nuevo el whisky hace un guiño muy raro. Ellas ríen.

Al salir se encuentran con otros pastores de los recién llegados. Un poco alegres, dan palmadas en el hombro a Chemari diciéndole:

—Esta pareja es mejor que Chaume. ¿No te parece?

—Claro que lo es. Chaume ni siquiera es vasco genuino.

—Esta sí que es. A ésta la nombramos vasca legítima, si ella quiero.

Prosiguen adelante Algunos ciudadanos de Boise se paran en la calzada pura comentar:

—Son los nuevos. ¿No los ves? Acaban de llegar. Tienen todavía el pelo de la dehesa.

—Pero son fuertes, son resistentes.

—Siempre hacen igual. El día que llegan les dan una buena ración, los hartan de whisky hasta que caen. Al día siguiente, al monte. Y muchos se pasan años sin volver a la ciudad.

Son gente extraña estos vascos...

Al final de la callecita hay un pequeño jardín. Allí hay un grupo de pastores cantando. Cantan las canciones de su tierra. Están solos y emocionados, como soldados la primera noche que llegan al frente.

Parejas y matrimonios que salen del cine se paran para escuchar. Alguna muchacha más joven dice:

—Debe de ser muy aburrido eso de cuidar ovejas allá en las montañas.

—Son buena gente —dice la madre.

—Es gente dura y fiel —remata el padre.

Aparece Chaume con otro grupo de pastores. La pandilla de Chaume va un poco cargada de alcohol. Al ver Chaume a Chemari se adelanta hasta él y le grita un poco ebrio:

—Ya te has escapado, so granuja. ¿Cómo no te ibas a escapar si tienes a tu lado al mandamás número uno? ¿Y qué tal va el *ganao*?

—Va —responde Chemari.

—¡No ha de ir! Así, cualquiera.

—¿Y qué me dices del país de las maravillas?

—Yo digo lo de siempre: que aupa el Athletic.

Los pastores aplauden.

—¿Sabes lo que te digo, Chemari?

—¿Qué?

—Que tú eres un *enchufao*.

Chemari ha estado a punto de estallar, pero Esteban le ha cogido del brazo, diciendo:

—Esta noche está permitido todo. Además, ese ya tiene bastante. Tendrá que estar a tus órdenes.

—Pero a ratos tiene mala sombra... —murmura por lo bajo Chemari.

—Déjalo, hombre, ya se amansará. Ese es de los que, luego, se pasará el día dándote coba, ya verás.

Por las aceras, sentados en corro, permanecen algunos de los vascos recién llegados. Uno de ellos, un poco trompa, hace como que torea en el centro de la calle a un descapotable que pasa a todo gas. En el centro del corro hay una botella de whisky. Uno de ellos dice:

—Esto es como los Sanfermines, sólo que sin gente, sin música y sin toros...

Ya están cantando a coro:

*Tenemos un defecto
que no nos gusta
el chacolí...*

Uno de los vascos grita:

—Más matarratas de ése.

—Sí. Bebamos de esto que sabe a cama vieja, a chinche aplastada, a cuerno de cabra con vinagre.

—Es lo que beben los señoritos allá.

Esteban, las muchachas y Chemari han montado en un coche. Nada más montar, Chemari ha sacado su armónica y se ha puesto a tocar. Mientras él toca, Esteban va

recitando la canción.

*Buscando hacer fortuna
como emigrante
marché a otra tierra
y entre las mozas una
quedó llorando por mi querer...*

Lucy ha notado el cambio de voz de Esteban y pregunta:

—¿Qué es lo que dice...?

Chemari sigue imperturbable. Y Esteban le sigue:

*Vuélvete al caserío,
no llores más,
que en unos pocos años
muy rico me he de hacer
y si me esperas
lo que tú quieras
de mí conseguirás...*

—No entiendo nada —grita Lucy. Y añade: —¡Más despacio!

—Pero es muy dulce y bonita —dice Esther en inglés.

Ellos continúan:

*Maitechu mía,
Maitechu mía,
calla y no llores más.*

Algo raro han notado las mujeres en esta exclamación. Es algo más que una llamada de la tierra. Lucy en este momento está arrepentida de haber dicho que Chemari se quede en la ciudad. Aquel ser tiene una influencia extraña sobre Esteban. Por lo pronto, casi queriendo evitarlo, Esteban se ha desligado de todo y está pendiente del sentimiento que emana de la letra y de la música de la canción.

A lo lejos se escuchan voces compactas de hombres que repiten:

*Maitechu mía,
Maitechu mía,
calla y no llores más...*

Un las entrañas de la adormecida y tranquila Boise hubo algo así como un sacudimiento cósmico. Aquella canción, llegada nada menos que desde un mundo antiguo y misterioso, mundo que existía ya cuando Boise no era más que desierto y rampa para el búfalo en manada.

Lucy y Esther dijeron casi al mismo tiempo:

—¿Se ha terminado va?

—¿No queda nada más?

—¿Pero entienden éstas lo que estás cantando? —preguntó Chemari a Esteban.

—Algo entienden, no mucho, pero les gusta. Ya ves que les gusta. Casi tienen lágrimas en los ojos. Continúa.

Esteban había parado el coche en una carretera al borde de algo que parecía un parque. Entre los árboles se veían diseminados algunos edificios. No todos tenían luces encendidas. Chemari se aplicó a la armónica.

*Yo volveré a decirte
las mismas cosas que te decía
y volveré a cantar...*

Ciertamente Esteban estaba inspirado. Ellas no le habían conocido nunca en esta faceta sentimental y evocadora.

*... zortzikos al pasar,
con toda el alma,
Maitechu mía.
Por eso cruzo el mar
y debes esperar...*

Chemari cortó en seco y se guardó la armónica.

—Ya está bien de canciones.

—Pero si es muy bonito.

—*Very good*... —repetían ellas.

—Se terminó lo que se daba —dijo Chemari.

—¿Qué dice? —preguntaron ellas.

—Nada, nada. Que ya está bien de gaitas —dijo secamente Esteban.

Es un momento de vaciedad y silencio. Esteban, con esta rememoración de sus añoranzas, se ha puesto de mal humor. Chemari se encuentra tirante, como agresivo.

—¿Qué hacemos? —dice Esteban.

—¿Qué vamos a hacer? —contesta Chemari. Y añade muy lacónico—: Lo mejor es irse a la cama, cada mochuelo a su olivo.

Inesperadamente para las muchachas, Esteban, sin replicar, vuelve el coche y se encamina a la población.

Chemari se va diciendo para sí mismo: «No pasó nada. No ha pasado nada. Lo mejor siempre es que no pase nada.»

Esteban repite ante ellas, en plan de excusa y justificación:

—Está muerto. Está completamente rendido. Desde hace cuarenta y ocho horas no ha pegado un ojo. Pero Chemari no es así. No le conocéis. Cuando le da por divertirse y se pone a tono da gusto... Pero no hay que llevarle la contraria. Yo lo

conozco bien...

Chemari adivina que van hablando de él, y esto, más que inquietarle, le produce cierta satisfacción.

Hasta mañana

Han llegado al hostel «Maite» donde Chemari está alojado. Hasta las muchachas han bajado del coche para despedir a Chemari. Este, dándose cuenta de su falta, se dirige a Esteban con la súplica de que lo traduzca:

—Diles —dice— que como decimos allá hay más días que longaniza. Otro día lo pasaremos en grande, pero es que...

—Hasta mañana —dice Esteban, dándole un coscorrón.

—Hasta mañana —repiten ellas tendiéndole afectuosamente las manos.

Se han ido y Chemari se queda solo en la puerta. No sabe qué hacer. No es cierto que tenga ganas de dormir. Tampoco se siente animado para recorrer solo la ciudad. En cierto modo es ahora cuando siente el primer golpetazo de soledad.

Ve a unos compañeros que vienen por la acera. Se dirige a ellos. Cuando está cerca les grita:

—¡Aupa el Athletic!

Forman una buena pandilla. Algunos de ellos están bastante cargados de alcohol.

—¿Vosotros creéis que somos pastores? —dice uno de ellos. Y añade sin esperar respuesta de nadie—: Nosotros lo que somos es unos carneros y nos llevan a pacer. Cuando estemos bien cebados, nos castran y en paz...

—Eso será a ti —replica uno.

—A mí y a todos —responde él.

—Pero empezarán por ti.

—No se sabe por quién empezarán. Creo que por Chemari no. Lo que nos distinguirá a unos de otros, será el destino que nos den. Unos servirán para salchichas, otros para latitas de carne, algunos para mantequilla...

Todos ríen. Van llegando más. Incluso hay alguno que los ha oído hablar y sale del hostel. La extrañeza del lugar y la emoción no los deja dormir. El vasco más hablador —que es el que tiene más alcohol encima— dice:

—¡Puñeta! Iros todos a dormir. Yo me quedaré de imaginaria.

Dos de ellos se desplazan al hostel por una botella.

Les quieren vender whisky. Ellos dicen que están hartos de eso, que el whisky no sabe a nada bueno.

Se animan y compran una botella de coñac, aunque les sale muy cara.

—¿Te parece que es momento para reparar en gastos?

—Yo creo que no.

—Pues lo mismo digo.

Una borrachera de las que hacen época

Vuelven con la botella y los demás lo celebran palpándola tiernamente; besándole el culo de vidrio, chupeteándola, dándole dulces cachetitos.

Chemari es de los más animados. De repente, en un momento de silencio, dice:

—Y a nosotros, ¿quién nos habrá engañado para que estemos aquí?

—Pues es verdad —replica otro.

Se pasan la botella. Al terminar su trago, Chemari murmura como para sí solo:

—Y a mí que me gusta esta porquería de pueblo...

—Oye, tú —le aclararon—, que estamos en la capital del Oeste.

—¿Estamos en la capital del Oeste? Pues por eso mismo. A beber se ha dicho —exclamó Chemari.

Beben con entusiasmo.

—Y digo yo —pregunta uno de los vascos— ¿por qué aquí la gente será tan triste?

—¿Pero tú has visto gente? ¿Dónde?

—Tiene razón el muchacho. Yo también he visto gente al pasar y parece como si todos estuvieran cansados.

—¿No querrás decir de trabajar? Aquí los únicos que la vamos a hincar vamos a ser nosotros.

—Pues a mí, como me aburran las ovejas —dijo Chaume— las mando a que las cuide su tía.

—Tenéis razón —dijo Chemari—, este pueblo es como si tuviera la losa encima. ¿No veis qué silencio? En la aldea hay más ruido que aquí.

—¿Por qué no los despertamos?

—Vamos a despertar a todo el mundo.

—Eso, eso. Cuando quieran protestar ya estaremos en el monte. Para que se acuerden de nosotros...

Y siguen bebiendo.

¿Quién para a once vascos metidos en juerga?

Ya no hay quien los pare.

Uno se ha puesto sentimental. El coñac le ha dado por contar los kilómetros que lo separan de su aldea. Los demás se ríen de él. Se queda tirado, sentado en un portal, murmurando cifras.

Caminan solos por la ciudad pisando fuerte y soltando carcajadas por cualquier cosa.

De nuevo están parados en el escaparate de una gran armería. Es fantástica la colección de armas largas. Mientras los demás discuten sobre los fusiles, uno de los vascos trastea hábilmente en el escaparate.

—Con eso se puede matar muy bien un elefante.

—Y una ballena.

El vasco prosigue maniobrando pacientemente.

—Por si no lo sabéis, os digo que soy un experto en cerrajería. Y soy de Mondragón.

Mete la navaja y hace pruebas y tentativas de levantar el cristal. Suda y bebe repetidas veces durante la operación. Mientras tanto sus compañeros repasan las piezas. Hay botas, cinturones de vaquero, sombreros, navajas de monte, cepos...

Por fin el cerrajero ha dado en su maniobra con un procedimiento para correr el cristal y sigilosamente saca un soberbio fusil. Los demás le miran espantados. Sin que los otros se aperciban casi, lo carga.

La está gozando mientras los demás salen corriendo. Y en medio minuto, sin encomendarse a nadie, dispara sobre una farola haciéndola añicos. Deja el fusil en su sitio y sale corriendo detrás de sus compañeros, que le gritan:

—¡Gamberro, gamberro...!

Se han encendido luces en algunas casas. Se ha escuchado algún grito de socorro de alarma, o de algo parecido.

¿No es cierto también que ha sonado algún silbato o alguna extraña sirena?

Los vascos corren que se las pelan. Lo están pasando en grande. Casi como niños.

¡La Policía!

Se ha presentado un coche-patrulla. El vasco que corre se ha quedado parado. La Policía le pregunta algo en inglés que el pastor escucha encogido de hombros. Por fin lo dejan y siguen sus pesquisas. El vasco queda amedrentado como un niño sorprendido en una travesura. Después se pone a saltar. En esta actitud lo ha sorprendido de nuevo el coche-patrulla. El jefe de la patrulla, que es vasco, le reclama en vasco formalidad. El pastor se queda pasmado, y sale corriendo. Corriendo se topa

con los demás compañeros que están sentados al pie de una estatua.

¿Es la estatua de un general de la guerra de Secesión o la de un pionero del Oeste? El caso es que los vascos deciden bajarla del pedestal.

Manos a la obra

Rápidamente se aplican a la tarea. Haciendo un gran esfuerzo entre todos intentan mover la figura de bronce.

—Oye, tú —dice uno de los mayores—, sigue la calle recto, ve otra vez a la posada y trae una botella. Esto necesita esfuerzo y hay que animarse...

Trabajan como brutos.

—Maldición —dice uno de ellos—. ¡Que me pilláis un dedo!

—No chilles, hombre.

No es fácil la faena. El vasco que fue al hotel viene con una botella y dos compañeros más.

—Pero, ¿qué estáis haciendo? —preguntan asustados.

—Nada, estamos cambiando de sitio a este almirante.

—¿Quién te ha dicho que es almirante? —pregunta Chemari.

—Bueno, si no es almirante será general.

—No es lo mismo.

Están sudando. Los recién llegados se entregan con brío y entusiasmo a la faena de bajar la estatua.

—A ver si se cae y la jodemos —dice Chaume.

—No seas agorero. A la estatua se la está tratando bien —dice el vasco más respetable entre ellos.

—Se le está tratando como lo que es: como a un superior.

—Eso mismo.

Los vascos jadean, pero ya la estatua está ladeada. Ahora viene la parte más difícil, que es tumbarla y bajarla con cuidado.

Dentro de la gran borrachera que tienen los vascos se conducen con enorme seriedad.

—Pesa lo suyo el almirante.

—Habrás querido decir el general.

—Yo creo —dice Chemari— que no es ni almirante ni general. Más bien parece un misionero de paisano o algo así.

—Cállate tú. ¿Tú qué sabes? —le replica Chaume.

Todos arriman el hombro como si se tratara de una empresa importante o de un

campeonato decisivo. De cuando en cuando descansan.

—Carajo con el almirante.

—Cojones con el general.

—Almirantes son los de mar y generales los de tierra —agrega bobamente Chaume.

—Yo soy tan almirante como éste —dice uno muy tímido, que hasta ahora no había respirado.

—Yo soy más general que éste —le sigue otro montándose encima de la estatua como si fuera un caballo.

—Formalidad, formalidad, muchachos —recomienda el vasco más antiguo y respetable, que también tiene una soberbia *castaña* encima.

Todos arriman el hombro a la estatua, como si fueran esclavos a golpe de látigo.

—¡A la una, a las dos, a las tres...! —gritan mientras empujan. La estatua ya ha sido desplazada al centro de la avenida.

—¿Y dónde la ponemos ahora? —pregunta el caporal.

—¿Sabéis dónde podíamos ponerla? —pregunta Chemari.

—¿Dónde? —preguntan todos a la vez.

—Se la podíamos llevar a mi primito a la oficina.

—Está muy lejos —dicen unos.

—¡Pues no quieres tú que trabajemos nada! —dicen otros.

—¿Y al hostel, por qué no la llevamos al hostel? —insinúa Chemari.

—Yo no soy partidario de sudar tanto —replica Chaume.

—Yo lo que creo es que a ti te estorba todo lo pesado.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Quiero decir que eres más gandul que una alpargata...

Al ver el cariz que va tomando el diálogo, el caporal interviene:

—Haya paz entre los fieles cristianos.

Todos ríen y prosiguen empujando:

—Yo lo que pienso —dice el caporal rascándose la cabeza es que el almirante, general o lo que sea, ya ha estado bastante tiempo en este sitio. Si es cierto que ganó muchas batallas, en la tierra o en el mar, donde fuera, yo lo que creo es que nosotros, siempre con los honores debidos, debemos trasladarlo a un sitio más tranquilo que éste. Decididamente este no es el mejor sitio para un gran hombre...

Por turno van acariciando cómicamente la efigie de la estatua. Sin embargo, no hay irrisión por el personaje.

—De veras que tiene cara de haber sido un tío importante.

—A lo mejor debió de ser el tío más importante de América.

—Pudiera ser.

—Después de Colón, me figuro.

—Tienes razón. Después de Colón.
—Colón fue el más grande.
—Colón no hay más que uno.
—¿No fue Colón el que puso un huevo de pie?
—El mismo.
—Eso debe de tener mucho mérito.
Y apuran la botella.

Una idea inspirada

De nuevo cargan entre todos con la estatua, que es un bloque bastante regular.

Ha pasado un coche de la población y los que van dentro, un matrimonio, una pareja, tipos que van seguramente de retirada, se quedan mirando asombrados el gigantesco esfuerzo de los vascos. Pero no comprenden nada de lo que sucede. ¿No será que los ha contratado el municipio para aquella labor? Los vascos la están ejecutando con perfecta seriedad, sin prisas y sin alarmas.

Han llegado a un pequeño jardincito. En ese momento a Chemari se le ocurre decir:

—Oye, amigos, ¿y por qué no la cambiamos por esta dama, que también debió de ser famosa?

Todos se han quedado mirando la estatua de una dama recogida entre árboles. Están estupefactos.

—Muchachos, Chemari ha tenido una idea inspirada —aclara el caporal.

—Es cierto —asienten todos, incluido Chaume.

—He visto que estaba tan solita la pobre...

—Nada, nada, que has tenido una buena idea —dice el caporal.

—Demasiado sola ya está la dama.

—No hay derecho.

—Y él también estaba solo.

—Pero él era almirante o general.

—A lo mejor eran marido y mujer.

—Pues no es justo que estuvieran separados.

—Hay que juntarlos.

—Esto es lo que yo quería decir.

—Teníamos que ser nosotros los que remediáramos esto.

—Lo que no remediamos nosotros no lo remedia mulle.

—Es que nosotros somos grandes —dijo el caporal.

—Tan grandes como este almirante...

—Mucho más grandes que este general...

—Sí —interpeló Chemari a Chaume— con permiso de la señora. —E hizo una mueca de saludo.

En un santiamén los vascos han hecho descender a la dama de su pedestal. Ha sido más fácil que el descenso del ilustre adelantado del Oeste. La dama ha permanecido un rato a hombros de los vascos como si se tratara de una imagen religiosa. Se ve también que es de materia más ligera que la del ignorado líder local.

Todo esto los vascos lo hacen con increíble seriedad. Casi, casi como si estuvieran cumpliendo un rito.

Una vez juntas en el suelo las dos estatuas descansan y se limpian el sudor.

—¿Se agotó el coñac? —dice el caporal.

—Se agotó —responden todos con un murmullo grotescamente tristón.

—Pues que traigan otra.

Le toca ir a Chaume por ella.

Casi un drama

En vez de regresar Chaume con la botella, quien regresa es Benito, uno de los vascos jefazos. Nada más verlo se quedan todos tan petrificados como las dos estatuas. Viene alarmado, fuera de sí, como loco.

—Esta noche nos hemos jugado aquí tontamente, no me diréis que no, el prestigio de doscientos años de perseverancia y laboriosidad, acrisolada en este hospitalario país...

—Muy bien dicho —dice Chaume.

—Cállate tú, acusica —le gritan.

—¿Sabéis lo que estáis haciendo? —prosigue—. Pues estáis echando por tierra la labor heroica y tenaz de muchas generaciones de vascos, honrados y cumplidores.

—El tío éste habla bien —comenta uno de ellos.

—No se dice el tío éste —agrega el caporal—. Se dice el compadre.

—Pero que tiene un pico de oro el compadre no lo negarás —comenta uno de los que han permanecido más tiempo callados.

—No te fíes nunca de los que hablan tan bien —dice Chemari.

—Eso también es verdad.

—Al compadre —agrega Chemari— lo que le pasa es que es enemigo declarado de nuestro almirante general...

—Es posible.

—¡Viva nuestro almirante! —dicen unos.

—¡Viva nuestro general! —vociferan otros.

El jefazo don Benito está desesperado. Se está poniendo melodramático. Va y viene entre ellos con las manos en la cabeza, abrumado. Su irritación resulta mucho más cómica dada la tranquilidad y la pasividad del resto de los vascos.

—Hoy —prosigue el jefazo Benito— no sólo hemos echado un baldón sobre la historia de nuestros pueblos, el pueblo de cada uno, el pueblo vasco, sino que a la par habéis cometido, menos mal que sin saberlo, y porque estáis rematadamente borrachos, como cubas...

—... sin insultar.

—Como se ponga tonto lo colocamos en vez de la estatua toda la noche ahí arriba...

—Habéis cometido, digo, un ultraje al fundador de esta ciudad, tan pródiga y gentil con todos nosotros...

—El compadre no parece vasco.

—Habla demasiado bien —insiste Chemari.

—Habla mucho —dice el caporal.

—Habla casi como el jefe de sindicatos del pueblo, casi.

El jefazo continúa:

—Acaso esto lo vamos a pagar muy caro. ¿Dónde creéis que estás? ¿Qué dirá mañana el alcalde de Boise? Estáis en un país civilizado, en un país libre pero muy amigo del respeto; en un país hermano pero que no tolera...

—Viva don Benito, nuestro diputado —gritan los vascos, tirando las boinas por el aire.

Ha sonado el pito de una sirena. El jefazo Benito se ha escabullido como un actor bien estrenado.

Los demás vascos se han quedado preocupados, mirando pensativos las dos estatuas.

No suben a cuál de las dos dirigirse. Las cogen y las dejan otra vez en el suelo. Llega un momento en que algunos vacilan sobre el sitio que ocupaba cada una.

—Muchachos —dice el caporal— ¡manos a la obra! Cada estatua a su sitio en menos que canta un gallo.

El caporal dirige la operación y a cada cual lo coloca en el sitio oportuno. Al grito de uno, dos, tres, comienzan el arrastre de las estatuas. Los vascos, dóciles y obedientes, arriman el hombro en silencio y eficazmente. El caporal, de vez en cuando, dice:

—Así, así, muchachos. Cada mochuelo a su olivo.

—Es lo mejor. Lo mejor es siempre dejar las cosas donde estaban —comenta un vasco como si dijera, sin saberlo, una profunda sentencia.

El caporal, de repente, grita:

—Quietos, muchachos. La estamos liando. El almirante o general del diablo no estaba ahí. Ese es el sitio de la dama...

—Anda, pues es verdad.

—Atrás todo. Comencemos de nuevo por el principio —grita.

—Lo mejor es —agrega Chemari— que tanto al señor como a la señora el día del Juicio les pille en su sitio.

—Eso mismo digo yo —dice Chaume.

—Cállate tú, que eres el que nos ha denunciado.

—¿Que os he denunciado? Quien me diga eso en serio... —hace ademán de pelea.

Los demás se ríen. Es como si en este juego bobo del traslado de las estatuas estuvieran empleando unas energías que bien hubieran podido desahogar de otro modo. Se están fatigando como bestias.

Poco a poco los colocan. Una vez que cada personaje está de nuevo en su sitio, se sientan en las escaleras del pedestal del general, completamente rendidos. De rato en rato miran hacia arriba muy respetuosos y formales, como si no hubiera pasado nada.

Llegan Benito y otros vascos responsables muy autoritarios y solemnes.

Al llegar hasta el pacífico grupo se quedan de una pieza. Miran asombrados hacia las estatuas con enorme desconfianza. Al ver que todo está normal, miran insistentemente al jefazo Benito, hasta que uno de ellos, el mandamás, dice:

—Oye, todo eso no habrá sido cachondeo tuyo...

Los vascos sueltan la gran carcajada. Cogidos por los hombros y balanceándose se dirigen todos al hostel. Los recién llegados están tan cansados que ni siquiera se dan cuenta de la ciudad que van pisando. Van deseando encontrar un colchón y tumbarse.

El mandamás de los vascos responsables de la Compañía, de apellido Ubarrachena, con la nariz colorada como un pimiento rojo y unas venas en las mejillas a punto de rompérsele, va aconsejando:

—Ahora a dormir, muchachos. Que mañana comienza la jornada dura de viaje y todo lo demás... A dormir, muchachos, a dormir... Os tenéis bien merecido el descanso. El avión cansa mucho y además pone los nervios de punta. ¡Si lo sabré yo! Ahora, muchachos, un buen sueño y mañana como nuevos. Mañana, al levantaros, un buen desayuno y al camión...

Ninguno chista. Todos caminan pesadamente, cabizbajos, amodorrados. Parecen propiamente ganado.

SEGUNDA PARTE

Diana pastoril

A las seis de la mañana ya no era posible dormir en el Hostal. Los pasillos se han llenado de vascos en camiseta, algunos todavía bajo los efectos de la borrachera de la noche anterior.

—¿Qué tal, Chemari, estás listo para salir al monte?

—Y tú, Ignacio. ¿Te dejas algo?

Mientras se lavan y se visten, cantan. Ha sido Chaume el que ha comenzado a cantar estentóreamente:

*Asturias, patria querida,
Asturias de mis amores,
quien estuviera en Asturias
en algunas ocasiones...*

Pero no ha podido continuar. Todos han comenzado a silbar y gritarle que se calle.

La mayoría están medio adormilados y van y vienen por los pasillos como sacos. Se gastan bromas pesadas. A uno, que sigue roncando, le han echado un vaso de agua por la cara. A otro, que está metido en la ducha, le han echado agua caliente por encima. Ellos se divierten así.

Se escuchan algunos tacos, fuertes palabrotas. Pero todo está lleno de entereza y buen humor.

—A los pastos, a los pastos... vosotros que sois pastores, vosotros que sois el padre de la cordera.

—A los pastos, a los pastos... vosotros que sois cabrones y la madre de todos los lechales del mundo.

Se van juntando en el bar del hostal. Allí les comienzan a servir café y una copa.

Está amaneciendo. A la puerta del hotel hay una fila de camiones y de *jeeps*.

Cada pastor tiene su equipo preparado a la puerta del hostal.

—Oye, pero tu primo no aparece —le dice Chaume a Chemari.

—A mí no me hace falta mi primo para nada. A mí y a ti nos están esperando las borregas.

Chaume dejó la boina a un lado y se ha puesto un gorrito con visera que también forma parte del equipo. Camina presumido, chulillo, entre los demás pastores que más bien permanecen concentrados y graves.

Mirando y observando atentamente a Chaume, Chemari piensa que no le gusta el tipo, quizás porque parece muy poco vasco. Sin embargo, como Chemari es elementalmente bueno y confiado, piensa que todo esto son aprensiones suyas y se

acerca a él y le dice:

—Te invito.

—Te invito yo a ti —responde Chaume.

—No olvides que yo soy tu jefe y los jefes son los que mandan y los que pagan.

Los pastores al salir a la calle y ver la expedición que les tienen preparada se quedan un tanto pasmados.

Ya van llegando los vascos americanizados, los viejos vascos que son responsables, asesores o funcionarios de la Compañía. Ellos no parecen seres de la misma raza; ya se mueven más rápidos y expeditos. Han perdido esa lentitud y esa tozudez que es característica de los vascos.

Llega Esteban. De nuevo con listas en la mano. Va comprobando que todo está en orden: camiones, *jeeps*, equipos, parejas...

Los viejos pastores, así como los dueños del Hostal, han salido hasta la puerta.

—Nada, nada, sol y aire y buena comida ¡a engordar! —les dicen.

De todos modos se nota en ellos cierta nostalgia. Se ve que recuerdan el momento de cuando ellos llegaron al Oeste. Alguno de ellos declara:

—¡Aquello de entonces sí que era pastoreo! Esto de ahora es un viaje de placer.

—Aquello de entonces sí que era ser pastor. ¡Ahora entráis ya de señoritos!

—Pero ¿vosotros estuvisteis alguna vez en el monte? —dice Chemari tuteándolos confianzudamente.

—Nosotros, hijo, estuvimos. Muchos años estuvimos.

—Y yo mismo no hubiera vuelto. No hubiera vuelto si no me hubieran traído a la fuerza. Aquello es vida sana.

—¿Y cuándo volveremos por primera vez? —pregunta Chaume.

—Para San Ignacio seguro que volveréis.

Van subiendo los pastores a los puestos que Esteban indica a cada cual. La caravana tiene cierto aire militar, pero de una milicia peregrina, definitivamente pacífica.

—Esto es como el sarampión.

—Todos pasamos por esto —van repitiendo los pastores viejos.

—Esto es como el servicio militar en España, pero mejor... —dice el jefe.

—Es como el noviciado de los de Oña o de los de Loyola —defiende otro.

Hay algunos camareras espionando desde las ventanas. Se ve que los recién llegados no han caído mal.

Los equipos, con bártulos, indumentaria y suministro, van siendo colocados en los camiones. Los pastores gritan:

—¿Está lo mío?

—Dirás: ¿Está lo nuestro?

Todos van cerciorándose de que no les faltan sus instrumentos y provisiones.

Van saliendo a la calle los vecinos de la pacífica localidad. Incluso transitan ya los primeros operarios. En algún portal la señora despide a los niños que montan en el coche del marido seguramente camino del colegio.

Los pastores comentan:

—Y el almirante o general o pequeño diablo, ¿seguirá en su sitio?

—Allí estará, esperando a que volvamos.

Canturrean algunas canciones vascas pero sin mucho aliento. En el fondo están dominados por la tristeza. El mismo hecho de ver cómo los habitantes de Boise se entregan o comienzan a entregarse cada uno a su quehacer, los hace pensar en su extraña situación de reclutas de la pastoralia.

—Al camión, al camión —comienzan a gritar a los rezagados.

Aparece Chemari. Los demás le gritan:

—No te vayas a quedar, so *enchufao*.

—¿Qué tal, Chemari?

—¿Cómo te fue, Chemari?

—¡Aupa el Athletic! —grita él, eufórico y contagioso.

A su lado se sienta Chaume. Esteban vino a darle la mano.

Comienzan a desfilar camiones y coches. Ha salido el sol. Boise comienza un día más. Empleados, funcionarios, rancheros, operarios, se están poniendo en movimiento. En algún punto ignoto de la ciudad suena una campanilla frágil y casi frívola. También allí hay misas. Pero al instante se escucha una competición diversificada de sirenas.

Los pastores ya están encima de los vehículos. Esteban va pasando lista. No falta ninguno.

—Creo que se queda uno —dice el caporal en broma.

Esteban da la orden de marcha.

—Eh, eh, no hay derecho, que se queda tu primo Chemari —le gritan.

La caravana cruza las calles medio dormidas aún de la ciudad y se mete en la carretera.

Boise sigue siendo un pueblo limpio, al parecer rico, muy ordenado. Cada casa tiene su coche a la puerta; algunas hasta dos coches. Los niños caminan solos hacia los colegios. Aunque no hay guardias en las esquinas todo el mundo obedece las señales del tráfico. Los repartidores de leche, de periódicos, de pan, van dejando en las casas su diaria carga. Todos, naturalmente, mecanizados.

Los pastores dicen adiós con la mano y gritan a todo el que se encuentran. La gente los ve pasar con cierta indiferencia, a lo más con un rápido gesto de comprensión y simpatía.

En las afueras de la ciudad se alinean los camiones. Esteban dice a los del *jeep* que ocupan Chemari y Chaume que lo sigan.

Un oportuno obsequio

Esteban ha decidido acercarse a saludar a su novia, pero ha querido llevar a Chemari consigo. En cierto modo es como si quisiera impresionarlo.

—¿Dónde nos llevará? —pregunta Chaume.

—Cualquiera sabe. A lo mejor quiere invitarnos a churros.

—¿Tú crees que aquí hay churros?

—Aquí no hay más que vascos al baño María, vascos con cara de mantequilla.

Han parado a la puerta de un bello hotelito rodeado de jardín. Esteban ha hecho sonar el claxon. Inmediatamente han aparecido las dos hermanas en una terracita, con unos pijamas muy monos.

Desde arriba hacen señas de que esperen. A Chemari no le gusta el asunto. ¿Qué es lo que pretende su primo? Al diablo las mujeres que fuman, al diablo las mujeres con pantalones, al diablo las mujeres que porque sepan que son bonitas y ricas se creen las amas del mundo. Al diablo, al diablo de los diablos, los hombres que se dejan esclavizar por estas señoritingas.

Esteban viene a ellos y les ofrece un pitillo.

—En seguida bajan —dice.

Efectivamente; en seguida han bajado ellas, ahora con un atuendo deportivo. Parecen muchachas de cine.

Sin embargo, Chemari no puede dar cabida al pensamiento de que se trate de muchachas frescas. Ellas se desenvuelven con naturalidad y sencillez. Saludan con gran espontaneidad y alegría tendiéndoles la mano.

—Esto para ti —dice Lucy a Chemari.

Chemari no se atreve ni a desliarlo. Ni sospecha siquiera lo que pueda ser.

—¿Qué es? —pregunta tímido, sin poderse contener.

—Luego lo verás —dice Esteban.

—Pero, ¿qué es?

—Ya lo verás luego —le repite Esteban.

Ellas están contentas. Esther le dice, más que nada con el gesto, que lo abra. Chemari lo abre.

Se queda estupefacto y radiante. Es un hermoso revólver. Chemari lo examina pasmado. Le dice a Esteban:

—¿Me lo deja?

—Te lo regala.

—¿Le gusta? —preguntan ellas.

—Dice que es el mejor revólver que ha visto en su vida —agrega Esteban.

—Es de la colección de papá —dice Lucy—. Papá es un chiflado por las armas.

—Un revólver es siempre un buen regalo para un pastor —comenta Esteban.

—¿Por qué? —pregunta Chemari.

—Un revólver es siempre un buen compañero en el monte —le responde.

—¿Por qué? —insiste.

—Porque da confianza, seguridad. Aunque no tengas que emplearlo, porque donde vais todo es pacífico. Precisamente vosotros vais a parar muy cerca del rancho del padre de ellas. Pero cuando te aburras puedes tirar al blanco con botes. Por falta de balas no te preocupes.

Chemari se lo guarda muy orgulloso. Ahora se siente optimista y agradecido. Es el mejor regalo que le han podido hacer. Siempre había soñado con tener un revólver aunque no se habría atrevido nunca a esperar tener uno tan precioso.

—¿Estás contento? —le pregunta Esteban.

—Muy contento. Un revólver así allá no lo tiene ni el comandante de la Guardia Civil en el puesto de la frontera.

—Y que lo digas. Es un típico revólver de ranchero.

—Estamos salvados —comenta Chaume queriendo hacer gracia. Y añade—: Con un tirador como Chemari no habrá nada que tener. Nadie se va a atrever ni a tocarnos el pelo de la ropa.

—Estoy seguro —dice Esteban.

Ellas son felices al ver lo feliz que se siente Chemari. Es Lucy la que dice a Esteban.

—Dile que iremos por allá alguna vez a verlo.

—Sí —agrega Esther—. Y que no haga como otros, que cuando llegan a la montaña ni se afeitan siquiera.

Esteban está satisfecho de que su primo haya caído bien a su novia y a la hermana. Para que Chemari se muestre agradecido le dice:

—Creo que nos estamos portando bien contigo...

—Te estás portando estupendamente.

Chaume, aunque quiere congraciarse con todos, es personaje de otra catadura. En un descuido, dice a Chemari por lo bajo:

—La morena está por tus huesos.

—Cállate —contesta rápido Chemari, como si ella pudiera entenderlo, a pesar de que lo ha dicho en vasco.

—Cree que lo digo en broma —insiste Chaume, dirigiéndose ahora a Esteban.

—Cállate —vuelve a decir Chemari.

Chemari echa una mirada al chalet donde viven las muchachas. Por supuesto se trata de una mansión de gente rica. Hasta hay un jardinero dando vueltas y regando.

Esteban consulta el reloj y dice:

—Vamos —y ordena al chófer que le siga.

Chemari parte muy regocijado. Hasta que se pierde el coche en una curva dice adiós con la mano. También ellas saludan hasta que el coche se pierde de vista.

Algunos vecinos han contemplado el barullo sumándose a la despedida. Se nota que la familia de la novia de Esteban tiene ascendencia y prestigio.

De nuevo están en la carretera. En las afueras de Boise hay arboleda, casitas de recreo, surtidores, cafeterías, tiendas de coches.

Ya van dejando atrás la población. Tan pronto salen de los últimos edificios urbanos, Esteban detiene su coche y monta con ellos. Chemari ha sacado su armónica y se ha puesto a ensayar algunas melodías de canciones vascas. Pero no toca ninguna en serio. Lo único que hace es como recordarlas, pero de una pasa a otra fugazmente. Ni siquiera da tiempo a que la canción surta su efecto de evocación y melancolía.

A la derecha queda el campo de aviación, un campo de aviación de mucho tráfico. Por lo menos se ven muchos aparatos de distintos tamaños aparcados en tierra. Hay alguno dando vueltas por el aire.

—Debe de querer aterrizar —dice Chaume.

—No —aclara Esteban—. Es que aquí hay un campo de entrenamiento bastante importante. Estos aparatos son nuevos. Deben de estar probándolos.

Patetismo y grandeza del paisaje

Por kilómetros va cambiando el paisaje. Las zonas cultivadas se van quedando atrás. De vez en cuando encuentran ya grandes extensiones de tierra sin cultivar, tierras más bien desoladoras y patéticas.

Son tierras áridas, amarillentas y grises, tierras de escasa vegetación, tierras tendidas en una llanura interminable, a trozos de un color y de un aspecto más bien repelente.

Esteban va notando la impresión en el semblante de Chemari. Se ve que no era eso lo que se esperaba.

Esteban le pregunta:

—¿Qué hay? ¿Te gusta esto?

—No está mal, pero me figuro que donde estén los rebaños será un poco más verde.

—Sí. Un poco más verde sí que es.

De repente, Chemari pregunta a Esteban:

—¿Y tú no volverás nunca a la tierra de allá...?

—¿Yo qué sé? Eso nunca se sabe. A lo mejor tú tampoco vuelves.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es posible que sea así.

—Pero, tú, de verdad, ¿has roto ya con todo aquello?

—Tú también puedes romper, sin quererlo. La vida es la vida.

—¿Entonces tú crees que yo echaré raíces aquí?

—Otros más fuertes que tú las han echado. Como que dos y dos son cuatro, que eso nunca se sabe.

Han callado unos instantes. Esteban ha sacado una petaca y les ha ofrecido un trago. Luego un pitillo.

—¿Y qué les pasa, pregunto yo, a los que se quedan? —pregunta Chemari.

—Pues nada. Que se quedan.

—¿Y se les nota en algo a los que se pueden quedar?

—No hay ley fija, aunque algo se puede adivinar. En esto de quedarse reenganchado o para toda la vida se dan muchas sorpresas.

—¿Y tú de cuáles crees que soy yo?

—Tú eres un poco de misterio. Pero nunca se sabe. La tierra puede mucho.

—Será la tierra de uno, me figuro.

—La tierra se puede llevar encima.

—No se lleva encima más tierra —ha concluido con inesperada gravedad Chemari— que la que uno está dispuesto a tener como sepultura.

—Después de muerto... —ha insinuado Chaume tratando de ganarse la confianza de Esteban.

Contemplan sin hablar el paisaje. Han cruzado una alegre estación de ferrocarril. Siguen pasando por granjas, fábricas, talleres modernos, casitas de recreo... Pero en seguida sobreviene la sabana pelada y algún que otro cobertizo de madera y latas en donde se amontonan coches viejos, cajones, chatarra e incluso algunas bestias.

Sin embargo la gente parece vivir feliz allí. Sobre todo la gente que viaja en coche tiene un aire despreocupado y saludable. No se percibe ningún síntoma de pobreza ni de abandono. Aunque la tierra no parece placentera ni jugosa, de algún sitio tiene que salir el bienestar.

Pasa una caravana de camiones cargados con grandes fardos.

—Lana, mirad, lana... —dice Esteban.

—¿Tanta lana le sacan a los corderos? —pregunta Chaume.

—Más de la que te figuras.

—Es mucha lana.

—¿Sabéis cómo se le llama por aquí a la lana?

—Cualquiera sabe —dice Chemari.

—Se le llama —prosigue Esteban con gran calma— «el oro blanco».

—¿El oro blanco?

—Sí. El oro blanco.

—¿Y eso, por qué?

—La lana vale más de lo que pesa.

—Entonces nosotros somos casi millonarios —dice Chaume riendo.

—Vosotros sois los hombres del oro blanco.

—¿Has oído. Chemari? Somos los hombres del oro blanco. Hay que escribirlo allá... ¡Lo que se van a reír!

—Oye, Esteban —pregunta Chemari—, ¿y a nosotros cómo nos pagarán?

—Vosotros podéis cobrar como queráis. De vuestro sueldo podéis recoger una parte y dejar en un banco lo demás, que es lo que os aconsejo. Y hasta podéis ir mandando a la familia la cantidad que os parezca bien.

—Pero para eso tendremos que volver a la ciudad —añade Chaume.

—No es necesario. Vosotros, de vez en cuando, recibiréis la visita de alguno de la Compañía, algunas veces yo mismo. Y podréis muy bien encargarle lo que queráis, todo lo que necesitéis, aunque no creo que necesitéis nada.

—Hombre, algo ya necesitaremos.

—Pocas cosas, os lo digo. Por si fuera poco la Compañía os proporciona el equipo y las cosas de comer a un precio irrisorio y todo lo que es tabaco, cerveza, etc., regalado.

Chemari va un poco distraído. Va mirando la tierra, que no es agradable ni cuidada. Poco a poco se van internando por carreteras menos frecuentadas. A lo lejos se ven las estribaciones de enormes montañas sobre las cuales azulea la nieve. Han desaparecido las bonitas granjas y ahora lo que se encuentra, de tarde en tarde, es algún surtidor de gasolina o alguna casa solitaria en la carretera con un coche parado a la puerta. Son casas a medio hacer en las que abunda la madera. Alrededor de ellas se ven chasis de coches viejos, mil restos extraños de chatarra. De tarde en tarde algún tipo a caballo.

—De donde vamos a estar nosotros a la ciudad ¿cuántos kilómetros habrá? —pregunta un poco abstraído Chemari.

—Unos doscientos o trescientos, según.

—¿Por qué, *según*?

—Porque vuestra misión no es estaros quietos en un sitio, sino ir buscando los pastos. Pero en eso ya la Compañía se encarga de ir guiando.

—Entonces lo que hay que hacer es ir detrás de las borregas del demonio —y ha puesto un gesto de mal humor.

—Hay que ir detrás de ellas o delante, *según*.

—Tú todo lo arreglas con *según*.

—Pues sí, vosotros tenéis que ir adivinando los buenos terrenos que no sólo han de ser buenos en pastos, sino que han de tener agua, no tanto ya agua abundante como agua que le siente bien al ganado...

—¿Es que donde vamos hay aguas malas?

—Alguna vez se han dado casos. Aquí el agua es sagrada. Aquí, donde vais, hay

buenas aguas. Pero algún año puede faltar y eso obliga a mover mucho el ganado. Vosotros ya sois mayores (y los mismos perros os ayudarán en eso) y sabréis qué aguas están en condiciones. Pero, una cosa, cuidado con los pantanos, aunque os parezcan secos.

—¿Hay enfermedades por donde vamos? —pregunta Chaume.

—Como en todas partes.

—Pero suele haber entonces algún que otro caso de fiebres o lo que sea...

—Algún caso ha podido darse, pero es muy raro. Yo no recuerdo más que uno o dos. Lo peor de todo es que las ovejas coman hierbas venenosas, que en algún paraje sí que las hay, y se os queden muertas en el camino... ¡Eso sí que sería catastrófico!

—Chico, pues nos estás poniendo bien las cosas... —ha dicho Chemari.

—En cierto modo os envidio —ha replicado Esteban.

—Si quieres, cambiamos —contesta Chemari sólo para probar a Esteban.

—Yo también estuve unos meses en la montaña. Lo importante es lo que os dije antes: que cuidéis el ganado y que lo devolváis mejor que lo recibís. En seguida notan los jefes de la Compañía quiénes cuidan bien a las ovejas y quiénes no las saben cuidar. Y el que echa fama de descuidado ya está perdido. En cambio, ha habido pastores a quienes la Compañía les ha concedido espontáneamente una prima...

—¿Importante? —ha preguntado Chaume.

—Phss... hombre, cuando se parte de dólares siempre es importante. Tres mil o cuatro mil pesetas caídas así del cielo nunca vienen mal.

Han logrado alcanzar la fila de *jeeps* y camiones.

Todos se detienen en una especie de casilla de peones camineros, de aspecto más bien fatídico. No es sólo surtidor, aunque a primera vista parece un surtidor más bien siniestro. También es bar, un bar destartado y sórdido donde lo único que parece funcionar es un televisor en un rincón.

Todos están tomando cerveza menos los jefes, que beben coca-cola.

Ensoñación

Prosigue la marcha. La carretera está salpicada de manchas de sangre y pieles aplastadas. Los coches han debido de ir aplastando gazapos, acaso de noche, ofuscados los bichos por la luz de los faros.

Chemari va ensimismado. El paisaje es llano, inhóspito, salpicado de grandes matojos. De vez en cuando sobrevienen paredones de tierra roja y grandes rocas deformes. Chemari va buscando árboles con los ojos, pero no los encuentra. Suena un viento querellante y en el horizonte se retuercen nubes de polvo. De tarde en tarde

aparecen algunas chozas medio en ruinas. El paisaje es monótono, gris, sin aliciente alguno.

El pensamiento de Chemari se ha desprendido de aquel terreno de expiación y castigo. Nunca se había figurado que la tierra fuera tan áspera e ingrata en el país más rico del mundo.

Cierra los ojos. Se está viendo a sí mismo llegar a su aldea. Llega mayor, no mayor del todo, pero sí con bastantes años más. Pero en la cartera lleva un montón grande de billetes. De billetes de mil.

¿Qué dirán cuando le vean?

Irá derecho hacia Maribelcha.

—Vamos a ser muy felices —le dirá.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntará ella.

—Tardaba por ti, precisamente por ti, nada más que por ti. Quería juntar mucho para que ya nunca tuviéramos que preocuparnos de nada.

Chemari se está viendo derribar su casa. Era la suya, la quería entrañablemente, pero había que levantar una nueva. Maribelcha se lo merecía. ¡Cómo iba a gozar su madre, su viejecita madre, viéndole dirigir las obras! ¿Cuánto era lo que llevaba en la cartera? Llevaba casi el millón. Habían sido varios años, no uno ni dos, tirando del hato de las ovejas, cuidando de que no bebieran aguas saladas, esas aguas que podían hacerlas reventar. No era tan fácil como decían dirigir un rebaño de dos mil, dos mil y pico, a veces casi dos mil quinientas ovejas. ¿Y cuando les daba a las locas ovejas por desbordarse, tirar hacia los precipicios, desmandarse...? Habían sido unos años muy importantes de su vida, sin posibilidad de cambiar de oficio, atado a las ovejas, temiendo cualquier día lo peor y ser devuelto a la tierra natal como un bandido o poco menos...

Chemari sabía lo que le esperaba. Él no iba a ser como su primo Esteban ni como otros, un tío con suerte al que se lo dan todo hecho. Él sería ante todo y sobre todo pastor. No podía ser otra cosa. No sabía números más que para entenderse él solo y era un negado para aprender otra lengua que no fuera la suya. Y menos mal que sabía, aunque mal, castellano.

—Te vas durmiendo, Chemari —le dice Esteban.

—Qué va.

—Esto cuando hay que verlo es cuando se pone una capa de nieve —añade Esteban.

—Pero, ¿aquí nieva mucho?

—Menos que en el Pirineo, pero nieva.

Chemari va desprendido de todo.

En su aldea es un señor, no un mandado más. No es que dé órdenes como un mariscal, pero se hace respetar. El que tiene dinero siempre es digno de respeto.

Cuando vuelva hasta es posible que su hermana, que ya será talludita, encuentre un pretendiente que, al olor del dinero, quiera casarse. Rosa se lo merece.

Le parece estar oyendo la cantinela, la dulce, la indetenible, la terca y susurrante cantinela de su madre: «Este es mi hijo, que se fue a América y triunfó. Triunfó como triunfan los buenos, trabajando. Pasó mucho, no crea usted que todo le fue fácil. Pero supo perseverar. Y aquí lo tienen, que no sólo ha venido con salud, aunque con el pelo un poco blanco, sino que trae dinero. Más dinero que muchos de los que por aquí se llaman señoritos. Ya era hora. Al final, los buenos siempre ganan. Todos me decían: Su hijo se quedará por allá. ¡Qué se va a quedar mi Chemari por allá! Ni por todo el oro del mundo. Chemari ha vuelto. Ahí lo tienen ustedes. ¡Si lo viera su padre! Pero bastante que he pasado yo, años, muchos años, sin hijo, con una carta que otra, y ahora ahí está, que parece mentira que esté ahí. He vivido muchos años sin mi hijo, pero mi hijo ya está aquí. ¿No lo están viendo...?»

Chemari sonrío entre sueños.

Esteban ha habido un momento en que ha dicho a Chaume:

—Al parecer la cogió anoche.

—Bien que la cogió.

—Todos la cogimos —murmura Chemari adormilado.

—Me han dicho —dice Esteban— que la palabra *coger* no se puede decir en la Argentina.

—¿Y por qué, si se puede saber, no se ha de poder decir la palabra *coger*? —pregunta sorprendido Chemari.

—Vaya usted a ver. Manías de la gente —dice Chaume.

Separación

Algunos coches se van parando al borde de los caminos, caminos ovejeros ya.

Esteban baja y da instrucciones a los guías.

Todo se hace rápido, funcional, sin ninguna clase de despedidas ni adioses.

Los compañeros de siempre, o como si lo fueran de siempre, porque el viaje de dos días y medio los ha unido entrañablemente, tiran cada uno en una dirección.

Lo más que hacen es extender la mano y gritar:

—Hasta luego, amigo.

—Mucha suerte, compadre.

—¿Cuándo echamos la próxima partida de *mus*?

—El domingo, hombre, el domingo, después de la siesta.

—Y cuidado con la leche de oveja, que da calenturones.

—¿Y tú qué dices, Chemari?

—¿Yo? Pues que ¡Aupa el Athletic!

—¡Aupa el Athletic! —gritan todos.

—Hasta el día del juicio por la tarde, borreguero.

Algunos coches se van perdiendo en distintas direcciones. El paisaje es cada vez más árido y solitario.

—¿Hay caza por aquí? —pregunta Chemari.

—Alguna hay.

—¿Y se puede cazar?

—Hombre, te diré. En principio no está permitido cazar. Vosotros sois pastores, no cazadores. Eso de cazar es para gente desocupada.

—¿Y por qué no se ha de poder cazar, si sobra la caza? —insiste Chemari.

—Vosotros estáis contratados y se os paga por cuidar el ganado. De matar, lo que debéis hacer es matar coyotes. O matáis vosotros los coyotes que se os pongan al paso, e incluso los que no se os pongan, o ellos se comerán las ovejas.

—Yo creo que cuantos más lobos o coyotes de esos de los demonios nos quitemos de en medio, mejor.

—Aquí la regla ha sido siempre: las ovejas antes que la propia piel. Tan necesarios como la escopeta os serán los perros. Ellos os avisarán de los peligros.

Chemari miraba de reojo a Esteban. No estaba muy de acuerdo el tono que empleaba al aconsejar con la vida que al parecer se daba. Actualmente era un señorito. ¿Dónde estaba el heroísmo de su vida de pastor, como le había escrito alguna vez?

Volviendo al tema, Esteban le ha preguntado:

—Pero yo no sabía tus aficiones a la caza. ¿Tú eres buen cazador?

—¿Que si soy buen cazador?

—Este —interviene Chaume— donde pone el ojo pone la bala.

—Ya será menos —comenta Esteban.

—Un día haremos una prueba.

—Pactado. Un día haremos una prueba.

Siguen tragando kilómetros. A Chemari le duele la cabeza. Pero no quiere decir nada. Lógicamente supone que se trata de la resaca de la noche anterior. Fuma un cigarrillo detrás de otro.

Norteamérica es grande

Sólo de tarde en tarde el seco páramo, manchado de hierbas crecidas y casi

amarillentas, se descuelga en verdosas torrenteras. Pero cuando ya parece que vayan a toparse con algún recodo de río sucede que dan con un barranco carcomido y reseco.

Apenas se ven árboles. Cuando comienzan a menudear es señal clara de que hay un rancho cerca.

Se encuentran, en efecto, algunos ranchos señoriales, fincas enormes de gente que debe de ser inmensamente rica. Pero también hay ranchos rústicos y primitivos que se ve que están en los comienzos de la explotación.

Ahora están llegando a uno que parece expresamente preparado para el cine, un rancho recortado entre pintadas vallas y cuadros simétricos de césped, con piscina, garajes y hasta escuelas y capilla.

—Estos sí que viven como Dios —dice Chaume.

—No viven mal. Pero su trabajo les ha costado —replica Esteban.

—Yo no me figuraba esta tierra así.

—¿Cómo te la figurabas?

—Me la figuraba algo más verde.

—¿No has visto manchas de verde tan grandes como España desde el avión? Norteamérica es así, Norteamérica es grande, en Norteamérica hay de todo, Norteamérica...

—Norteamérica nos paga, ¡eso es todo! —salta Chemari un poco destemplado.

—Es desde aquí —contesta rápido Esteban— de donde vemos lo poquita cosa que somos. Estamos allí encerrados y nos creemos algo... Este fabuloso país...

Chemari no lo deja terminar:

—Pues yo no me cambiaría por ningún americano, ni siquiera por uno que apaleara millones en su rancho. Y tampoco cambiaría todo este grandísimo país por el trozo de carretera que separa mi casa de aquella colina en forma de cresta de gallo que debes de recordar, donde está la ermita...

—El trozo de carretera donde está la taberna, quieres decir...

—No cambio la tasca de Marcelino por nada del mundo por nada de este mundo, quiero decir.

—¿Entonces por qué querías venir y lo deseabas tanto?

—Por lo que he dicho: por cobrar y marcharme.

Se han cruzado con varios vaqueros. Pero no parecen vaqueros de oficio; más bien parecen vaqueros para un turismo que tampoco existe.

También de vez en cuando pasa algún camión militar. Los pastores vascos se quedan perplejos.

Pasan grandes tanques de gasolina. Y luego más camiones militares, donde algún sargento o cabo va sentado atrás con los pies colgando. Parecen pertenecer a aviación.

Ya la carretera hace rato que dejó de ser de asfalto y el *jeep* va levantando espesas nubes de polvo. De vez en cuando Esteban le dice al chófer:

—Para un momento.

Cuándo ve que el camión de la Compañía viene detrás, le dice:

—Sigue adelante.

Hasta ahora no han cruzado ningún pueblo que pueda llamarse pueblo. A lo más, casas esparcidas y separadas, y de tarde en tarde algún rancho.

Esteban va repasando su carpeta de papeles a la que parece conceder gran importancia.

De repente Chemari le pregunta:

—¿Y tú has logrado olvidarte completamente de nuestro pueblo?

—Mira que te pones pesado. ¡Cómo va uno a olvidarlo!

—¿Te acuerdas del árbol grande que hay a la puerta de la iglesia y que cubre todo el año la fuente?

—Yo tengo que vivir aquí, eso es todo.

—Pero ahora mismo, cruzando este desierto, ¿no sientes sed de aquella verdura, de aquella humedad que hay al lado del río, de aquel tibio calor que desciende en invierno de las peñas?

—Chico, yo a ti no te entiendo —ha terminado diciendo Esteban.

Hay un momento en que Chemari y Chaume se miran estremecidos. Sobre sus cabezas pasan en vuelo bajo unos aviones a reacción del tipo más moderno.

—Están de pruebas —dice Esteban, no dándole ninguna importancia al asunto.

—Pues podían probar sobre la cabeza de sus abuelas, si las tienen... —salta Chemari.

—¿Te has asustado?

—No se trata de eso. Es que uno no ha venido aquí para servir de experimento.

Siguen varios kilómetros de soledad tremenda, tierra que parece quemada, hasta que llegan a un rancho abandonado. Es una casucha baja y chata, con el tejado de zinc y un destartado depósito de agua. Entre montones de maderas hay restos de coches y camiones. Corretean alrededor unos potrillos levantando nubes de polvo.

—Aprenderos este sitio —dice Esteban.

—Ya está aprendido —contesta Chaume.

Chemari lo mira todo con mucha atención. Este trozo de paisaje reseco, inhóspito, solitario es como si le produjera dolor físico. Lo mira todo desconcertado. Es como si no entendiera.

—¿Y para qué tenemos que aprendernos esto? —pregunta.

—Este es el cruce de caminos para ir a vuestros pastizales. ¿Veis a alguien por aquí?

—No se ve ni una rata —dice Chaume.

—Alguien habrá aunque no se vea. Sin embargo esto es que ha cambiado mucho. Esto antes era uno de los sitios más concurridos y entretenidos de la carretera.

—Pues me río yo de los sitios aburridos y tristes de este pueblo.

—Esto no es ningún pueblo.

Ya han torcido hacia la izquierda. Ahora el *jeep* se interna por unos senderos de piedras y matojos que ascienden y descienden en ramales distintos.

—¿Os vais fijando?

—¿No hemos de ir fijándonos? Esto es el desierto.

—Tú lo has dicho: toda esta parte se llama el Desierto del Cordero.

—Oye, tú, Esteban —dice Chemari—, ¿y se puede saber dónde están los corderos?

—Paciencia, paciencia. Ya vendrán los corderos.

—¿Tú crees que aquí puede haber corderos?

—Ya verás corderos hasta hartarte.

—No me lo explico —dice Chemari mirando al paisaje angustiosamente.

—Ya verás cómo sí. Aquí hay corderos. Y vacas. Y...

—*Zezen?*^[1]

—Iba a decir búfalos, búfalos como montañas.

Se han detenido en un cruce. Esteban consulta el reloj repetidas veces. Mira insistentemente hacia una carreterilla marginal. Pero no asoma nadie. Esteban reparte cigarrillos.

Al cabo de un rato de espera, Esteban da la orden de marcha. Se ve que ha habido alguna confusión en la cita. Pero pronto han dado con otro rancho, este más cuidado y cultivado.

El rancho está rodeado de una huerta bastante frondosa. En ella trabaja un grupo de hombres, que extienden la mano al *jeep* y gritan:

—Buena nos la dé.

—Pero ¡si hablan español! —dice Chaume.

—Son mejicanos —aclarar Esteban.

Los hombres han seguido trabajando con desgana y canturreando una tonadilla más bien triste. Una mujer ha aparecido montada a caballo y ha mirado a los trabajadores. Ellos se han aplicado con más ímpetu a la tarea. La mujer se ha perdido dentro de la casa.

—Oye, Esteban. ¿Y por qué los americanos no eligen también a los mejicanos para cuidarles los rebaños?

—Ellos eligen a los vascos... preferentemente.

—¿Y por qué?

—Eso no lo sé. Los han elegido desde antiguo. Ellos tienen muy buena idea de los vascos. Creen que sirven para eso.

—Por algo será que se acuerdan de nosotros.

—Tú estás aquí, y este y yo —dice Esteban ofreciéndoles un nuevo pitillo—, porque habéis querido, porque hemos querido venir. Estamos aquí por nuestra propia voluntad. Ellos no eligen a nadie. Ellos contratan a la gente que les sirve. La contratan y la pagan.

—Sí, pero ayer viste que daban mucha coba a los vascos —respondió Chemari.

—Es que muchos de ellos son vascos.

—Eran vascos.

—No se puede ser vasco y dejar de serlo. Siguen siendo vascos.

—Pero el dar tanta coba será por algo.

—En cierto modo se dan coba a sí mismos.

El chófer no se iba enterando de nada o se iba enterando a medias. Algunas frases las decían en vasco, frases en las que Esteban ya titubeaba contra su voluntad. Esteban, después de tomar fuerzas, prosiguió:

—¿Tú concibes a un andaluz metido en estas montañas, mejor dicho, en este desierto?

—¿Y por qué no?

—Primero por el frío de algunos meses. Los andaluces son muy frioleros. Un andaluz nunca resiste lo que un vasco.

—Tiene razón tu primo —añadió Chaume.

—A lo mejor es que los vascos somos más burros que los demás y aguantamos lo que no aguanta nadie.

—¿Los vascos se han dejado alguna vez pisotear por alguien?

—El hambre es muy mala, Esteban.

De nuevo se ha establecido el silencio. Esteban no se esperaba esta reacción de orgullo por parte de Chemari.

El paisaje va cambiando. Se va perfilando un gran circo de montañas, algunas cubiertas de brumas en las laderas, otras coronadas de nieve. Parecen cercanas, pero deben de estar muy lejos, por lo menos a cien kilómetros.

Un consejo práctico

—¿Tú sabes por qué, además, los andaluces no resistirían esto? No ya por frioleros, sino porque a los andaluces les gusta mucho hablar y armar follones, y aquí, sin tener con quién, se aburrirían como ostras. Un vasco, en cambio, puede muy bien pasarse una semana sin pegar la hebra con nadie. Además, los vascos están mejor solos. Si estuvierais todos juntos sólo durante una semana, al final ya habría alguna

pelea...

—Entonces, ¿tú crees que los vascos somos bronquistas y peleones?

—Un poco.

—¿Tú crees que lo somos, Chaume?

—Hombre, según.

—¿Según qué?

—Yo recuerdo el vasco que yo tuve por compañero. Era de Mondragón. ¡Qué tío más raro! A los tres meses, creo que antes de los tres meses, se volvió a su pueblo. Se presentó nada menos que a la Compañía diciendo que él no podía seguir aquí, que se volvía loco.

—Anda, ¿y por qué? —ha preguntado Chaume.

—Porque se aburría. Yo lo veía hacer cosas raras. Todos los pastores hacemos cosas raras alguna vez, hablar con las ovejas en alta voz, decirles incluso piropos... Yo considero que no todos sirven para estar semanas y meses perdidos por estas montañas...

—¿Tú sí serviste? —le ha preguntado Chemari con cierta ironía.

—Yo. la verdad, tampoco servía mucho, pero supe resistir el año y tuve suerte. En la vida cada uno tiene su destino. ¿Quién me iba a mí a decir que terminaría en la oficina central? Algo de eso puede pasarte a ti y a éste...

—¿Fue ella, vamos, tu muchacha, la que te reclamó?

—Frío, frío. Estás equivocado. Fue su madre.

—Para el caso es lo mismo.

—Para el caso lo será, pero para mí, no. Mi consejo es que si realmente veis que no lo vais a poder resistir, aunque hay muchos que lo resisten estupendamente, pues aviséis y en paz... Todo menos portarse mal con el ganado... La Compañía de vez en cuando lo que hace es cambiaros de sitio e incluso de compañeros. Yo creo que vosotros os vais a entender muy bien.

—Hombre, yo creo que sí —ha dicho Chaume.

—Aquí, como en todas partes, el que no se entiende es porque no quiere —ha rematado Chemari.

—Vamos a estirar un poco las piernas —ha dicho Esteban, haciendo parar el *jeep* y tirándose a tierra.

De la bolsa del coche ha sacado una petaca de whisky.

—Vamos, como decíamos por allá, a quitarnos un poco las telarañas del garlito.

Un entrometido

En una moto vieja y sucia aparece un muchacho americano. Es un rubiales pecoso, entrometido, pero simpático. Pregunta, dirigiéndose a Esteban:

—Oye, ¿estos son nuevos?

—Sí, son nuevos.

—Ya se ve que son nuevos. Tienen aire de paletos.

—¿Qué dice? —pregunta Chemari.

—Nada. Dice que se ve que sois recién llegados y que parecéis gente de pueblo.

—Yo nada más los he visto —añade el muchacho— me he dicho: Estos están recién caídos del nido. Se les nota a la legua.

—¿Qué dice? —vuelve a preguntar Chemari.

—Nada, nada. Dice que os ha conocido nada más veros.

—Como siga dando la lata le voy a dar un sopapo...

El muchacho no está por callar. Ahora, dirigiéndose expresamente a Chaume, dice:

—Este, nada más vea el primer coyote, se cae para atrás de susto... —y suelta una carcajada. Y añade—: Y a lo mejor con los pantalones mojados.

El entrometido muchacho sigue riéndose de una manera descarada. Luego le pide la petaca a Esteban.

—Vámonos —dice Chemari— porque si no este deslenguado va a aprender a respetar a los mayores.

—Es bueno —dice Esteban.

—Pero que se calle y nos deje en paz...

—Chico, estás desconocido... —comenta con cierta preocupación Esteban.

El propio Chemari no sabe a ciencia cierta de dónde proviene su irritación y mal humor. Es algo oscuro y misterioso. ¿Rabia contra Esteban? ¿Manía contra Chaume? El entrometido muchacho calcula que algo raro pasa y sale disparado en su moto.

Son casi las doce de la mañana. Hace frío. Esteban abre una caja de cartón y saca unas latas. Le da una a cada uno.

—¿Esto qué es? —pregunta Chemari.

—Es la hora del aperitivo —responde Esteban, entregando a Chemari un extraño abrelatas.

Chemari prueba y no acierta. Tampoco acierta Chaume.

—Es muy fácil, hombre —y Esteban clava el punzón en la lata y brota la espuma...

—Pero ¿esto qué es?

—Pero si es cerveza...

El chófer se ríe, aunque sin malicia. Chemari dice que así no le gusta la cerveza. El chófer suelta de nuevo su carcajada ancha y sana. Chemari prueba la cerveza, sigue bebiendo y se ríe también.

—Menos mal que ya se te está pasando el vinagre.

Esteban ha abierto un bote de aceitunas y más latas de cerveza.

Ven venir a lo lejos un camión.

—Deben de ser ellos —dice Esteban.

—Pues antes que lleguen yo tengo que regar estas tierras —y apartándose, Chemari echa la gran meada.

El camión viene poblando de ladridos y ruidos la vasta soledad de la llanura.

—Ya están aquí —grita Esteban.

Esteban hace una señal al camión y le contestan con gritos vascos. El camión se detiene.

Sin saber de dónde aparece de nuevo el muchacho entrometido montado en su moto. A su lado trae un perrazo enorme.

Un pastor no es nadie sin su perro

El camión que llega es algo así como una oficina volante, con la particularidad de que lleva atrás una hermosa jaula para perros.

Esteban reprende en inglés al muchacho entrometido por haber traído su perro. El muchacho se disculpa riendo. Lo ha traído precisamente para compararlo con los de los pastores.

En la jaula se mueven ansiosos y terribles cuatro formidables mastines.

—Te ha llegado el momento de elegir, Chemari —dice Esteban.

—Pero, ¿ahora hay que elegir un perro? —pregunta indeciso.

—Uno, no; hay que elegir dos; uno para cada uno.

—Cada pastor que llega deberá elegir su perro. Va a ser tu compañero de penas y fatigas. Un perro alivia mucho la faena del pastor. Sin los perros no podría hacerse nada. Todos hemos tenido perros. ¿Verdad que ningún pastor se concibe sin perro?

Asienten todos.

Rápidamente Chaume comienza a examinar los perros muy despacio, haciéndose el entendido y tratando, sobre todo, de anticiparse. Y como si pudiera perder la ocasión, dice:

—Para mí ése.

—Queda asignado —dice Esteban.

Es un perrazo soberbio. Marrón con pintas casi negras. Es un perro huraño, fiero.

Chemari ha tomado la cosa con más calma. Duda mucho mirando a los ejemplares. Cada vez que va a elegir uno, mira el que ha elegido Chaume y se detiene. De repente se vuelve hacia el muchacho americano y le dice:

—¿Tú cuál elegirías?

El muchacho no entiende. Esteban traduce... a su modo.

—Dice el compañero que se lo elijas tú.

—¿Yo?

—Sí, tú.

El muchacho está radiante de orgullo. No duda mucho. Decididamente señala uno, Al parecer tiene una presencia menos altiva que el de Chaume, es incluso más pequeño y hasta tiene una apariencia de perro confiado y tranquilo. El perro mira con gratitud a Chemari y lame las manos del muchacho mientras lo acaricia.

—¿Estás seguro de que este perro se portará bien? —pregunta Chemari al muchacho, pero para que le respondan los demás.

—Este no fallará.

—¿De veras que estás contento de haberlo elegido?

—No fallará.

Los demás confirman la opinión del muchacho pcoso y hacen alabanzas del perro. Entonces Chemari da la mano al muchacho como si hiciera un pacto con él.

—Es muy importante tener un buen perro —dice uno de los vascos que van en el camión.

A Chaume en este momento se le ve dudar. No se atreve a pedir que le cambien el suyo por otro de los que hay en la jaula. Los empleados de la Compañía y los vascos aprovechan el alto para echar un trago. Ahora no es la petaca, sino una hermosa botella, la que pasa de mano en mano. El whisky cae por la garganta como si fuera plomo derretido.

El chófer del *jeep* repasa el motor y los empleados de la Compañía echan comida a los perros.

Esteban saca algunas fotografías del grupo.

Los dos pastores nuevos, junto al muchacho, no se apartan de los perros. Ahora comprenden que aquel sencillo acto de elegir guardián para el ganado tiene mucha importancia.

—Parecen de buena raza —dijo Chaume.

—Son buenos todos. Los buscan especialmente —contesta Esteban.

—¿De dónde los sacan?

—No creas que es fácil dar con perros como estos. Y cuestan bastante dinero.

—¿Y si se muriera? —insiste Chaume.

—No se morirá. Ya veréis cómo los cuidáis más que a vosotros mismos. Estos perros están especialmente educados para el ganado. Mejor dicho, se puede decir que han nacido sabiendo todo lo que hay que saber sobre el ganado. Un pastor sin perro está perdido, y se han dado casos de perros que han salvado el ganado de verdaderas catástrofes. ¿Tú los ves aquí, tan pacíficos? Tan pronto se hagan cargo de vuestras

ovejas por nada del mundo permitirán que se mezclen con otros rebaños, que es una de las cosas que más debéis de cuidar. Pero si algún día algunas se perdieran o desaparecieran en la nieve, él las encontrará donde sea, aunque sean muertas.

Chemari y Chaume están encariñados ya con sus perros. Tratan de ganarse su confianza haciéndoles zalamerías. Pero ellos todavía no responden confiadamente.

El chófer del *jeep* sigue maniobrando en el motor. Los demás se han sentado al borde de la rudimentaria carretera. Hay matojos por allí un poco altos, llamados salvia, que ya sirven de comida para las ovejas. Pero todavía no han entrado en la pradera. Los pastores, mientras se mojan los labios con el whisky, se enredan en consideraciones y recuerdos. Los recién llegados escuchan. Uno de los viejos dice:

—Un perro así como ése tenía yo cuando estuve en Montana. Pero un día me lo mataron. Mientras no tuve otro, ¿me queréis creer que no pude dormir tranquilo? Y no por mí sino por las borregas. El perro siempre responde. Cuando el perro está sereno no hay cuidado de que pueda pasar nada. El perro sabe muy bien que su obligación es dar ánimos al hombre. Lo peor del caso fue que aquel segundo también me lo mataron. Entonces no era como ahora, entonces había ladrones de ganado y todo lo demás. Entonces monté la carabina y me junté con dos perros. Con dos perros ya no era tan fácil la cosa, pero probaron. Yo estaba encima de un árbol. Al rato, comencé a escuchar ruidos, y el nerviosismo de los perros, y el desasosiego de las ovejas. Esperé con atención. Me pareció ver moverse unas sombras, y disparé...

—¿Mató a alguien? —ha preguntado Chemari.

—Allí por lo menos no quedó nadie muerto. Pero a mí me pareció escuchar quejas y ayes. Luego, dos o tres caballos que se ponían en movimiento. Los perros salieron detrás como locos. Ya era tarde. Pero los perros me señalaron un reguerrillo de sangre... Ya no volvieron más. Nunca más volvieron a matarme el perro. Y es que el perro es el descanso total del pastor. Ellos lo sabían muy bien. Como que después de aquello de la sangre, dos o tres veces tuve que acercarme hasta la carretera para enviar recado a la Compañía, e incluso acercarme a otro refugio, en invierno, donde en los corrales estaban abrigando con carbón a los corderillos recién nacidos, porque había un compañero muy enfermo y los perros se bastaron. El perro acaso cuando está solo se siente más fuerte y más acometedor...

—Total —ha dicho Chemari con cierta sorna— que los pastores estamos de más. Con los perros bastaba.

—Oye, tú, pero los perros no cobran dólares —ha saltado rápido Chaume.

Chemari prescinde de los demás y se dirige expresamente a su perro para preguntarle con enorme seriedad:

—¿Te vas a portar bien?

No es un perro expresivo, de esos que todo se les va en demostrar afecto y lealtad. Más bien es un perro concentrado y grave. Se ha puesto al lado de Chemari como

aceptando por vida y muerte una obligación.

—Este perro es inteligente —ha dicho el pastor viejo. Y volviéndose al muchacho de la moto ha añadido—: Tienes buen ojo, amigo.

El *jeep* está listo. Echan el último cigarrillo antes de despedirse, pero ya de pie.

A lo lejos, por una carretera abandonada, de vez en cuando ven cruzar algún extraño camión.

—No serán los camiones de mudanzas —dice Chemari.

—Quien sabe —le responde uno.

—Aquí hay mucha tierra y la gente va de un lado para otro como Pedro por su casa —aclara Esteban.

Algunos de los camiones que circulan llevan materiales de construcción, tanques de gasolina, abastecimientos para las tiendas del interior.

—¿Pero hay gente por ahí adentro? —pregunta Chemari.

—Claro que hay gente. Más que en casi todo el país vasco —replica Esteban.

—Ya será menos.

De nuevo están en marcha. El muchacho pecoso y entrometido se ha quedado gritándole a Chemari:

—Cuide bien al perro y él se cuidará de todo lo demás...

Cuando Esteban le ha traducido la frase, Chemari ha gritado:

—Gracias.

Van internándose por parajes un poco más bravios. Se van acercando a las estribaciones de una de las montañas.

—¡Vaya sitio en que nos hemos metido! —comenta Chaume.

—Esto no es nada —responde Esteban.

—¿Falta mucho? —pregunta de nuevo Chaume—. ¿Cuánto faltará? —pregunta a su vez Esteban al chófer.

El dice que unos cuarenta o cincuenta kilómetros.

—¡Vaya sitio en que nos hemos metido! —insiste Chemari.

—¿No te gusta? —replica Esteban—. Te advierto que yo creo, y no hace falta que lo diga, que no es de los peores pastizales del Estado. Además, estaréis cerca del rancho de míster Link.

—¿Quién es ese míster? —pregunta Chaume.

—¿Quién va a ser? ¡Mi futuro suegro!

Chemari le tiende la mano y amicalmente le dice:

—Enhorabuena.

—Pues sí. Creo que he acertado.

Han descendido un poco hasta llegar a la orilla de un riachuelo. El ver una especie de caravana de gente los ha animado.

—¿Y esos qué hacen ahí? —pregunta Chaume.

—Son mejicanos. Van recorriendo la región en busca de trabajo. Es increíble. Llegan hasta aquí cruzando la frontera. Calcula, como de Madrid a Irún y mucho más.

Algunos han tendido la mano saludando. Los perros se han estirado alarmados y, puestos de pie sobre sus patas traseras, han comenzado a ladrar. Esteban dice:

—Estos perros son muy inteligentes. ¿Has visto cómo en seguida han olido que son extranjeros?

—Cuando un pastor se cambia de sitio, quiero decir —pregunta Chaume— cuando es destinado a otra parte, ¿puede llevarse el perro?

—El perro es tuyo para siempre. Cada pastor tiene su perro y a cada puesto que va se lo lleva, si quiere.

Una nubecilla de misterio

—En esto de los perros —prosigue Esteban— el puesto 14, que es adonde vais vosotros, no ha tenido mucha suerte.

—¿Qué ha pasado?

—Algo que no se concibe.

El chófer interviene para decir que hace años ya había sucedido algo parecido.

—¿Qué es lo que pasó? —pregunta Chemari muy intrigado.

—Nada. Si todavía no se sabe nada en claro —prosigue Esteban—. Ahora están pendientes del informe de un veterinario.

—¿Mataron los perros? —inquire Chemari con cierto nerviosismo.

—No se puede decir siquiera si los mataron. Ha sido algo más anormal y raro. La semana pasada uno de los perros apareció muerto, así por las buenas.

—¿Con algún tiro, por supuesto?

—Nada de tiro. Como si el perro hubiera comido algo en malas condiciones. Y era una preciosidad de perro. Pero el perro apareció muerto, según han dicho, junto a la charca del agua. Los pastores dicen que toda la noche se la pasó quejándose como si fuera una criatura. Ellos trataron de hacerle vomitar por medio de hierbas y metiéndole incluso ramas en la garganta. No fue posible. Y, lo que son las cosas, dicen los pastores que las mismas ovejas, de oír al perro lastimarse, se pasaron la noche inquietas, yendo de un lado para otro, balando... balando, dicen, de una manera muy extraña.

—¿Conque esas tenemos? Y tú me largas a mí al puesto 14...

—Precisamente por ser primo mío. Este puesto es el que en este momento tiene

más en cuenta la Compañía. Si lo hacéis bien, os cubrís de gloria.

—Eso de que se envenene un perro puede suceder, me figuro, con facilidad — comenta Chemari. Y añade—: Pudo picarle algún bicho...

—Es posible. Lo malo es que también el otro perro ha estado a punto de diñarla.

—Eso ya es harina de otro costal —comenta gravemente Chemari.

—Lo peor del caso —continúa Esteban sin darle importancia a la cosa— es que aquí, en el puesto 14, donde pronto estaremos, teníamos a un pastor viejo, de los de más experiencia, al que nunca le había pasado nada. Y no es eso lo peor, sino que, después, han aparecido algunas ovejas muertas, indudablemente envenenadas.

—Habrà alguna charca infecta... —añade Chemari.

—Pues ese es el caso Que se han examinado las aguas y no hay nada.

—¿Y el pastor qué dice?

—El pastor no se lo explica.

—¡Qué cosa más rara! —dice Chemari.

—Lo más raro es que el pastor viejo ayer mismo tuvo que ser llevado a Boise a toda prisa, con tiritones y bastante fiebre. Pero allí han dicho todos que no es más que de los nervios. La cosa le ha impresionado.

—Pues sí que la hemos liado —comenta Chemari con cierta flema.

—Sin embargo, el otro perro se ha salvado y al otro pastor, más joven, no le ha ocurrido nada.

A Chemari la cosa más que preocuparle le intriga. Es algo que afecta a su oficio. La inquietud de Chaume es distinta. Y rápidamente ha preguntado:

—¿Y en los puestos vecinos, que supongo que serán el 13 y el 15, no ha ocurrido nada?

—No. Los números de los puestos obedecen a otro orden, no es porque estén al lado. Los puestos vecinos están tan tranquilos. Aquí nunca pasa nada. De eso es de lo que muchos se quejan, de que no pase nada. Todo es siempre igual: días, ovejas, ovejas que paren, el perro que agarra garrapatas, algún avión que pasa, el día que llega el correo, un día a la semana... Esa es la vida del pastor, una vida pacífica...

—Pacífica y aburrida.

—El aburrimiento no cuenta aquí. Un pastor no se aburre nunca. Cuando se aburre un poco cambia el ganado de sitio. Así es cómo va encontrando mejores pastos...

Ya estamos llegando

—Pero esto está en el culo del mundo —dice Chemari.

—Ya estamos entrando en las posesiones de míster Link.

—Tu suegro.

—Mi futuro suegro, eso es. Esas piedras blancas indican que estamos llegando.

—¿Y en el puesto 14 quién está ahora? —pregunta curioso Chaume.

—Está Ignacio, un buen zagal de Tolosa. Ese cambia ahora con otro más al norte. Es un muchacho muy majo; toca muy bien la acordeón. Os entenderéis muy bien con él. Además, no creáis que os quedáis solos. Esto es como un pueblo...

—¿Como un pueblo has dicho? —ha preguntado Chemari.

—Casi como un pueblo, con sus barrios y todo.

Lo que ocurre es que los barrios están muy lejos unos de otros... y que...

—No son barrios —ha remachado Chemari.

—Algo de eso. Pero a mí mismo me vais a ver más de lo que os podéis figurar.

—¿Nos vas a someter a vigilancia?

—No hace falta.

—Oye, Esteban. ¿El perro nos lo ponen a cuenta, esto es, nos lo pagamos nosotros o es un regalo?

—El perro es siempre un regalo de la Compañía. Forma parte del equipo, como la carabina.

—Estamos mejor que queremos —dice Chaume.

Sin poderlo evitar los dos pastores se van fijando en los perros y estableciendo comparaciones. Los van acariciando e intentando jugar con ellos. Los perros responden sólo a medias. Sin embargo, la pinta del de Chemari es mucho más noble.

Están cruzando ahora una hermosa arboleda. Se sacuden el polvo que llevan encima.

Pero pronto retornan a un camino pedregoso, lleno de curvas y de pendientes. Cada vez que suben creen que ya van a descubrir un panorama abierto y más agradable. Sin embargo, no hay casas ni asomos de vida civilizada. Los árboles son pequeños, copudos, como doblados por el viento. La tierra sigue siendo áspera, durante kilómetros y kilómetros. De vez en cuando algún barranco con algunas balsas casi secas.

—Pero, ¿no decías que estábamos llegando? —pregunta Chemari.

—Y te dije la verdad: ya estamos llegando.

—Siempre la primera vez —aclara el chófer en su jerga y riendo— se hace muy largo... Después, cuando uno se acostumbra, ya no está tan lejos.

—¿Y por qué hemos de estar tan lejos unos pastores de otros; digo yo, habiendo tierra para todos? —pregunta Chaume.

—El peor sacrilegio que se puede cometer con el ganado (y esto lo tiene muy en cuenta la Compañía) es mezclar los rebaños.

—Ah, ya.

—Para —dijo Esteban al conductor.

El conductor ha dejado el volante y se ha dedicado a maniobrar en un complicado aparato.

—Pero, ¿dónde iba eso? —ha preguntado Chemari.

—Ahí detrás del coche.

Es un aparato de onda corta.

—¿Es que nos hemos perdido? —pregunta Chaume.

—No es eso. Es que la Compañía tiene que dar unos avisos a todos los puestos de esta zona —ha declarado Esteban.

Han comenzado los pitidos de las llamadas. Pero al parecer nadie responde. Chemari y Chaume están embobados.

—Pues es la hora mejor —dice el chófer mirando el reloj.

—Estarán echando la siesta —añade Esteban.

Nadie contesta a las llamadas. Esteban insiste algo malhumorado:

—Deben de estar rascándose la barriga.

Prosiguen la marcha sin lograr comunicar con nadie.

El paisaje se va ensanchando. Sigue siendo bronco y desolado pero tiene más grandeza. Las altas montañas nevadas se van echando encima aunque aún están bastante lejos. Hay montañas, además, de formas estrambóticas y raras.

Inesperadamente el ruido del coche ha provocado la espantada de un formidable rebaño de caballos que parecen salvajes.

Esteban ha puesto música. Es la clásica música del Oeste que retrasmite una estación cercana, en medio de una baraúnda de palabras que se supone que son anuncios. La música es lenta, cansina, a ratos patética y tristona. Chemari se amodorra.

Cruzan un río seco. Luego ascienden por una ladera. Junto a los arbustos hay manchas de agua. Comienza a espesarse un poco la vegetación. Ya se va viendo más variedad de hierbas y plantas.

Hay ratos en que las ruedas del *jeep* resbalan sobre la arena. Suben y bajan hasta dar con una extensa planicie, verdosa a rodales, con algún que otro grupito de árboles pequeños.

De nuevo Esteban ha hecho parar el coche y ha probado a hacer una llamada a los pastores del contorno. Nadie responde. Para más ironía, sobre sus cabezas están dando pasadas macabras unos cuantos cuervos.

—¿Sabéis a qué se parece esto? —pregunta Chaume.

—Esto se parece a los Monegros —responde Chemari.

—¿Pero tú has visto los Monegros? —pregunta Esteban.

—Hice el servicio en Lérida.

—Esto no se parece a nada —replica con aire suficiente Esteban—. Este es el

típico Oeste, no el Oeste que vosotros conocéis por las películas. ¿Hay ovejas, cientos de miles de ovejas en los Monegros? ¿Hay vacas, caballos...?

—Pero no me negarás —responde con cierta cachaza Chemari— que estos cuervos son exactamente iguales que los de los Monegros, como ha dicho Chaume. Se ve que los cuervos son iguales en todas partes.

—Es raro —dice Esteban que está pendiente de lo suyo—. Nadie responde ni en el puesto 21, ni en el 23, ni en el 31... ¿Oye, no estará estropeado esto?

—Estarán gastadas las pilas.

—Estamos ya locos. Estamos como dicen que se ponen los que atraviesan el desierto. Siempre que vengo aquí me ha de pasar algo...

Todas estas frases las traduce Esteban pero teniendo en la mano la botella de whisky. Ella es la culpable, al parecer, del despiste.

—Ahora, al llegar al puesto, hablaremos con vuestros vecinos. Ya veréis qué juega... —y Esteban, después de buscar en la bolsa del coche, sacó unos gemelos de campaña y se ha puesto a otear el horizonte.

—Hacia allá —ha dicho al mecánico.

Ya no hay caminos. El *jeep* camina a su arbitrio durante un rato.

El puesto 14, a la vista

De repente, Esteban se ha alzado sobre el coche y ha gritado:

—¡Allí! ¿No veis allí unos puntitos blancos?

Chemari no ve nada. Chaume tampoco, aunque dice que le parece ver algo.

—Allí están vuestras ovejas —grita Esteban.

—Aquellas son —dice el chófer.

—Allí está la tienda... Se ve fuego... Nos deben de estar preparando la comida...

—Paella. Debe ser paella ¿que no? —dice Chemari.

—Serán truchas a la navarra —dice Chaume.

—O bacalao al pil-pil —prosigue Chemari.

Se ve que tienen hambre.

La cercanía del puesto 14 ha hecho que se alcen del coche impacientes y curiosos. Chemari y Chaume lo examinan todo con gran atención. Al parecer han desaparecido toda clase de preocupaciones.

—¿Sabes que no está mal elegido el sitio? —dice Chaume.

—Y si queremos lo cambiamos por otro, ¿que no? —pregunta Chemari.

—Todas estas tierras son tuyas hasta el límite de la finca de...

—¿Tu suegro?

—Eso mismo.

—Pues nada, que esté tranquilo tu suegro que no le vamos a robar las peras ni los melones... —dice Chemari.

Han perdido el camino. El *jeep* avanza a campo traviesa, dando trompicones con las piedras, metiéndose en los hoyos, saltando como un macho cabrío en plena época de celo. Tienen prisa por llegar.

Se han acercado al puesto 14. Junto a un charco transparente hay un carro, como los antiguos del ejército en campaña. Al lado una tienda de blanca lona. De la chimenea sale humo.

Ignacio Izalzu Aguilera

Ha salido el perro a recibirlos. El pastor Ignacio se ha asomado con los brazos en alto desde el camión-tienda. Un par de caballos se han revuelto alrededor de la charca.

Se entabla un duelo entre los perros que llegan y los que hay, uno de los cuales ha salido corriendo en dirección al monte.

—Pero, ¿y las ovejas? —pregunta Chaume.

—Ahí detrás de esa quebrada. En la dirección que va el perro... —contesta Ignacio. Y luego añade—: ¿Queréis verlas? Es sólo asomarnos ahí...

Chemari y Chaume le siguen. Ignacio le dice a Esteban con mucho respeto:

—¿Querría darle una vuelta a esas patatas para que no se quemen?

Han llegado a lo alto de un montecillo. El perro ha llegado antes y el rebaño está alborotado y removido. Ignacio les silba y las ovejas parecen entender y se tranquilizan.

Es grandioso y bello el estrépito de las ovejas triscando por las peñas y balando, huidas y amedrentadas.

Ignacio está azarado.

—No sé si os di la mano —dice.

—Es lo mismo —contesta Chemari tendiéndole la suya.

—No te preocupes, hombre —agrega Chaume haciendo otro tanto.

—Yo decía: ¿Cuándo llegarán? Y calculé que traeríais hambre. Os estaba preparando el rancho. Vamos para allá... Creo que hemos tenido suerte con el rancho...

—¿Qué es lo que hay? —pregunta Chaume.

—Es una sorpresa —contesta Ignacio muy complacido.

—Será bueno para estrenar esto —dice Chemari.

—Es lo mejor que ha podido encontrarse. Hubo suerte... Porque uno es bastante malejo... con la carabina...

—¿Conejo frito?

—Será liebre —dice Chaume.

—Ya lo veréis. Vamos para allá... Pero sin abrir el pico. ¡A ver la cara que ponen los mandamás...!

—Pero si el mandamás es primo aquí del compadre —dice Chaume congraciándose.

—¿Ah, sí? Menuda suerte. Dentro de poco en Boise.

—¡Quién sabe! A lo mejor dentro de poco de nuevo en la tierra de uno... allá en la aldea.

Van escoltados por los perros que ya han hecho amistad después de mucho olfatearse y enfurruñarse.

Los pastores nuevos se mueven aquí con más naturalidad y alegría que en la ciudad. Ignacio y Chemari se ve que han ligado bien.

—¿Qué te parece todo esto? —le pregunta Esteban.

—¡Aupa el Athletic!, es lo que yo digo...

Ya están sirviendo cervezas en lata y patatas fritas a la inglesa en cucuruchos.

Ignacio sigue atento al condumio, pero de vez en cuando se levanta y mira hacia las lomas.

Es a Chemari a quien se le ocurre preguntar:

—Oye, chico, ¿es que no hay más que patatas?

—Algo más habrá, digo yo —responde Ignacio con cierta flema.

—Pero, aquí no se ve mucho más companaje.

—Nos comeremos los perros, a falta de otra presa —replica Ignacio con humor.

Han sonado unos tiros o algo que parecían tiros. Ha sido Chaume quien, muy alarmado, ha preguntado:

—¿Habéis oído? Han sonado tiros.

—¿Habéis oído tiros? —dice Ignacio poniendo cara de circunstancias.

Los perros ladran, sobre todo los recién llegados. El perro antiguo del puesto, con todo, está dispuesto a hacerse respetar. Más que tener a los otros atemorizados se podría decir que los demás aceptan su antigüedad despótica y dominadora.

—Estos perros lo que tienen es hambre —dice Chemari.

—Los perros y los demás —murmura Ignacio.

—Paciencia, paciencia —recomienda Esteban.

Han amanecido dos caballistas en el horizonte levantando nubes de polvo. Vienen hacia la tienda a galope tendido.

Los perros ladran furiosamente. También los que vienen traen un par de perros.

Ignacio les tiende la mano en señal de saludo. Lo mismo hace Esteban.

—Son vuestros vecinos de puesto —dice Esteban.

—Sí, son los del 21: Juan Pablo y Federico... Y ya lo veis, vienen con el suministro a costas...

Son dos tipos vascos netos, uno joven, muy colorado, y el otro recio y con el pelo blanco. Descienden de las monturas y exhiben un hermoso cervatillo.

—Los invitados —dice el más viejo— siempre están obligados a llevar algo al sitio donde van —y deposita el cervatillo en manos de Ignacio. Luego, dirigiéndose al más joven le dice—: ayúdale a descuartizar el bicho...

Chemari y Chaume son presentados.

La gran comilona

Mientras termina de hacerse la gran fritanga van picando, en latas, sardinas, atún, aceitunas, incluso caviar, que los recién llegados ni conocen.

—Pero esto parecen *cagás* de moscones —dice Chemari.

—Calla y pruébalo —dice Esteban.

—Está riquísimo —dice Chaume sumamente obsequioso.

También beben cerveza y a ratos whisky.

Mientras terminan de improvisar la mesa —un mantel extendido en el suelo al abrigo del carro y un apartado para las botellas y los entremeses— Chemari se distancia un poco hacia la desierta colina.

Trata de situarse y de hacerse cargo de su nuevo estado. Mira el suelo y el cielo con extrañeza. Efectivamente, aquella tierra no tiene nada que ver con la de su aldea. Aquello es una mezcla rara de pradera reseca y monte escabroso. A intervalos, en lo más pelado del monte, surgen manantiales y trozos de campiña reverdecida. Chemari va dominando el paisaje. Por lo bajo canturrea:

Adiós tierra mía

Adiós mi chimenea

Adiós mi cordera

Adiós mi chavala...

Lo que canta es una especie de salmo que él mismo se va inventando, un poco por efectos del whisky.

De repente se ha topado con la sombra blanca de las ovejas. Unas suben peñas arriba y otras se deslizan hacia la hondonada. Es imponente su marcha estrepitosa y conmovedora a la vez. Chemari les grita:

—Riau, riau, riauuu...

Las ovejas de momento se han quedado detenidas y luego han comenzado a balar

de un modo unánime y lastimoso. Chemari las ha seguido. En cierto modo le entenece aquella toma de posesión muda y callada de lo que va a ser su oficio en adelante.

Intenta arrancar unas cuantas matas medio secas para olerías, pero no puede y termina dándoles un puntapié. Se va acercando al rebaño con enorme curiosidad. Al principio las ovejas ni se mueven, como si Chemari fuera una mera sombra, algo que no tuviera nada que ver con ellas. Al parecer están estudiando a su futuro dueño y pastor.

Pero al llegar hasta ellas, las ovejas han rebullido y se han espantado. Algunas triscan entre las peñas y se cuelan por un arroyuelo casi cubierto de arbustos.

Chemari les habla cariñosamente. Se ve que quiere ganarse anticipadamente su confianza. Pero las ovejas están alborotadas. Todavía no saben de la amistad del nuevo conductor del rebaño. Las ovejas se atropellan y balan con estruendo y pavor. Chemari entre ellas se considera impotente para dominarlas.

En este instante se ha encontrado con su perro al lado. Y su perro, sin esperar la orden siquiera, se ha puesto a contener el desmandado rebaño.

—¡Muy bien, muy bien! —ha gritado Chemari lleno de emoción.

Chemari se ha quedado en lo alto de una piedra ordenando al perro. Su perro es un buen guiador. Entonces Chemari se ha puesto a hablar solo. Y dice:

—A este perro habrá que ponerle un nombre. Hay que ponerle un nombre que le vaya bien. Le podía llamar *Leal*. O *Rápido*, porque ciertamente es un perro certero.

El perro ha vuelto a él después de aplacado el barullo de las ovejas. Chemari acaricia a su perro.

—¿Te gustaría llamarte *Leal*?

El perro parece entender y ladra agradecido y juguetón.

—¿O te gustaría llamarte *Rápido*?

El perro salta de contento.

—Lo mejor será llamarte... Vamos a ver. ¿Qué tal te caería *Rale*? ¿Qué te parece? Te llamarás *Rale*, *Ra* por *Rápido*, *le* por *Leal*.

Chemari y su perro van dando la vuelta al rebaño. Las ovejas ya no se sienten intranquilas ni recelosas.

Chemari las va chistando con suavidad y dulzura para que no se espanten.

Coge entre sus brazos un corderillo recién parido que bala tiernamente. Chemari se lo pone al cuello, y camina un rato. La madre lo sigue balando también. Por fin, lo deja en el suelo.

Chemari habla con *Rale* como si fuera su confidente. Le va diciendo:

—Es que dos mil ovejas son muchas ovejas. Dos mil ovejas no las había visto yo juntas en mi vida. Dos mil ovejas son demasiadas ovejas. Ya nos entenderemos con ellas como podamos. ¿Verdad, *Rale*? ¡Claro que sí! ¿Y de qué vivirán las ovejas por

estas tierras? Pocos pastos ve uno a simple vista. Pero de algo vivirán, digo yo... ¿Y los lobos, qué es lo que pensarán del asunto? Hay que preguntar a Ignacio y a los otros si hay osos. Aquí tiene que haber de todo, osos, lobos, buitres, y quién sabe si aquí hay hasta brujas... Menuda tierra a donde nos ha traído el primito. Y esto por ser pariente. ¿Comprendes, *Rale*? Esto quiere decir que a otros todavía les habrá tocado algo peor. A no ser que a mí, por aquello de que hay confianza, me haya dejado el hueso.

Ignacio ha aparecido en la colina gritando:

—Eh, amigo, que se enfría la sopa...

—¿Qué dices? —grita a su vez Chemari.

—Nada, que te vengas, que ya es hora de comer.

—Vamos, *Rale* —dice Chemari, y se dirige adonde está Ignacio brincando y canturreando. Haciendo un poco el ganso.

Descienden los dos al puesto.

—Creíamos que no venías nunca —dice Esteban.

—Me entretuve con las ovejas.

—¿Las estabas contando?

—No. Las estaba viendo.

—¿Y no te han huido? —pregunta uno de los pastores viejos.

—Al principio, sí. Después ya no.

—Será que te conocen ya —dice el otro del puesto 21.

—Pues hoy me conocen más que ayer... —contesta Chemari con cierta guasa.

—A comer se ha dicho —grita Ignacio presentándose en el grupo, que está a la sombra de la tienda, con un animal recién sacado de la brasa.

—¡Viva, vivaaa! —gritan todos disponiéndose a la gran comilona.

El festín transcurre entre risotadas y bromas, aunque de vez en cuando Chemari mira alrededor y se queda pensativo. Se ve que los recuerdos tienen poder sobre él. Probablemente está pensando en su aldea.

Comen como bárbaros. Las enormes tajadas y los pedazos de pan son engullidos a base de cerveza.

—¿Echáis de menos algo? —pregunta Ignacio a los recién llegados.

—Yo no —dice Chaume.

—Yo sí —contesta Chemari.

—¿Y qué es, si se puede saber? ¿No será... —y hace el gesto de siluetear a una mujer.

—No. Echo de menos la bota. Echo de menos el vinillo de allá. Tanta cerveza no puede ser bueno.

Todos ríen.

—Algún día probarás el vino —dice Esteban.

—Claro, hombre. Cuando sea fiesta y bajemos al pueblo... Bueno, yo siempre digo el pueblo cuando hablo de Boise.

—No pienso bajar mucho —replica.

—Eso lo dices ahora.

Termina el banquete entre *irakiñak* y *astakeriak*^[2].

—Oye, tú, *astoa*^[3], ¿a que no te comes ahora una cazuela entera de melocotones en almíbar?

Siguen apostando barbaridades. Hasta que Federico, el viejo pastor del 21, añade:

—Termine la *besta*^[4] en paz.

La sobremesa

Conforme los pastores van terminando de comer se van tumbando donde pueden. Alguno al pie de las lonas de la tienda, otros a la sombra del carro. Esteban se ha metido en el *jeep* y después de adoptar una postura bastante extraña y aparentemente incómoda, da la impresión de que se haya dormido.

Chemari se va a su saco de viaje y busca algo.

Es la armónica.

Una vez que la encuentra busca un rincón de sombra. Entonces llama a *Rale* a su lado, y en seguida comienza a modular esbozos de canciones.

Pero ninguna cuaja.

—¿No sabes hacer más que eso? —pregunta el pastor viejo del 21.

—Algo más sabe, pero no mucho —declara Chaume. Y ríe.

Chemari prosigue impertérrito. No son ganas de lucirse lo que tiene. Se trata de una necesidad más íntima y vital. No toca nada en concreto sino que comienza una y otra vez distintas canciones, puramente vascas, para luego quedarse callado y pensativo.

—Toca algo serio o para la música —le dice Esteban.

—¿Queréis algo conocido, entonces?

—Toca algo que pueda cantar este —y el pastor viejo del 21 señala a su ayudante.

Chemari se ensaya un poco y por fin da en el tono de una canción superconocida. El pastor comienza a cantar siguiendo la melodía de la armónica:

*Si a tu ventana llega
una paloma
trátala con cariño
que es mi persona...*

Sin poderlo evitar los demás pastores ya están canturreando también. Hay un momento de brío en el canto de todos, hasta que, poco a poco, como por cansancio o tristeza, dejan de cantar. Este momento de silencio lo aprovecha el pastor viejo para preguntar:

—¿Y qué tal van las cosas por allá?

—Como siempre —dice Chaume.

—Pero ¿cómo están? —insiste el pastor Ignacio.

—Regular, más bien regular —comenta Chemari.

—¿Es verdad que hay muchos obreros parados?

—Como siempre o algo más —contesta sobriamente Chemari.

—Depende de las regiones —añade Chaume—. Todo el Norte se nos está llenando de gente del Sur que viene a trabajar.

—Lo peor de todo, bueno, lo peor de todo o lo mejor, porque también nosotros estamos aquí, es la cantidad de obreros que se marchan fuera...

—Pero ¿son tantos? —pregunta Esteban.

—A miles, a miles. Hay pueblos, según dicen, de Alemania y Suiza y hasta de Francia, donde se habla más español que la lengua de allí.

—¿Es verdad lo que se dice de las huelgas? —pregunta Ignacio.

—¿Qué es lo que se dice por aquí? —pregunta a su vez Chemari.

—Que están las minas paradas..., y también muchas industrias de Cataluña.

—Quizá se exagera.

—¿Es cierto que han puesto bombas en muchos sitios y que los curas han dado de comer a los huelguistas en ocasiones?

—Dicen —contesta Chaume— que a algunos curas los han puesto en la frontera y que han desterrado a muchos; pero no creas que se saben mucho las cosas...

—La Prensa no las dice, ¿verdad?

—No creas. Ya va habiendo un poco más de libertad... —dice Chemari.

—¿Sí? No me lo creo —dice el pastor viejo del 21.

—No digo que haya libertad completa, pero no es lo mismo que hace diez años...

—vuelve a rematar Chemari.

—Los que están de capa caída —agrega Chaume— son los Sindicatos. Todo eso parece ser que se va al traste...

—¿Tú crees? —pregunta escéptico Esteban.

—Eso parece. Eso dicen todos.

—¿Y allí qué es lo que va a pasar? —pregunta Esteban dirigiéndose expresamente a Chemari.

—¿Lo sabes tú? Ni yo tampoco. Nadie sabe nada.

—Aquí los periódicos han hablado de la monarquía... —insiste Esteban.

—¡Cualquiera sabe! —contesta Chemari.

—Pero algo tendrá que venir después de todo esto.

—Algo vendrá, pero no se sabe nada. Por lo menos yo no le veo la punta. Probablemente los que mandan, yo qué sé, sabrán algo. Tampoco al pueblo parece que todo esto le interese demasiado. El pueblo lo que quiere es vivir mejor de lo que vive... —concluyó con aire un poco abatido.

—¿Es cierto que la comida está muy cara? —preguntó entonces Ignacio.

—Al parecer la comida no la regalan, no.

Se ha establecido el silencio, un silencio realmente angustioso. Están hablando de su patria, desde lejos de ella. Sólo a Esteban se le nota un poco más despreocupado y distante.

—O sea —ha dicho—, que no nos decís nada en claro.

—Le hemos dicho lo que sabemos: que aquello no está bien, como debía estar; pero que tampoco está tan mal, tan mal, como ayer dijo uno en las oficinas de la compañía.

—¿Cuánto tiempo hace que te viniste tú? —ha preguntado Chemari a Esteban.

—Seis años hará para el mes que viene.

—Pues aquello está como cuando tú te viniste o acaso en algunas cosas mejor. La gente gasta más, va al cine, casi todos se han comprado bicicleta o vespa en nuestras aldeas, y algunos, coche. Pero las habichuelas, las patatas, la carne siguen estando caras para los sueldos.

—¿Y Madrid? ¿Madrid cómo está? —ha preguntado el pastor viejo.

—Madrid está fenómeno. Yo no lo había visto desde que hice el servicio, que me llevaron a desfilar —ha replicado Chemari—. Pero Madrid está que da envidia. No creas, a muchos americanos se les haría la boca agua. Madrid está muy bien, pero que muy bien, que no tiene nada que envidiar. ¿Que no hay más que un rascacielos de muestra? ¿Y qué? Cuando salimos en puro invierno todo estaba lleno de turistas. Calcula.

—La última noche —prosigue Chaume— la liamos. Nos emborrachamos en una tasca de por detrás del teatro Español, donde había carteles de toros. La Policía Armada de vez en cuando entraba y decía: «¡Que haya respeto!» «Sí, señor guardia, que haya respeto», le respondíamos nosotros. «No vamos a tener más remedio que llevarlos, si siguen así, a la comisaría.» «¡Qué más quisiéramos nosotros!», le respondíamos... «Nos llevan ustedes y ya no hay necesidad de montar en el avión ni nada», les decíamos, y ellos tan convencidos que hasta se tomaron una copa con nosotros. Cuando se enteraron de que nos veníamos a cuidar ovejas decían: «¡Envidia es lo que nos dan!» «Pero, ¿por qué?» «Siempre es mejor cuidar ovejas que gamberros», contestaban. Y luego la que movimos con una fulana que llevaba boina. Hasta que no le quitamos la boina no paramos. Era una pobre que había salido de esos asilos donde las meten cuando las pillan con las manos en la masa...

—¿Has dicho la masa? —dice el pastor viejo.

—Ya será otra cosa —añade Ignacio.

Poco a poco la conversación de sobremesa se va apagando.

—¿Y el avión no te dio miedo? —le pregunta Esteban directamente a Chemari.

—¿Este? —responde Chaume por él—. Este se pasó la noche, entera roncando.

—¿No te mareaste? —vuelve a preguntar Esteban.

—Creo que quien se mareó un poco fue el piloto —contesta Chemari.

Todos ríen. Ahora están bebiendo coñac.

—¿Y qué te pareció Nueva York?

—Nueva York está bien, pero hay demasiada gente. A mí los rascacielos no me gustan. ¿Y qué hacen cuando se funden los plomos?

Los perros de Chemari y Chaume se han enzarzado en una pelea. Se están disputando un hueso. También intervienen los otros perros. Es Ignacio quien les da un grito, los amenaza y logra separarlos cuando ya el pastor viejo va a coger un palo.

Chemari ha vuelto con la piel del cervatillo.

—Tiene el tiro muy bien dado. ¿Quién le dio? —pregunta dirigiéndose a los pastores del 21.

—Aquí el viejo —dice el joven.

—Era una buena pieza.

—Como que os vamos a dejar carne para dos días —contesta Ignacio.

Los perros están excitados con la piel del animalejo. Saltan alrededor de Chemari.

Chemari se dirige a Esteban preguntándole:

—¿No habían dicho que estaba prohibido cazar?

Esteban responde:

—Claro que no se puede. Pero un día es un día. La norma de la Compañía es que ella os da la comida, incluso carne bastante a menudo...

—Pero es carne en lata —dice el viejo.

—¿Y si se enteran los de la Compañía? —vuelve a preguntar Chemari.

—Si se enteran y saben por qué ha sido harán la vista gorda. No es lo mismo vivir de la caza que cazar un día, por una circunstancia extraordinaria. Había que celebrar vuestra llegada. Es ya como una costumbre en los días grandes procurarse un bichejo. Pero eso no es cazar por lucro todos los días... Había que celebrar vuestra llegada. Eso es lo que yo quise decir a los del puesto veintiuno por radio. Pero ellos se han anticipado. Ignacio ya tenía bastante con pelar patatas y destripar los ajos y la cebolla. Pero ¿a que estaba bueno?

—Estaba buenísimo —dice Chemari.

—Lo escribimos al pueblo y no se lo creen —dice Chaume.

—Además, el viejo sabe muy bien lo que se hace —dice el pastor joven del 21—. Nunca mata a una hembra en tiempo de cría, nunca ha tirado a un gallo salvaje

simplemente por divertirse. Nunca ha vendido una piel. Eso es lo que no quiere la Compañía.

—Aquí el caporal —dice el joven pastor del 21— se conoce como nadie las costumbres de todos los bichos al monte. Cuando veníamos le decía: «Mira que nos vamos a quedar sin comer». «No seas desconfiado», me repetía. Se conoce de memoria las cuevas de los osos, las madrigueras de los conejos, las astucias de los lobos, los regatos donde beben agua los ciervos y a la hora que beben... Es un hacha...

Esteban saca del coche su cámara fotográfica.

Y les dice:

—Poneros ahí. Luego las mandaremos allá y os verán vivos.

Esteban saca varias fotos del grupo y algunas a Chemari solo. Luego hace que Ignacio los retrate a ellos dos juntos.

Últimos consejos

A Chemari le ha caído bien el viejo del 21. Tiene algo de patriarca y al mismo tiempo una alegría sana. El aislamiento y la distancia de su patria no han podido con él.

—Pues usted está hecho un jabato.

—No creas.

—¿Cuántos años lleva sin ir allá?

—No he ido nunca.

—Pero piensa regresar algún día...

—Pensar sí lo pienso.

—Está usted muy joven —vuelve a insistir Chemari.

—Y más fuerte que Paulino Uzcudun. ¿No lo ves? —dice el joven queriendo tantearle la musculatura. Y al ver que no puede porque el viejo lo impide, dice—: Es de hierro.

—Yo antes —comienza a discursar el viejo— cuando te vi —y se dirige a Chemari— tocar la armónica pensé en mí, recién llegado. También yo tocaba la armónica. Un día la rompí. De haber seguido con la armónica habría terminado loco.

—Pero yo creo que la armónica es una buena compañía.

—No te lo niego, pero ayuda a hablar demasiado a solas y eso no es bueno. Aquí lo que hay que hacer es comer y dormir, dormir y comer.

—Algo más habrá que hacer.

—Bueno, claro, muy bien dicho, algo más hay que hacer: hacer que duerman y

coman las ovejas.

—¿Y eso es todo?

—No, eso no es todo. Tienes razón, hijo. También hay que ayudar a parir a las ovejas, sacarles las crías de la barriga, curar a los caballos cuando se lastiman, cuidar a los perros cuando enferman. Hay que cuidarlos a veces como si fueran personas y más que a personas. Y sobre todo, lo que hay que hacer es vigilar...

—Pero ¿es que hay indios o bandidos... por aquí?

—Aquí casi nunca ocurre nada, pero puede ocurrir. A veces han ocurrido cosas. A mí no, pero a otros sí. Hay que vigilar a todas horas, incluso cuando se duerme.

—¿Ha tenido que disparar alguna vez contra algún hombre? —ha preguntado Chaume.

—Nunca. Me ha bastado siempre con esto —y ha mostrado sus puños, unos puños enérgicos y duros.

—¿No lo veis? ¿No os he dicho que es más fuerte que Uzcudum? —ha remachado el joven del 21.

Todos ríen y alaban los puños apretados del viejo.

—¿Tú de dónde eres? —pregunta el viejo a Chemari.

—De Vera. De Vera del Bidasoa soy, para servirle.

—¿Y tú? —pregunta a Chaume.

—Soy natural de Alfaro, pero casi toda mi familia es de Marquina.

Al viejo se le han humedecido los ojos. Por un momento se ha traspuesto y se le ha visto hundirse en el manantial de los recuerdos.

—Pues, aunque no lo creas, yo conozco tu pueblo. Vera, si no me equivoco, está muy cerca de la frontera. Y hay por allí un río con truchas. ¿Cómo se llama ese río?

—El Bidasoa. Vera del Bidasoa es mi pueblo.

—¡Sí, es verdad! ¡Qué tonto me estoy poniendo! A mi edad uno se pone ya un poco tonto...

—¿Y en Alfaro no ha estado nunca? —le pregunta Chaume.

—Lo he oído nombrar pero no recuerdo si he estado o no. ¿Es ahí donde se torear vaquillas, donde torear vaquillas las mujeres?

—Eso es Estella —responde Ignacio.

—Yo sí que estuve en Estella siendo joven —prosigue el viejo—. Os juro que es verdad. Es más, os diré que yo tuve una novia en Estella, una novia que, según me han contado después por carta, hace mucho que se metió a monja. Pero no monja de clausura, sino monja de los ancianos, de esas que les limpian la caca y se llenan de piojos con los pobres desamparados. Yo no miento. Yo no he mentado nunca. Os digo que tuve una novia en Estella y que era muy guapa...

—¡Y la dejó abandonada! —dice Chemari.

—No es que la dejara abandonada. Era un casorio que no podía ser. Ella tenía

unas tierras, yo no tenía nada. Ella había estudiado para maestra, yo apenas sabía hacer los palotes. Yo no miento, y no soy nada farolero si os digo que ella me quería, ¡vaya si me quería!

Ignacio ha ofrecido al viejo un cigarrillo. Con mucha solemnidad el viejo lo ha encendido. Luego ha proseguido:

—A mí me alegra mucho siempre que viene alguien nuevo de allá. Pero también me da pena. Me acuerdo de mí mismo...

Esteban se ha levantado y se ha puesto a pasear.

—No le hagáis caso —ha dicho el pastor joven del 21—. Al viejo es que siempre que llega alguien nuevo, se alegra un poquillo, bebe algo de más, y luego le da *llorona*.

—¿A mí me da *llorona*, so *deslenguao*? —y ha intentado darle un cachete.

—Sí, que te pones blando.

—¿Me dio a mí *llorona* cuando Juanchu, recién llegado de allá, cogió las fiebres y se pasó varios días delirando, con lo menos cuarenta de fiebre, y pidiendo sin parar: «Por favor, llévame a mi casa»? «Ya te llevo a tu casa», le repetía yo horas y horas, hasta que llegó la ambulancia y se lo llevó.

—Pero, ¿es que por aquí hay fiebres? —pregunta Chaume un tanto alarmado.

—El ganado siempre ha contagiado de unas fiebres raras —contesta Esteban.

—Al que le pilla bien lo deja *baldao* —dice el viejo.

—Ahora los casos que hay, que ya hace años que no se da ninguno, se curan en seguida —replica Esteban. Y añade—: Ahora lo único que hay que hacer es avisar en seguida. Con los adelantos que hay, en una semana listo. Al último ni siquiera una semana. Con unas inyecciones de estreptomicina, al monte de nuevo...

Este giro de la conversación ha dejado un poco apagados los ánimos. Se ha enfriado el entusiasmo que reinaba. Ignacio pasa la botella. Pero ya no es lo mismo que antes. Una ola de opresión y sentimentalismo se ha apoderado del ambiente. El viejo, al darse cuenta, da un cambio brusco a la conversación y dice a Ignacio:

—Saca la baraja que nos vamos a echar una partidita. El que pierda, ya sabe, será el que tendrá que hacer la próxima visita Y presentarse con el companaje por delante. ¿Entendido?

Se ponen a jugar. Esteban mientras tanto saca fotografías de los alrededores y del ganado. El conductor mira, con cara de no entender, la reñida partida de mus.

—¡Ordago a la grande! —grita eufórico Chemari.

En medio de la partida, Ignacio se ha dirigido a Chemari y a Chaume y les ha dicho:

—Habéis tenido suerte. Este es un buen puesto.

—¿Tú crees? —ha preguntado Chemari.

—De los mejores —ha agregado el viejo.

—Todo ha sido obra del primo —añade Chaume.

—Mi primo ha hecho lo que debía hacer. No creo que por mí haya hecho más de lo que ha hecho por ti, por ejemplo.

La partida se ha interrumpido un momento. Afortunadamente Esteban está lejos, y su mecánico está adormilado.

—Ah, por si luego se me olvidara... Recordarme que os diga que el sitio mejor para proveeros de leña es un espeso matorral que hay muy cerca del rancho de Mr. Link, el que parece que va a ser el suegro de tu primo.

Han seguido jugando. Ahora ha sido el viejo del 21 el que mientras barajaban les ha dicho:

—Y a todo lo que os pregunte la Compañía si necesitáis, decid que sí. Eso siempre, por costumbre. La Compañía es rica. A la Compañía nosotros le salimos muy baratos...

—¿Y a qué distancia estará el rancho de Mr. Link? —ha preguntado Chemari volviendo a lo de antes.

—En línea recta, por ahí, a unos quince kilómetros —dice Ignacio.

—Pero no te dejes llevar por eso —dice el viejo—. El rancho de Mr. Link es como un mundo de grande. Es de los mejores que hay en todos estos Estados. Mira por donde tú, muchacho, emparentado con Esteban, podías muy bien...

—¿No tiene una hermanita con ganas de *gizongaia*^[5] la novia de Esteban? —ha recalcado Chaume.

—¡Ordago a la grande! —ha soltado Chemari con todo aplomo y buen humor.

El viejo prosigue como hablando consigo mismo:

—El pastor yo creo que está hecho para vivir solo. Ya lo dice el refrán: buey solo bien se lame.

—Oye, pero yo no soy un buey —replica Chaume.

—Yo lo que quiero decir —prosigue el viejo fijo en su idea— es que a veces la Compañía ha querido suprimir entre nosotros las parejas. A mí no me hubiera importado lo más mínimo. La Compañía hubiera querido más puestos y más perros. Yo esto lo considero razonable. Pero no ha podido ser porque muchos no han querido aceptar la soledad. Y yo me pregunto: ¿Y para qué dos quieren vivir juntos si muchas veces están como el perro y el gato? Para mí lo mejor es la soledad. Yo resisto bien la soledad, pero comprendo que haya quien no la resista. Nosotros somos en cierta manera como los gusanos de seda, vamos detrás de lo verde, royendo lo verde...

—Serás tú, que te gusta la lechuga más que a los jilgueros —le dice su compañero.

—Lo digo por las ovejas. Tan pronto se acaba el verde en un lado, hay que girar con ellas a otro, donde lo haya. La Compañía se preocupa también de las ovejas más que de uno, y si cuida de nosotros es porque cuidamos las ovejas. Aquí lo que vale es

la oveja, y más que por la carne, como por allá, por la lana. Dichosos vosotros, los que llegáis ahora.

—Pero, ¿por qué?

—Sí, sí. ¿Por qué? —le han preguntado.

—Son otros tiempos. Si yo estuviera en vuestro pellejo no me habrían salido canas aquí. Tan pronto hubiera tenido los dos mil verdes...

—¿Veis como el viejo es un picarón? Siempre va detrás de lo verde...

—Tan pronto hubiera tenido los dos mil presidentes verdes, aun sin saber un *pajote* de esta endiablada lengua que apenas si entiendo después de un carro de años, me habría ido a San Francisco...

—¿A San Francisco? No creo.

—O hubiera vuelto a mi aldea. Ahora parece ser que dos mil verdes, y tres mil, y más cuatro mil, y mucho más cinco mil, ya son una pequeña fortunita para ir tirando. Sin embargo, lo que son las cosas, a mí ya creo que se me ha pasado la hora de volver...

—No lo creáis —dice el pastor joven del 21. Y añade—: está forrado de plata, y algún día se escapa, coge el avión y no le vemos el pelo más que allá en su aldea.

—¿De dónde es? —pregunta Chemari.

—De cerca de Oyarzun —contesta el joven—. Yo creo que se pasa los días pensando qué hará con los dólares al llegar a su aldea. El viejo piensa mucho las cosas. Se ha pasado muchos años pensando qué hará con las pesetas... Lo tiene que tener todo muy pensado. ¿Que no? A lo mejor se compra un barco...

—Sí, un barco de vela me voy a comprar. El mar para los pescadores —responde.

—A lo mejor pone una cafetería de esas que están de moda, una cafetería como las que me han dicho que han puesto en Bilbao algunos de los nuestros...

Todas estas alusiones regocijan al viejo. Se ve que todo esto le hace soñar en un porvenir cómodo y placentero.

—¿Y con cuántas pesetas se podrá uno retirar a vivir tranquilo? —pregunta en un exceso de sinceridad. De repente se da cuenta de que con esto se presta a que le tomen el pelo y agrega—: ¡Y pensar que todo esto fue y pudo ser nuestro! ¡Y si no esto, parte de los Estados Unidos! ¿Por qué habremos sido siempre tan mamarrachos? ¿No sabíais que hace ya más de dos siglos, cuando esto ni existía casi como pueblo organizado los vascos atravesaron todo esto, se recorrieron este país de punta a punta, y enseñaron a estas gentes...? Todo lo hemos tenido en las manos y lo hemos perdido lamentablemente. ¿Creéis que tenemos perdón de Dios? Pues no tenemos perdón de Dios. Pudimos ser los amos de todo esto, el país más rico de la tierra, y aquí nos tenéis ahora, a sueldo de ellos. Y encima de todo, agradecidos. Si dejaran venir gente de mi aldea se despoblaba aquello...

Aparece Esteban en el horizonte cerrado del pequeño valle.

—Hay que ir preparándose para la marcha —grita.

Ignacio se ha dispuesto a coger sus cosas. Después ha llamado a Chemari y a Chaume.

—¿Sabéis manejar esto? —les dice mostrándoles el aparato de onda corta y el transistor.

Ellos escuchan las explicaciones. Se oyen diferentes estaciones, todas de música incomprensible para ellos y de anuncios y noticiarios en inglés, de los que no cazan ni palabra.

—Me parece que yo voy a poner poco este instrumento —dice Chemari.

Chaume se muestra más aficionado y se hace cargo de las pilas de repuesto.

—Y si os ocurriera algo, no tenéis más que hacer la llamada de socorro —y el pastor Ignacio les enseña pacientemente a manipular el aparato.

Los pastores del 21 ya están ensillando sus caballos. Los caballos relinchan de gusto. Los perros saltan delante de los caballos.

Ignacio ha acomodado su equipaje en el *jeep*.

—Nosotros te dejaremos —le dice Esteban— en el cruce. Puedes dormir si acaso allí y mañana te acercas. Son cuatro horas andando lo más. O me lo dices y al mediodía el coche del suministro te recoge y te acercará.

—No hace falta —dice Ignacio.

Antes de despedirse de Chemari y Chaume, Ignacio se desvive atendiéndolos.

—Una cosa importante es el caballo —dijo—. ¿Cuál de los dos monta mejor? No han sabido concretar.

—Eso es según el caballo —ha dicho Chemari.

—Pues el caballo más duro y templado es este.

—Tiene buena pinta —ha dicho Chemari.

—Adjudicado —ha dicho el viejo.

Los caballos, sin ser finos ni elegantes, son resistentes y briosos. No tienen mala estampa.

—¿Podemos probarlos? —dice Chaume.

—Claro que sí. Son vuestros —dice Ignacio.

Chemari y Chaume se aprestan a montarlos.

El caballo de Chaume

—No estaría mal que nos tiraran —dice Chemari.

—Como comienzo estaría bueno —dice Chaume.

—Oye, sólo una carrerilla —dice Esteban, que está pendiente del reloj.

Chemari se imagina que es por la novia y no se equivoca. Chaume está pendiente de su caballo. Lo está acariciando. El animal se deja, pero no del todo satisfecho. Desconoce la voz de Chaume.

—Este y yo vamos a ser buenos amigos —dice dándole palmaditas en el cuello.

De repente, el caballo de Chaume se ha disparado y Chaume, después de hacer una pirueta grotesca, se ha asido valientemente al cuello del animal. Durante la arrancada, dos o tres veces ha estado a punto de caer, corriendo cierto peligro. Los demás le han gritado:

—Suéltale.

Pero Chaume no le ha soltado, sino que se ha agarrado más fuertemente al cuello del bruto. Por fin, ha caído.

Todos acuden hasta él. No ha pasado nada.

—¿No decías que era como el pan? —grita Chaume a Ignacio.

—Es como pan bendito —le replica.

Ignacio le limpia la tierra.

—Menudo tigre —dice Chaume indignado.

Todos celebran la frase, sobre todo porque la caída no ha tenido importancia. Sin embargo, Chaume se siente humillado.

—Lo que creo es que tú —dice el pastor viejo del 21 dirigiéndose a Chaume— estás más hecho para la ciudad que para esto. Este compañero ya es distinto —y señala a Chemari.

—Yo, por si acaso, no monto —dice Chemari—. Montaré cuando esté solo y así si me caigo yo solo me levantaré...

El viejo prosigue:

—Uno tiene vista en esto de quién sirve y quién no sirve para una cosa. Se ve en seguida. Tú durarás poco aquí —dice dirigiéndose a Chaume.

—¿Qué cree, que me voy a volver a la aldea? Pues está muy equivocado.

—No era eso lo que quería decir. A lo mejor prosperas por otros derroteros. Quién sabe, a lo mejor te llevan a la ciudad o te destinan a otra cosa mejor. En cambio al compadre le saldrán canas con las ovejas... —y da una palmada en el hombro a Chemari.

—Pues mi padre durante muchos años —dice Chaume— era el que salía en la plaza de Logroño a pedir la llave.

—Tu padre, acaso; pero tú, no.

—Encima que me he caído, el viejo la ha tomado conmigo.

—Todo lo contrario, hijo mío. Yo lo que te he dicho es que posiblemente tu harás fortuna, pero quizá no de pastor.

—Me compraré una armónica si eso ayuda algo...

—Yo tengo pupila —insiste el viejo—. ¿Qué pasó con el chaval del 27? Tan

pronto lo vi, dije: Ese se volverá en seguida al pueblo. Le preocupaba demasiado todo lo de allá: si los curas vascos, si los sindicatos falangistas, si los americanos daban o no daban dólares, si iba a haber guerra... Se pasaba los días clavado en el cruce, esperando el camión del suministro, por si traía correo... Decía: «Es que espero carta». «¿Qué carta, ni qué diablo? Tú lo que esperas a todas horas son los periódicos», le contestaba yo. Y era verdad, vivía pendiente de todo, hasta de los partidos de fútbol de cada domingo...

No es posible vivir aquí y vivir allí. A los que comienzan así termina matándolos el dolor de madre.

No el dolor de la madre carne, sino el dolor de la madre tierra, que es peor cien veces. «¿Qué estará pasando allá, qué estará pasando...?» «Nada estará pasando», le respondía yo, y le daba mucha rabia. Pensando en aquello, digo más, pensando en esto de aquí, en Boise mismo, y no pensando en las ovejas, es imposible anclarse en este sitio...

Esteban enseña al viejo unos nubarrones que se desperdigan por el horizonte. En cierto modo quiere acortar toda esta clase de desahogos. El viejo pastor no sólo representa la máxima experiencia del pastoreo. También representa a la raza. El pastor viejo es entre ellos un símbolo. Esto se nota, sobre todo, al ir despidiéndose.

Hasta la próxima

Ha llegado el momento de la despedida de Esteban. Primero lo ha hecho con los demás y después se ha llevado a Chemari aparte y le ha dicho:

—¿Estás contento?

—Ni contento ni triste. Estoy bien.

—Yo escribiré allá y diré que estás bien.

—¿Tardan mucho las cartas?

—Entre una cosa y otra, pon una semana.

—No está mal.

—Te he traído aquí porque éste es un buen sitio. Aquí estarás en un lugar de paso. Yo vendré a verte alguna vez... y hasta es posible que algún día venga por ti para ir al rancho de Mr. Link... Ya verás qué maravilla.

—Pero por mí no te preocupes...

—Por ti, como por los demás, no hago más que lo que creo que debo hacer.

—Y yo te lo agradezco, por mí y por todos los demás.

—Además, me parece que tú te llevas bien con tu ayudante. Parece buen muchacho.

—No parece malo.

—Tú ya sabes que la responsabilidad en todo es tuya. Por eso mismo tendrás alguna gratificación.

—Está bien.

—Antes de una semana o dos estaré de vuelta por aquí. Vamos a ver cómo te prueba esto. Y si no te prueba, te pasamos a otro lado.

—Me probará.

—No estaría de más que pusieras el transistor. Todos los días hay media hora de ejercicios de inglés en la emisora local. Es especialmente para vosotros. Así, sin darte cuenta, aprendes inglés.

—No creo que yo sirva para eso.

—Lo mismo decía yo. Ah, quería dejarte una cosa que te servirá. Este mechero, que te regalo. Vale contra viento y lluvia. Es de los que emplean los marinos en alta mar.

Se lo entrega. Chemari lo ensaya.

—Funciona estupendo.

—Hasta la próxima, Che.

—Hasta la próxima.

Esteban se ha montado en el coche. Sin más, el *jeep* ha arrancado. Su mano ha ido parándose en cada uno de ellos, pero especialmente en Chemari.

—Adiós —grita.

—Aupa el Athletic... —grita Chemari.

Ignacio, cuando ya el coche va a desviarse, se baja para dar un recado. Chemari se acerca a él corriendo. Lo que Ignacio le dice es:

—Oye, tráeme la cadena de mi perro, que me la he dejado colgada en la rueda del carro.

Chemari se la lleva. El *jeep* se pierde.

Más despedidas

Ahora son los dos pastores del 21, que en nombre de todos vinieron al puesto 14 a darles la bienvenida, los que se aprestan a ponerse en camino.

El viejo ha montado ya en su caballo.

—¿Podría acompañarle un rato? —dice Chemari.

—Siempre que sepas volver.

—No creo que me pierda.

—Oye, Chemari, a ver si te pierdes y la liamos —dice Chaume.

—Es sólo media hora. Así conozco dónde estamos metidos —le contesta.

Chemari prepara su cabalgadura. El joven pastor del 21 le ayuda.

Salen trotando levemente. Todos saludan con entusiasmo a Chaume. Al volver los ojos Chemari se da cuenta de que *Rale* le viene siguiendo.

—No me engañó el muchacho —dice Chemari.

—¿Decías algo? —pregunta el viejo.

—No es nada. Decía que este perro parece bueno.

—No tiene mala estampa, no... —murmura el viejo.

Chemari está tomando posesión de su puesto. Mira hacia todas partes con curiosidad y resolución.

El viejo lo observa. Aunque vea en él rasgos de melancolía, Chemari parece fuerte y bueno. Es hombre de buena pasta. Lo ha demostrado con sus salidas de humor y su gran cachaza. El viejo no se equivoca: si aquel pastor no es víctima de alguna mala pasada del destino, muy bien pudiera llegar a jefe de todos los pastores vascos del Oeste americano. A pesar de que sus ojos parecen cándidos y casi infantiles, se ve que será mano dura si llega el momento...

Van remontando un espeso montecillo. El pastor joven del 21 se ha quedado un poco atrás, acaso por respeto a su jefe.

Está atardeciendo. Los pájaros cantan. Han dejado ya bastante atrás la tienda de campaña y el rebaño de Chemari.

Camina en silencio. Chemari ha dicho:

—Pues sí señor, me gusta tenerlo de vecino.

—Igualmente —contesta el viejo.

A Chemari le atrae la entereza del viejo, su apostura de noble solitario. Y Chemari va pensando que si el viejo no tuviera aquel aire de resignación, y un poco también de desprecio por todo, bien podría ser a estas horas el jefe de todos los pastores vascos del Oeste americano. Chemari está viendo en él una dignidad y un temple que ni siquiera pudo advertir en los jefazos de Boise.

Chemari camina al lado del viejo más tiempo del que pensaba. Al lado izquierdo han dejado una zona pantanosa.

Han llegado a la cima del monte desde donde se domina una dilatada llanura. Al fondo, rompiendo la monotonía de aquel desierto verdoso, se destaca un brazo de agua. En algunas partes el agua se ensancha formando una gran laguna. Hay hermosos y grandes árboles a la orilla. Allí mismo comienzan los copiosos cuadros de verdura.

Todo aquel esplendor está presidido por una casa blanca, muy plana, rodeada de departamentos de madera, se supone que para el peonaje y las tareas agrícolas.

—Es precioso... —dice Chemari.

—Todo eso ya pertenece al padre de la novia de Esteban, tu pariente. ¿Qué sois,

primos hermanos o primos segundos?

—Primos segundos.

—Pues todo esto y mucho más pertenece a míster Link.

—Sin embargo, toda esta tierra es mucho mejor que la que está pisando nuestro rebaño ahora mismo.

—Mr. Link es el dueño de todo lo mejor de estos contornos.

—Pero todo este espacio hasta llegar a su cerca es libre. ¿No?

—Sí, es libre, pero Mr. Link no permite que nadie se acerque a donde están sus rebaños.

—Pero si no son suyos estos terrenos...

—Da lo mismo. En cierto modo Mr. Link es el que hace la ley aquí y el que la impone.

—Pero la Compañía podía hacer valer sus derechos.

—La Compañía no quiere líos... Y además, ¿para qué? Sobra tierra para los rebaños de la Compañía.

En este momento están cruzando la verdeante llanura varias manadas de búfalos, caballos, vacas...

Vienen del rió y se van colando por unas empalizadas en inmensos corrales. El barullo de estos rebaños es enorme. Van levantando doradas nubes de polvo. Custodiando los rebaños va una fila de caballistas.

—Es lo mismo que en las películas —dice Chemari.

—Sí, casi, casi es lo mismo que en las películas, sólo que aquí todo es de verdad.

Se ha acercado el pastor joven. Chemari todavía estaba dispuesto a acompañarles un rato más, pero el viejo le dice:

—Te agradezco, te agradecemos mucho que nos hayas acompañado.

—Puedo seguir un rato más. Todavía es pronto.

—No, no, eso no —dice el viejo.

—No debes cruzar estas tierras, por lo menos hasta que no te conozcan los guardianes de Mr. Link. Todo esto lo llevan muy severo.

Adiós, y suerte

Chemari hace ademán de seguir al viejo, pero éste le hace señas de que no es posible. El viejo le tiende la mano y le dice:

—Adiós. Adiós y suerte.

El viejo pica espuelas y sale cabalgando. Le sigue el joven. Chemari se ha quedado con la mano tendida hacia ellos, diciéndoles también adiós y deseándoles

suerte.

Chemari se ha quedado quieto, meditativo, tremendamente solo ante un paisaje adusto y desconocido. Fijamente escudriña la vida del soberbio rancho del futuro suegro de Esteban. ¡Quién podría decirlo! Seguro que Esteban ya no volverá nunca más a la aldea. Y si volviera, volvería como un turista más, con un cochazo de grande como un barco. Poco a poco van cayendo las primeras sombras sobre el paisaje y Chemari decide regresar a su puesto.

Camina muy despacio. El perro de vez en cuando le mira, salta, y mueve la cola, como agradecido. Es un atardecer bellissimo dentro de la hosca grandeza del paisaje.

De repente, Chemari lanza a su caballo a un trote ligero. Cuando ve que el caballo le responde bien, lo fuerza a una galopada más y más atrevida. Sube y baja por los declives del terreno como una exhalación. El perro apenas puede seguirlo. De nuevo, Chemari detiene a su caballo y espera a *Rale*.

La sugestión del paisaje domina a Chemari. Ciertamente es aquella una tierra rara, poderosa, alucinante casi. De una parte su puesto con unos barrancos secos, y de otra, aquel principio de jardín fecundo que son las tierras del rancho de Mr. Link.

De vez en cuando Chemari se detiene para orientarse. De las enormes piedras coloradas, del arenal, de entre los árboles que bordean minúsculos arroyuelos, parece que se desprendiera una música misteriosa, potente, cautivadora.

Ahora Chemari camina despacio, sintiéndose seguro, pero extrañado en medio de aquella soledad. Se va acercando poco a poco a su puesto. La noche casi se ha echado encima. Cuando ve la lucecita de la linterna de Chaume lanza un prolongado *irrintzina*. Grito que es inmediatamente contestado por Chaume.

Cruza el campamento como un rayo, mientras el perro de Chaume ladra y el de Chemari caracolea a su alrededor.

Al bajar del caballo lo acaricia. Está sudando.

—Habrás que darle un poco de azúcar... cada vez que se porte bien.

Los dos pastores se ponen a fumar tranquilamente un cigarrillo. Apenas hablan. Lo que hacen es repasar como atontados la tienda y el carro.

—¿Tú querrás cenar algo? —pregunta Chaume.

—Ahora no tengo ganas.

—¿Sabes lo que podríamos tomar? Hay botes de leche condensada.

—No estaría mal, un cacharro de café con leche y migas de pan.

—Hay también queso...

—Pon lo que sea.

Una pequeña hoguera arde junto al carro. Chaume maniobra con habilidad entre los cachivaches.

—¿Sabes que estás hecho una buena marmota? —le dice Chemari en broma.

—Pues ya sabes, si quieres tú te encargas de las ovejas y yo de todo lo demás...

—Las ovejas son para los dos. Te tocan mil por lo menos. Por cierto, lo que haremos ahora es echar a suertes...

—Pero, ¿esto para qué?

—El que saque el más pequeño comienza el turno de guardia.

Chaume escoge y da con el pequeño. Se ríe a carcajadas.

—Oye —le dice a Chemari—, ¿vamos a hacer esto todos los días?

—No, ya no hace falta más. Mañana te toca a ti y luego a mí, y luego a ti, y así siempre. O como yo diga.

—Hasta que nos salgan canas.

—Puede ser. O hasta que nos separen.

—A mí me gustaría estar siempre contigo. Tu primo Esteban siempre te echará una mano. Esta noche te acompañaré un rato y así le vamos tomando el pulso al oficio.

—No. Tú esta noche descansas. Si no mañana yo te tendré que acompañar a ti y así nos pasaremos la vida...

—Hasta que nos salgan canas, como al viejo del 21.

Chemari está tomando un bocado. Pica de allá y de acá. Ha comenzado diciendo que no tenía hambre, pero ahora se traga incluso varias tajadas de las que sobraron de la gran comilona.

—El vino, un poco de vino, sí que lo echo de menos —comenta.

—Pediremos que traigan una garrafa.

—Sí, que nos manden de allá todas las semanas una garrafa de chacolí... ¿No dicen que la Compañía es tan espléndida?

Chemari se pertrecha de unas cuantas cosas: una manta, una cantimplora con agua, un termo con un poco de café que acaban de hervir en la hoguera. Comprueba que lleva tabaco y enciende el mechero varias veces para comprobar que funciona. Al ver a su perro, dice:

—Ya me estaba olvidando de lo principal. ¿Verdad, *Rale*?

—¿Has dicho *Dale*?

—He dicho *Rale*.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada. ¡Qué va a querer decir! A los perros hay que ponerles de nombre palabras que suenen bien, aunque no digan nada...

El perro también tiene buen apetito.

Chaume se está preparando el camastro. Ha puesto el transistor.

—Para eso —le dice Chemari.

—¿Pasa algo?

Al hacerse el silencio se escucha lejano el rumor de las ovejas que balan.

—Antes no se oía nada —dice Chemari.

—Es natural —le responde Chaume— que los balidos de las ovejas se oigan mejor de noche.

Chemari se ha puesto en camino en dirección a donde está reunido el rebaño. A los pocos pasos se ha vuelto.

—¿Olvidas algo?

—Me olvidaba la escopeta del puesto.

—¿Para qué querrá uno aquí la escopeta?

—Pero es eso lo que está ordenado, según nos dijeron en la oficina.

—No te la vayas a llevar sin cartuchos.

Primera noche de guardia

Chemari da las buenas noches y se aleja despacio, andando. Al lado lleva a *Rale*. Es como si fueran escuchando el más leve soplo del aire. A Chemari en cierto modo le gusta esta ansiedad.

La soledad se va poblando de ruidos extraños.

Todo lo cual hace más intensa y absoluta la paz del lugar. De vez en cuando algún pajarraco nocturno se mueve, produciendo un susurro más bien macabro.

Rale se va adelantando y volviendo.

Allí donde hay algún pico se sube el perro para dominar la situación.

Al llegar a la hondonada donde están replegadas las ovejas, ceñidas maravillosamente al terreno, como cendales de niebla baja, a Chemari le ha parecido escuchar el ruido de los cascos de un caballo o acaso de dos. Pero no ha podido cerciorarse de nada. Quizás es su imaginación excitada. Al ver que el perro ha comenzado a ladrar con furia y a dar vueltas por los salientes donde el rebaño está guarecido, Chemari ha gritado con todas sus fuerzas:

—Eh, eh... Oh, oh, ah, ah, ah...

Enseguida le ha parecido que todo esto era pueril y ridículo y se ha aproximado al grueso de las ovejas.

Las ovejas, pasado el primer momento, se van aquietando. Chemari calcula que es su presencia la que ha revolucionado el rebaño. No están acostumbradas a él ni a su perro. Ya se acostumbrarán. Luego piensa que teniendo a *Rale* la tarea tiene que ser fácil. Hasta podrá cobijarse en algún lado y pasar la noche medio en vigilia, pero dormitando un poco. Luego se le ocurre: «¿Y si mataran al perro?» Pero, ¿quién puede matar al perro? Allí no hay nadie. Además, un perro no se dejará matar tan fácilmente. También es verdad que podrían envenenarlo. ¿Quién? Cualquiera sabe. Total, que a él le toca también ser guardián del perro, puesto que el perro es guardián

suyo. Es lo justo. Si el perro le defiende a él, él debe defender al perro.

La soledad está convirtiendo por momentos a Chemari en un personaje cauteloso y reflexivo. De rato en rato mira el reloj. Enfoca con la linterna a las adormiladas ovejas. Saca la armónica y va a tocar. Pero no se atreve. Primero dando gritos a caballistas imaginarios, ahora queriendo tocar la armónica. El caso es no dejar al rebaño en paz. Le impresiona profundamente la hondura de la noche. Va buscando las estrellas en la posición que le es familiar desde pequeño, pero no las localiza. Trata de orientarse para saber hacia qué parte caerá España, y dentro de España su tierra, y no lo consigue. Acaba por comentar en un murmullo de voz:

—Y luego dicen que la tierra es redonda. Seguramente lo será...

Está sentado en una piedra, al cobijo de un arbusto. Está bien acomodado, pero no le es posible dormir. Estaría bueno que comenzara durmiéndose la primera noche.

Algún ave chilla. El perro sí que vigila. Ciertamente está cansado, rendido, pero no le es posible conciliar el sueño. Son dos mil ovejas, dos mil vidas, que están a su cuidado. Mientras él durmiera pudiera echarse encima el lobo destrozador. O la misma Compañía, para probar la fidelidad de los nuevos pastores, podría en las primeras noches valerse de algún truco de investigación. No había que dormir.

Por momentos, mirando al rebaño apelonado le parecía que los vellones de la lana ya formaban parte de la piedra o de la tierra. Cuando las ovejas se removían era como si una nube blanca se estuviera formando para elevarse de las entrañas de la tierra.

La noche era hermosa, pacífica, de una rara solemnidad. Chemari la estaba viviendo hora por hora, con el oído atento, con los ojos despiertos y en acecho como una bestia noble que no atacará nunca si no es atacada.

De rato en rato corría por la desértica llanura un rumor de viento. Chemari seguía observando pacientemente las estrellas. Ahora ya le están resultando familiares. Varias veces se puso la armónica en la boca y estuvo a punto de lanzar algún sonido, pero temía que lo que saliera, por fuerza tendría que ser un lamento o un quejido, algo que llenaría el silencio de la noche de nostalgia y dolor. *Rale* permanecía sentado a sus pies y tan pronto rebullían las ovejas salía como una flecha, ponía orden y regresaba orgulloso.

La noche se le hizo muy larga. Cuando con el amanecer fueron llegando las primeras luces y los primeros ruidos Chemari ya parecía conocerse al detalle todos aquellos contornos. Repetidas veces, acompañado del perro, dio la vuelta entera al ganado en una extensión importante.

Al salir el primer rayo del sol, Chemari se puso al frente del rebaño, y gritó con todas sus fuerzas:

—Riau, Riau, Riau...

Las ovejas han rebullido y del fondo del barranco se ha elevado un clamor

jubiloso y atronador. El propio Chemari se ha asustado primero y emocionado después. Nunca había esperado aquel himno gozoso, exultante y poderoso como la misma vida.

—Riau, riau, riau... —les ha vuelto a gritar Chemari a las ovejas totalmente dominado por aquella fuerza pura y vital como la misma naturaleza.

El perro le ayuda. *Rale* ha acuciado a las ovejas conductoras. El rebaño se pone en marcha. Chemari se ha propuesto cambiar la posición del ganado. Valiéndose del recodo del barranco y de la vertiente paralela quiere formar una cuña de frente a la fresca montaña. Por lo menos allí se espesa el verde y de sus cumbres nevadas bajarán aguas más frescas y cristalinas.

Las ovejas se dejan llevar. Ya conocen la voz vigorosa y al mismo tiempo cálida de Chemari. Cuando las ovejas se han encontrado desparramadas en una mancha de verde más esponjada y alta se ha despedido de ellas, como si fueran colegiales en día de vacaciones, y se ha vuelto a su tienda de campaña.

El aire de la mañana lo ha puesto de buen humor. Chemari canta:

*Eres alta y delgada
como tu madre...
bendita sea la rama
que al tronco sale...*

También las nubes surgen de las montañas lejanas como un inmenso rebaño que se desperdigara. Son nubes que rebullen como el ganado, que se apelotonan y se desparraman como las ovejas. Las nubes corren en una precipitación casi animal. La pradera verde y el cielo azul, son las dos únicas dimensiones en que pueden descansar los ojos.

Es un momento esplendoroso, intenso, vital en el panorama infinito de la pradera. Chemari ya ama aquella tierra. Realmente picos, riachuelos, llanura, forman un todo vasto, poderoso, emocionante.

Chemari camina triunfante entre tierra y cielo, entre hierbas y nubes, entre ovejas y pájaros. Los tiernos corderillos corren junto a las ovejas madres balando conmovedoramente. Las ovejas madres balan con sabiduría. Toda la naturaleza es candor, vida primitiva, soledad inconmensurable.

Chemari y *Rale* llegan al puesto corriendo y saltando.

TERCERA PARTE

Dos pastores muy distintos

Está amaneciendo en la pradera. No es el paisaje que ya conocemos. Comienza a soplar un viento seco y huracanado.

Chaume, hasta tal punto equipado de invierno, tanto que al principio no se le reconoce, con un gorro de piel que le tapa las orejas y le llega hasta las cejas, da unas vueltas alrededor del rebaño. Las ovejas están guarecidas en un enorme corralón de maderas.

A Chaume le acompaña su perro.

Vuelve al puesto. Cuando llega. Chemari está trajinando en el desayuno para los dos. El saludo entre ellos es lacónico.

—Vaya día de perros —dice Chaume.

—Toma un trago. Eso te reanimará...

Chemari se sirve y sirve otro a Chaume.

—El agua de la balsa está hecha hielo —comenta Chaume.

—Debemos de estar por lo menos a diez bajo cero.

—A más. El perro tiritaba como un choto. Menos mal que se acercaba a mí y yo a él y así nos calentábamos.

Chaume va derecho al carromato y maniobra en el aparato receptor. No se recibe ninguna señal ni saludo conocido.

—¿Quieres que digamos algo a los vecinos? Hay que emplear estos instrumentos alguna vez, por lo menos... —dice Chaume.

—Yo lo dejaría para cuando haya algún recado urgente, si es que lo hay alguna vez.

—Pues los demás sí que lo emplean. Lo emplean cuando están aburridos...

—¿Estás aburrido?

—Y tú también lo estarás. A ver...

—No sé lo que es el aburrimiento.

Chaume prosigue maniobrando en el aparato, pero antes de conectar desiste. Mira malhumorado a Chemari. Entonces coge el transistor y pone música.

—¿Te molesta la música? —pregunta.

La música que están retransmitiendo es música de baile, una música ruidosa, feroz.

—Para música estamos —dice Chemari.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa?

—Me pasa todo. Estamos aquí con los pies y las manos como zompos y encima música de baile... —y Chemari ha echado un vistazo al aparato como con ganas de

estrellarlo.

—Pues no es, la verdad, para que te pongas así.

Desayunan su café con leche con sopas en medio de la rabiosa algarabía de trompetas.

Se nota que Chemari está preocupado. Algo le ocurre. Chaume lo ha advertido y trata de ser complaciente. Sin venir a cuento le dice:

—Anímate, hombre. Este año el Athletic se los lleva a todos para adelante...

Después de poner en orden sus cosas, Chemari ha cogido la escopeta y sus bártulos y ha preparado el caballo. El perro sabe que van lejos y se pone a ladrar, como enloquecido.

—Si a la hora de comer no he vuelto, tú te las arreglas...

—Tú estás mal de la vaina.

—Es posible. Pero, por si acaso, ya puse algo de latas y pan...

—¿Llamas a eso pan?

—Tienes razón. Eso no es pan.

Chemari se aleja despacio. Se dirige al lugar donde pasta el ganado.

Chaume al verlo alejarse se queda pensativo, reconcentrado.

Poco a poco Chemari ha ido acercándose a su rebaño. Las ovejas al sentirlo cerca rebullen tranquilas y confiadas. Por si fuera poco, Chemari ha sacado su armónica y dedica a sus ovejas unas melodías pacíficas...

Después desciende del caballo.

Al parecer todo está en orden y en paz. Pero Chemari, pie a tierra y con el perro al lado, se dedica a examinar atentamente las ovejas. Es su grey. Cuando encuentra alguna oveja que se queja lastimeramente porque está a punto de parir, Chemari la acaricia con cuidado. Luego sigue, parándose a cada rato. Al parecer va sobre una pista concreta. Es como si, en medio de aquel tumulto de ovejas, él fuera buscando alguna determinada. Va entre ellas, despacio, examinándolas una por una. Es como si estuviera haciendo alguna pesquisa, como si tuviera el temor de que hubiera ovejas enfermas o algo por el estilo. De vez en cuando se para y contempla machos, hembras y recentales con un cuidado especial. También a veces parece como si las estuviera contando...

Una oveja bala endolorida, tristísima. Chemari acude. Va a parir de un momento a otro. Chemari la coge como puede y la resguarda del frío. En unos minutos ya está el tierno recental en sus manos. Lo abriga contra su pecho y lo cubre con mucha delicadeza, lo cual contrasta con la dureza de figura de Chemari. El perro contempla la escena lloriqueando también...

—No pasa nada, *Rale*. No pasa nada —le dice.

Chemari resguarda al corderillo en una parte semicubierta del corralón. Lo deja sobre un montón de paja mientras dice frases sueltas, al parecer sin sentido. *Rale* da

vueltas a su alrededor. También el perro se siente protector de aquella nueva vida.

Pero Chemari no se detiene. En medio del cierzo va y viene por entre las ovejas. Chemari piensa que aquel ganado no sería nunca suyo, es decir, nunca podría decirse que él era su pastor, su verdadero pastor, si no llegase a intimar en cierta manera con las ovejas. Una a una quiere conocerlas, distinguirlas. Él no quiere que el rebaño sea para sus espaldas un número determinado de ovejas, algo colectivo y vago. Pretende descubrir en cada oveja algún signo propio y particular.

Diálogos con Rale

Chemari agarra a algunas ovejas con unas tijeras. Les hace una señal en la frente cortándoles un trozo de lana. Es como si se hubiera vuelto loco. Parece querer dejar una señal en cada oveja. Algunas se escapan y huyen. A ratos Chemari está rodeado de pelotones de ovejas que balan amedrentadas pero al mismo tiempo sumisas y fieles.

En toda esta tarea Chemari lleva el perro a su lado y a ratos hasta dialoga con él.

—¿No te das cuenta? Esta tiene los ojos color miel. ¿No ves? Son como la miel. ¿Y aquella que nos está mirando? Esa los tiene verdosos como granos de aceituna o como granos de uva. ¿Y aquella? Mírala bien; esa los tiene grises, grises como si se los hubieran rociado de ceniza. Cada una es distinta, ¿no te das cuenta? ¿No ves ésta con una mancha en la frente; aquella otra con pintitas en el rabo; ésta de aquí atrás con esos lunares justamente en las patas? Pero fíjate también en los cuernos. Aunque no lo parezca, no hay dos ovejas con los cuernos iguales. Algunas veces hasta la misma oveja tiene un cuerno distinto del otro. Eso, digo yo, tiene que ser para que los pastores las conozcamos. Las conocamos personalmente, como conocemos a la gente del pueblo nuestro o del pueblo de al lado...

Cuando lograba identificar a alguna a distancia se ponía radiante. No solamente se fijaba en estas señales externas. A veces también a cada oveja le aplicaba su manía, su vicio y hasta su virtud.

—¿No ves? Esta es la que revoluciona a todas dando esos saltos. Aquella otra la que se sube siempre lo más alto que puede. Esa que tienes al lado es la que siempre se queda la última...

Todo esto le hacía más llevadero y entretenido el pastoreo. Así transcurrían para él, casi sin sentir, los días y las horas. Estaba ya familiarizado con las ovejas hasta el punto de que sabía qué piezas de su armónica les gustaban más.

—¿Quién ha dicho que las ovejas son brutas y torpes? Pues las hay también que son serviciales y fieles, más que muchas personas. ¿Verdad que sí, *Rale*? Claro que

sí...

Alguna vez se le desmandaba algún carnero, que quería cumplir su instinto por encima de todo. Entonces Chemari le tiraba piedras o le amenazaba con un palo, llamándole *cabezón*, *testarudo*, *so cafre*. A veces a la oveja agradecida y dócil que venía cuando la llamaba le acariciaba la frente. La oveja bacía como que se dormía y él entonces la llamaba *Blanquita*, a otra *Perla*, a otra *Princesa*, a oirá, la más enamorada y sumisa de todas, la llamaba *Maribelcha*...

La *Maribelcha* se había ganado desde el primer momento las preferencias de Chemari. Era una cordera hermosa, dócil y tenía un lunar redondo entre las dos orejas. Le gustaba rozarse contra las piernas del pastor mientras balaba dulcemente. Cuando oía la voz de Chemari lanzaba un gemido blando y venía hasta él atropellando a las demás, entre las cuales también había otras que se lanzaban sobre él anhelosamente. Entonces Chemari repartía entre ellas algunos terrones de sal. *Maribelcha* incluso había hecho muy buenas migas con *Rale*, al que obligaba a jugar con carreras y topetazos amistosos.

Para Chemari el pastoreo tenía que hacerse así o terminaría volviéndose loco. O aborreciendo a todas las ovejas. Con que hubiera algunas que supieran ganarse su confianza, él aguantaría todo lo que hubiera que aguantar. Penaría por ellas incluso, que para eso le pagaban... Chemari no comprendía la manera de ser de Chaume. Para Chaume el ganado no era más que una masa pestilente de cuerpos obstinados y torpes rodeados de lana. Y aparte de esto, un pretexto para ganar dinero. Alguna vez Chemari le había dicho: «No quiero verte tirar piedras a las borregas de esa manera.» «¿Crees acaso que son de cristal?» «Son de carne y hueso, como tú.» «Pobrecillas, pobrecillas ovejas...», terminaba diciendo Chaume en plan de mofa.

Pero Chemari había encontrado en *Rale* un perfecto compañero. El perro había concluido aceptando el cuadro de preferencias de su amo y perseguía implacablemente a las ovejas que Chemari tenía por más reacias, ariscas y torponas, manteniéndolas a raya hasta que se iban enmendando. Del mismo modo que seguía zalameramente, como coqueteando, a las ovejas cumplidoras y obedientes que eran las predilectas de su amo.

Chemari no había dejado tampoco de notar que el celo y la envidia que Chaume sentía por él, lo pagaba el ganado, con el que a veces se portaba duramente. Y también lo pagaba *Rale*, a quien no trataba tampoco muy bien. Chemari estaba dispuesto a admitir incluso que Chaume fuera más listo y más desenvuelto que él, pero no que fuera mejor pastor. Y como era su obligación exigirle, le exigía.

Aquella mañana la inspección del ganado estaba siendo minuciosa y tenaz. Era como una obsesión en Chemari llegar a una perfecta dedicación a su oficio. En este sentido no ahorra sacrificios. Chaume se había reído muchas veces de él en su intento de clasificarlas y distinguirlas. «Todas las ovejas son iguales», le decía. «No

creas, no creas», repetía Chemari. «Dos mil ovejas y pico son muchas ovejas. Habría que tener una memoria que tú no tienes.»

Sin embargo, Chemari no tenía más remedio que reconocer que Chaume en el fondo le estimaba. Le estimaba o le tenía respeto. O acaso todo fuera juego porque sabía que mejor le irían las cosas estando al lado de Chemari y con Esteban de por medio. Quizás sería por eso. Tampoco era cosa de pedir el traslado de Chaume. Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Probablemente en todos los puestos ocurría algo parecido. Debía de ser cosa de la soledad. Días, semanas y meses de soledad y ovejas, por fuerza tenían que producir cierta irritación y nerviosismo... Posiblemente en esta situación era muy difícil llevarse bien con nadie. Era lógico y natural.

Un accidente imprevisto

Revuelto Chemari entre las ovejas, se ha encontrado con una hermosa hembra caída en tierra.

—¿Qué le pasará? —se ha preguntado Chemari preocupado.

La oveja está herniada.

Algo violento y raro la ha tenido que suceder para quedarse tirada de aquella manera sobre la hierba.

Chemari la observa despacio. En seguida se da cuenta de que si no acude pronto en su auxilio la oveja morirá. Rápidamente, en un arrebato de inspiración, ha sacado del bolsillo su navaja cabriterera, ha desliado un hilo de su manta, el más fuerte que ha encontrado, y teniendo sujeta con toda su fuerza a la oveja en el suelo, se ha puesto a curarla. En el primer instante, al cortarle la piel, la oveja se ha quejado terriblemente; pero después, escuchando las palabras de aliento de su pastor y los lamentos cariñosos de *Rale*, la oveja, al parecer, se ha entregado resignadamente al dolor de la curación... Los balidos, de lastimeros e insoportables, se han ido dulcificando y suavizando... El perro ha ayudado prácticamente a esta improvisada operación con su presencia vivaz e inquieta.

Después del remiendo, Chemari ha agarrado a la oveja, se la ha echado sobre los hombros y la ha llevado al cobertizo, el único protegido del improvisado redil, al abrigo de unas peñas.

La oveja se va recuperando visiblemente. Chemari no la deja. La cuida de una manera que pudiera parecer criminal para la oveja. Pero ella se lo agradece... Chemari respira feliz cuando comprueba que la oveja se está salvando...

Viaje de inspección

Inmediatamente después de haberse convencido de que la oveja está curada, Chemari, como reflexionando sobre algo profundo, ha llamado al perro.

Van camino del puesto.

Al llegar se ha encontrado con que Chaume, tumbado dentro de la tienda, escucha la radio. Al lado tiene una botella casi vacía de whisky. Aunque Chaume escuchó los ladridos familiares de su perro no se movió. Siguió entre las mantas escuchando música de baile, mezclada con música de jazz.

—Eso es vida —dice Chemari.

—¿Qué pasa? ¿Hay que apagar por casualidad algún fuego? —responde Chaume.

Entonces Chemari le cuenta la historia de la oveja herniada. Al concluir, Chaume le dice:

Y Estás como una regadera.

—¿Por qué estoy como una regadera, si se puede saber?

—Por eso, porque meterte a cirujano, no se le ocurre ni al que asó la manteca. Primero, es muy posible que la oveja la palme de todos modos. Segundo, lo mismo se podía haber dado parte a la Compañía de que se había despeñado y hubiéramos tenido carne para una semana.

—¿Y por qué tengo yo que mentir a la Compañía? Eso es engañar a la Compañía.

—También es engañarla meterte tú a remendar tripas de las ovejas. Tu estás aquí contratado de pastor, no de cirujano. Alguna vez una oveja puede tener un accidente, creo yo...

Chemari no quiso seguir discutiendo y lo dejó. Chemari evitaba tener ningún choque serio con Chaume. Si llegaba la ruptura no quería nunca que la culpa fuera suya.

En el rostro de Chaume parece dibujarse algún goce oculto y perverso... como si estuviera cínicamente en el secreto de algo feo. Pero Chemari no sabe descifrar su gesto ni su expresión. ¿Qué podrá ser?, se plantea Chemari insistentemente. ¿No tiene allí comida en abundancia, cerveza, coca-cola, tabaco rubio y tabaco moreno, un sueldo respetable, y para colmo música? ¿Qué le inquieta? ¿Qué está tramando? Chemari sólo sabe preocuparse.

Al principio había creído que serían efectos de la soledad. Probablemente Chaume era hombre de tertulia. O también podría ser la falta de mujeres, aunque sólo fuera para verlas y hablar con ellas. Las únicas mujeres que por allí habían pasado dos o tres veces, pero siempre de prisa, habían sido la novia y la hermana de la novia de Esteban.

Posiblemente también aquel mal humor provenía de otras razones más profundas, más naturales y lógicas. También él a veces se sentía aburrido y desesperado.

A pesar de que estaban en la estación de lluvias, pisaban un terreno seco y baldío.

El estío había sido feroz. ¿Cómo habían podido resistir con dos mil ovejas y pico?

Ya el primer sitio donde habían tenido el puesto era atrozmente solitario, pero a fin de cuentas pasable. Intentando mejorar de suerte se habían ido a un paisaje cada vez más desolado. Y para colmo, no venían las lluvias. ¿Que pasaría en la próxima primavera, y en el verano, si la cosa seguía así?

La Compañía les había hecho saber que no había que alarmarse. No era lo corriente, pero de tarde en tarde, cada diez o doce años, solía ocurrir algo parecido. Todo consistía en que tenían que moverse un poco más, hacia zonas verdes, para nutrir suficientemente al rebaño.

Chemari está preparando de nuevo su caballo. Su cara demuestra preocupación. Con el pie va pisoteando el raquíptico pasto que rodea el puesto.

Cuando Chemari ya está en lo alto del caballo, se vuelve a Chaume y le dice:

—Voy a dar una vuelta.

—¿Tardarás mucho?

—No sé. Si acaso llega la hora del almuerzo, y no he vuelto, tú comes.

—Pero ¿dónde vas?

—Voy a dar una vuelta. A ver si podemos cambiar de paraje.

—Será mejor cuando pasen estos fríos.

—Ya veremos. Ah, y luego al mediodía te acercas y miras cómo está el ganado. Le echas una mirada también a la oveja herniada...

Chemari sale caminando a caballo muy despacio. Contrasta la figura de Chemari, con la barba un poco crecida y la actitud cavilosa, con la de Chaume, bastante más acicalado y despreocupado.

Chemari se va perdiendo en el horizonte. Al ver que *Rale* se cansa lo sube un rato encima del caballo.

Las dos fronteras

Al cabo de dos horas de caminata, Chemari se ha encontrado en un punto clave. Por una parte comienza una zona pantanosa e insalubre. Hacia ese lado es imposible continuar. Las mismas hierbas que rodean esta zona parecen enfermas. Es expuesto, muy expuesto, meter al ganado por aquella región. Una vez que lo ha consultado con la Compañía, le han contestado:

—No es aconsejable. Eso sería lo último.

Los pastores de los puestos vecinos, los que están más allá de la zona pantanosa, le han recomendado:

—Lleva cuidado, que toda esa zona es peligrosa...

Siguiendo en la otra dirección también ha dado con un murallón insalvable. Aunque no hay pared ninguna, se advierten unas piedras y unos palos que indican el límite o los límites de la finca de míster Link.

Tampoco en aquella dirección es prudente aventurarse. Para eso tendría que tener permiso de míster Link. Pero todos le han convencido de que ni lo intente siquiera.

Parado ante aquella línea divisoria, piensa que lo más sensato sea escribir a Esteban. Su primo podrá mediar en el asunto y seguramente conseguir que míster Link le permita el paso del ganado hacia la parte más montañosa. Aquella tierra de más arriba por fuerza tiene que ser salvadora para el ganado. Desde lejos se palpa su fertilidad, su fecundidad.

Mirándola Chemari pensó en su tierra. No era el mismo tono verde, pero se le parecía.

Estuvo allí parado un largo rato.

Las vallas de la finca particular con que míster Link había delimitado todos los contornos le tentaban.

Pero recordó las palabras del viejo pastor del 21.

—No debes cruzar esas tierras Por lo menos hasta que no te conozcan los guardianes de míster Link. Todo esto lo llevan muy severo...

Chemari, que acaba de llegar de los barrancos resecos y de las gélidas llanuras, está asombrado ante el paraíso que representa la finca acotada de míster Link. En aquella finca caben seis o siete aldeas vascas. Y más, muchas más, seguramente.

En vez de volverse Chemari ha seguido trotando, bordeando siempre los postes indicadores del rancho de míster Link.

¿Cuánto tardaría él en ponerse al otro lado de las montañas? Quizá en dos o tres jornadas. ¿Qué podía suponer el paso de las ovejas en menos de veinticuatro horas?

Habría que informar a la Compañía. Si la sequía proseguía su implacable marcha iba a ser desastrosa para el rebaño. Sin embargo, tenía cierto reparo en avisar a la Compañía. Iban a decir que se ahogaba en un vaso de agua. Podía llover de un momento a otro, aunque el cielo estaba más azul y más imperturbable que nunca desde que habían llegado.

De nuevo se ha parado ante las blancas piedras que señalan el coto cerrado. Indudablemente, ni siquiera sería preciso cruzar por en medio del vergel de míster Link. Podía muy bien remontarse el rebaño hacia arriba por los bordes de la finca. A las veinticuatro horas, más o menos, ya habrían llegado a la zona de los pastos frescos y abundantes. Por aquella región hasta el cielo tenía otro color...

¿Por qué la Compañía llevaba un mes diciéndoles que se mantuvieran en sus puestos y que, de girar, no giraran más que muy lentamente y hacia el Oeste?

Realmente míster Link es intocable. Su poder es absoluto e indiscutible. El mismo Esteban, al hablar de él, lo ha hecho siempre como sobrecogido, como sumiso

y obediente a un poder superior...

Encuentro imprevisto

De repente, al pasar junto a unos matorrales, Chemari escucha unas risas atronadoras, salvajes.

Rale se ha puesto en guardia.

Chemari se detiene y mira receloso a todas partes. Al fin salen de entre los matorrales dos caballistas, en actitud más bien pendenciera. El uno es alto, más bien grueso y fuerte, con facha de peleón. Debajo de una cazadora lleva una camisa a cuadros. El otro es más bien rechoncho y aceitunoso, con el pelo negro y brillante y viste como si fuera del ejército. Los caballistas intiman a Chemari a que se detenga y no cruce en la dirección que lleva. Chemari no entiende lo que dicen, pero comprende que a la orden de cerrarle el paso mezclan alguna que otra frase de mofa.

Con la mano le indican la dirección que debe tomar. Los dos van armados con revólveres y llevan colgado de la montura el fusil de caza... Varias veces Chemari ha oído hablar de míster Link como autor de la orden que prohíbe seguir caminando en aquella dirección.

El alto peleón ha querido, después de acercarse, tener alguna expansión con Chemari, pero al ver que no entiende, escupe y se aleja riéndose a carcajadas.

El otro coge una piedra y amenaza con ella al perro al ver que se apresta a defender a su amo.

Prácticamente lo están tratando como a un tonto.

Chemari traga saliva y se aleja despacio, volviendo de vez en cuando la vista atrás. Es como si quisiera quedarse para siempre con la fisonomía de los dos.

No deja de observar de rato en rato el contorno y sus caminos. Quiere recordar el sitio en que ha sido detenido de aquella manera.

Poco a poco se va acercando a su puesto.

Viniendo de la frontera con la finca de míster Link el aspecto de su ganado no puede ser más desalentador ni más triste. Las ovejas van de un lado para otro balando patéticamente. Es como si estuvieran condenadas a moverse en un círculo de esterilidad y abandono...

Chemari camina despacio entre ellas, examinándolas. Los corderillos, que al principio se desmandan peligrosamente, concluyen por acercarse a Chemari como pidiendo protección. Las madres, flacas, hambrientas, también se atropellan alrededor de Chemari.

Chemari se dirige a la tienda de campaña.

Instrucciones de la Compañía

Chaume se levanta al verlo llegar. Estaba escuchando la radio. Le dice a Chemari:

—Estuvieron dando instrucciones...

—Instrucciones ¿sobre qué...?

—Sobre la sequía. Han dicho que las repetirán la hora de la comida.

—Ya veremos lo que dicen.

—Esto de la sequía parece ser que va en serio.

—¡Pues sí que es suerte la nuestra! —comenta Chemari mientras se dispone a preparar la comida. Está nervioso.

Chaume le ayuda. Chemari, al cabo de un rato, suelta:

—Me encontré a dos tipos raros por ahí arriba.

—¿Y qué hicieron?

—Nada, reírse de uno. Me dijeron que no se podía cruzar hacia las tierras de mister Link.

—Pero eso lo puedes tú arreglar fácilmente con Esteban.

—Algo habrá que decirle.

—Lo mejor sería que Esteban nos sacara de aquí.

—En otros puestos habrá otras pegas... Nos han mandado que estemos aquí, pues aquí tenemos que estar.

—A mí tú no me engañas. ¿Tú crees que yo me creo que piensas estar aquí indefinidamente?

—¿Y por qué no?

—No soy tan bobo... Tú no estarás aquí hasta que se te ponga el pelo blanco como al vejete del veintiuno. Tu primo te sacará de aquí, ¿que no?

—¿Tú has oído acaso que yo le haya dicho algo sobre el particular?

—Estando yo delante, no.

—Y no estando tú delante, tampoco. Lo que yo me pregunto es qué ideas te habías forjado tú al venir aquí... Vinimos a cuidar ovejas... Si no servías para esto tenías que haberlo visto antes...

—Yo sirvo como el primero y estoy aquí por lo que estoy.

—Pero tienes que portarte bien con las ovejas. No me gusta que se les tiren piedras... Quería decírtelo: el otro día heriste a una... y sigue cojeando... No te lo iba a decir pero tú lo has querido... Las ovejas obedecen también sin necesidad de manejar la honda...

Chaume se ha quedado mudo. Se han puesto a comer.

Es preciso —dice la orden— que los pastores se mantengan a la escucha a determinadas horas del día, principalmente a las nueve de la mañana y a las de la noche. Se está estudiando la situación concreta de cada puesto con relación a la sequía. No deben tomarse iniciativas sin contar con las disposiciones de los técnicos

de la Compañía. El mayor peligro, de momento, es que el ganado pueda beber aguas empantanadas y que estén contaminadas de algún virus. En época de sequía la falta de cumplimiento de algunas normas elementales puede motivar incluso el peligro de peste...

—¿Ha dicho peste? —pregunta Chaume.

—Sí. Peste del ganado... Pero eso también ha ocurrido allá a veces...

También se recomienda de un modo especial a los pastores que no coman carne alguna de animal que no esté proporcionada por la Compañía.

Quien está retransmitiendo las instrucciones se nota que es vasco, pero un vasco ya americanizado. De vez en cuando se ha permitido soltar alguna palabra vasca. Al concluir ha lanzado el grito típico de los vascos.

—Si él estuviera aquí no tendría tantas ganas de bromas —dice Chaume.

Chemari se pone de pie y mira silencioso hacia la vasta línea del horizonte. Hasta donde abarca la vista se ve el mismo panorama de praderas secas, amarillentas, agostadas.

Las flácidas ovejas se mueven entre la tierra y los espinos con cierto movimiento melancólico y penoso...

Inesperadamente se ha puesto al aparato Esteban. De manera funcional pide a todos disciplina y colaboración. La Compañía hará un recorrido la próxima semana, puesto por puesto.

—Esperamos que todos los nuevos se porten como reclaman las circunstancias —agrega Esteban. Y cierra la conexión.

—En menos de un año —dice Chaume— tú habrás hecho tu fortuna. Esteban manda mucho. Y por si fuera poco está casi emparentado con uno de los hombres más ricos del Estado.

—Todavía no lo está.

—Pero lo estará. ¿O crees que va a dejar escapar a la linda palomita? Lo que tu primo podía hacer era colocarnos con míster Link. Quizá allí prosperaríamos más.

—Yo eso nunca lo haría. He firmado un contrato con la Compañía. Debo servir a la Compañía.

—Tú tienes la cabeza bastante dura.

—Prefiero tenerla así.

—¿No ves tu primo? Dijo, no sé si recordarás, cuando se marchaba: «Dentro de poco nos veremos.» ¡Dentro de poco! Se debe vivir mucho mejor en Boise. Allí hay cines, orquestas, bares, *gachís*...

—¿Desde cuándo un vasco dice *gachís*?

—Quería decir fulanas No sé si las viste al pasar, en las barras de las cafeterías y de los bares...

—Ellos que digan lo que quieran, misa si quieren. Lo importante es avanzar con

el ganado e ir salvando las ovejas... —dice Chemari por todo comentario.

—Ellos desde allá lo ven todo muy fácil... Se ponen delante del mapa aquel grande que tienen y van corriendo un poco las flechas. Pero las flechas somos nosotros, que estamos aquí metidos en un lío... —comenta Chaume.

Se ponen a comer de nuevo. Mastican y tragan en silencio.

—Esteban vive como Dios —dice Chaume.

—Ya será menos.

—Y además, menudo braguetazo el que ha dado.

—Lo va a dar...

Chemari se ha tumbado un rato después de la comida. Y en seguida está roncando. Cualquiera diría que no existen problemas ni dificultades para él.

Chaume se pasea por entre el carro y las tiendas. Va y viene. Lleva ni lado su perro. Inesperadamente se ha puesto nervioso, como desconcertado.

Andando, andando, se ha acercado hasta el ganado. Mira a las abatidas ovejas, a las apelotonadas ovejas, con aire irresoluto y titubeante. Se topa con la oveja coja, la que hirió de una pedrada, y le da un puntapié. Su perro le mira como espantado.

Suministro

A media tarde llega el camión del suministro.

Lo han visto venir desde cuatro o cinco kilómetros por lo menos. Levanta una nube de polvo por el camino de cabras.

Los del coche del suministro, nada más llegar, se han puesto a descargar paquetes. No gastan bromas como otras veces. Chemari y Chaume les preguntan.

—Lo mejor es cumplir las instrucciones al pie de la letra —dice uno de ellos, el americano.

—Y no dejarse llevar de corazonadas ni presentimientos —dice el vasco.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Chemari.

—Pues que no hay que improvisar. Es lo que dice Esteban.

—Nadie tiene más interés y experiencia en todo esto que la Compañía —ha dicho el americano como quien recita una lección.

Chemari se pone a escribir unas letras.

—Dile a tu primo que nos tocó la peor parte —dice Chaume.

—No es verdad —dice el vasco del servicio de intendencia. Los hay peores.

—Pero, ¿hay alguno que tenga al lado un paraíso con agua propia como es la finca de míster Link? —pregunta Chemari.

—Esto pasará en seguida, muchachos —dice el vasco.

—Pero si los pastos no vienen a mí yo iré a los pastos. No voy a dejar que las ovejas se me queden en los huesos —dice Chemari. Y sigue escribiendo.

Escribe y repasa lo que escribe con gran calma. Al terminar, comenta:

—A la Compañía ¿qué más le daría que torciéramos hacia allá? ¿No veis? —dice señalando el horizonte. Y agrega—: Allí hay tierra y hierba para cien mil ovejas, lo menos.

—Pero están las tierras de míster Link, ya te lo he dicho cien veces —dice Chaume.

—¿Y qué, que estén los pozos, las tierras y las huertas de míster Link? Míster Link es amigo de la Compañía ¿sí o no?

—Míster Link es el dueño de sus tierras...

Los del suministro han terminado su tarea y no han querido meterse en discusiones. Fuman un cigarro y se toman una coca-cola.

Pero permanecen mudos y distantes.

—Con el cambio de luna todo será distinto —dice el vasco empleado en las oficinas de la Compañía.

—También es mala pata —repite una y otra vez Chemari mientras sigue escribiendo la carta.

En ese momento han cruzado por el cielo en formación varios reactores último modelo. Van muy bajos. Chemari ha mirando hacia el ganado. Era lo que faltaba. Cuando las ovejas escuchan el vuelo raso de estos aviones huyen despavoridas...

—Esto es como una maldición —se lamenta Chemari mirando hacia el cielo.

—Esto pasará rápido —dice el vasco al irse.

Chemari añade:

—Eso es lo que venís repitiendo todas las semanas. Algún día, cuando vengáis, no encontraréis más que el esqueleto de las ovejas.

—Pues yo las he visto al pasar y no están tan mal.

—¿No están tan mal? Si tu estuvieras como ellas, verías... Van a explotar de gordas que están.

El camión arranca. Chaume se ha quedado leyendo la carta y los periódicos que le han traído. Chemari no tuvo correspondencia. Se tumba en su tienda y coge la armónica. Toca suavemente unas tonadillas nostálgicas y melancólicas.

Pero Chaume, sabiendo que eso irritará a Chemari, se pone a imitar la voz de Esteban y dice:

—Sería una pena que a mi suegrecito se le torciera la cosecha de alcachofas, judías y calabacines.

Sin embargo, Chemari no se ha afectado. Contesta:

—La Compañía es la Compañía.

—Y yo soy el yerno de míster Link —dice Chaume, imitando de nuevo a

Esteban.

—La Compañía nunca se equivoca, nunca se equivoca, nunca se equivoca — repite Chemari como queriendo convencerse de que su papel es callarse y obedecer.

—¿Y no sería mejor que te largaras tú a Boise y vieras a Esteban? —ha preguntado Chaume en un exceso de cálculo y sentido común.

—Quizá deba hacer algo.

—Antes de que sea demasiado tarde.

—Has de saber que todos los demás están más o menos en la misma situación que nosotros.

—No creo que ningún puesto tenga al lado esta charca inmunda...

En una especie de desfiladero se han encontrado con una familia acampada al lado de un riachuelo. Allí cerca tienen el carro y las caballerías.

Chemari se ha acercado al riachuelo. Los campesinos, al ver que se acercaba a Ja corriente, han ido hasta él para impedir que el caballo bebiera agua.

—Dicen que está infectada —le ha aclarado Chaume. Verdaderamente el hilillo de agua, además de insignificante, es verdoso y de aspecto putrefacto.

La familia ha entablado diálogo con ellos, pero apenas se entienden. Sólo han podido deducir que ellos emigran hacia el Norte y que no tardarán en pasar muchas más familias de campesinos. Cuando llega una de estas sequías no hay otra solución. No suelen venir más que cada quince o veinte años, pero hay ranchos más al Sur donde todavía viven viejos que recuerdan otras atroces sequías.

—¿Y por qué hacia el Norte? —insiste en preguntarles Chemari.

—Es la salvación —dicen ellos con gestos más que con palabras.

—¿Y por qué no hacia el Oeste?

—Es peligroso —responden ellos.

—Pregúntales —dice Chemari a Chaume que es más ágil y ha aprendido algo de inglés— por qué es peligroso.

—Estos pantanos, aunque parecen de ceniza, por dentro son la muerte. Quien cae en ellos no sale...

Chaume trata de decirles que acaso bordeando estas falsas marismas con cuidado podría llegarse a zona más segura y fértil. Ellos dicen que es expuesto.

—Pregúntales cómo cruzarán la finca de míster Link.

Ellos se miran unos a otros como temiendo descubrir un secreto. El solo nombre de míster Link los ha llenado de una especie de terror o misterio. Se ve que el nombre de míster Link es conocido más allá de la comarca. Por fin, en un exceso de confianza, explican que ellos tratarán de cruzar aquella tierra de noche.

—Diles, como sea, que por qué no le piden permiso a míster Link.

—No es posible —responden.

—¿Y por qué?

—No por él. Quizá él, si se dignara oírlos, los dejara. Lo peor del rancho de míster Link son sus hombres... —y el padre de familia mira con cierta intención a las dos hijas menores que llevan consigo y que permanecen avergonzadas detrás del carro.

La madre, con gestos, trata de explicar que aquello es mucho más expuesto aún que cruzar los pantanos.

Dejan a la familia campesina, que debe de ser descendiente de indios. Más adelante se encuentran con otro carro. Estos son de origen mejicano. También van al Norte. Pero no quieren hablar. Probablemente temen que Chemari y Chaume sean espías al servicio de míster Link. Aunque ven bien claro que son pastores, lo que les hace callar es que sospechan de todo lo que tenga proximidad con el rancho de míster Link.

El cielo está despejado y el azul casi hiere los ojos.

—No se ve —comenta Chemari— que esto vaya a cambiar de la noche a la mañana.

—Bueno, ¿y a fin de cuentas, que? Nosotros podemos resistir muy bien. A nosotros nos traerán hasta el agua para beber. ¿Que se mueren las ovejas? Pues peor para la lana...

—Lo que yo no comprendo es por qué cuantas veces he dicho que iba a hablar con míster Link para que nos dejara paso libre me han contestado que me estuviera quieto. ¿Es que también la Compañía le tendrá miedo?

—Ve tú a ver si el míster Link ese manda más que la propia Compañía...

Han seguido caminando un rato en silencio. Van cabizbajos, desmoralizados.

Al cabo de un rato Chaume dice:

—¿Qué piensas?

—Nada pienso.

—No. Tú piensas algo.

—Claro que pienso algo. Si no pensara es que estaba muerto.

—Yo sé lo que tú estás pensando.

—No creo.

—Yo creo que sí. Tú estás pensando que todo estaría resuelto si cruzáramos por la finca de míster Link. ¿A que sí? ¿A que he dado en el clavo?

—Has dado en el clavo, pero no del todo...

—Sin embargo, tengo que aclararte una cosa: es imposible, tal y como están las cosas, dar un paso con el ganado sin consultar con la Compañía.

—No te preocupes, que todo se hará a su debido tiempo y como mejor convenga. Aquí lo que hay que hacer es conservar la cabeza fría y tener los pies ligeros...

—¿Los pies ligeros? ¿Para qué?

—Para correr, hombre para correr.

Y Chemari ha picado a su caballo.

Han llegado a un gran promontorio. Es la primera vez que Chemari se acerca al valle de mister Link por aquella parte.

—Y Hay que subir más arriba —dice Chaume, y se mete por un desfiladero.

Chemari va sereno. Chaume por el contrario le sigue un poco a disgusto. A ratos se queda atrás un tanto pensativo.

—Es enorme la vista que vamos a tener desde arriba —dice Chemari.

Pero Chaume continúa taciturno.

Al llegar a lo más alto del pico Chemari ha cogido los gemelos de campaña que lleva colgados del aparejo del caballo y se ha puesto a graduarlos. Se queda observando atentamente A los pocos segundos, alarga los gemelos a Chaume y le dice:

—¿Qué es lo que ves tú?

Chaume mira.

—Yo no veo nada. Tierra, tierra un poco más verde que la nuestra...

—¿Y allá al fondo?

—Al fondo se ve un aprisco muy grande con ovejas, ¿no?

—Ovejas seguramente más gordas que las nuestras...

De nuevo Chemari curiosear por el horizonte. Al parecer Chemari está buscando algún camino o trocha que pudiera servir de carril para sus dos mil ovejas y pico, un pico ya bastante largo.

De pronto ve, allá en el interior del rancho de mister Link. dos camiones que se mueven muy despacio. Luego advierte que van cargados de ovejas. Aquello le intriga. Y sigue mirando.

—Mira, tú. Son ovejas que trasladan a camiones.

A lo mejor el millonario éste hasta se permite el lujo de llevarlas a otro Estado en camión y todo.

—Será que las manda al matadero. Así podrá cuidar mejor el resto. ¿No crees?

—No sé. El caso es que estamos metidos en un callejón sin salida.

Y ha dado la vuelta para descender. En vez de bajar lento y cauteloso espolea al caballo casi con furia. Se nota que la visión del rancho de mister Link altera los nervios de Chemari.

—Ove, a ver sí te despeñas —le dice Chaume.

—No te preocupes y agárrate bien. No seas tú el que se estrelle...

Calla y escóndete

Cuando ya estaban llegando al llano han encontrado un manantial cerca de la piedra. Este manantial, que en otro tiempo debía de formar hasta una pequeña cascada, está casi exhausto. Pero el agua es limpia. Chemari baja a beber. Mientras está bebiendo dice a Chaume:

—Lo más raro de todo es que míster Link se dedique a quitarse de encima las ovejas ahora teniendo pastos para dar y tomar... O que se dedique a venderlas ahora, cuando las suyas podrían valer el doble... No comprendo.

—También tú tienes ganas de complicarte la vida.

—Yo lo que creo es que tú le tienes manía a míster Link... y no sólo manía...

—Sí, según tú, yo lo que tengo es envidia tal vez a Esteban... ¿No es eso lo que querías decir también?

—Vas muy lejos cuando te pones a cavilar...

—¡Y yo creía que me quedaba corto...!

Al cruzar una torrentera seca, Chemari ha tendido la mano y le ha dicho:

—Calla y escóndete... —al mismo tiempo que él se tiraba del caballo y se escondía.

Por el caminillo que bordea el torrente sin agua ha pasado un caballista. Cuando Chemari ha querido mirar con los gemelos ya había pasado. Pero a Chemari le ha quedado un presentimiento raro: ¿No juraría que era el moreno, de pelo brillante y camisa militar, que junto al matón de camisa a cuadros le habían parado y se habían reído de él en sus propias barbas?

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. Ya pasó. Era un tío a caballo.

—¿Y por eso dices: calla y escóndete?

—Era un tío raro.

Luego, recapacitando, porque por lo visto no se cree obligado a dar explicaciones a Chaume, añade:

—Con esto de la gente que gira hacia el Norte hay que andar un poco espabilados.

Y al instante cambia de conversación:

—Yo lo que quisiera saber es cuál de los dos perros se portará mejor en estas ausencias.

—¿Tú crees que aquel zagal que te aconsejó entendía algo de perros? Mi perro no lo cambio por ninguno del mundo. No sé si tendrá más raza que el tuyo, pero lo que sí es verdad es que no le hace falta enseñar los dientes. Hay que ver cómo le temen las ovejas.

—¿Le temen? Eso no es bueno Yo prefiero que confíen en *Rale*.

—Tú estás chiflado por *Rale*. A lo mejor es el primer perro que has tenido en tu vida.

—Pues has dicho la verdad. Yo allá en la aldea no tuve más que perros ratoneros y una vez un lulú que se perdió en la carretera. Probablemente era de algún turista. Me lo mató un camión.

Van dialogando a caballo, casi juntos. Ya se están acercando al puesto. En algunos sitios, cerca de los pantanos, la tierra se ha resquebrajado en unas grietas enormes.

De nuevo la contemplación de aquel terreno estepario ensombrece el rostro de Chemari.

—Creo que voy a seguir tu consejo —dice.

—¿En qué? ¿En no preocuparte tanto de las ovejas?

—Me parece que mañana me largo a la carretera temprano y pido que me lleve algún coche de los que van a Boise. Habría que hablar con Esteban. Posiblemente yo no me expliqué bien en la carta. Yo no creo que en otros puestos esté el ganado como se nos está poniendo a nosotros.

—Quizá debas ir. Tú no me quieres hacer caso a mí, pero yo sé siempre muy bien lo que me digo —y el tono de Chaume ha sido más mordaz que nunca.

—Tienes que perdonarme —dice Chemari al ver el rebaño— el mal humor que tengo. Si encima que estamos solos los dos para este problema, nos peleamos, mal asunto el nuestro.

—Yo no me peleo.

Las esquilas de las ovejas guías comenzaron a resonar firmes y monótonas. Era como si hubieran olido la presencia de sus amos. Los perros iban y venían del rebaño a la tienda ladrando, ladrando con júbilo.

—Tanto jolgorio debe de ser porque nunca salimos juntos —dice Chemari.

Van hacia el carro. Están rendidos.

Chemari pone música en el transistor y se sirve un buen vaso de whisky.

—¿Cuántas cucharadas de agua se le echa a esto? —pregunta a Chaume.

—Ponle una cucharita de las de café —y Chaume ríe.

Chemari bebe. Una vez que lo ha paladeado comenta:

—Desde luego hay que tener estómago. Y por esto se pirran los americanos...
Está malísimo.

Están retransmitiendo música de jazz.

Rale casi se echa encima de Chemari.

Y Desde luego —discursea Chemari— el viejo del veintiuno tenía razón. El perro es siempre la mitad de la vida del pastor. La otra mitad, o las tres cuartas partes, son las ovejas. O sea, que el pastor no existe, el pastor no tiene vida propia. ¿Qué te parece?

—Que tienes más razón que un santo.

—¿Que un santo de palo o de verdad?

—Un santo de iglesia.

—Tú no sé si sabes lo que decía mi abuela. Me lo ha dicho en broma muchas veces mi madre. Decía: en santo que mea no creas... ¿Qué te parece el refrán?

—No está mal.

Chaume esta preparando la merienda-cena de los dos.

Ya es de noche. Por el cielo han comenzado a pasar aviones. A veces pasan bajos. Parecen siempre los mismos. Pero deben de ser diferentes. Ellos saben que cerca de allí, en un sitio solitario, existe un campo de entrenamiento. Allí es donde se prueban hombres y motores.

—Nosotros aquí —dice Chemari— y ellos con la bomba siempre a cuestas, probando velocidades, comprobando si los motores están listos para cuando digan a armarla... Y nosotros cuidando borregas...

—Los americanos son más cómodos de lo que parece. ¿Tú crees que todo eso que nos dicen de vez en cuando, los vascos por aquí, los vascos por allá, les sale de dentro? Ellos nos tienen porque les salimos baratos. Por orgullo, los vascos somos económicos. Como somos también muy duros, somos disciplinados, cosa que les conviene muchísimo. Que nadie se mueva, pues nadie se mueve. Por amor propio, los vascos somos fieles... Somos una buena adquisición para ellos, ya lo creo.

—Pero tú no eres vasco del todo.

—Como si lo fuera. Mis abuelos lo eran. ¿Tú has visto como no han podido con el ensayo que han hecho de otros pastores? El vasco aguanta más que nadie, come y duerme como si estuviera en campaña, obediente, sin jaranas, sin exigir demasiado, sin gastar tampoco demasiado... ¿Tú no crees que están abusando un poco de nosotros?

—Yo eso no lo veo. Ellos serán como sean, pero a lo que se han comprometido lo cumplen. Nosotros firmamos y por eso estamos aquí.

—Sí, pero a ellos les salimos económicos... y rentables. Los vascos somos callados, resignados, crédulos. ¿Sabes tú acaso a cómo venden ellos Ja lana, eso que llaman «el oro blanco»? Aquí en vez de pastores debían traer legionarios del África. Ya espabilarían...

Chemari está en otra cosa. De vez en cuando da un sorbo al whisky. Indudablemente Chemari está tramando algo o piensa en algo muy lejano. De rato en rato se queda mirando fijamente a Chaume. Es como si notara en él cierta capacidad de fingimiento y de doblez. Todo lo que está diciendo ahora mismo, ¿no es una tentación, una incitación al mal, algo así como irlo preparando para la rebeldía contra los amos a los que está sirviendo? Ciertamente Chaume es un ser peligroso, y si no peligroso, peligrosillo... Lo come la envidia, la ambición, las ganas de quitarse de pastor... Pero, ¿quién es perfecto? Nadie. También él está lleno de defectos. Y el defecto más grave de todos es la desconfianza Su madre se lo decía muchas veces: «Es que tú eres muy soberbio, hijo». Eso de sentirse más formal y cumplidor que los

demás tiene que ser cosa mala.

—Luego, antes de irte a la guardia, si quieres nos echamos unas siete y media.

—Vale. Pero a dólar la partida.

—¿No te parece muy caro? A duro o dos duros lo más, sí.

—No vale la pena ganarte.

Después de cenar han colocado el farol en la esquina del carro y allí mismo se han puesto a barajar y a repartirse cartas.

Los rostros indican bien claramente que va ganando Chaume. Los perros a ratos contemplan la escena, a ralos también se escapan y dan vueltas por los alrededores.

Los renacuajos chillan en la charca vecina y los caballos dan fuertes pisotones en la tierra para sacudirse seguramente las moscardas.

Gritos de socorro

Cuando ya estaban a punto de dar por liquidada la partida —Chemari va perdiendo veinte pesetas— se han escuchado gritos de socorro. Han dejado todo y se han echado al camino conteniendo a *Rale*. El perro está apostado cerca del ganado.

Chemari ha amartillado la escopeta. Los gritos van dirigidos a ellos y son gritos en vasco.

—La voz esa me es conocida —ha dicho Chemari.

Se acerca lentamente un caballo. Chemari y Chaume no se explican nada. En el caballo vienen montadas dos personas.

—Son pastores —dice Chemari corriendo hacia ellos.

—Uno de ellos parece que venga herido —añade Chaume siguiéndole.

El viejo del 21 sostiene difícilmente en la montura a su ayudante.

—No sé cómo he podido llegar —dice el viejo.

—¿Qué le ocurre?

—Pero ¿lo han herido o qué? —pregunta Chemari.

Ayudan a bajar al muchacho. Viene desencajado.

—No sé como ha podido ser —explica el viejo—. Hace años que no ocurría un caso así.

—¿Qué pasó?

—¿Lo han atacado? —pregunta Chemari creyendo poder hilvanar acontecimientos.

—Y luego para colmo yo no entiendo ni entendí nunca el aparato. Anoche la pasó toda con lo menos cuarenta de fiebre, hasta que hoy me he decidido y me he dicho: «Sea lo que Dios quiera». Así, desde aquí será más fácil salir a la carretera y uno de

vosotros incluso podrá acompañarlo al hospital de la ciudad.

El muchacho del 21 ha perdido su vigor y su chanza. Castañetea los dientes y mira receloso a todas partes.

—¿Te sientes mejor? —le pregunta el viejo.

—Por lo menos no estamos tan solos —dice.

Con mucho cuidado lo colocan en la tienda de Chemari.

—Vamos a darle una aspirina con algo caliente. ¿No os parece?

Chaume se apresta a encender el infiernillo. Todos están excitados y preocupados. El muchacho está francamente descompuesto.

—El muchacho viene mal —dice el viejo aparte.

—Ya lo vemos —contesta Chaume.

—Pero aguantará. Es joven. Lo que hay que hacer es animarlo. ¿Y qué es lo que le ha dado?

—Pues eso, la fiebre del ganado, una fiebre que deja deshecho, eso si no se lleva para adelante a uno, aunque sea un roble... Hacía muchos años que no ocurría nada parecido. Lo importante es que llegue al hospital lo más pronto posible. En Boise tienen unas medicinas que lo ponen nuevo en una semana...

—Pues habrá que llevarlo. Yo mismo saldré con él a la carretera —dice Chemari como disponiéndose a la operación.

—Lo mejor —dice el viejo— es dejarlo descansar unas horas. Y salir a la carretera de madrugada. Es la hora en que pasan los camiones. En la casa del cruce hay teléfono. No tardará en llegar la ambulancia...

—Tú —añade muy solícito Chaume— podrías aprovechar el viaje de acercarte a Tierra Baja y arreglar en la Compañía lo de nuestro traslado. Podrías hablar con Esteban y, por medio de su novia, conseguir el permiso de míster Link... ¿No te parece?

—No está mal pensado, pero aquí lo principal ahora es el enfermo —y se va a su lado.

Lo ha tapado con una manta y le va dando despacio café con leche, después de la pastilla.

Una palidez extraña, como de muerte, se ha apoderado del muchacho. Aquella blancura escalofriante resulta mucho más intensa porque está sin afeitarse.

—¿Tú crees que es grave? —pregunta Chemari al viejo por lo bajo.

—Ha habido casos malignos. Todo es cuestión de cogerlos a tiempo.

—¿Sabes lo primero que pensé cuando os vi? Que os habían atacado —dice Chemari.

—¿Quién iba a atacarnos?

—¡Quién sabe! Algún vagabundo suelto de esos que emigran, o algún hombre de las cuadrillas de míster Link.

—Los hombres de míster Link, me parece a mí —replica Chaume—, tienen que ser tan honrados como nosotros.

—Es posible lo que dice el compañero —dice el viejo, apoyando a Chemari—. Ultimamente míster Link ha metido en el rancho demasiada gente extraña venida de todas partes...

El enfermo, acaso por sentirse asistido y acompañado, se va serenando y animando un poco.

—¿Sabes lo que yo creí? Que le había picado alguna serpiente venenosa o algo así —comenta Chaume.

Chemari se pone a arreglar el carro.

—¿Lo vas a llevar en el carro? —pregunta el viejo.

—Sí.

—Mejor es, mucho mejor. Podía ocurrir que lloviera y sería fatal para el muchacho...

—¿Y no te perderás por ahí? —pregunta Chaume.

—Creo que no. No querrá Dios que me pierda.

—El camino no es difícil —aclara el viejo—. Todo recto serpenteando hasta dar con la carretera. Unos cuarenta kilómetros o así...

—Entonces debo salir pronto.

—Cuanto antes mejor —dice el muchacho, que está escuchando la conversación.

Chemari llama a su perro. Chaume le echa dentro del carro las cosas imprescindibles, incluso la escopeta, y saca otras muchas que no le han de servir para nada.

—Y tú cuida al viejo. Que descanse y duerma y que coma antes de volverse al puesto —dice Chemari dirigiéndose a Chaume.

Chemari ha llamado a *Rale*.

—Mira por donde, a lo mejor, vas a ver la capital —le dice al perro.

El viejo está contento. La cosa va mejor de lo que él pensaba cuando venía por el camino de noche, y creyendo que no llegaba. A veces el muchacho se le doblaba como un junco.

—Varias veces creí que se me moría o que me moría yo...

—No exagere —dice Chemari—. Usted es muy fuerte.

—Y sobre todo yo creo que este muchacho se impresionó más que otros. A otros les ha pasado lo mismo y se han quedado quietos. Pero a éste le entró una impaciencia y un agobio que de poco se vuelve loco. Calculad que cuando le dio el gran arrechucho de la fiebre, ayer tarde, decía a gritos: «Llévame a mi aldea, llévame a mi aldea...» Sí, en helicóptero de esos, te voy a llevar. Eso sí, sudaba hasta traspasar la manta. En el caballo el sudor me llegaba a mí y estaba calado hasta el caballo. Yo, tan pronto lo vi temblar de aquella manera, me dije: «Tate, esta es la

fiebre de las ovejas...» Mala cosa la fiebre de las ovejas. Los deja *baldaos*... Yo, cuando se quejaba fuerte, le decía: «No te quejes, que parece que estés balando como las ovejas» Es casi igual.

Chemari ya está listo. Los que se quedan despiden al muchacho con gran efusión y optimismo.

—Yo nunca creí que las ovejas pudieran dar fiebres —dice Chaume.

—Pues las dan, las dan. ¡Vaya si las dan! —dice el viejo.

El muchacho aprensivo y nervioso del 21 está más tranquilo desde que ha visto que su acompañante es Chemari. Tiene una instintiva confianza en él. Se le nota en los ojos.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunta una y otra vez.

—Ya nos vamos —responde Chemari dándole ánimos.

—Pues si tú no sabes que las ovejas dan fiebres —le dice el viejo a Chaume— es que eres muy poco pastor. ¿De dónde eres?

—De Alfaro.

—¿Pero no has cuidado ovejas antes de venir aquí?

—Pues no.

—Así se explica.

Chemari echa un vistazo al carro. Todo está preparado. Incluso lleva pienso para los caballos.

Han colocado entre todos, con mucho cuidado, al enfermo. A su lado se ha puesto *Rale* en actitud protectora y confiada.

Antes de subirse al carro, Chemari recomienda a Chaume:

—Todo igual que si yo estuviera aquí, ¿eh?

—Claro, por supuesto, hombre —dice él con aire muy resuelto.

Chemari ha mirado con ansiedad hacia el sitio donde está su ganado y ha montado. Con gran resolución ha dado con el látigo a los caballos y ha dicho:

—Arre, valientes...

Poco a poco se han ido perdiendo, mientras el viejo del 21 comenta:

—Es un gran muchacho. Es vasco por los cuatro costados. Se le nota a la legua...

El viejo se ha tumbado en la tienda de Chemari y Chaume ha dicho:

—Voy a dar una vuelta a ver cómo se portan estas bestias...

Y ha salido.

Delirios

Por hablar con el muchacho, al cabo de un rato, Chemari le pregunta:

—Y esta fiebre de las ovejas, ¿cómo se llama?

—Yo qué sé.

—Se llamará la ovejuna o algo así. Yo recuerdo allá en España alguna vez haber oído hablar de algo parecido. Pero nunca vi nada de cerca... nunca. ¿Tú tienes novia por allá?

—Tenía, tenía... pero a los dos años de no volver, se casó.

—Peor para ella. Habrá dado con algún zopenco. A las mujeres lo mejor es dejarlas, que se las arreglen como puedan. ¿Tú crees que yo me hago ilusiones?

—Nada de ilusiones. Maribelcha, que es mi novia, cada vez escribe menos. O no sabe qué escribir. Yo lo noto.

»Uno no es tonto, tonto del todo, vamos. Parece que lo estoy viendo: entrarán al bar los zánganos de las aldeas. Y dirán, mejor dicho, le dirán: «Ese ya ni vuelve». «Ese se ha hecho yanqui o poco menos» «Ni por su madre vuelve.» ¿Los conoceré yo? Entrarán allí con cuatro copas dentro del cuerpo a perturbar a la muchacha. Ella, a lo mejor dirá alguna vez: «Vosotros lo que tenéis es envidia, porque él está allí ganando dólares». Pero ellos dirán: «A ése ya no se le ve el pelo por aquí en tres siglos.» Los conozco como si los hubiera parido. «Tú espéralo y ya verás cuando vuelva como tienes el pelo blanco».

»Y la Maribelcha aguantando. Ella, que cree en mí, se reirá y los dejará hablar. Ella les seguirá la broma. Ella sabe que yo soy de los que no fallan. Peores que las moscas, peores que los tábanos son esos. Claro que a ella todo esto la pondrá triste y nunca podrá figurarse lo que uno está pasando aquí por llegar un día y decir nada más bajar del coche de línea: “Maribelcha vamos a hablar con el cura...”

Es una especie de droga la que domina a Chemari. Al mismo tiempo que distrae al muchacho, se desahoga él. Así hace tiempo.

Ya llevan una hora de camino. Ni un alma. La luna, una media luna blanquísima, hace juego con las dunas que van saltando.

—¿Vas bien?

—Voy bien. ¿Cuánto falta?

—Ya falta menos...

Ahora es el enfermo el que comienza su retahíla de confidencias:

—Tenía que ser yo, yo entre todos, el que cogiera una cosa así. ¿Y cómo pudo ser? Las ovejas, muy melosas, muy cariñosas, son como las mujeres, más bien falsas. Uno tenía que pagarlo. Por eso lo mejor es no cuidar de ellas, dejarlas que las parta un rayo. A esos no les pasa nunca nada. Y cobran lo mismo. ¿No digo verdad?

—Nuestro deber es cuidar las ovejas.

—Pero ya ves cómo las ovejas te devuelven el favor. Te devuelven una enfermedad que ya veremos si tiene cura.

—Todo tiene cura.

—Tú de esto no sabes nada. Acabas de llegar.

—En Estados Unidos están muy adelantados.

—¿Se han preocupado los Estados Unidos de las enfermedades que pegan las ovejas? Ellos no se preocupan de este oficio. Este oficio es de locos rematados. ¿No estaríamos mejor en nuestros pueblos, comiendo acelgas y patatas? De las ovejas no se preocupa más que la Compañía y ni siquiera por la carne. Fíjate lo que te digo: ni siquiera les interesa la carne. ¿Qué digo la carne? Ni siquiera les interesa la piel. Lo que le importa a la Compañía sobre todo es la lana. Y por la lana estamos nosotros aquí, pobres desgraciados...

—Calla, no hables.

—Pero ¿tengo razón o no?

—En parte no tienes razón.

—Tú también estás de parte de la Compañía, ¡claro! Tienes al primo en las oficinas, estas haciendo méritos, dentro de unos meses si has visto a las ovejas ni te acuerdas.

—Estás equivocado. Yo seguiré en el monte como el primero, mejor dicho, como el último pastor que llegue de nuestra tierra.

—Eso se dice muy pronto.

—Tú y yo ya verás cómo somos buenos amigos. Y no solamente aquí, sino cuando volvamos allá.

—Tú me dices eso porque sabes que estoy mal, por consolarme.

—¿Tú estás mal? No me hagas reír. Tú ahora te pasas quince días en la capital y te sentarán como a las rosas. Yo mismo se lo diré a mi primo. Para eso sí que sirvo yo...

En varios puntos han visto hogueras. Son familias que van hacia el Norte, peones que buscan trabajo, campesinos que huyen de la sequía.

De improviso al pastor del 21 le ha dado por vomitar. Se retuerce de dolores.

—Para, no sigas. Me muero.

—No digas tonterías —y Chemari cada vez que se lo oye decir sacude leña a los caballos y aprieta la marcha.

—Si me he de morir, prefiero morirme aquí, en el campo. No quiero ser enterrado en una de estas ciudades, con gentes que no conozco...

—Tú deliras.

—Tú sabes que nosotros, los vascos, tenemos nuestra ley. Muchas de estas gentes ni siquiera son cristianas.

—Aquí también hay cristianos.

—Prométeme que no me tocará nadie más que los de nuestra raza...

—Anda, duerme un poco y no seas niño. Ya estarnos Llegando.

—No veo yo que estemos llegando. ¿No nos habremos perdido?

—No nos hemos perdido.

—¿Y cómo sabes tú que no nos hemos perdido?

—Lo sé.

—Lo sabes, lo sabes.

El camino se les va haciendo muy largo, pero más largo que al enfermo se le va haciendo a Chemari.

Los caballos no pueden tirar más. El carro traquetea entre los pedregales y la arena de las colinas. Parece un viaje de pesadilla. De rato en rato, el joven pastor tocado por la fiebre dañina de las ovejas grita entre convulsiones y sudores:

—Para, para ya. Te digo que prefiero morir aquí.

—Si no fuera porque tienes fiebre te pegaba un sopapo que te dejaba K.O.

Al amanecer han divisado a lo lejos la carretera. Chemari ha respirado y mirando al cielo ha dicho:

—Gracias, Dios mío.

Ya estaba harto de parar a darle agua, a cubrirlo porque sentía frío. Ya estaba harto de decirle que se callara y se durmiera. Ha habido momentos en que a Chemari le había parecido transportar a un agonizante, casi a un cadáver.

Pero al llegar a la carretera se ha encontrado con algo con lo que no contaba. Allí no había señal alguna. Es más, se ha encontrado con un cruce absurdo de carreteras, un cruce que no reconoce en absoluto.

En medio de la carretera, Chemari no sabe en qué dirección ha de dirigirse. Y es *Rale* el que, como adivinando la tortura de su amo y los sufrimientos del enfermo, se pone a ladrar delante de los caballos.

—Arre, arre —grita Chemari.

Chemari va pensando en hacer alguna promesa o un voto con tal de salvar a su compañero. No puede morírsele en el camino. La fiebre le va aumentando por minutos. El pastor del 21, en pleno delirio, se ha querido tirar varias veces del carro. Chilla como un energúmeno:

—¡Te has equivocado de carretera! Estamos perdidos.

Por fin Chemari ha divisado una casilla de madera.

Chemari parece recordarla.

Detiene el carro y corre hacia ella como un loco.

Al llegar a la puerta comienza a dar golpes y gritos.

No hay nadie.

Chemari, recostado en la puerta, llora amargamente. Mientras tanto el carro permanece parado en medio de la carretera. Se oyen los lamentos y quejas del enfermo. El perro va y viene ladrando.

Una luz

En esto, ha visto surgir una lucecilla en la carretera. Es una luz lejana pero que se va acercando.

—*Rale*, páralos —ha dicho al perro con voz casi patética.

El perro ha cumplido como los buenos. Se ha puesto en medio de la carretera a riesgo de ser arrollado.

Es un coche de las fuerzas aéreas. El perro se echa encima del capot y Chemari se vuelca en la ventanilla.

No le entienden. Pero no tienen más remedio que bajar del coche. Cuando se asoman al carro, ven de lo que se trata. Entre los tres cargan con el enfermo y lo acomodan en el coche.

Cuando tratan de largarse con el enfermo, Chemari se pone delante. El tiene que acompañar al pastor joven. Pero en aquel momento Chemari se da cuenta de que tendrá que dejar abandonado el carro. ¿Y qué hacer con el perro?

Chemari coge al perro y, hablándole al oído, como si pudiera entenderle, le advierte:

—Tú cuidas de todo esto. No tengo más remedio que irme.

Rale, muy percatado de su oficio, se queda en el carro.

El coche de los aviadores parte. Los aviadores ya han comprendido de lo que se trata. Chemari y el enfermo no repiten más que una palabra:

—Boise... Boise... Boise...

Los aviadores hacen gestos para demostrar que ya saben lo que ocurre. El coche va a más de cien, a pesar de que la carretera no es del todo buena. De vez en cuando los aviadores se miran. Es como si temieran que el enfermo pudiera morir en el trayecto. Al mismo tiempo parece que van molestos por el olor que inevitablemente despiden los ovejeros. El enfermo va recostado en Chemari y de vez en cuando pregunta:

—¿Hemos llegado ya?

Al llegar a la altura del campo de aviación uno de los pilotos se ha bajado del coche, con una cartera en la mano, y ha montado en otro coche que venía de la ciudad.

Al llegar a Boise Chemari ha querido indicar al piloto conductor que los llevara a la Compañía de los Pastores, pero el piloto se ha dirigido directamente al hospital.

Una vez allí la presencia de Chemari apenas ha importado, poco ni mucho, a los médicos. Los enfermeros han venido con una ambulancia y se han llevado al pastor del 21. Chemari, por otra parte, no ha podido explicar nada. Se ha quedado en la puerta maldiciéndose a sí mismo por tonto y absurdo. Con cuantas personas ha querido hablar se ha encontrado con que, a pesar de mostrarse muy amables con él, lo han dejado a un lado como un trasto inútil. Prácticamente lo que le dicen es que está

estorbando.

Poco a poco se encamina hacia la Compañía, cuyas Oficinas no sabe dónde están. Camina hacia la capital creyendo que le será fácil dar con las Oficinas.

Se va diciendo: ¿No será todavía demasiado temprano?

Sin embargo, dan las diez y todavía no ha dado con las Oficinas. Ahora le parece que en Boise hay más vegetación que la otra vez que paseó por sus calles.

Ve parques, jardines y árboles por doquier. Llega a dudar de que aquella sea la ciudad de Boise, a donde él vino con los demás y en donde, en una noche de juerga, desmontaron dos estatuas de sus pedestales.

Hola, paisa

Andando, andando por las calles, se ha encontrado con que al cruzar un paso de peatones, le ha caído un manotazo en la espalda:

—Hola, paisa...

Indiscutiblemente era un compatriota. Era, en efecto, un vasco. Y rápidamente el vasco ha comenzado a hablarle en vascuence. Chemari le ha explicado lo que le pasa.

—Vamos, hombre, no te desanimes. Eso se arregla en seguida.

A dos pasos tan solo de donde están parados se encuentra el restaurante «Maite», que viene a ser el cuartel de los vascos en el Oeste americano.

Allí se dirigen dándose palmadas y empujones.

—¿Qué le pasará a mi amigo?

—Ya verás cómo no le pasa nada.

Tan pronto llegan al hostel, el vasco —que se llama Josechu Eguilaz Urbistondo —coge el teléfono y llama a las oficinas de la Compañía.

—Ya están enterados. Han llamado allí desde el Hospital. El muchacho está bien...

—Dile a mi primo Esteban que se ponga.

El vasco intermediario espera al aparato.

—También es mala pata chico. Dicen que está en San Francisco. Se fue ayer por la tarde con uno de los jefes... en avión... Dicen que viene pasado mañana...

Luego al colgar el aparato le dice expresamente:

—Tienes que aprender inglés.

—¿Inglés yo?

Luego vienen los vascos dueños del hostel.

—Mira, aquí está el primo de Esteban.

—¿Este es el que está por ahí por los pantanos?

—Ha venido a traer a su compañero que ha cogido las fiebres.

—No, el del puesto de al lado.

Chemari tiene que explicarlo todo varias veces. Pero está encantado. Está hablando en una hora más vasco que en todos los meses que lleva en el monte.

—Parece que fue ayer cuando pasaron ustedes —dice una de las mujeres vascas del hostel.

—Pues ya hace diez meses largos.

—Yo esperaba que usted bajaría acá para San Ignacio, que es una fiesta fenomenal.

Y Sí, eso quería mi primo Esteban también. Pero yo no he querido abandonar el ganado.

—¿Y qué tal el ganado? —pregunta uno de los vascos viejos.

—Mal, mal —dice lacónicamente Chemari.

—¿La sequía?

—La sequía. Yo no sé qué va a pasar allí si no llueve.

—¿Por qué no os corréis de sitio?

—Nos vamos a correr, pero de otra manera... Para corrernos tendríamos que cruzar la finca del suegro de mi primo.

—¿De míster Link?

—El mismo. Y parece ser que eso no es posible. No sea que le tronchemos los pepinillos y los rabanitos que debe de tener plantados...

Todos ríen, pero a la vez parece que conservan cierto respeto o temor por el nombre de míster Link. Chemari, se hable de lo que se hable, al rato siempre vuelve a la misma pregunta:

—¿Y qué será del compañero del 21?

—No te preocupes. Ahí lo curan en seguida.

—A los tres días de inyecciones ya está limpio del todo.

—¿Y qué será del vejete del 21? —pregunta también.

—Por aquél no te apures. Aquél bien se defiende.

Sin poderlo evitar, Chemari está pensando en Chaume. ¿Cómo se las arreglará?

Le traen un desayuno formidable: huevos fritos con chorizo y magro, queso, miel, mermelada, pasteles.

—Pero ¿qué fiesta es hoy? —pregunta alarmado.

—Nada, hombre, tú come. Lo teníamos guardado desde las fiestas... Tráele vino tinto, del de allá —dice el vasco a la mujer—. Hay que celebrar la llegada del muchacho. Debió de pasarlas mal con el enfermo por esos caminos.

—No las pasé bien, no. Quería quedarse allá.

—Es una fiebre muy mala. Es como si se emborracharan. A todos les da por hacer cosas raras.

Chemari come como una fiera. De vez en cuando dice:

—¡Pues sí que la he hecho yo buena! Supongo que me dejarán entrar en el hospital antes de irme.

—No creo. Cuando tienen fiebres de esas no quieren que los visite nadie.

—Y luego, la mala suerte de que mi primo esté fuera.

—Espéralo.

—Dicen que no viene hasta pasado mañana.

—¿Y por qué no has de poder quedarte tres días, si en diez meses no has faltado ni un solo día? El otro compañero también es joven y se las entenderá bien con las ovejas.

Sin embargo, a Chemari no le tienta la idea de quedarse. Es decir, le tienta, pero está como obseso por la idea de su rebaño, los pastos, las aguas, los hombres de míster Link, el propio Chaume. Es como si presintiera cualquier peligro. Aunque no tiene fundamento en sus preocupaciones algo le tira hacia su puesto.

—Pero, anda —dice de repente—, ¡si me dejé el carro y el caballo en la carretera! —y se pone de pie a medio comer...

Todos ríen. Chemari explica una y otra vez que él se dejó el carro y el perro en la carretera. Todos tienden a calmarle.

—Aquí en este país no ocurre nada nunca... —dice uno de los viejos.

—Estarán allí como los dejaste —añade otro.

—Pero debe avisar a la Compañía —agrega la mujer.

El vasco dueño del hostel ha llamado a la Compañía. Al rato viene diciendo:

—La Compañía dice que llamará por teléfono a un rancho cercano para que se acerquen a echar un vistazo a los animales y que después de comer saldrá un camión para allá. A las seis de la tarde puedes estar allí... Conque aprovéchate de la ciudad. Come, come todo lo que quieras. Y luego sales a las tiendas por si quieres comprarte algo.

—Si ni siquiera me he traído la libreta de los ahorros.

—No hace falta. Aquí tienes crédito.

—La misma Compañía te dará lo que le pidas...

—Pero, ¿qué voy a comprarme si no tengo necesidad de nada?

Chemari ha pedido varias postales y un bolígrafo. No estará de más que su madre y su hermana sepan cómo es la ciudad de los pastores. Luego creerán allí que los pastores lo están pasando en grande. También una carta a Maribelcha con alguna foto dentro.

—¿Me dará tiempo a hacerme una fotografía de esas de los carnets? —pregunta.

—Y veinte.

—Y no solamente fotos de esas pequeñas. Y fotos grandes y buenas. Aquí mismo en esta calle...

Chemari saldrá con uno de los *paisas* del hostel, más el vasco de la oficina que va a salir con el camión después de comer. Van a echar un vistazo a Boise.

Chemari ya está impaciente. Cuanto antes salga, mejor.

Salen a la calle. Y Chemari va distraído mientras le van dando explicaciones.

—Aquí —dice el vasco del hostel— había un comercio fabuloso y no ha quedado ni piedra. Un incendio lo destruyó en pocas horas. El dueño era judío. Hay quien dice que él mismo lo hizo arder porque lo tenía bien asegurado. Esa es la capilla nuestra. Dentro hay un San Ignacio precioso. Aquí es donde se casan los vascos que se casan aquí.

—¿Pero, hay vascos que se casen aquí? —pregunta Chemari.

—Por lo que dicen, dentro de dos o tres meses se casará tu primo Esteban.

—No me ha dicho nada.

—Querrá darte la sorpresa —le responden.

Chemari se saca la foto y tan pronto la tiene la mete en un sobre después de escribir detrás unas frases muy pensadas. Se acercan a Correos y echan la carta en el buzón. Al echarla, Chemari dice:

—Para España, y dentro de España aquel pueblecito que hay al lado del Bidasoa... Cuando me vea, va a creer que he dejado lo de pastor y que me han contratado para hacer películas. ¡Si nos vieran allá con esta facha!

La comida ha sido descomunal. Todos se han creído en la obligación de invitar y agasajar a Chemari. Le han hecho tomarse primero cuatro o cinco aperitivos con whisky. Luego le han servido paella con trozos de lomo y pollo, guisantes, pimientos, judías.

Se discute sobre la paella. Aunque haya allí de todo lo que lleva una paella, la paella sólo se hace bien en España y dentro de España en Valencia. Hay quien no está conforme. La de Alicante no tiene nada que envidiar a la de Valencia y la de Barcelona es también estupenda. Cada uno va recordando las buenas paellas que ha tomado en su vida.

A media comida Chemari se emperrea en que llamen al hospital para saber noticias del compañero. La enfermera les responde que el pastor ingresado esa misma mañana está perfectamente y que ya la Compañía tiene noticias de su estado.

—¿Y no me dejarán verlo antes de salir?

—No insistas —le responden—. Aquí las cosas funcionan como funcionan.

—Al muchacho no le faltará nada.

—Dentro de unos días estará hecho un brazo de mar. Estas fiebres pasan en seguida.

—Pasan en seguida cuando no se complican.

—El muchacho es fuerte y tiene buena salud.

Inmediatamente después de la comida se ha presentado el camión de la

Compañía. Apenas le ha dado tiempo a Chemari a tomarse un café doble y una copa de coñac, de coñac del auténtico, del que vale una copa en Boise tanto como una botella en España.

Los del hostel le han puesto una bolsa para el viaje.

—Decidle a Esteban que es un sinvergüenza. Ni siquiera me ha contestado a lo de subir el ganado más arriba, a las franjas verdes de las estribaciones de la sierra.

—Pero aquello debe de ser muy frío para las ovejas.

—Mejor será eso de que se me mueran de sed o de enfermedades. Decidle de mi parte que me diga, aunque sea por el aparato ése, que puedo remontarme con las ovejas. Si es necesario que hable él con su suegro. ¿Lo haréis?

—No te preocupes, muchacho.

—Se hará como tú dices.

Salen pitando. En varios cruces han tenido que pararse ante la avalancha de coches.

Al llegar al campo de aviación están despegando en fila unos aviones muy raros. Parecen lapiceros volantes más que aviones. Salen verticales y en seguida se pierden entre las nubes.

La radio del coche está recogiendo instrucciones de la Compañía para los pastores. El parte meteorológico sigue igual, pero en algunas zonas se predicen lluvias inminentes.

Chemari va de buen humor. Ha sacado de su bolsillo la armónica y se ha puesto a tocar. El acompañante canta a trechos. Se ve que ya ha perdido bastante de su lengua vasca. Es un vasco casi en plena fase de aclimatación.

Al cabo de un rato, en un momento de silencio, el conductor ha dicho:

—Han dicho por ahí, dos que vinieron hace poco de allá, que la Falange va a ser suprimida en España.

—Qué más da.

—Han dicho también que hay huelgas.

—No está mal. Que arreglen las cosas, y cuando estén arregladas, nos presentamos allá nosotros. Eso será lo mejor.

—Dicen también que va a venir el rey.

—Que venga el rey o Roque, es lo mismo. Lo que interesa es que haya pan y trabajo.

Varios campesinos o peones han tendido la mano al camión pidiendo *auto stop*. El conductor se ha negado. Como ha notado que el deseo de Chemari hubiera sido montarlos, le ha dicho.

—La Compañía nos tiene prohibido montar a nadie que no sea del servicio nuestro.

—Pues si me llegan a hacer eso a mí los aviadores todavía estaría el del veintiuno

en el cruce de la carretera, probablemente más muerto que vivo.

—Las órdenes son las órdenes.

—Claro, claro, ya comprendo.

El conductor ofrece un cigarro a Chemari. Han llegado a una casilla en cuya puerta hay dos camiones parados y un coche. El conductor baja.

—Es un momento —dice.

No tarda ni cinco minutos.

—No te preocupes. El carro y los animales están bien.

—Pero, ¿has hablado por teléfono?

—Sí.

—No es posible. Si allá para hablar de Bilbao a San Sebastián se tarda un día entero...

—Este país funciona, amigo.

—Este país es muy rico.

—Es muy rico y muy trabajador.

—Algo de eso también hay.

—Y además aquí no hay castas. Aquí cada uno es cada uno y todos son iguales, el que tiene más como el que tiene menos.

—Pero míster Link no es igual que cualquier otro vecino del Estado, ni siquiera igual que cualquier otro rancharo que no sea míster Link.

—Míster Link es un caso aparte. Míster Link ha creado mucha riqueza, ha creado agricultura, ganadería, hasta industria, en una región en donde no existía nada de eso...

—Y por eso tiene derecho a que sus ovejas estén bien orondas y las mías muertas de hambre.

—Más interés que tú en las ovejas tiene que tener la Compañía, me parece a mí. Tú espera a ver qué decide la Compañía.

—¿Qué es lo que estoy haciendo, sino esperar? Si por mí fuera ya habría brincado por encima de míster Link y de toda su parentela.

—¿Por encima de tu primo también?

—Por encima de mi primo también, si era necesario.

Ya están llegando al cruce.

El carro no está en el cruce. Está un poco más arriba, al lado de un edificio plano, semiabandonado, que es gasolinera y tienda. Al acercarse al carro Chemari ha podido ver cómo el perro permanecía encima de las varas vigilante, leal, inatacable. Tan pronto ha oído y ha escuchado la voz de su amo, ha saltado loco de alegría.

Al cuidado del carro hay un muchacho de una granja vecina. El conductor, al acercarse a él, le ha dado un billete doblado.

Antes de despedirse Chemari y el conductor han decidido fumarse un cigarrillo y

tomar algo en la destartalada cantina. El conductor no ha dejado pagar a Chemari.

Tan pronto el conductor se ha convencido de que Chemari, montando en el carro, torcía hacia su puesto, el coche ha tomado la dirección de Boise a todo gas.

Chemari va abrazando al perro. Va extenuado. Es como si el perro dirigiera la marcha. Avanzaban dando trompicones entre piedras y glebas arcillosas y reseca.

Chemari se va durmiendo. Se deja llevar. Tiene un perro que vale por hombre y medio, por lo menos.

Chemari se ha dormido. Duerme profundamente.

Todo fue bien, gracias a Dios. ¿Había prometido algo? Si lo había prometido tenía que cumplirlo, fuera lo que fuera. Este ha sido su último pensamiento antes de dormirse.

El carro traquetea por las bajadas y subidas de los ríos secos. Todo parece normal, excepto unas nubes tormentosas y amenazadoras que se levantan por todas partes.

¿Irá a llover? Los caballos y el perro, como percatados de algún peligro, van a todo tren. Pero ni los tumbos más temerarios logran despertar a Chemari.

Ni siquiera al llegar al puesto se ha despertado Chemari. Ha sido el perro quien lo ha sacudido con sus patas y sus ladridos. Chemari ha puesto una cara de extrañeza enorme al encontrarse en el puesto. Ha mirado hacia todas partes intentando descubrir a Chaume. Pero ni Chaume ni su perro están a la vista. Pacientemente Chemari se pone a desenganchar los caballos, a darles agua y pienso.

—Os lo habéis merecido —les dice mientras los acaricia.

Rale va y viene desasosegado por los alrededores del puesto. Su compañero no aparece.

Tan pronto Chemari ha terminado de ordenar todo lo del puesto, se ha dirigido andando al sitio donde pacen las ovejas. Está atardeciendo. Allí sólo se han encontrado al perro. El perro de Chaume da vueltas al ganado, custodiándolo. De vez en cuando, mirando a la lejanía lanza unos ladridos lúgubres, amedrentadores. *Rale* olfatea por aquí y por allá y juega con su compañero para celebrar el encuentro.

Chemari, sentado encima de un gran bloque de piedra amarillenta, espera. Saca la cajetilla y enciende un cigarro. Luego se tumba cara al cielo contemplando el paso de las nubes. Las nubes, se dice, siempre son pronóstico de algo bueno para el pastor. Echa hacia el cielo el humo de su cigarrillo. Al parecer Chemari está feliz, orgulloso de sí mismo. La operación del muchacho concluyó bien. Mucho peor pudo haber concluido. Está deseando que aparezca Chaume. Tienen que hablar despacio...

Extraño misterio

Ha pasado media hora y Chemari ha permanecido tumbado, completamente tranquilo. Chaume bien puede haber ido a dar una vuelta por las cercanas colmas tratando de apuntarse el tanto de haber descubierto algún tajo de buenos pastos, o, si no buenos del todo, al menos mejores que los que tienen actualmente.

Al hundirse el sol y comenzar a refulgir las primeras estrellas Chemari ha empezado a inquietarse. Primero se ha puesto de pie andando de un lado para otro y mirando el reloj. Luego ha silbado fuertemente en dirección a los cuatro puntos cardinales.

Pasa el tiempo y Chaume no aparece por ninguna parte. Chemari va y viene dos o tres veces al sitio del carro y de las tiendas. No hay ni la menor señal de que Chaume haya comido allí.

Lo primero que piensa, creyendo estar en lo cierto, es que el viejo del 21 se ha puesto enfermo y que Chaume no ha tenido más remedio que salir arreando hacia la carretera.

Pero siendo así lo más lógico era que se hubiera tropezado con él.

Va pasando el tiempo. Chemari está descompuesto. Nunca se ha visto en tal estado de agitación.

Se echa en su tienda y espera, diciendo:

—Si pasa media hora más y no aparece, entonces ya veremos lo que hago...

Ha puesto música en el transistor y a los pocos segundos ha cerrado. El perro de Chaume sigue ladrando junto a las ovejas. Es el propio perro de Chaume quien acusa su ausencia.

Chemari va tomando conciencia de que algo misterioso y extraño le rodea. Entonces coge el revólver y se decide a abandonar el puesto. No sabe adónde dirigirse. Desandar el camino que ha recorrido viniendo desde la carretera le parece absurdo. Tira hacia el monte, camino de los barrancos que llevan a la finca de míster Link. Aquel es también el camino que conduce al cruce que es preciso tomar para llegar hasta el puesto del viejo.

Chemari avanza sigiloso, pulsándolo todo. *Rale* va a su lado. De pronto piensa que le está dando excesiva importancia a algo que seguramente no la tiene y se sienta en una piedra. El perro va y viene sabiendo que su oficio en aquel momento es no ladrar.

Hay instantes en que Chemari, acechando todo rumor que surge de detrás de los arbustos o de las piedras, siente miedo, auténtico miedo.

También decían que allí no ocurría nada nunca. Y un pastor llegó con cuarenta de fiebre temblando como un arbolillo recién plantado. Posiblemente allí donde estaban acampados podían ocurrir cosas peores. Por lo pronto estaban ya algunas semanas sosteniendo el ganado a base de piensos y forraje.

Siguió caminando. ¿Y para qué caminaba? La mejor sería volverse al puesto. Pero

de todos modos continuó andando. La luna era perfecta y no hacía falta manejar la linterna.

De repente un rayo cegador le ha inundado. ¿Por qué en la desaparición de Chaume no han de tener algo que ver aquel tiarrón de la camisa a cuadros y aquel pálido de la camisa caqui que él se encontró en su camino?

Este pensamiento le ha hecho sentirse más atrevido. Irá, si es menester, al rancho de míster Link a pedir socorro. Míster Link debe de tener teléfono. Indiscutiblemente aquellos dos hombres de míster Link pertenecen a un mundo turbio y sucio. Todavía le parece estar escuchando sus carcajadas. Se habían reído de él y habían abusado de él en un país donde a todas horas se dice que todos son iguales en todo. Chemari va caminando cada vez más de prisa. Sube y baja laderas y colinas con un ímpetu desacostumbrado. Chemari parece poseso de una fuerza extraña. Más que del revólver fía de su perro.

Se sienta en unas peñas dispuesto a regresar. Seguir adelante sería una imprudencia. Lo que sea tiene que esperar a saberlo al día siguiente. Su puesto ahora está junto a las ovejas.

—¿Qué debemos hacer? —ha preguntado a *Rale*.

Pero el perro ha continuado hacia adelante ahora como si estuviera en el secreto de algo que Chemari no puede ni imaginarse siquiera. Chemari ha cobrado nuevos bríos y ha proseguido la marcha, escalando los pasadizos que llevan a la cumbre que domina el extenso valle propiedad de míster Link.

Pero en vez de ir por el camino abierto entre las rocas, ha tomado un atajo ¿Y si Chaume está corriendo algún peligro? Bajará, si es preciso, saltando las barreras que haya que saltar, al rancho de míster Link y denunciará el caso. Algo anormal está ocurriendo en su puesto y nadie más que él está en la obligación de denunciarlo. En el rancho de míster Link por lo menos hay teléfono.

Sin embargo, no quiere precipitarse. A medida que se acerca al desfiladero va andando más despacio. Para alejar de sí los pensamientos torvos y nefastos, le dice a *Rale*:

—Habrà que ver dónde un servidor tiene ya la paella que se jaló este mediodía...

El perro ha comenzado a darle con la pata en la pierna, como invitándole a que se fije en algo.

Al instante Chemari ha podido escuchar perfectamente el bostezo de un caballo. Entonces se acerca con toda precaución al saliente del montículo.

Efectivamente, abajo conversan o discuten tres bultos. Hay dos caballos sujetos de las bridas por sus amos. Chemari de tanta atención como quiere poner ni escucha ni ve. Pero poco a poco ha ido esclareciendo el misterio de esta extraña cita.

Uno de ellos es Chaume. Y no está en ningún peligro. Los tres personajes están fumando tranquilamente un cigarro.

La primera reacción de Chemari ha sido darle un grito. Decirle por ejemplo: «No son horas de citas cuando tienes el ganado abandonado...» Pero lo ha pensado mejor. Algo oscuro, enigmático, acaso siniestro, se esconde detrás de todo aquello.

Los personajes siguen conversando. Ahora Chemari va comprendiendo. Primero por adivinación, y después por comprobación, estudiando las figuras y los gestos, Chemari sabe ya quienes son los camaradas de Chaume. Desde luego aquella reunión no tiene nada que ver con el vejete del 21. Uno de ellos indudablemente es el tiarrón valentudo y grosero de la camisa a cuadros, el mismo que le había impedido a él seguir avanzando en las lindes del terreno de míster Link. ¿Qué puede tener Chaume de común con este bestia? Le prohibirá rigurosamente el trato con él.

Chemari, advirtiendo al perro de que no haga ruido, se ha deslizado por la pendiente hasta llegar a un rellano abierto en la misma roca. Y entonces ha podido convencerse —debió figurárselo antes— de que el tercero de la reunión es el canijo y pálido de la camisa militar. Pero lo que no había supuesto nunca es que aquel tipejo, que incluso había amenazado a su perro, hablara español. Aunque no podía cazar más que palabras sueltas era evidente que hablaba castellano, aunque con ese acento propio de los mejicanos de las películas. El que llevaba la voz cantante en todo era el alto y gordo, que tiene una voz ronca como de borrachuzo...

Están discutiendo sobre algo que Chaume se niega a tomar o a decir. Pero Chemari no logra enterarse de lo que se trata. En un momento determinado el pequeño ha dicho al vaquero grande:

—Dice que no, que eso no...

Algo le ha dicho el americano, algo muy tajante. El pequeño traduce:

—Dice que empiezas a rajarte muy pronto...

Chaume niega con la cabeza y añade algo por lo bajo. El pequeño vuelve a su oficio de intérprete.

—Dice que es muy pronto, que hay que dejar pasar tiempo.

El grandullón no quiere saber nada de esto. Sea lo que sea de lo que estén traficando, el grandullón quiere que sea la semana próxima lo más tarde. Así lo repite una y otra vez el pequeñajo.

El muchacho responderá

Ante el disgusto y mal humor del peón altote de míster Link, el pequeño insiste de modo conciliador:

—El muchacho responde, el muchacho responderá...

El alto no se contenta con estas palabras. Exige algo más. El pequeño interviene

de nuevo, ahora más explícito:

—Responderá, pero tiene miedo —y de nuevo el grandullón protesta.

Chemari está mudo de asombro, con un temblor en las piernas. ¿Qué podrá ser, qué clase de negocio se trae Chaume con aquella gentuza, si hasta ahora nunca le había dicho ni que los conociera? ¿Será que por hacer méritos ha ido a hablar con los peones de míster Link, para que le franqueen el paso del ganado hacia el Norte? ¿Cómo se ha atrevido a hacerlo sin consultar con él, que es su jefe? Chemari está irritado. Sea lo que sea, aunque sea una cosa buena.

Chaume va a saber quién es él. Y mientras tanto las ovejas solas y a su antojo.

Hay momentos en que los tres reunidos bajan la voz inexplicablemente y lo que hablan lo hablan muy bajo, como temiendo encontrar eco en los altos paredones de la montaña.

Ahora han encendido otro cigarro los tres. Se escucha una carcajada bronca del caporal de míster Link. También los otros ríen. El mejicanillo ha pronunciado la palabra plata Incluso a Chemari le ha parecido en un momento escuchar su nombre.

Pero, Chaume, ¿es que es bobo? ¿No se da cuenta de que aquellos individuos por fuerza tienen que ser enemigos, como ya lo han demostrado?

Lo que le pasa a Chaume es que es un infeliz. Un infeliz y un ambicioso. No le gusta, no termina de gustarle Chaume. Siempre se lo ha dicho a sí mismo.

Probablemente, este desgraciado, piensa Chemari, querrá entrar al servicio de míster Link. ¡Como si eso fuera posible! Donde ve campo para ganar mucho y pronto, allá va.

Se están despidiendo. Algo muy significativo le dice a Chaume el mejicano de parte del que hace de jefe. Lo que le dice es:

—Dice que ya sabes el camino.

—Ya lo sé —contesta Chaume.

Habla el alto en tono persuasivo.

—Que cuando cambies de manera de pensar que vayas a buscarnos.

Chaume dice afirmativamente con la cabeza que ya está enterado.

El alto y el pequeño se disponen a partir. Ya han cogido los caballos. Pero ahora es Chaume el que en tono de ruego se dirige al mejicano para que le haga saber al otro algo importante. De nuevo instintivamente ha bajado la voz, Chemari no ha podido enterarse de nada. Y poco a poco se ha ido alejando. Ha creído mejor ganar tiempo para volver al puesto. Chaume no debe sospechar que él está enterado de esta inconcebible cita. Sea para lo que sea, Chaume, de hoy en adelante, será vigilado de noche y de día.

Diálogo monstruoso

Ahora es Chaume el que habla al mejicano con voz confidencial:

—Mi compañero es un poco bruto y un poco tonto, pero no tanto...

El grandote se carcajea al escuchar la traducción.

Chaume prosigue:

—Hay que obrar con calma.

—Claro, claro —dice el mejicano.

—Hay que tener paciencia, un poco de paciencia...

—Clarito, clarito... —replica el mejicano.

—Yo sé cómo hacer las cosas —dice Chaume.

A lo que el mejicano agrega:

—Aquí el compañero tiene confianza en ti. Desde el momento en que te vio por primera vez, antes de conocerte, que dijo: «Ese sirve...»

—Hay que hacerlo todo, pero poco a poco y sin que levantemos la liebre. Chemari sería capaz de matarme... Es uno de esos vascos con la cabeza más dura que una piedra...

Cuando el mejicano le explica esto a su caporal, éste comenta:

—¡Ah!, ¿sí? ¿Conque es fuerte y duro el vasco ése? Ya lo veremos si llega la ocasión.

El mejicano añade por su cuenta:

—Yo no veo que sea tanto el delito. Las ovejas, de todos modos se le van a morir. Es preferible cotizarlas a tiempo... ¿Va a venir la Compañía a ver si en vez de una han muerto diez o veinte? Todas, toditas las ovejas irán cayendo en el saco. ¿Qué importa, pues, compadre, que desaparezcan de un modo o de otro? Además, una cosita, mi amigo: que míster Link nunca olvida nada de lo que se hace por él...

—Pero míster Link, ¿está enterado del asunto? —ha preguntado Chaume.

—Míster Link es el amo de todo... —ha dicho por toda respuesta.

El pequeño mejicano es tipo achaparrado, con dientecillos claros y un poco podridos. Tiene el pelo como betunoso y ensortijado. Su nariz es pequeña, con dos agujeros que casi se levantan hacia arriba, y las orejas grandes y caídas como si fueran de chanco. Al hablar se pasa los dedos continuamente por los ralos pelillos del bigote.

Aun tratando de cosas serias, el mejicano siempre parece ser que esté intentando hacer gracia. Parece que se ha propuesto, antes que nada, entretener y divertir al grandullón americano que de cerca tiene cara de infeliz y de bárbaro a un tiempo. Se ve que el caporal vive de la fama que tiene de bravucón y pendenciero. Al mismo Chaume lo está mirando con ojos de burla y de desprecio.

Chaume ha recibido un sobre doblado y ha salido andando. Los otros dos se han perdido en el circuito de dunas que rodean el barranco. Chaume camina despacio,

caviloso, preocupado. Es como si llevara encima el peso de un gran remordimiento.

Es preciso tornarle la delantera

Chemari —que se ha perdido el último diálogo— corre como un gamo. Tanto, que *Rale* tiene que ir a su lado estirado como si fuera a apresar un conejo. A toda costa tiene que llegar al puesto antes de que aparezca Chaume.

Va jadeando, mientras sube y baja los altozanos. Sin embargo, mientras salta y trepa no deja de preguntarse:

«¿Qué será lo mejor, pedirle una explicación nada más llegar, o esperar vigilándolo hasta ver en qué para todo este lío?»

A veces se dice que la solución tiene que ser terminante. Nada más llegar lo someterá a un interrogatorio. No podrá negar. ¿No podrá negar? ¿Qué es lo que no podrá negar? A ciencia cierta, él sólo sabe que Chaume ha dejado solo el ganado y ha tenido una cita con este par de tipos atravesados y poco claros. ¿No será lo mejor seguirle la pista a los tres, a Chaume y a los otros dos, observándolos fríamente hasta ver en qué desemboca todo?

Una cosa es clara: Chaume no se conduce con lealtad. Chaume esconde algo. Hay un momento en que Chemari se detiene y exclama:

—También es suerte la mía. ¡Vaya compañero que me ha tocado!

Iba desbocado, dando trompicones en la oscuridad y agarrándose a los matojos. Una de las veces le falló un pie y cayó en tierra. Se ha lastimado la rodilla izquierda. Se limpia con saliva y se ata el pañuelo a la rodilla. Inmediatamente prosigue su atolondrada y veloz carrera.

Ya no era posible que Chaume le alcanzara. Le llevaba por lo menos un kilómetro de delantera. Probablemente Chaume venía andando despacio, tan tranquilo.

Rale va con la lengua fuera, jadeando también.

Al llegar al puesto lo primero que hace es dar un repaso general a todo, para que nada pudiera dar la impresión de desconfianza o recelo. Con agua fresca se ha lavado la herida y luego se ha puesto un esparadrapo.

Luego ha marchado naturalísimamente al sitio donde se arraciman las ovejas. Quiere tener la seguridad de que el ganado está solo. No le importa nada, sino todo lo contrario: que Chaume al llegar lo vea allí. Eso podría ser causa para que se excusara.

Al acercarse al rebaño, el perro de Chaume con sus ladridos ha contribuido a alborotar las ovejas. Algunas se han desperdigado. Pero tan pronto las ovejas escuchan la voz de Chemari vuelven a sosegarse.

Pero Chaume no llega. Pasa un cuarto de hora, veinte minutos y Chaume no llega.

Chemari vuelve a la tienda y se acuesta. De nuevo *Rale* está a su lado, como inquiriendo con sus inteligentes ojos la causa de la inquietud que desazona a su amo.

Chemari se acuesta y se levanta. No puede resistir la curiosidad que siente por ver de cerca el rostro de Chaume. Pero Chaume no aparece.

Acaso Chaume no esperaba que volviera de Boise tan pronto. Eso podría explicar su excursión nocturna. Pero ¿qué tenía Chaume de común con aquel par de aventureros o lo que fueran?

Ya dadas las doce, Chemari se ha dicho: «Es seguro que, no sabiendo que estoy aquí, aparecerá mañana de madrugada como si nada hubiera pasado.»

No puede dormir. Se levanta y da vueltas al carro y a las tiendas, nervioso, fuera de sí. No quiere moverse de su sitio. Sin embargo, al cabo de unos minutos, sin poder contenerse, se dirige de nuevo al barranco donde están recogidas las ovejas.

Por el camino va diciendo y le va diciendo al perro:

—¿Qué tal si al verlo lo primero que hiciera fuera largarle un soberbio bofetón? Para que aprenda. Aunque los hombres de míster Link no sean unos chulos indecentes, cualquier asunto que tuviera con ellos debió avisármelo. Y el otro día, cuando nos encontramos con el peón de míster Link, se hizo la mosquita muerta. ¿Por qué, si lo que busca es irse con ellos a trabajar, no me lo dice? ¿Por qué no se va de una vez y me deja en paz? ¿O es que se ha creído que yo soy idiota?

Al bajar hacia la hondonada ha visto a Chaume que venía hacia el puesto con el perro al lado.

Sangre fría

Tan pronto Chaume ha visto a Chemari se ha dirigido a él con grandes muestras de afecto y agrado.

—Pero, hombre, ¿ya estás de vuelta? ¿Y cómo fue la cosa? ¿Qué ha sido del muchacho del veintiuno?

Chemari se ha quedado paralizado. Mira a Chaume y se queda perplejo, confundido.

—Che, ¿qué te pasa? Te veo caído... ¿ha ocurrido algo malo con el compañero?

—El compañero queda bastante bien. Ha mejorado...

Chaume no se ha contentado con hablar por los codos, sino que le ha echado el brazo sobre el hombro.

Se ve que aquello produce a Chemari una profunda repugnancia, pero lo soporta. Siguen caminando.

—Entonces, ya sé lo que te pasa: la Compañía no quiere saber nada de levantar la

tienda.

—No pude ver a nadie de la Compañía.

—Como si lo estuviera viendo: te peleaste con tu primo.

—No estaba mi primo.

—Pues, chico, vaya viaje.

Chemari se ha tumbado sobre el jergón. Lo único que ha hecho es preguntar:

—Y por aquí, ¿qué?

—¿Qué va a haber por aquí, de ayer a hoy? Pues una oveja que parió esta mañana.

—¿Todo lo demás, igual?

—Todo lo demás, como siempre... Tú eres el que tendrá que contar cosas de Boise.

Chemari se ha puesto a cambiarse de ropa. Se le ve abatido, confuso, desconcertado. Podría romper de un momento a otro, pero por el contrario, cada minuto que pasa se nota en él una especie de decaimiento.

—Oye —dice Chaume—: Si vienes cansado, yo puedo hacer la guardia esta noche.

—La haré yo.

—Te lo digo en serio. A mí me da igual quedarme esta noche también. Ya estaba hecho a la idea.

—No te preocupes. Me quedaré yo.

—Como quieras, pero creo que tú deberías descansar. Ir y volver a Boise en un día, aunque desde la carretera te hayan llevado y traído sobre ruedas, es una machada... Pero no cuentas nada. ¿Qué tal por el restaurante? Allí sí habrás estado...

—Todo está igual.

—¿Hablaste de la sequía?

—También por otras partes hay sequía. Muchos dicen que tiene que ser por todo eso de las bombas atómicas en la atmósfera...

—Pues nos están haciendo la pascua.

Chemari se ha servido cerveza y no ha invitado, como suelen hacer siempre uno con el otro. Chaume comienza a estar escamado, pero lo achaca a cualquier incidente del viaje, algo que no quiere decir.

—Me parece que algo te ha pasado —dice Chaume.

—Sí, algo me ha pasado, pero no tiene importancia.

—¿Y no se puede saber?

—Ya lo sabrás más adelante.

—Bueno, hombre, bueno, allá tú...

Se han puesto a cenar en silencio. Mientras Chemari traga sus bocados por dentro no hace más que repetirse: «Todo esto es raro, muy raro, tremendamente raro...»

Pero al concluir la cena ha querido cambiar de actitud y de pensamiento y le ha dicho a Chaume:

—Habría que echar una nueva partida de mus. No tengo más remedio que desquitarme.

—¿Saco la baraja?

—Bueno, sácala.

Han comenzado la partida, y Chemari ha empezado perdiendo y ha continuado perdiendo. Cuando ya llevaba dos duros perdidos, le ha dicho a Chaume:

—Estoy de malas. Otro día será la revancha —y se ha levantado.

Chemari está, sobre todo, confuso y despistado.

¿No será que sus suposiciones y alarmas no tienen ningún fundamento? Quizá por lo mismo que él les ha caído antipático, Chaume les cayó simpático a los hombres de mister Link. Acaso los hombres de mister Link saben que él es el primo de Esteban, el novio de la hija del amo, y por eso mismo le tienen manía.

En cualquier caso, lo que él ha visto no es nada. Y si es algo, ya se sabrá.

Chemari recoge sus cosas para salir junto al ganado. Al irse le dice a Chaume:

—Mucho cuidado a las horas de emisión, por si hubiera algún recado de la Compañía.

—A la orden, jefe.

Chemari parte con el perro al lado y tarareando.

Al llegar al sitio donde se encuentran las ovejas ha dado varias vueltas en redondo, tratando de descubrir algo anormal. El perro de Chaume, al verlo llegar, se ha vuelto al puesto junto a su amo.

Chemari se ha resguardado en un picacho y se ha puesto a cavilar. Pero el sueño le ha vencido muy pronto.

Huellas extrañas

Al amanecer, cuando Chemari ha querido echarse al monte para conducir el ganado, las ovejas ya se habían desperdigado. Sin embargo, *Rale* las iba dirigiendo en perfecto orden hacia la abertura del embudo que forman las colinas.

Chemari mira satisfecho su ganado. A pesar de la sequía se va defendiendo. Seguro que otros pastores no las tendrán tan cuidadas y esponjadas. No es porque lo diga él, sino porque lo está viendo, y efectivamente sus ovejas están todavía lustrosas, y eso que cada vez tiene que usar más de los forrajes. Chemari las mira y las remira. Mucho mejor podían estar, naturalmente, pero también es verdad que no estarán mucho mejor las de otros puestos. Una comparación le gustaría a él hacer entre sus

ovejas y las de otros pastores. Y no sólo entre los pastores que vinieron con él. Y esto, a pesar de la sequía. ¡Ah, si él pudiera remontar hacia parajes más altos!...

El ganado ya está extendido como una blanquísima cogulla de fraile. Las ovejas medio negras o con pintas puestas sobre la ladera le recuerdan las trenzas de su Maribelcha. Chemari está enamorado de su rebaño. No sólo es su oficio; es que las ovejas son parte de su vida. Conforme va pasando por entre las ovejas las acaricia o las aparta, siempre con ademán entrañable. «Hola, *Perla*; hola, *Traviesa*; hola, *Maribelcha*...»

Sigue andando hacia lo alto de la colina. Al acercarse ha visto una nube de buitres levantarse del suelo. Están dándose el gran festín. Es lo que piensa Chemari al ver que los pajarracos no se alejan de allí sino que siguen dando vueltas afanosamente sobre el mismo lugar. Chemari dispara un tiro al aire y cae uno de ellos. El perro se lanza sobre él y lo destroza en medio de la agonía. Chemari no puede evitar cierta aprensión hacia los cuervos y los buitres. En su mismo caserío la presencia del cuervo y de los buitres nunca presagiaba nada bueno.

Ve un bulto en descomposición. Se acerca tapándose la nariz. Es una oveja recién parida. El perro ladra fieramente y olfatea camino del barranco.

Chemari lo va siguiendo. Es como si fuera oliendo el rastro de aquella incomprendible muerte. La oveja bien pudo desviarse y reventar sola. Pero desde su llegada de Boise y del descubrimiento de aquella cita imprevista de Chaume con los peones de mister Link, todo le va pareciendo misterioso y raro. Como si le asaltaran dudas inadmisibles mueve repetidas veces la cabeza, diciendo que no.

Ya está llegando a una bajada por donde cruza un río taponado de piedras. Al principio tenía algo de agua, ahora está seco. Al cruzar lo que en otra época debió de ser cauce y hasta remanso, descubre sobre la arena unas huellas extrañas.

No sólo son de oveja. Las hay también de caballos. Chemari las examina con cuidado. ¿Qué puede ser aquello? ¿De gente que ha emigrado hacia el norte? El rebaño suyo nunca se ha acercado a estos linderos, porque justamente aquí comienza la zona pantanosa, con una tierra pastosa y dura al principio, abierta después en grietas.

Sigue caminando despacio durante largo rato. Ascende al pico. De nuevo tendrá que dirigirse, sin quererlo, a los picachos que dominan la entrada al feracísimo valle de mister Link. El perro va delante como acuciando a su amo en la pesquisa.

No por torpeza de Chemari sino por mala suerte, por retraso de media hora, no podrá ver a dos hombres del rancho de mister Link que galopan hacia las cuadras y los establos. Sin embargo, al llegar al pasadizo ha podido notar huellas recientes. Pero no hay ni una de oveja. Sólo de caballos.

Se va agudizando la tensión de Chemari. ¿Por qué estos dos hombres han de seguir siendo su sombra? Ellos pueden acercarse a su ganado y él, en cambio, no

puede cruzar el desfiladero señalado con piedras blancas.

No tendrá más remedio que hablar con Esteban. El próximo camión de suministro que reciban llevará una carta. Y le hará venir. Todo lo que está sucediendo no es tolerable. Cabe sospechar que el propio míster Link no sepa que en su cuadrilla de peones tiene gente desalmada. No será tan tonto como para soltar en seguida sus sospechas, pero desde ahora en adelante será astuto, más astuto que las serpientes.

Chemari va regresando pensativo a su campamento. Pero antes decide escalar de nuevo aquel montecillo pelado y comprobar más cosas sobre la oveja muerta.

De nuevo se levanta la bandada de buitres. Ahora Chemari ha disparado dos tiros. Uno ha quedado revoloteando encima de la carnaza.

Las huellas le parecen exactas a las que ha visto en la arena del río seco. Pero, ¿qué pueden venir a hacer aquí esos hombres? ¿Qué interés pueden tener en destrozarse una oveja?

La oveja debe de llevar muerta por lo menos tres o cuatro días. No es una cosa reciente. No es posible saber si la oveja fue acuchillada o si reventó ella sola de dolor encontrándose aislada del rebaño. Pero, ¿por qué una oveja a punto de parir iba a aislarse, cuando el instinto las lleva a todo lo contrario? Desde luego la oveja pertenece a su rebaño. Eso podría jurarlo.

El mismo *Rale* va confirmando con sus actitudes y movimientos la obsesión de Chemari. Contemplando la oveja, sin poder descifrar el enigma ni tener una idea concreta de todo aquello, le dice al perro:

—¿No será que tú y yo estamos en la higuera? Habrá que ver lo que dice Chaume de todo esto...

A pesar de todo, al acercarse a la tienda se ha sentido invadido de una pesadumbre desconocida, mezcla de cautela y cansancio.

Chaume está sentado en el suelo a la sombra de la lona de la tienda. Tiene un aire somnoliento, abstraído.

Un caso de conciencia

—¿Como vienes tan tarde? —pregunta a Chemari en forma casi ritual.

—Tuve un contratiempo...

—¿Un contratiempo? No entiendo...

—He descubierto en ese calvero de enfrente una oveja con cría recién muerta.

—¿Y es nuestra? Será de esos que pasan, que la habrán dejado tirada.

—No creo. Yo diría que es nuestra.

—Pero, ¿estaba recién muerta?

—No. Estaba descompuesta, pero yo aseguraría que es de nuestro rebaño.

—Y aunque fuera de las nuestras no se va a hundir el mundo por eso. A todos se les muere alguna vez una oveja. ¿De cuántos días está?

—Por lo menos de cuatro.

—¡Calcula! Lo único que se puede hacer es dar parte a la Compañía de que una oveja ha muerto y en paz. ¿Y si es por todo esto de la sequía? Bueno es que lo sepan.

Chemari está preocupado. Chaume tiene razón. Lo mejor será dar parte a la Compañía. Del mismo modo que de vez en cuando hay que mandar *el parte* de las que paren.

—Tienes razón. Ya se pondrá en el parte.

—Claro, hombre. Se comunica la cosa y todos tranquilos.

—Pero, no saber siquiera de qué ha podido morir esa oveja... ¿Cómo se apartó de las demás?

—Precisamente porque se sentiría mal. Las ovejas ya sabes lo tontas que son para todo.

Chemari se ha quedado callado. Saca de la cartera del carro papel y bolígrafo. Al mismo tiempo que comunica lo de la oveja a la Compañía hará una llamada a Esteban. ¿No había dicho que le llamara cuando necesitara algo? Se ha puesto a escribir muy pausadamente. De vez en cuando pregunta a Chaume si está bien escrita una palabra. Al terminar la carta, Chemari dice:

—¿Sabes lo que he pensado?

—¿Qué?

—Habrás que contar las ovejas.

—¡Tú estás loco! ¿Tú crees fácil contarlas? No hay manera.

—¿Entonces cómo sabemos nosotros que tenemos las mismas que nos entregaron?

—¿Las contaste acaso cuando nos encargaron de ellas?

—Ellos dijeron que había dos mil y pico. Y que el pico lo mismo podía ser de treinta que de cuarenta.

—Por eso mismo, si no dices nada a la Compañía nadie más que los buitres sabrá nunca que esa oveja ha desaparecido.

—Bueno, ya veremos —ha dicho Chemari. Y se ha puesto a cambiarse de ropa.

Chaume se ha puesto a preparar la comida. Chemari se dedica a observarlo. No es que funcione precisamente como un autómatas, pero sí que Chemari lo encuentra un poco caviloso ¿Y si fuera que tiene remordimientos? Eso, al menos, es lo que piensa Chemari.

No puede ser tan malvado, se repite, sin embargo, Chemari para sus adentros. No concibe, además, que Chaume tenga que estar mezclado en nada que pueda ser perjudicial para el ganado. Entonces piensa que acaso él le tiene manía a Chaume sin

fundamento. Es temerario pensar nada malo de un compañero. Tiene que ser un pecado de los peores éste de cargar sobre un compañero culpas que no le pertenecen.

Se han puesto a comer.

Durante la comida *Rale* dos o tres veces ha atacado furiosamente al perro de Chaume. Es como si estuviera traduciendo los sentimientos de su amo.

Sin embargo, Chaume castiga a su perro y lo ata con una cadena para que deje comer al otro tranquilo. El perro parece entender y aunque se muestra sumiso no pierde su furia; de rato en rato, mirando al perro de Chaume, ladra frenéticamente.

—Te voy a tener que sentar un palo en el lomo —le dice Chemari.

El perro no entiende la conducta de su amo y se tumba como lloriqueando debajo de las ruedas del carro. Chemari en el fondo está conmovido por el gesto de su perro. Por decir algo, dice:

—Pues la Compañía tendrá que dar una solución a esto.

—¿A qué?

—¡A qué va a ser! A esto de que ya no tenemos casi ni una brizna de hierba en tres kilómetros a la redonda. A ver si empezamos a perder ovejas. Habrá que pedir más pienso.

—No te pongas pesimista, anda. Todo es por la oveja muerta. Es la primera oveja que se nos muere. No sé por qué has de ponerte así...

—No lo comprendo. Las ovejas resisten mucho, aunque sea hambrientas.

—Ha podido también envenenarse.

—Ha podido. Dices bien.

—Claro, hombre claro. Aquí quien necesita más cuidados somos nosotros... Una sorpresa para la Compañía sería que tú o yo nos muriéramos aquí de fiebres, como el compañero del otro día, que bajaba como un muerto desenterrado...

—Pero ¿por qué me has de poner a mí el primero diciendo «tú o yo...»? Para eso de morir haz el favor de no ponerme el primero.

—Porque tú eres el jefe. Eres el jefe para todo —y Chaume ríe.

—Pero, hablando de verdad, ¿quién tiene más cara de muerto, tú o yo?

—Ninguno de los dos, hombre —ha concluido diciendo Chaume, que se ha tirado sobre su colchón francamente feliz.

Una vez tumbado y tapado con una manta le ha dicho a Chemari:

—Por mí no hay inconveniente en que toques la armónica un rato. Eso ayuda a dormir la siesta...

Chemari ha soltado el perro y le ha dado de comer. Después se ha dedicado a poner en orden el minúsculo campamento. La noticia de que la Compañía ha de aparecer por allí lo ha llenado de inquietud. De repente se acerca a Chaume y le enseña su carta a la Compañía:

... También hemos de decirle que apareció una oveja recién parida o que iba

a parir, con su cría dentro o a punto de echarla, muerta. Apareció muerta en un caminillo, fuera del camino frecuentado por nosotros y sobre una loma pelada... No se ha podido saber cómo murió porque la oveja estaba ya comida por los buitres hasta los huesos... Ustedes dirán...

—Se van a reír de nosotros —comenta Chaume.

—Déjalos que se rían, pero que se enteren.

—Pero, ¿tú has visto de verdad una oveja recién parida devorada por los buitres?

—No, no lo he visto. Lo he soñado. Yo de vez en cuando sueño que veo cosas raras...

—Es posible...

Esta última intromisión de Chaume irrita a Chemari sin que lo pueda disimular. Sin poderse contener le dice:

—Pues no habrá más remedio que saber fijamente las ovejas que tenemos para echar la carta.

—¿Cuántas ovejas tenemos? Pues las que teníamos cuando llegamos, y unas cuantas más.

—Pero, ¿cuántas más?

—¿Tú no llevas la lista de los partos? ¡Pues yo tampoco...

Chaume tiene razón, casi siempre tiene razón. Menos cuando pone el aparato de música y se pone a escuchar, tumbado durante horas, como si todo le importara un pito. Menos cuando abandona el rebaño y acude a reunirse con aquellos camorristas de míster Link. ¿Y para qué?

Lo ideal sería ser como Chaume: no tomarse berrinches por nada, tomarlo todo con buen humor, no darle tanta importancia al aparato administrativo de la Compañía.

Sin embargo Chemari, aunque le pese, no sabe más que discutir, hacer números y guardias como si fuera un burócrata o un soldado del último reemplazo.

Esto o coger la armónica y adormecerse con la música de su tierra. Aunque Chaume recibe muchas cartas y periódicos de España, no habla ni recuerda tanto las cosas de allá.

Chemari se ha dejado caer en el jergón. ¿Por qué ha de complicarse la vida? Hay que dejar el mundo correr, correr... Al instante se duerme profundamente.

Más misterio

Chaume ha querido convencerse de que Chemari duerme profundamente y tan pronto se ha convencido ha comenzado a ir y venir misteriosamente de un lado para otro, principalmente dentro del carro y entre su ropa.

Parece ser que trate de esconder algo. Pero no está seguro de dónde ha de ponerlo. Por fin se decide a coserlo dentro del forro de su chaqueta.

Se trata de un bultito pequeño de papeles liados.

Antes de coserlos los mira y los cuenta una y otra vez.

Entonces se ve que son dólares. En sus manos tiene, contemplándolos, dos billetes de cien y uno de cincuenta.

Sus idas y venidas, sus comprobaciones y recelos, su miedo, en una palabra, demuestra que aquel dinero es un dinero que es preciso ocultar. No se trata del dinero ganado conduciendo el rebaño. No se trata del ahorro de su sueldo, cantidad que a él, como a la mayoría de los pastores, les va ingresando la Compañía en el Banco de Boise. Es un dinero que en cierto modo se ve que le avergüenza, aunque ahora, palpando el forro donde está escondido, sonrío satisfecho.

Al despertarse Chemari se encuentra a Chaume escribiendo una carta muy tranquilo.

—¿Quieres algo para España? —le pregunta.

—Recuerdos. Pon recuerdos.

—¿A que sé para quién? —insiste queriendo congraciarse.

—No creo.

—Un duro a que sé para quién.

—¿Para quién?

—Para Maribelcha.

—Frío, frío como el agua del río. Perdiste.

—¿Entonces... para quién?

—Confiesa antes que perdiste el duro.

—Sí.

—Pues dámelo.

—No tengo suelto. Apúntalo...

—Ya sabes que me debes un duro.

—Pero tú no me has dicho para quién eran los recuerdos.

—Para el Athletic, hombre, para el Athletic —y suelta la carcajada.

Chaume comienza a preparar sus bártulos para salir al monte. Su perro se mueve inquieto de un lado para otro. Está preparando también el caballo.

—¿Te llevas el caballo?

—Voy a acercarme a eso de la oveja muerta...

—Bueno, bueno...

Sin embargo, Chaume se ha vuelto atrás en lo de llevarse el caballo. Es como si lo pensara mejor. Dice:

—De todos modos, no debe de estar tan lejos. Iré andando.

Al verlo alejarse Chemari se sume en hondas cavilaciones. Probablemente si no le

hubiera preguntado lo del caballo aquella misma noche habría podido saber si seguía viéndose con los hombres de míster Link y qué era lo que se traían entre manos. Se había portado como un necio. Tenía que cambiar de táctica. Aunque acaso lo mejor sería pedir a Esteban que trasladara a uno de los dos a otro puesto. Aunque le tocara ir de ayudante...

Tiempo de espera

El sábado llega el camión del suministro, con el correo. Hay una carta de la Compañía en la que se dice que la visita anunciada ha sido aplazada unos días.

Chemari solo entre las peñas ha estrujado la carta de Maribelcha. Ahora Maribelcha siempre le da noticias de su madre y de su hermana, casi más que ellas mismas.

Saca la foto de Maribelcha y la contempla embobado.

Después de comer, sin decir ni palabra a Chaume, ha ensillado el caballo. Parece ser que va a cometer un acto de cierta transcendencia.

—Ven, *Rale*. Tú también te vienes.

—¿Dónde vas?

—Voy a acercarme al rancho de míster Link.

—Me parece una locura.

—Probablemente lo es, pero un día había que hacerlo.

—Te advierto que lo más seguro es que no te dejen llegar.

—Probaremos.

—¿Y si míster Link no te recibe?

—Si no me recibe intentaré hablar con la novia de Esteban.

Chemari parte. Chaume se queda cabizbajo. Cuando ya está remontando la loma, Chaume corre hacia él y le advierte:

—Está bien pensado lo de hablar con las muchachas. Ellas podrían conseguir del padre que nos deje cruzar hacia arriba. Lo que no te aconsejo es que te metas a discutir con los peones de míster Link. No son gente que se ande con bromas.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe.

Chemari se pierde en un trote leve. Se nota que no es precisamente un típico jinete del Oeste.

Chaume ha vuelto rápidamente al carro y se ha puesto a escudriñar nerviosamente en los forros de su equipo de pastor. En el bolsillo interior de la cazadora tiene otro montoncito de billetes. Chaume cuenta una y otra vez los dólares y los enrolla de

nuevo. Duda entre los varios sitios que se le ocurren para esconderlos. Cuando ya los ha cosido en la vuelta del pantalón de pana, los vuelve a sacar y los mete dentro de la boina cubiertos por el forro, que vuelve a coser.

Está actuando como un autómatas.

En todo esto Chaume descubre más miedo que remordimientos. Miedo concreto a la invisible presencia de Chemari. Varias veces se ha asomado para comprobar que no vuelve.

Del carro saca la botella de whisky y se sirve media taza. Se la toma en dos sorbos. Después se queda más tranquilo, haciendo números con el dedo sobre la tierra. Después, los borra con el pie.

Mientras tanto, Chemari avanza.

La planicie tiene un brillo rojizo. No se ve ni una choza ni un árbol. La gran llanura tiene aspecto de pura estepa. Chemari mira desolado a una y otra parte. Un viento gemidor, helado, baja de las altas y nevadas cumbres.

Rale va pegado a la cola del caballo como queriendo cubrirse del viento.

«¡Si por lo menos lloviera!» —exclama Chemari una y otra vez examinando las nubes tormentosas que rodean los lejanos montes, cárdenos ahora que el invierno se está echando encima. Chemari avanza con la boina bien calada y el cuello de la cazadora subido hasta casi taparle los ojos. Lleva al hombro la escopeta.

Ha comenzado su misión personal como pastor de un cuantioso rebaño. Hablará con míster Link y algo sacará. Algo tiene que sacar. No es posible que tenga que resignarse a resistir allí indefinidamente, y más con los meses de nieve que se acercan. ¡Qué más puede darle a míster Link que él esté a una parte o a otra del valle! ¿Por qué ha de estar obedeciendo a sus peones, así porque sí? ¡Si por lo menos hubiera aparecido Esteban! No se ganan los dólares tan fácilmente, no. No es tarea de sudarlos, pero cuestan. Cuestan sangre, sangre del corazón. ¡Qué lejos su pequeña aldea! ¿Cómo eran los ojos de Maribelcha?

Chemari cierra los suyos queriendo encontrarlos dentro, pero se ve que no lo consigue y se restriega los párpados obsesivamente. ¿Será posible que la lejanía y la distancia hagan olvidar algo tan metido dentro del propio ser? Desde luego, ser pastor en Idaho no es ninguna ganga. Se sufre bien lo que se gana.

Ahora está remontando un cerro áspero y desangelado. Luego desciende por una senda tortuosa que irá a dar al portillo que lleva al rancho de míster Link. Desde arriba contempla el valle como un sueño o un espejismo. ¿Cómo es posible que exista una tierra así de fértil y hermosa a poco más de una milla de donde se agosta y languidece su ganado? Las herraduras del caballo resuenan lúgubramente al chocar contra las piedras. Hay veces en que el caballo tiene que pararse y tantear la bajada. El perro ladra al ver que de la piedra saltan chispas.

Prosigue el descenso de Chemari hacia el valle feliz. Es la vez que Chemari más

se ha acercado a los dominios de míster Link.

Hay un momento en que Chemari detiene el caballo. Y se tira a tierra. También allí hay señales de patas de ovejas y hasta cagarrutas. Chemari, sin que pueda oírle nadie más que *Rale*, grita:

—Pero, todo esto, ¿por qué, por qué? ¿Por quééééé?

Hace un acopio de energía y monta de nuevo en el caballo. Ahora espolea de firme. El perro apenas puede seguirle.

Ya está en la verde llanura. Pica espuelas.

Emboscada

En el semblante de Chemari se nota cierta euforia. Avanza con un ímpetu formidable. A lo lejos se ve un puentecillo sobre una verdosa charca. Este puentecillo une la parte yerma con la parte amena de la llanura. A partir de allí comienza el vergel de míster Link.

En este momento Chemari se detiene. Tiene la conciencia de que lo que va a hacer es algo transcendental. Más que sobre lo que ha de hacer al parecer está reflexionando sobre lo que ha de decir.

Más allá del puente se ve una columna de humo. Hay una gran hoguera en la que se están calentando algunos peones. Alguno de ellos tiene el rifle sobre el hombro. Pero no parece que presten ninguna atención a la presencia de Chemari.

A Chemari le va pareciendo mal entrar en aquel temible recinto con paso apocado y cansino. Y espolea a la bestia para que, por lo menos, al cruzar el pasadillo que por encima del puente abre el portón del rancho, no puedan decir que va amedrentado y temeroso.

Chemari va tan ofuscado que no ve que a la altura del jinete han colocado un cable fino de poste a poste del puentecillo. Cuando se da cuenta de ello ya es tarde y Chemari, aun queriendo evitar el encontronazo, cae en tierra lastimosamente.

Los peones siguen en su cantina conversando. Uno de ellos pregunta:

—Compadre, ¿le ha pasado algo?

Los demás ríen. Se destaca la figura grandota del rubicundo y grosero grandullón, que debe de tener un puesto preeminente entre los peones, y el pequeñajo mejicano que le ríe todas las gracias.

Rale se ha quedado al lado del cuerpo de su amo, protegiéndolo. El perro ladra como pidiendo auxilio.

Chemari ha recibido un buen golpe. Está aturdido. Ha caído sobre un barrizal y su figura invita a la mofa y a la burla.

—Vaya pastor gandul —dice el grandullón pecoso.

—Está borrachito —comenta el mejicano.

Los demás ríen. Poco a poco Chemari se va reanimando del golpe. Pero está molido y abatido. Ni siquiera sabe bien dónde se encuentra. Mira a todos lados y ve el arroyo y en sus bordes unas hileras de tiernos arbolillos. La visión del valle, tan feraz y deslumbrante, hace que asome a sus labios una sonrisa de satisfacción y de triunfo. Es como si su idea de llevar el ganado hacia tierras de promisión más sonrientes y fecundas se hubiera ya cumplido. Pero es *Rale* quien viene a sacarle de su desvarío. Está en tierra, lleno de lodo.

—Vamos, hombre —le grita un peón—, no irás a echar la siesta ahí.

—Ya está bien. Has roncado y todo.

Chemari trata de levantarse lleno de coraje. Pero está realmente conmocionado y al ir a incorporarse cae de nuevo.

Todavía no se explica por qué está en tierra, pero al ver los postes y el alambre, comprende. El caballo está a su lado como un buen compañero.

Comentan los peones:

—Es lo que se dice un pastor vago.

—Más vago que un buey.

—Estos nunca la hincan. Han venido a nuestra tierra a ganar los dólares sin molestarse.

Hay en la cantina una mujer que ríe las burlas.

Chemari se pone de pie costosamente. La tremenda caída lo ha dejado como atontado. Aunque su aspecto no puede ser más desastroso, sin embargo, conserva cierta dignidad y entereza.

Con el perro al lado y cojeando, mientras los peones ríen, Chemari baja a la corriente del riachuelo y se chapotea. Ya se está reanimando. De vez en cuando mira calmosamente hacia arriba. Al parecer el vasco Chemari está completamente anulado.

Coge una piedra gorda y la sube entre los brazos.

—Pero, ¿qué hace ese *chala*? Se ha vuelto loco —murmura el mejicano.

El mandamás de los peones se pone a jugar con el revólver.

Una vez en el puentecillo, Chemari, dirigiéndose a ellos, dice:

—Pongo esta piedra por testigo de que os acordaréis de mí.

—¿Qué dice?

—Está *chala*. Debe de ser del golpe —dice el mejicano.

—Y os juro que me vengaré.

—Anda y vete, antes de que sea tarde —le dice el mejicano, mirando adulongamente a su jefe. Los demás peones ríen y corean al mejicano.

—Palabra de vasco, que no fallará, si no es muriendo o matando —grita enérgicamente Chemari—, que yo pasaré por aquí y por encima de quien se ponga

delante.

—Ja, ja, ja...

—No vuelvas a aparecer por aquí —le grita el jefe.

—Y si vuelve —agrega uno de los peones— la caída será al río.

—Le hacía falta un baño. Estos pastores huelen siempre demasiado mal —añade otro.

—No vuelvas más por aquí, si no quieres arrepentirte —le grita el jefe.

—Volveré.

—¿Qué dice? —pregunta el jefe al mejicano.

—Dice que volverá.

—Dile que si vuelve no saldrá de aquí.

—Volveré —grita Chemari subiéndose penosamente al caballo.

Al verlo maltrecho y torcido, los peones ríen ofrendándole al jefe la victoria.

Chemari se aleja cabizbajo y tundido. Con gran esfuerzo mantiene el cuerpo erguido sobre el caballo.

Por sus mejillas resbalan unas lágrimas de impotencia y de rabia. De vez en cuando mira al cielo y aprieta los puños...

Desde lejos le gritan y le abuchean. Pero Chemari camina recto y no vuelve la cabeza. El caballo y el perro, en perfecta solidaridad con el fracaso de su amo, caminan apesadumbrados y tristes...

Se repite el juramento

Ya está llegando a su puesto. La tierra amarillenta se está poniendo rosada con la última luz del crepúsculo. Unos nubarrones negros se apelotonan por encima de las montañas que han adquirido un color violeta intenso.

Rale, al sentirse cerca del ganado, comienza a moverse y a hacer piruetas.

¡Qué diferencia de tierra! Las salvias que por aquí crecen son raquícas, ennegrecidas, pequeñas.

Las ovejas lo están viendo pasar inocentes, pacíficas, sumisas, resignadas. Chemari se acongoja al verlas. Es como si también ellas hubieran sufrido la ignominia y el golpe. En cierto modo el golpe era como si lo hubieran sufrido ellas y por eso mantenían la cabeza gacha y la actitud doliente. Él había sido castigado en nombre de ellas, porque en nombre de ellas iba a pedir paso para ir a tierras más cercanas a los abetos y a la pinada. Las ovejas le van abriendo paso como soldados a su capitán herido. El perro ladra quejosamente en todas direcciones como queriendo llamar la atención de todas.

Chemari les habla, sin querer, y les dice:

—Estáis en la luna, en la luna... ¿Comprendéis? Hay hombres malos, hombres que no os quieren, hombres que quieren que os muráis de hambre, pegadas al terreno como raíces secas... Pero Chemari, vuestro pastor, no lo va a consentir. ¡Lo ha jurado!

Y cuando Chemari jura algo, lo cumple. Palabra de vasco que no ha de fallar... ¿Me estáis oyendo?

Y yo os juro también a vosotras, delante de *Rale*, que arrollaremos todo lo que haya que arrollar; pero que saldremos de aquí, saldremos de aquí... Os lo juro...

En este momento ve venir a Chaume. Viene con su perro al lado.

—Pero, ¿qué te ocurre? —le dice nada más verlo y darse cuenta de su aspecto maltrecho.

Chemari no sólo va sucio; lleva un rasguño en la frente y la camisa manchada de sangre. Va medio doblado, aunque intenta mantenerse firme.

—¿Peleaste con ellos?

—¿Con quiénes?

—¿Con quiénes va a ser? ¡Con los peones de míster Link!

—No peleé con ellos.

—Algunos vagabundos de los que van al norte te han atacado. Seguro.

Chemari calla.

—No quieres decirme que te han pegado los hombres de míster Link. No es necesario que lo niegues. Serían varios contra ti. Lo importante es que hayas vuelto. Ya te dije que no fueras. ¿Y con qué te pegaron?

—No me pegaron. Me caí, eso fue todo.

—Me parece muy raro.

—No es nada raro. Fue culpa mía. Si yo hubiera llevado los ojos bien abiertos no me hubiera caído, todo habría sido muy distinto...

Chaume hace gestos de no comprender. Por más que Chemari lo niegue, le parece imposible que en aquello no tengan nada que ver los hombres de míster Link. Chemari ha tratado de cruzarse en su camino y ellos son todopoderosos en aquellas tierras. Hacen lo que quieren. Chaume coge el caballo de Chemari de las bridas y lo lleva hacia las tiendas.

—Habrás que curarte bien con eso que tenemos ahí. Estas heridas aquí son peligrosas. Vas todo manchado de porquería de los animales. Pero ¿dónde has estado?

—En el puente del rancho de míster Link.

—¿Y quieres decirme que no tuviste una bronca ni se metieron contigo?

—Te he dicho que me caí...

Chaume menea la cabeza con escepticismo y preocupación. Examina la escopeta y la huele.

—Oye, ¿no habrás disparado contra ningún hombre de Mr. Link?

—¿Y si hubiera disparado, qué, si se puede saber?

—Nada, que entonces sería mejor que nos estuviéramos largando de aquí.

—Ya nos largaremos, no te preocupes.

—¿De verdad que no ha ocurrido nada entre tú y ellos?

—¡Qué manía has cogido con los peones de míster Link! Me parece que te preocupan demasiado. ¿Es que les tienes miedo?

—No quiero nada con ellos...

Chemari apenas puede sostenerse de pie. Es incomprendible cómo ha podido aguantar encima de la bestia, con el traqueteo de los senderos siempre en pendiente.

Chaume ayuda a Chemari a tenderse en su jergón y lo tapa con una manta, abre el botiquín y toma unas medicinas.

Rale se ha tumbado al lado de su amo.

Como si entendiera, lame la mano de Chemari. No es sólo fidelidad a su amo, sino también algo como desconfianza y recelo contra el propio Chaume, al que mira de cerca en todas sus operaciones. Chaume se acerca a Chemari con los frascos, vendas y tubos.

Al descubrirle la espalda se queda paralizado.

—Oye, pero esto es importante. ¿No te habrás roto ninguna costilla?

—No creo. Me dolería más.

—Pero, esto tiene que dolerte bastante.

—Dolerme ya me duele, pero creo que si me hubiera roto algo, mucho más me dolería...

Chemari tiene una brutal desgarradura. Chaume no sabe por dónde comenzar la cura.

—Yo creo que si te echo alcohol te picará un poco.

—Echa lo que sea.

—Tú aguanta.

Chaume empapa un algodón y duda en aplicárselo. Por fin cierra los ojos y se lo pone. Chemari se estira en un espasmo de dolor, castañetea los dientes y se queja por lo bajo.

—Y ahora, después de limpiar esto bien, ¿qué hago?

—Pon alguna pomada lo que sea.

—Pondremos de esto colorado. Aquí pone: «Para las heridas». Lo tuyo es una herida. ¿Es una herida o no es una herida?

—Yo qué coño sé lo que es, si no lo veo.

—Te echaré de esto. Esto dolerá menos...

—Echa lo que sea y acaba pronto.

—Después habrá que envolverlo.

Le pone una tintura extraña y luego busca vendas y gasas. En realidad Chaume no se da ninguna maña. Varias veces trata de cubrir la enorme magulladura, pero el esparadrapo se le pega a los dedos repelidas veces y la gasa al final no se queda cubriendo la herida.

—Esto es más difícil —comenta Chaume.

—Más difíciles deben de ser otras cosas...

—¿Cuáles, por ejemplo?

Chemari lo mira fijamente y duda en destaparse. Después añade:

—Joder a una cabra.

Por fin, Chaume ha logrado tapar la herida. Luego, mira en todos los apartados del botiquín y encuentra aspirinas y unas pastillas especiales contra los dolores fuertes, sean de muelas o de oídos, según les habían dicho.

—¿Quieres una pastilla de éstas? Te la podrías tomar con un poco de café y coñac.

—No. Dame el café y el coñac. La pastilla, no. Seguramente para lo único que sirven es para ensuciar el estómago.

Chaume coloca un farol encendido cerca de Chemari.

—¿Quieres algo más?

—Tráeme la carpeta esa del papel y los sobres.

—¿Vas a escribir a Esteban?

—Eso mismo.

—Me alegro. A mí también me gustaría escaparme de esta región. Habría que probar fortuna por otra parte... ¡Vaya hueso que nos han dado! ¿Tú crees que los demás estarán tan mal como nosotros?

—No lo sé, no lo he visto...

—En otras partes dicen que tienen indios cerca...

—Me figuro que los indios son menos peligrosos que otra clase de gentes —y Chemari ha dicho esto con mucha intención. En seguida se pone a garrapatear en el papel.

Difícilmente, pensándolo mucho, va escribiendo.

—¿Escribes a Maribelcha? ¡Como si lo viera!

—No das ni una en el clavo. Escribo a Esteban.

—A ver si viene de una vez.

—Da igual que venga o no venga. Si quiere venir que venga. Si no viene, ya me las arreglaré como pueda.

—Nos las arreglaremos, querrás decir.

—Bueno, eso depende de tu moral.

—¿Cómo de mi moral?

—Quiero decir que habrá que dar la cara. Aquí no pasaremos este invierno. Ni

siquiera podemos esperar a que lleguen las grandes heladas. Por lo menos yo... y las ovejas.

—Y yo. ¿O es que tienes algo contra mí?

—Yo no tengo nada contra nadie, siempre que no lo tengan conmigo o con las ovejas. Yo iré hacia adelante; el que quiera seguirme tendrá que venir detrás de mí.

—O no precisamente detrás. ¿Por qué no dices por lo menos a tu lado?

—El puesto en la marcha también lo tendré que decir yo.

—Bueno, bueno, chico, ni que hubiera sido yo quien te empujó del caballo.

Chaume se ha ido a preparar el café. Huele de nuevo la escopeta de Chemari.

De vez en cuando mira cautelosamente hacia la tienda. Mientras se calienta el agua, habla solo en una media lengua indescifrable.

Mientras tanto Chemari sigue escribiendo con dificultad. Una vez escrita y firmada la carta, la lee muy despacio, en voz baja, la vuelve a leer y por fin la rompe en pedacitos.

—¿No escribes?

—Quizá sea mejor no escribir. Si quiere venir, que venga. Él ya está enterado de lo que ocurre. No podemos seguir en este engaña-pastores. A nosotros nos han dicho que, ante todo, salvar las ovejas. El estado es grande... Que nos busquen después donde piensen que debemos estar...

—Pero eso es una locura. ¿Y el suministro y todo?

—Ya nos localizarán.

—Anda, descansa. No es momento para tomar determinaciones.

Chemari se vuelve hacia la lona de la tienda después de tomar el último sorbo de coñac. Respira hondo, lanzando un leve gemido. Podría parecer que va a dormir profundamente, pero al instante está dando vueltas desasosegado y nervioso. Es ahora cuando le duele en lo más vivo la afrenta y el escarnio de aquel bestia rubio caporal de Mr. Link, al que los demás siguen como borregos.

Chemari está febril. Hay un momento en que, inconsciente, se incorpora en su jergón y grita desesperado:

—Lo juro por la sangre de todos los vascos que hay enterrados en esta tierra, debiendo estar allá.

Chaume está perplejo. Vuelve a Chemari y le pregunta:

—¿Querías algo?

—Nada, que todo te vaya bien.

—Procuraré no caerme, desde luego, ni romperme una costilla, que es lo que, a lo mejor, tienes tú roto. Si quieres me quedo aquí.

—No hace falta. Haces más falta junto a las ovejas.

—Las ovejas están bien. No les pasará nada.

—Pero hay que tener cuidado. Se acercan las nevadas. Ese momento pueden

aprovecharlo los lobos para atacar.

—Apenas hay lobos.

—Pueden venir. Con que aparecieran dos o tres podrían hacer un gran destrozo.

—No vendrán. Mi perro los huele a tres kilómetros.

—Mejor, mejor.

—¿Te dejo un termo con leche?

—No es necesario. Yo lo que necesito es dormir, dormir...

Voluntariamente Chemari se amodorra. Chaume sale, después de dejar todo en orden y de coger la escopeta.

CUARTA PARTE

Los últimos días de espera

Chemari ya se ha repuesto de la caída. Pero todavía se resiente al andar y al moverse. Ha apretado el morro a *Rale* y le ha dicho:

—Vamos.

Sale hacia el sitio donde está pastando el ganado. Una vez allí extiende una mirada escrutadora hacia los pelotones de ovejas.

Está claro que trata de contarlas, o por lo menos de pasar lista de una manera general, fijándose en las ovejas-guías; pero la tarea le resulta imposible.

Va dando vueltas alrededor de ellas obsesivamente.

Se nota que sigue intranquilo y que sospecha que algo anormal está ocurriendo con su ganado.

Chaume permanece en lo alto de una roca con el perro al lado. Al ver a Chemari le grita y le hace amistosos gestos con las manos. Después hace como que cojea. Chemari le responde:

—Aupa el Athletic.

En esto se han visto los dos interrumpidos por un *jeep* del que baja Esteban gritando:

—¿Qué tal los *paisas*?

Se dirige hacia Chemari por entre el ganado y lo abraza.

—Te traigo un regalo. Un buen regalo. Ven y verás.

—Creí que no aparecías nunca —le responde.

—Anda y no te quejes.

—¿Crees que éste es un sitio bueno para pastar?

—No es del todo bueno, pero ya vendrán las lluvias.

Chaume ha quedado aparte. No se atreve a mezclarse en aquel diálogo que supone íntimo.

—Ah, y prepárate en seguida.

—¿Para qué?

—Vamos al rancho de mi suegro, como tú dices.

—¿Al de Mr. Link?

—Claro, hombre. ¿Es que crees que he cambiado de novia?

—¡Cualquiera sabe! Hace siglos que no se te ve el pelo.

—¿Y qué fue esa caída?

—Nada, nada, que tropecé con un alambre.

—Estarías pensando en la rapaza, seguro.

Han llegado al puesto. El *jeep* con el mecánico los ha ido siguiendo mientras

caminan entre piedras y abrojos. Les sigue Chaume detrás, con aire distante.

Esteban ha soltado un magnífico perro que lleva atado encima del *jeep*.

—Es para ti. Un perro de estos es el mejor regalo que aquí se puede hacer. Por si no lo sabes.

—Pero si ya tengo a *Rale*.

—No importa. Un pastor cuantos más y mejores perros tiene, mejor pastor es.

—Parece ser que *Rale* no piensa lo mismo.

Entre los dos perros, y el de Chaume que se acerca en estos momentos, se ha entablado un duelo rencoroso.

—Son los celos del primer día Pero ya se acostumbrarán —comenta Esteban.

Aparte de esto, Chemari baja algunos paquetes del *jeep*. Es whisky, cigarrillos, latas, una brújula estupenda en un estuche, un transistor pequeñísimo e incluso una colección de postales que hacen dar saltos de alegría a Chemari y a Chaume.

—Todas ellas, como veréis, son vaqueras. Vaqueras del Oeste, bellezas salidas de los ranchos —dice Esteban.

Ellos ríen como niños.

Chemari le pregunta de sopetón:

—¿Y cuándo te casas?

—Para la Pascua.

—¿Para qué Pascua?

—¿Para qué Pascua va a ser? ¡Para la de la primavera!

—¿Entonces todavía no para la Navidad?

—Es que el viejo quiere que yo venga a hacerme cargo del rancho. Y en eso estamos.

—A ti no te gusta, por lo visto.

—Pues, hombre, no me vuelve loco la idea. A mí, y sobre todo a ella, le gusta más la ciudad.

Esteban ha cambiado rápidamente la conversación.

—Anda, prepárate que nos vamos en seguida —dice.

—Pero, ¿no os quedaréis a comer aquí? —pregunta Chemari dirigiéndose también al acompañante.

—No, no. Le he prometido a Lucy que estaríamos allí para el aperitivo.

—Lo que no sé es cómo tengo que prepararme.

—Ponte lo mejorcito que tengas.

—¿Y me llevo el revólver también?

—¿El que te regalaron ellas?

—Eso quería decir.

—Tráetelo, eso les divertirá. Les gustará ver tu facha de *cow-boy*. Ja, ja, ja.

La idea de presentarse en el rancho de Mr. Link parece que le ha caído bien a

Chemari. Sin embargo, Chaume no puede disimular su complejo.

Chemari canturrea mientras se viste dentro de la tienda. Esteban pregunta a Chaume:

—¿Y por aquí, qué tal?

—Regular, regular. Su primo no está contento del todo. Y tiene razón. Llevamos una racha fatal: primero, que no llueve; luego, que se envenenaron algunas ovejas. Chemari dice que no, pero no pudo ser otra cosa más que esa hierba que mata. Ultimamente, se acercaron los coyotes...

—¿Y para qué tenéis la escopeta, digo yo?

—Estos coyotes son más traidores veinte veces que los lobos de las sierras de allá.

—Este perro que os traigo será una buena ayuda. Este es de los que mueren matando. El padre de éste fue un perro famoso que se recorrió tres estados con tres mil ovejas cuando el año de un *blizzard* que todos recuerdan con pavor.

—¿Hace mucho?

—Fue un año de huracanes de nieve, muy malo para el ganado, un año que nadie quiere recordar... La Compañía tuvo que salvar a los pastores con helicópteros... Hubo partes en que pereció el setenta y el ochenta por ciento del ganado...

—Te advierto —grita Chemari desde la tienda— que si vinieran esas cosas que dices lo que haríamos es irnos a la finquita de tu suegro a pedir refugio.

—No creas que el viejo es muy amigo de abrir la mano.

—Ya me lo figuro. ¿Qué tal es el viejo?

—El viejo es un cascarrabias, como todos, pero simpático... Bueno, al menos no es ningún ogro.

—Me alegra saberlo —dijo Chemari, que había salido, aunque acabándose de vestir.

—¿En marcha ya?

—Espera un poco, hombre.

—Te estás arreglando más que una novia. Oye, ¿y a ti es que no te gusta la hermana de Lucy? Ese sería el modo de que le cayeras bien al viejo. Aunque al principio pondría muy mala cara. Mira por dónde podías quedarte tú de capataz del rancho —dice Esteban socarrón.

—¡Claro! Y tú en la capital llevando las cuentas en el banco. Muy bien... pensado.

—¿Es que sigues pensando en Maribelcha?

—Sigo pensando, y me quita las horas de sueño.

—¡El Athletic... ¡El Athletic! Eso es lo que no me deja vivir tranquilo...

—Pero, ¿estás ya?

—Ya va, so *pesao*...

Chemari sale lo más flamante que ha podido, aunque su atuendo no es lo que puede decirse brillante, ni mucho menos. Sin embargo, la figura resulta casi apuesta. Lleva botas, pantalones de vaquero, una camisa a cuadros, un pañuelo al cuello y boina.

—Pero, Che, por favor, ponte mejor sombrero, un sombrero del Oeste, o ponte el mío...

—Eso no, yo la boina no me la quito por nada del mundo.

Chaume está celebrando la ocasión, siempre acercándose a Esteban en plan adulator. A pesar de todo, se le ve herido, postergado.

—¿En marcha ya?

Chemari se pone el cinto con el revólver.

—Parece que vaya a hacer una película —dice Chaume.

—A ver si me contratan y dejo el pastoreo —replica Chemari.

Antes de echar a andar Esteban huele a Chemari. Se acerca al *jeep* y saca un frasco de colonia. Antes que pueda enterarse Chemari ha sido rociado.

—Oye, quien quiera estar a mi lado, a mí me tiene que aguantar como soy...

—A ti sí, pero no tiene por qué aguantar a las ovejas. ¡Si lo sabré yo! ¿No ves que yo he sido cocinero antes que fraile?

Montan en el coche.

Rale hace ademán de seguirle. Chemari duda hasta que Esteban interviene y dice:

—Yo creo que el perro no está invitado.

—Pues el perro viene conmigo a todas partes.

El perro, como percatándose de la cosa, monta en el *jeep*. Ya no hay modo de echarlo.

Y parten. Pero al rato, Chemari recapacita y despide cariñosamente al perro, mismamente como si le encargara una misión especial.

Un rancho modelo

El *jeep* no marcha por el sendero que Chemari ha empleado para acercarse al rancho de Mr. Link, sino que da una vuelta hasta acercarse a la zona pantanosa. Luego sigue por el borde de aquel lago terrible y espectral. Hay veces en que el paisaje tiene algo de siniestro y de tierra abandonada. De vez en cuando se remontan algunas aves largas y zancudas.

Después rodean una especie de cerro colorado y penetran en una hondonada con brotes verdes, jugosos y florecillas silvestres.

—¿Qué te parece todo esto? —pregunta Esteban.

—Todo me parece mejor que donde estamos nosotros. Lo que no comprendo es por qué nos han marcado los límites de nuestra zona. Por aquí mismo, hacia arriba, acaso el ganado lo pasara mejor.

—Aunque no lo creas, la Compañía tiene sus razones. Esta zona de los pantanos es peligrosa.

—Pero, ¿por qué Mr, Link no nos ha de dejar atravesar el valle hacia arriba? Sería la solución.

—Luego se lo dices.

—¿Y crees que me hará caso?

—Todo consiste en hablarlo. Con decírselo no pierdes nada.

Ahora van ascendiendo por una tierra más desértica, cuajada de setos espinosos torcidos por el viento. Hay piedras descomunales de formas estrambóticas.

—¿Y qué tal te va con ese compañero? Parece simpático.

—Todos somos simpáticos hasta que se nos pone mala leche.

Han llegado a una cumbre pelada que tiene alrededor como un anfiteatro de rocas deformes. Paran el *jeep* y bajan.

—Aquí dicen que el eco se repite muy bien. Grita algo, Chemari.

—Chemari lanza un *ah* largo y después una serie de *ah* cortos. Escuchan cómo el eco los va multiplicando en las cavernas de la montaña con acento más bien lúgubre. Entonces Chemari saca el revólver y dice:

—¿Puedo estrenarlo?

—Prueba a ver.

Chemari dispara una vez, escucha el eco y después varias veces seguidas. Al escuchar los tiros repetidos por el eco, dice:

—Parece la guerra.

Comienzan a descender. Las cimas tienen un brillo entre gris y plata, como si las montañas estuvieran hechas de sal sucia. Al fondo, ya se adivina la cuenca húmeda del valle, y por encima, las agrestes montañas recubiertas de frondosos bosques.

—Todo aquello —dice Chemari, señalando el remoto horizonte— ya me recuerda nuestra tierra.

—Por eso tú quieres escalar —replica Esteban.

—Yo, por mí, bien sabe Dios que no. Es por las ovejas.

—Si cada pastor fuera donde se le antoja, nos volveríamos locos.

—Pero reconoce que lo mío es justo. Tú has podido ver las ovejas.

—No estaban tan mal.

—Pero no están ni la mitad de lo bien que podían estar. Y de eso el responsable soy yo.

En lo alto de un cerrillo hay una casa de madera. Se detienen. A la puerta hay una carreta vieja, con una sola rueda. Chemari se acerca con precaución.

Pero no hay nadie. Ni rastro de que por allí haya pasado gente últimamente. El fogón de la cabaña está cubierto de telarañas. Una rata enorme sale disparada por entre los escombros.

Van descendiendo hacia lo florido. Chemari se está fumando un habano que le ha ofrecido Esteban. De repente dice:

—Oye, ¿y será verdad eso que dicen de que por estas tierras cruzaron los vascos antes de que hubiera por aquí más que indios y búfalos?

—Es verdad.

—¡Vaya tíos que somos!

Ya se divisa el rancho de míster Link. Está atardeciendo.

—Oye, primo, ¿nos dejarán pasar?

—No gastes bromas, Che.

Contrasta la soledad y pobreza de todo lo que acaban de recorrer con el esplendor de este macizo de opulencia y riqueza.

Chemari se da cuenta de que no van a penetrar por el puentecillo sobre el río. Entran por la puerta de un soberbio molino de agua que gira graciosamente entre abundante arbolado. Al lado hay un estanque. Algunos caballos pastan sueltos entre cercas de madera.

Al ver al *jeep* dos jinetes armados se han acercado inmediatamente. Al ver que se trata de Esteban se han descubierto ceremoniosamente.

—Hola, Tincho —dice Esteban.

Tincho se ha quedado mirando fijamente a Chemari.

—¿Manda algo, mi amo?

—Vamos para adentro. ¿Hay gente ya?

—Ya vinieron bastantes rancheros... Algunos llegaron esta mañana en avioneta.

El *jeep* penetra en la finca. Tan pronto el *jeep* se cuela el mejicano sale corriendo a caballo, campo atraviesa, seguramente con la intención de dar la noticia al jefe, al temible John.

—¿Y qué fiesta es hoy aquí? —pregunta Chemari.

—El viejo cumple los setenta. Pero está como un recluta de pimpante y fresco.

Llegan a la nave central de un edificio de dos plantas, muy iluminado, después de recorrer un largo sendero bordeado de árboles y setos. A los lados se ven dependencias e instalaciones accesorias del rancho. El rancho resalta por su blancura y decoración. Puede decirse que no sólo se trata de un rancho modelo, sino de un rancho rico y fastuoso. Chemari está embobado.

Por eso no se da cuenta de que el desaprensivo John lo está observando de cerca y tiene a su lado a Tincho. La presencia imprevista de Chemari los tiene soliviantados y no están pensando nada bueno.

Chemari penetra al lado de Esteban. Ellos dos se quedan comentando:

—A éste le gusta la gresca y la va a tener —dice el caporal en su jerga.

—Pero será mejor dejarlo para más adelante. No olvides que el novio de la *miss* manda mucho en el amo... —insinúa diplomático el mejicano.

—¿A qué habrá venido este imbécil? —y John adopta un aire molesto.

Van dando vueltas al edificio tratando de mirar por los cristales para seguir de cerca lo que ocurre dentro.

Chemari se desenvuelve con cortedad y vergüenza entre los invitados. Abundan las damas y muchachas vestidas con elegancia. Esteban sigue siendo personaje central de todas las miradas y comentarios. Desde luego, Esteban se desenvuelve con seguridad y simpatía. Para cada invitado tiene alguna frase amable y oportuna que dice en un inglés que deja boquiabierto a Chemari. En un aparte le dice:

—Pero, ¿tú eres realmente mi primo o te han cambiado?

—Soy tu primo y he cambiado un poco, no mucho...

—Mucho has cambiado tú. Ya lo creo...

John y Tincho están que trinan presenciando la escena. Esteban va presentando a su primo como uno de los pastores mejores que los Estados Unidos tienen en todo el Oeste. ¡Pronto será algo más que pastor...!

Relaciones y festejos

Ahora descienden las dos hermanas, Lucy y Esther, por una escalinata aparatosa, recargada de mármoles, maderas y espejos. La novia de Esteban aparece de blanco, con el pelo rubio suelto... Los invitados se vuelven para verla. Realmente está bonita. Muy orgulloso, Esteban dice a Chemari:

—¡Qué novia más guapa tengo!

Chemari impresionado asiente con la cabeza. Aparece al instante Esther con un vestido rojo y el pelo recogido por una diadema preciosa. No parecen hermanas.

—¿Es que no os acordáis ya de mi primo Chemari? —les dice Esteban cuando ya se han juntado.

Ellas lo saludan con simpatía. Chemari está aturullado. Piensa que todas las miradas se dirigen a él y que su indumentaria está llamando la atención. Incluso repetidas veces se huele las manos con disimulo. Se mueve torpemente, indeciso, asombrado.

Pasean los cuatro, las dos parejas, entre los invitados. Las mujeres ya viejas y algunas jóvenes comentan la presencia de Chemari, sobre todo porque va al lado de Esther.

—Es español —dice uno de los hombres consultado.

—No es español, es vasco —responde otro.

—Pero, ¿es que los vascos no son españoles?

—Debe de haber su confusión en eso. Porque yo también he oído hablar de vascos franceses.

—¿Ah, sí?

—Aquí también ha habido vascos que hablaban francés.

—Bueno, pero mejicano no es.

—¿En qué ves tú que pueda ser mejicano?

—Yo no he dicho que sea mejicano.

Ahora hace su gran entrada míster Link.

Es un tipo rechoncho, coloradote, de ojos claros, elegantón y pretencioso. Cuando le presentan a Chemari lo mira por encima del hombro, y le hace poco caso. Se ve que no le gusta que los invitados confundan a Esteban con Chemari. Por el hecho de ser novio de su hija o de estar de alto empleado en la Compañía, Esteban ya es otra cosa.

Chemari nota con rabia que al padre de Lucy y de Esther, sin decir nada, no le ha hecho gracia su presencia. Probablemente para él un pastor es un ser que silba a las ovejas, que aguanta muy bien la soledad y el frío y que a veces lleva sobre los hombros una escopeta que no sabe ni disparar siquiera.

—¿Sabe inglés? —pregunta a Chemari.

Chemari no entiende.

—No, todavía no —replica Esteban.

Esta respuesta contraría al magnífico y opulento señor.

—Lo primero, que aprenda inglés —dice dirigiéndose a Esteban, y pasa a los demás grupos de invitados, que lo reclaman con grandes muestras de afecto y respeto. El gran ricachón de la extensa comarca es una potencia. Todos se doblegan y arrastran mientras pasa. Algunos le dirigen tímidas frases de felicitación.

—¿Es cierto que acaba de cumplir los sesenta?

—¿Lo han licenciado ya del ejército? —le dicen unos y otros para halagar su vanidad.

De todos modos, míster Link está orondo, feliz.

Están sirviendo naranjadas, zumos de tomate, coca colas, cervezas, whiskies limonadas, martinis, vodkas... Hay mesas en donde los invitados pueden surtirse de frituras, fiambres y pastas.

Los invitados van saliendo a las terrazas que están iluminadas.

Esteban se pierde con Lucy y Chemari se encuentra azorado al lado de Esther, mientras ella está sonriente y animada, lo cual aumenta mucho más la timidez de Chemari.

No sólo los peones, sino los criados miran a Chemari con cierta guasa.

De vez en cuando se acercan a Esther hijos de granjeros vecinos, muchas veces enviados por los padres. Esther es un buen partido en la región. Todo esto hace que Chemari esté a punto de abandonar la reunión. Tiene conciencia de su ridículo. ¿Por qué habrá ido? Definitivamente su sitio es el monte.

Diálogos cruzados

John y Tincho, a través de las vidrieras, no abandonan a su víctima:

—¿Ves, ves...? El amo ha hecho como si no le viera —dice el caporal.

—No le hizo mucho caso... —responde el peón.

—¿Crees que le dirá algo a la muchacha?

—Pero, ¿no ves lo pasmado que está? No sabe ni palabra de inglés. Es un palurdo. Ese no es tan listo como Esteban.

—¿Le habrá dicho algo a su primo?

—¿Qué es lo que puede decirle, digo yo? ¿Que se ha caído?... ¡Ja, ja, ja...! Del asunto él no ha oído nada. Hubiera denunciado al compañero. Estos vascos son muy *honraos*... pero muy brutos. Lo sé yo.

Lucy y Esteban pasean por el jardín:

—¿Estás dispuesta a que lo digamos hoy?

—Pero tendremos que decírselo antes a papá.

—Se lo dices tú.

—No, se lo decimos los dos. ¿No es mejor?

Esteban está pensativo. Está decidido y, sin embargo, duda. Se ve que el viejo granjero le impone. Lucy dice:

—Y si no quieres no le decimos nada hoy.

Chemari y Esther están parados en la escalinata. Viéndolos, Esteban dice:

—Está bien mi primo ¿eh?

—Es simpático, pero no habla —responde Lucy.

—Quiero decir que le prueba tu tierra.

—Sí, tiene aspecto fuerte...

—Hace buena pareja con Esther.

Ella no dice nada, pero mira a la pareja de una manera muy significativa. De natural caprichoso, está pensando que aquel hombre rudo y tímido acaso sea, sin que ella sepa verlo, por estar enamorada o creer que lo está, un galán más interesante que el propio Esteban. Mira constantemente hacia él curiosa y coquetilla. Por decir algo, dice:

—No os parecéis mucho tu primo y tú...

—Pues de pequeños todos decían que nos parecíamos mucho. El pobre lo está pasando mal. Es un tarugo para esto de aprender el inglés. Dice que no lo aprenderá aunque esté aquí veinte años...

—Cuando le destinen a la ciudad ya verás cómo lo aprende.

—No le toca todavía ir a la ciudad.

—Pero se lo diremos a papá y hará porque lo manden.

—No quiere la Compañía.

—Papá es muy cabezón Si se le mete algo en la cabeza lo consigue Tenemos que decírselo. No va a estar en el monte meses y meses...

—Te advierto que Chemari tiene novia y está muy enamorado.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es ella?

—Ella es una pelirroja de la aldea, muy mona. Bueno, muy mona era cuando yo la vi la última vez, que tenía doce o trece años... Su padre tiene una cantina. Me da la impresión de que a Chemari no tienen que gustarle las americanas.

—Pero, ¿cuándo ha visto él americanas? Vino, lo vimos aquella noche y desde entonces ni siquiera ha ido a la ciudad.

—Fue una vez, pero me han dicho que se aburrió soberanamente y se volvió en seguida con las ovejas.

—Habrá que decirle a papá que haga por sacarlo... de entre el ganado. El pobre muchacho podría hacer algo mejor que ir detrás de las ovejas y con los perros...

A Esteban le gusta y no le gusta la proposición. Tiene el máximo interés por su primo, pero al mismo tiempo se muestra un poco celosillo al ver el empeño que ella pone en llevarlo a Boise.

Esther y Chemari descienden hacia el jardín en silencio.

En casi monosílabos

—Es muy hermosa esta tierra —dice Chemari.

—Oh, sí, es muy bella.

—Tiene muy hermosos caballos tu padre.

—Oh, sí, muy hermosos caballos.

—Y tú también eres muy, muy guapa... —y se queda cortado.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¡Oh no, eso no...

Pero a Esther le gusta la tosquedad y al mismo tiempo delicadeza del pastor.

Lucy arrastra a Esteban hacia la pareja.

—No conviene dejarlos solos —dice dándole cierta picardía a la frase.

—¿No sabes, Che —le dice Esteban directamente a su primo—, que vamos a hacer pública esta noche la fecha de nuestro casorio?

—¿Qué me dices? ¿Y para cuándo?

—Para Navidad o Reyes —dice ella.

—Eso hay que celebrarlo —y Chemari espontáneamente llama a uno de los camareros que pasa.

—No, no —dice Lucy. y le quita el vaso de ginebra que ha tomado. Y luego dice al camarero—: Traiga una botella de champaña bien frío...

Luego, en un aparte, Chemari le dice a Esteban:

—¿No habías dicho que sería para la Pascua, pero la Pascua de la primavera?

—Ya ves lo que son las cosas. Esto se ha precipitado. Las mujeres siempre mandan, aquí y allá...

Casi un monólogo

Míster Link está en medio de un grupo perorando en tono altisonante:

—Bueno, pues lo que digo es verdad. Si no fuera por mí, bueno, por mí y por otros también, pero principalmente por mí, este Estado se hubiera dedicado a la dichosa patata y éste no sería uno de los estados ganaderos más ricos de los Estados Unidos. Y no sólo ganadero...

—Tiene razón —comenta adulongamente uno.

—Y es muy posible, más que posible, cierto, que aunque supiera que aquí debajo hay petróleo, por nada del mundo permitiría que este valle dejara de ser lo que es: un valle de bendición, que da gozo verlo, para convertirlo en un bosque de pozos y torres metálicas. Eso no está hecho para mí. Yo, ante todo, soy ganadero y no me da vergüenza decirlo. Lo tengo como un honor...

Bebe con solemnidad y satisfacción una copa de coñac, saboreándolo.

—Bueno, y esta salud que tengo —se martillea el pecho con orgullo y coraje— proviene del valle, de este valle, que ahora es un valle, pero que cuando yo llegué aquí era más desierto que los de Arizona...

El rozagante míster Link está pletórico, triunfante. Es un tipo grueso, más bien pequeño, con el pelo blanco, cara curtida y sonrosada y manos fuertes de hombre duro que se ha hecho en la brega y en la lucha.

—Setenta años, bueno, pues todavía no me retiro, señores. Todavía tengo que dar mucha guerra...

Todos ríen y le felicitan:

—Que llegue a los cien, con salud.

—Y con nietos...

Es en este momento cuando se acercan Lucy y Esteban al grupo. Ella le dice algo al oído. Él pone unos ojos de agradable sorpresa e impone silencio a todos.

—Bueno, y ahora, para terminar la fiesta en paz, os anuncio que estos dos insensatos se van a casar... ¿Cuándo os vais a casar? No será ahora mismo. No tengo el regalo preparado.

Todos ríen.

—Allá para cuando llegue Papá Noel —dice Esteban, empujado por Lucy.

Aplauden y comienzan las señoras y amigas a besar a Lucy y los hombres a dar la mano a Esteban. Los primeros en hacerlo han sido Esther y Chemari.

Esteban, al recibir el apretón de manos y el abrazo de su primo, le dice:

—Anímate, hombre, si quieres emparentar conmigo de veras...

Chemari se aparta y pasea fumando un cigarrillo. Está triste y caviloso. Todo aquello se ve que no es para él. El no pertenece a este mundo.

El gran torneo

En un rincón de la cancela de enfrente comienzan a escucharse primero unas guitarras y luego un acordeón. Son los peones mejicanos del rancho. Una muchacha canta una melancólica canción.

Todos los invitados se van colocando en la explanada.

Los primeros en abrir el baile son Lucy y Esteban. Luego míster Link, que saca a bailar, haciendo un poco el payaso, a su hija Esther, hasta que ésta se enfada o hace como que se enfada y se retira.

Chemari, temiendo que lo puedan comprometer a bailar, se escabulle y se va escondiendo como si lo persiguieran. De verlo, Lucy y Esteban se están riendo a carcajadas. Esther es constantemente solicitada por los hijos de los granjeros vecinos, alguno de ellos demasiado joven para ella; algún que otro solterón también, que no se aparta de al lado de su mamá... El bullicio de la fiesta va aumentando.

De repente el viejo míster Link da unas palmadas y se apaga la música. Con voz autoritaria dice:

—Que comience el desfile.

—¿Qué desfile? —se preguntan los invitados arremolinados al pie de las escaleras.

Aparece un peón conduciendo un hermoso ejemplar de buey, que es saludado con aplausos. Luego aparece una vaca preciosa con sus dos pequeños becerrillos. Se

repiten los aplausos.

Míster Link está satisfecho.

—¿Qué les parecen mis ejemplares? —dice dirigiéndose a los granjeros vecinos.

Ahora aparece el peón Tincho conduciendo un pequeño rebaño de ovejas. Hay ejemplares de machos y hembras realmente magníficos. Los corderillos están asustados por las luces y se escapan hacia el jardín por entre los invitados.

De vez en cuando algún camarero pasa, ofreciendo bebidas y pinchitos entre los invitados. Algunos comentan y dicen:

—Míster Link, ¿sería tan amable que me vendiera ese ejemplar?

—Ni por todo el oro del mundo —responde él.

—Míster Link, ¿me dejaría ese macho por una corta temporadita?

—Están suspendidos los permisos —grita míster Link, con aire que quiere ser militar.

Pasa ahora, entre las risotadas de todos, custodiada por peones jóvenes, una estupenda cerda con catorce cerditos.

—Míster Link, ¿nos invitará a la matanza?

—Todos los presentes están invitados para el momento oportuno.

—¿Y cuándo será? —preguntan a coro.

—Preguntárselo a Lucy y a su hombre.

Todavía no ha concluido el desfile de los ejemplares de raza que míster Link está haciendo sacar de sus cuadras y establos. Todavía él espera algo más sorprendente para los invitados.

Ahora llegan cuatro perrazos descomunales, enormes y temibles. Ciertamente son unos perros fabulosos.

Los perros, aunque halagados, miran hacia todas partes con recelo. Imponen más por su inteligencia que por su fiereza. Desfilan muy compenetrados con su papel. Al irse los perros, los invitados respiran tranquilos.

—Y ahora, lo último —anuncia míster Link.

Montado en un soberbio caballo aparece John, el grandote pecoso. Lleva sujeto por la brida un formidable tronco de caballos. Los invitados hacen el corro más ancho.

Son caballos jóvenes y cada uno un valioso ejemplar de raza. John los exhibe dándose importancia. Obliga a su caballo a hacer unas bellas piruetas. Se ve en él al típico caballista del Oeste, Al ver John la admiración que produce la flexibilidad y destreza de su montura, hace que el caballo se levante de las patas delanteras y lance un relincho salvaje. Los invitados, algunos por lo menos, se echan para atrás, empavorecidos. Después, al ver la suavidad con que John lo vuelve a la doma, aplauden.

—Míster Link —dice un rancharo—, te lo compro.

—¿Qué es lo que me compras, el caballo o el jinete?

—Las dos cosas.

—Pues ninguna de las dos vendo yo... —y suelta una gran carcajada. Luego se acerca al bello animal y le dice a John que baje. Míster Link, sin encomendarse a nadie, trata de montarlo, pero no puede.

—Tú, ayúdame —le grita a John.

En este momento se acercan corriendo Lucy y Esteban que lo impiden.

—Pero, ¿por qué no? —grita míster Link, desencajado.

También se acerca Esther, que se lleva a su padre de la mano. Hay un momento de silencio entre los invitados. Míster Link no quiere hacer una escena, pero está contrariado y grita:

—¿Creéis que he perdido facultades? Pues estáis equivocados. Todavía os puedo dar lecciones a todos... De ese caballo y del que sea, hago yo lo que quiero.

—Ya lo sabemos, papá —dice Lucy.

De repente, míster Link se encara con Esteban y le dice:

—Tú eres vasco, ¿no?

—Claro que soy vasco.

—Pues ya sabes, ese caballo es tuyo, pero quiero verte montarlo, quiero que te vean los demás... ¡Ahora mismo!

Aunque Lucy trata de impedirlo, Esteban se encarama encima del bruto y con gran dominio lo fuerza a que dé unas vueltas ceñidas. Luego lo alza también en las patas delanteras y trata de someterlo a una flexión costosa, casi como si a la bestia le fuera obligado caer de rodillas. El caballo no se deja y se impacienta.

Chemari está al acecho, temiendo lo peor. No se figuraba que su primo hubiera llegado a la agilidad y pericia que muestra en la montura.

Esteban repite la operación con el caballo después de hacerlo andar acompasadamente hacia atrás. Luego trata de arrodillarlo y al fin lo consigue. Suenan aplausos delirantes y Lucy se acerca a felicitarlo. Le da un vaso como premio. Todos vuelven a vociferar y a aplaudir. En ese momento míster Link le dice con toda solemnidad:

—Muchacho, el caballo es tuyo, te lo has ganado.

Inocentemente y sin saber lo que hace, simplemente con ganas de celebrar como vasco el triunfo de su primo, Chemari lanza un agudo y jubiloso *irrintzina*. Todos los presentes se quedan mudos de espanto. El grito vasco, medio pastoril medio guerrero, los ha estremecido como un latigazo. Todos se vuelven hacia Chemari.

—¿Ah, el otro vasco? Muy bien, muy bien por ese grito de triunfo. Y perdón porque nos hubiéramos olvidado de ti.

Chemari no entiende nada y se refugia en Esteban.

—Por eso, muchacho, también tú tendrás un caballo, el que quieras de los del

tronco que hemos visto, si haces alguna de esas proezas.

—¿Qué dice el viejo? —pregunta Chemari, sofocado.

—Dice el viejo —le repite Esteban— que te regala cualquier caballo, a elegir, si haces una demostración con él.

—Dile que yo no monto, que no sé montar...

—No es necesario que hagas nada del otro mundo. Yo creo que el viejo te lo regala simplemente con que des cuatro vueltas y domines al animal... No es cuestión de fuerza.

—Dile que yo soy pastor, que no soy caballista...

La salida de Chemari produce cierta decepción entre los asistentes, que ya se estaban viendo en una buena competición de fuerza y maña con los hermosos caballos.

—Un pastor tiene que ser ante todo un buen caballista —dice míster Link.

Esteban le traduce.

—No digo que no. Pero dile que yo no soy más que pastor.

—Entonces a este nuevo pastor, que por lo visto está recién llegado, le diremos que si nos da pruebas de tener facultades le regalaremos una mula —y míster Link, seguido de todos sus invitados, rompe a reír estrepitosamente.

Es Esther la primera que se ha acercado a Chemari y le ha dicho, con gestos principalmente, que ha hecho bien en no montar. Todo para que se rían cuatro bobos. Las palabras de Esther cobran una significación especial ante la juerga que John y sus peones se traen con el nuevo pastor que tiene miedo a los caballos.

—Míster Link, ¿por qué no le regala un burro, a ver si se anima...? —dice John, y todos le celebran la chanza.

Chemari, más que de las palabras, está pendiente de los gestos y de las intenciones. Está pasando un mal rato. El mismo John, por congraciarse con Esteban, le grita:

—Oye, patrón, ¿estás seguro de que este pariente es vasco legítimo?

A Esteban no le está gustando que se rían de su primo y contesta:

—El grito que ha dado, ese grito que os dejó helados, sólo lo puede dar un vasco. Intenta tú darlo y verás.

—También los grajos gritan muy bien, pero lo propio de un pastor es aguantar en el estribo. Por lo menos así era antes.

—Te advierto que yo también soy vasco.

—Yo no he dicho nada contra el señorito. El señor ha demostrado que es un buen pastor. A mí no se me ocurriría disputar con el señorito, porque está claro que sabe lo que es un caballo.

Chemari está siguiendo atentamente la cuestión. Tanto como quedar mal ante todos personalmente le molesta que los que queden mal sean los pastores vascos. Por

eso, cuando todos van a retirarse del incidente y se disponen a tirarse sobre las mesas de viandas, Chemari grita:

—Alto ahí, fanfarria, como decimos por allá.

—¿Qué ha dicho el borreguero? —exclama John, complacido de que haya lío.

—Ha dicho: alto ahí, fanfarrón —dice Tincho, intentando congraciarse con su jefe.

—¿Ah, sí? —dice, descendiendo del caballo.

Todos se han quedado parados, hasta el propio míster Link. Un incidente de estos bien podía figurar como un número de la fiesta, igual que si hubiera sido preparado *ex profeso*.

Ha sido Esther quien al ver que los dos hombres se van a enfrentar, con un gesto autoritario, le ha dicho a John:

—Deja quieto al forastero. Es un invitado de casa...

—Yo no me he metido con él. Solamente he dicho que bien podía no tener miedo a los caballos. Él ha sido quien se ha metido conmigo... —y John mira hacia su peonada, que hace signos de aprobación.

—Hija, tú no te metas en estas cosas. Estas cosas, en mis tiempos, y creo que en todos los tiempos, siempre las han resuelto los hombres a su manera...

Y nunca ha pasado nada, al final...

Míster Link aparece tal y como es, partidario de la violencia y de la ley típica del Oeste, amigo de supervalorar lo que fueron los procedimientos de su juventud. De tal manera que hace rueda y señala a Chemari y le dice:

—No cree por lo visto mi encargado del ganado en tus condiciones para pastor.

Ahora es Tincho el que se adelanta a traducir. Chemari replica:

—Tampoco yo creo en sus cualidades como hombre de confianza y de honor, ni para estar al frente de hombres ni de bestias.

El tono de estas palabras ha producido pavor entre los circunstantes. El primero en alarmarse ha sido Esteban. Nunca hubiera querido que sucediera tamaña cosa. ¿Se le habrá subido el alcohol a la cabeza?

—Esto ya se arreglará después —dice Esteban con gesto conciliador y amistoso.

A Chemari le enciende la sangre esta actitud defensiva que los demás adoptan con él. Es como si le creyeran cobarde o no supiera valerse por sí mismo. Hace ademán de hablar, pero al ver que no le van a entender, llama hacia sí a Tincho.

—Dile que le voy a proponer tres cosas que debe saber siempre un hombre en mi tierra y vencer con ellas a cualquier otro hombre. La primera será... —y del bolsillo de atrás del pantalón saca su navaja cabriterera, que abre despacio.

—Chemari, qué vas a hacer... —le grita Esteban.

—Cállate tú ahora.

—Dile que la primera será capar en menos tiempo al macho más bravo de vuestro

ganado, caparlo en menos tiempo y sin untarse las manos de sangre...

Cuando los invitados y los peones han oído la proposición se han echado a reír, algunos de ellos horrorizados. John se ha aprovechado de este gesto natural de repugnancia y ha contestado:

—Dile que yo no me dedico a esas porquerías.

Chemari insiste en que ello es parte esencial del oficio de pastor y que él no es un pendenciero.

—¿Cuál es la segunda? —grita John, buscando ya directamente la pelea con el aplauso de todos, incluso del propio míster Link.

—Dile —dice Chemari a Tincho— que la segunda será coger dos hachas y ver cuál de los dos echa en menos tiempo uno de esos árboles a tierra.

Esteban se alegra. Míster Link, aunque no entiende esta clase de torneo, aplaude dando por buena la prueba. Bien está que el pastor no se haya apabullado.

Campeón de aizkolaris

Enfrente de la finca hay unos árboles diríase que centenarios. Son árboles gruesos, resistentes y pujantes.

—¿Qué árbol quiere? Dile qué árbol quiere —pregunta muy insolente John a Tincho.

—El que sea, me da lo mismo.

John se coloca ante uno de ellos. Vienen los peones con las hachas, unas hachas enormes.

—Dile qué hacha quiere —pregunta con gran insolencia John a Tincho.

—Dile que me da lo mismo.

Esteban se acerca y protesta. No es justo. El árbol de Chemari es más fuerte y el hacha más pequeña.

Chemari lo aparta a él y a las muchachas cariñosamente.

—Cuando el señor dé la orden —dice Chemari dirigiéndose a míster Link, cosa que a éste comienza a agradarle.

Míster Link grita:

—Ya vale.

Comienzan los dos hombres a dar hachazos. Los invitados los han rodeado pero al mismo tiempo se apartan. Produce escalofríos ver los brazos desnudos de aquellos hombres metiendo el tajo en la dura corteza. Al parecer John da unos golpes más fuertes y más rápidos.

—Se apuesta por John —grita Tincho.

Y son muchos los que apuestan por él.

Sólo Esteban y las dos muchachas, ellas más por piedad, apuestan por Chemari, pero creyendo que perderá irremisiblemente.

Muy pronto comienza la tensión y la crispación de los dos contendientes. El hacha de Chemari va penetrando dentro y formando un ángulo tremendo. Los pedazos de madera salen disparados como flechas. No se impacienta lo más mínimo, mientras que John, al ver la abertura hecha rápidamente por Chemari, prodiga los golpes con desesperada fiereza.

—Hala, John, que es tuyo —grita la peonada.

—Chemari, por Dios, no falles, que eres vasco —y con gran sorpresa de las muchachas Esteban lanza un *irrintzina* desesperado y suplicante.

Chemari se ha persignado en medio de la bárbara tarea y cuando todavía John no está por la mitad, él avisa a todos los que, espantados, contemplan la escena:

—¡Fuera! ¡Apártense!

Y en dos hachazos más el grandioso árbol cae produciendo un ruido sordo y, en cierto modo, triunfal.

Ahora el grito de Esteban es de triunfo y alegría. Viene hasta Chemari y lo abraza emocionado. Las muchachas lo besan como se hace con los deportistas victoriosos. Chemari está jadeando y sudando.

—Te faltan por lo menos veinte hachazos —dice Chemari volviéndose a John. Al ver que éste está mudo y paralizado, le dice a Tincho—: Dile que le quedan por lo menos veinte hachazos, bueno, veinte hachazos de los míos.

El árbol de John casi podría decirse que todavía está entero. Es míster Link el que con cara de disgusto, le dice:

—Has dejado el árbol inservible. No sirve para leña ni te ha servido para ganarle a este muchacho... Os hace falta entrenamiento.

Chemari ya se ha ganado ante todos una simpatía que no tenía antes. Ahora todos le felicitan y saludan.

—¡Bravo por el vasco! —dicen mientras hacen elogios de su fuerza, a pesar de que la musculatura no lo demuestra.

Los peones y su jefe están irritados. Miran hacia Chemari con rabia, hablando por lo bajo.

—¿Y ahora, qué? —pregunta John completamente desmoralizado y queriendo resarcirse en seguida.

—Ahora nos tiraremos un pulso...

—No entiendo qué es eso —dice Tincho.

—Que traigan una mesa y dos sillas...

Van por ellas y todos forman una especie de corro alrededor de la mesa y de los dos hombres que ya permanecen sentados.

A John le están explicando en qué consiste la prueba. Es imposible que aquel tipo llegue a doblarle el brazo.

Ya están sentados. De nuevo Chemari dice dirigiéndose a míster Link:

—Cuando usted diga.

John hace un gesto de desprecio y asco por tener que agarrarse a la mano de Chemari, pero el vasco sonrío y no se da por enterado.

—Ya vale —dice míster Link.

El primer impulso de John ha sido torcer el puño de Chemari hasta aplastarlo, pero se ha encontrado con algo rígido y tenso como el acero, una especie de barra oscilante pero inquebrantable. John ha seguido ciegamente repitiendo los ataques y ha seguido estrellándose contra algo vibrante y poderoso. Viendo con sus ojos el brazo de Chemari, que es mucho menos fuerte que el suyo, se esfuerza más en volcarlo. Pero no puede. Ni siquiera puede dar crédito a sus ojos. Por momentos se va sintiendo agotado para nuevas arremetidas.

Los circundantes están tan excitados o más que los mismos contendientes.

—¡Gora, Chemari! —repite una y otra vez, como en una angustiada letanía, Esteban.

—Hala, John, derríbalo de una vez —gritan los peones.

Míster Link comienza a mirar hacia Chemari con creciente simpatía. Le parece mentira que aquel brazo nervudo pero en cierto modo flaco esté apurando, hasta consumirlas, las fuerzas de su encargado de las faenas más duras del rancho.

¿Te das por vencido?

Chemari pregunta cara a cara a John:

—¿Te das por vencido?

Cuando John se da cuenta de la pregunta grita que no y hasta escupe su impotencia en pleno rostro de Chemari diciéndole:

—Eso nunca.

—Peor para ti, entonces.

Chemari se ha concentrado en la operación y poco a poco ha ido doblando como si lo estuviera rompiendo por dentro el brazo de John hasta que sin remedio el brazo ha quedado extendido y como ajado encima de la mesa. Repetidas veces John ha querido levantar el brazo y no ha podido.

En este momento, John, por lo bajo, murmura mordiéndose los labios:

—Juro que esto me lo has de pagar bien caro...

—Dice que se las pagarás algún día —comenta Tincho.

—Dile que yo también he jurado lo mismo...

Se ha terminado la demostración de fuerzas y Chemari es aclamado incluso por alguno de los peones.

Esteban y las muchachas se echan sobre él y se lo llevan para agasajarlo. Míster Link se acerca a Chemari y le dice con énfasis:

—Te felicito, muchacho. Pide lo que quieras.

Ha llegado el momento de Chemari y se dispone a confiarle a Esteban su aspiración.

—Yo quisiera que le dijeras que, respondiéndole con la vida de que no harán ningún daño serio, quisiera atravesar el valle con mi ganado hacia partes más... hacia arriba.

Pero no le dejan acabar la petición. De nuevo están allí al lado John y sus hombres pidiendo revancha. Propone un desafío inmediato a lo que sea, no a cosas absurdas como derribar un árbol o medir las fuerzas sobre una mesa, en lo cual debe de haber algún truco.

Esteban interviene diciendo que ya basta. Que nadie discute su valentía y su habilidad como guía de los peones que conducen al ganado, pero que Chemari está en una fiesta entre amigos y no tiene por qué dedicarse a más exhibiciones. John insiste en que podría hacerse una prueba de tiro al blanco. Le dicen a Chemari de lo que se trata y responde calmamente que el disparar no es cosa de pastores, como no sea en defensa propia, y que, aunque en el cuartel fue declarado tirador de primera, prefiere no usar armas de fuego como no sea en extrema necesidad. Se irrita John y dice que lo emplaza a que pare un toro o un búfalo en plena carrera. Tampoco esto le place al vasco.

—Yo te emplazo entonces a que te cargues en la espalda y des veinte pasos con un saco de cien kilos de trigo. ¿Te vale?

A John no le convence la cosa. Esas no son cosas del Oeste.

—Yo quiero cosas de hombres —dice.

—Y yo me atengo a las cosas de mi tierra. Yo he venido aquí contratado como pastor. Ni a la guerra ni al circo.

—El que ha inventado el circo eres tú —le grita John por medio de Tincho.

Como el pleito entre John y Chemari no tiene de momento solución, Esteban arrastra a Chemari y se mete con él y las muchachas en la casa. Míster Link zanja la cuestión diciéndole a John:

—A otra vez será mejor para ti, John. La cosa no tiene remedio. Has sido vencido, eso es todo —y se dedica a recorrer los grupos de invitados, muchos de los cuales se han protegido de las primeras gotas de lluvia metiéndose bajo los arcos de la terraza.

John se ha quedado apartado de sus hombres pensando algo que por fuerza tiene que ser un nuevo reto para Chemari. Cuando Tincho se acerca a su jefe, éste le dice:

—Caerá en la trampa.

—Y siempre se podrá decir que te buscó. Soy testigo.

—Lo que más me divierte de todo es que no sabe nada de nada. Tragará el polvo... ¡vaya si lo tragará!

—No hay que darle tiempo a nada.

—¿Sabes lo que estoy pensando? Esta noche es buena para un buen chance con el otro vasco.

—El otro tiene más miedo que vergüenza.

—A ti te encomiendo la operación.

Y Tincho sale disparado. Al poco se le ve salir con dos caballistas más por la vereda que da entrada al rancho. Va riéndose a carcajadas.

—Hay que celebrar el triunfo de Che —dice Esteban llamando a un camarero. Ahora se siente orgulloso de su primo.

Pero muy pronto él y Lucy se han colocado junto al mirador hablando por lo bajo, riéndose, acariciándose. ¿Podría ser posible aquello en la aldea? Ahora se besan fuertemente.

Chemari comienza a sentirse contrariado y violento. Esther, que se da cuenta, inventa algo para distraerlo y trae el álbum de fotos de la familia.

Allí se ve la transformación que se ha operado en aquella hermosa vega que antes fue un erial. Tampoco la figura del padre era la de tan poderoso señor, sino de un trabajador duro. El rancho no era lo que hoy es, ni mucho menos. Se resumía en una casa plana y las dependencias, pero todo rústico, improvisado. Actualmente aquello es un palacio, y una granja, y una cuadra, y un establo, y un jardín, todo junto.

De repente a Chemari le ha entrado la impaciencia. ¿Qué hace allí él, como un bobo, allí donde nada se le ha perdido, mientras sabe Dios lo que puede estar ocurriendo con el ganado? Se levanta y se pasea.

—Pero, ¿se puede saber por qué no te sientas y te bebes un copazo tranquilo?

—No hago más que pensar en las ovejas, ya ves.

—Tú estás *chala*. ¿Qué le puede pasar a las ovejas?

—No creas. Estamos, como sabes, en tiempo de paridera. Ahora es cuando necesitan más cuidado.

—Tienes allí a tu peón... —y luego en vasco, por lo bajo, se acerca y le dice—: Yo creo que tú de quien te acuerdas no es de las ovejas, sino de la oveja de allá de la aldea... ¿Crees que no te conozco?

Ha entrado Mr. Link acompañado de algunos invitados. Chemari se serena. De nuevo descubre la posibilidad de poder arrancarle permiso para trashumar hacia la parte alta.

—Dile —le dice a Esteban— que no le estropearemos nada, que seguiremos el cordel de la senda y que respondo con la vida de que las ovejas no caerán en su tierra.

Yo las sabré llevar y comerán donde yo diga. Ah, y dile también que si se me echa el invierno encima, tal y como está la cosa, se me quedarán cortados la mitad de los corderos...

—Anda, no eres exagerado ni nada.

—¿Qué más le da a él que yo cruce todo esto en veinticuatro horas y me arrime a las faldas de la montaña?

—Habrá que pedir permiso a la Compañía... también.

—De eso te encargas tú.

—¡Qué perra has cogido! Se lo diremos, hombre, se lo diremos.

Esteban habla del asunto con su futuro suegro. Mr. Link no parece entender mucho las razones de Chemari y lo mira con cierto escepticismo, pero también con ganas de complacerle. Como único comentario dice:

—Yo hablaré con el capataz y veremos lo que se puede hacer.

—¿Con John? —pregunta alarmado Chemari.

—Sí, con John, él es el encargado de todo eso.

—Entonces no querrá —contesta Chemari desalentado.

—¿Por qué no ha de querer? ¿Por lo de esta tarde? Ya verás como sí quiere. El aquí hace lo que le mandan.

—No querrá.

—Mira que eres terco.

—Te digo que ya verás cómo no quiere.

—Ya veremos si quiere o no quiere...

El festejo comienza a disiparse y algunos invitados van al aparcadero que hay detrás de la mansión de Mr. Link y cogen su coche.

Todos, al despedirse, gritan en plan bromista:

—¡Adiós, ochentón...! —dicen para irritarle.

—¡Hasta otra, viejo...!

Entre los peones y los invitados va y viene John, nervioso, como insistiendo en la necesidad de la pendencia. En sus ojos se refleja la rabia.

Está irritado con todos. Da vueltas alrededor de la casa como un lobo carnicero. Y bebe. Bebe alocadamente.

Solamente unos tragos

Mr. Link se refugia en el mirador de su finca con un vaso de whisky en la mano.

—Ojo, papá —dice Lucy.

—Cuidadito, papá —dice Esther.

—Hoy es mi día. Preocuparos de vosotros mismos, que yo ya sé valerme. ¡No faltaba más!

Esteban siente por Mr. Link tanta admiración como miedo, un miedo cargado de respeto, un miedo colmado de gratitud. Por Mr. Link él prosperó en la Compañía y en ningún momento se opuso, sino más bien todo lo contrario, al noviazgo de su hija. Por él, Esteban ha pasado de pastor y de extranjero a casi ciudadano americano brillante. Y su verdadero porvenir no ha comenzado todavía.

Mr. Link, con el vaso en la mano —que agota rápidamente y vuelve a servirse más—, perora melancólicamente consigo mismo. Dice:

—Todo el mundo preocupándose de mi salud, de mi importante salud. Vosotras igual que vuestra madre, y fijaros que a ella le hubieran hecho mucha falta sus propios consejos. Claro está... Y luego la gente cree que todo esto me lo han dado hecho, vamos, bueno, como si me lo hubieran regalado. Pero no ha sido así. Todo el mundo sabe que no fue así ni mucho menos. Esto me lo he levantado yo, yo solito, a pulso...

—Pero, ¿es que no lo sabemos?

—Papaíto, sé bueno —le dice Esther con mucho mimo.

—No se trata de ser bueno, sino de tener coraje y tener fe. Yo tuve fe y tuve coraje. Por eso salí adelante —y sigue bebiendo.

—Pero ya no eres un jovencito —le dice Lucy, intentando quitarle el vaso.

—¿Os gustan los jóvenes? Eh, muy bien, está bien que os gusten los jóvenes, pero dejad tranquilos a los viejos que se han hecho un nombre... Y que os han hecho ricos... Sí, ricos, muy ricos...

Mr. Link se fija en Chemari y encarándose con él le larga un discurso que Chemari no entiende más que en su intención.

—Está muy bien que tengas fuerza, muchacho, está pero que muy bien, Pero, con todo, no basta. Bueno, quiero decir que además de fuerza lo que hay que tener es iniciativa. ¿Querrás quedarte toda la vida de pastor? Deja a los borregos que cuiden de los borregos... Pero mientras no sepas lo que es un caballo, mientras no sepas vaciar un revólver sin pestañear, no serás más que pastor... ¿No ves a Esteban? Aquí lo ves que no tiene nada de pastor. Nadie diría que fue pastor...

—Yo soy pastor y he venido aquí a ser pastor... —afirma categóricamente Chemari, ceñudo, imperturbable.

Esteban traduce las palabras de Chemari, añadiendo en inglés:

—A Chemari con el tiempo lo llevaremos a Boise.

—Claro que sí —dicen ellas.

—Pero lo primero que aprenda inglés —grita el viejo con voz impositiva y amenazadora casi. Y se aísla en su butacón.

Suena el teléfono. Es una conferencia desde Boise. Por lo que puede desprenderse

de la conferencia se trata de una operación de venta de lana que ha efectuado el agente de Mr. Link.

El setentón ranchero discute como un energúmeno. Repite cifras y más cifras con pasmosa lucidez y energía. Pero no por eso deja de beber. Termina conminando al agente:

—Haga lo que le digo, que sé muy bien lo que me hago y por qué me lo hago. Ni una palabra más.

Esteban se pone de pie mirando el reloj. El teléfono, al parecer, le ha recordado que al día siguiente muy temprano tendrá que estar en las oficinas. Es posible también que Esteban trate de evidenciar ante el viejo su diligencia y actividad.

—Y, ¿a qué hora saldréis para Boise mañana? —pregunta Esteban a Lucy.

—Mañana hacemos ya el desayuno allí. Ya has oído a papá.

Lucy y Esteban salen a la terraza. Se ven sus sombras fundidas en un beso largo.

Esther se hace la distraída y canta por lo bajo. Chemari está deseando irse y al mismo tiempo todavía quisiera abordar de nuevo a Mr. Link.

Ya está el *jeep* ante la puerta. Esteban entra para despedirse de Mr. Link, pero al verlo medio adormecido, sale sin hacer ruido. Chemari, al montar en el *jeep*, le dice:

—Bien podías decirle lo que pasa con mi ganado, que se me están desfalleciendo las ovejas, que yo ya habría dado la vuelta por la región de los pantanos o no habrá más remedio que terminar dándola, pero que yo le respondo... que podría cruzar todo esto sin... Díselo.

—No te preocupes. Yo lo diré en Boise y todo se arreglará.

—En veinticuatro horas todo estaría resuelto —insiste Chemari.

—¡Vaya perra que has cogido, primo!

En el momento de arrancar el *jeep*, John se ha atravesado en medio del camino. Su expresión ha sido lo suficientemente conminatoria para Chemari. Pero no dice nada. Sólo se queda mirando el *jeep* con reconcentrada ira.

Tan pronto el *jeep* ha comenzado a dar tumbos por los tortuosos pasillos, Chemari se pone melancólico. De nuevo se encontrará con sus ovejas en el paraje inhóspito que ya le resulta odioso y en el que no es posible adaptarse por más que lo ha explorado por arriba y por abajo. De nuevo Esteban se irá a la capital, a preparar su boda...

Como Esteban lo ve tan alicaído, le dice:

—Antes de una semana tienes respuesta. Al viejo es mejor tratarlo allí, en las oficinas de la Compañía.

—Pero, ¿él pertenece también a la Sociedad vuestra?

—No, no pertenece, pero pertenece a otras muchas cosas, a todo lo relacionado con ovejas y lanas. Además tiene allí los mejores amigos. Ya verás cómo te da permiso...

—¿Por encima del bestia ese... del jefe de los peones?

—Encima que lo has dejado más corrido que una mona.

—Es un chulo indecente.

—Pero, ¡qué manía le tienes!

—No creo, fíjate lo que te digo, que sea buena persona. Y si no lo es, lo abofetearé un día.

—Mr. Link no es fácil de engañar. No sé si te has dado cuenta. John es su peón de confianza.

—El tal caporal es un zorro peligroso, te lo digo yo. Y yo le sigo la pista.

—¿Has chocado con él? ¡Buena la has cogido!

—Chocar, lo que se dice chocar, no; pero nos hemos encontrado en el monte. Y no mira con buenos ojos. Y no lo digo bebido.

—Mira, eso que te pasa a ti me pasaba a mí también, no con John, sino con otros, cuando estuve en las praderas. ¿Y sabes por qué es? Porque no sabemos la lengua que ellos hablan. Eso a cualquiera le hace desconfiado y retraído. Por eso el viejo te lo repitió varias veces. Tienes que aprender inglés.

—¿Y por qué él no habla vasco, y le gustan, por lo que veo, los vascos? ¿Y por qué no habla español y mira a uno como si fuera un extranjero...?

—En eso eres también injusto. Yo conozco al viejo mejor que tú y puedo decirte que te ha mirado con simpatía.

—¿Ah, sí?

Los faros del *jeep* van iluminando el áspero sendero, más que camino ahora. De nuevo se están acercando a la zona pantanosa, que es como un mar viscoso y agrietado. La falta de lluvias deja al aire algunos mojones de tierra. La luz, al reflejarse en el helado desierto, produce una sensación extraña y siniestra.

Se van acercando costosamente al puesto. El *jeep* de vez en cuando se detiene para alumbrar la desvaída senda. En una de estas paradas, Chemari se pone alerta como los perros y dice:

—¿No oyes?

—¿Qué tenemos que oír?

Esteban cree que es por el cielo, algún avión misterioso de los que hacen vuelos experimentales sobre estas inmensas llanuras.

Un poco mochales

—Me ha parecido oír —dice Chemari muy caviloso— algo así como trotar de caballos.

—¿Tú has oído algo? —pregunta Esteban al mecánico.

—*Nothing, nothing.*

—¿No te estarás volviendo un poco mochales?

—No creo. Creo que te he dicho ya que hemos encontrado alguna oveja muerta...

—Hay que llevar mucho cuidado con lo que comen.

—No creo que fueran envenenadas.

—Serían los coyotes.

—Podría ser, pero para mí que las dos veces fue algo raro...

Chemari vuelve al silencio. Al rato, Esteban le pregunta:

—¿Qué tal te defiendes con la comida?

—Con pan y queso, con pan y jamón, con pan y salchichas de esas nos vamos defendiendo. Pero tengo ganas de coger un buen chorizo, o hartarme de bacalao al pil-pil, o mojar pan en ajo arriero, o pegarme una panzada de sardinas asadas...

—Yo también... ¡caramba! ¿Y la radio, pones mucho la radio?

—Pues no, la radio no me entretiene. No sé, si pusiera jotas, o nuestros *aureskus*. Creo que entonces la resistiría más. Para la Navidad, si bajo a Boise, ¿sabes lo que me voy a mercar?

—Una moto.

—Qué va. Un acordeón.

—¿Un acordeón?

—Sí, sí, un acordeón. Aquí tendré tiempo también para aprender.

—Sin maestro. ¿No ves cómo estás mochales?

—A base de darle vueltas, horas y horas, ¿tú crees que no seré capaz de tocar *la Cumparsita*?

—¡Joé, qué *mochales* estás! —y se sacude los dedos Esteban haciendo un chasquido.

De todos modos, Esteban está disfrutando. La presencia de Chemari, en cierta manera, lo vuelve a la infancia, a los recuerdos de pequeño, cuando vivieron juntos, y sobre todo, le hace hablar en vasco de cosas familiares y entrañables.

Ya se van acercando. Es el propio Chemari quien va indicando el sentido de la posible pista para atravesar las partes llanas.

Pronto divisan una hoguera. Allí está *Rale*, que ha llegado hasta el *jeep* primero ladrando furiosamente y después se ha subido en marcha, por detrás, de un salto, a una llamada de Chemari. Sin embargo, Chemari quiere notar que el perro está inquieto, excitado.

—Calma, calma —le dice.

El perro ladra hasta asustar a Esteban.

—Ya he vuelto, ya he vuelto.

—Probablemente ladra de esa manera por la presencia del perro que te he traído.

Sabe que la culpa es mía.

—No había caído. Es posible. Fíjate cómo tengo la cabeza que ni me acordaba ya —dice Chemari, tirándose del *jeep* en marcha.

Se oyen resonar las esquilas del rebaño. Chaume sale con la linterna en la mano hasta el *jeep*.

—¿Qué tal fue todo? —pregunta Chemari.

—Sin novedad. Sólo que acaban de parir dos ovejas. Uno de los borreguillos nació muerto. Pero la otra ha tenido dos.

—¿Lo has recubierto?

Esteban explica en inglés al mecánico algo que lo deja estupefacto. Cada oveja cría perfectamente un borreguillo. Cuando pare dos, no hay más remedio que colocarle uno a otra oveja, vestido con la piel del muerto. La oveja entonces lo huele y lo cría.

—*Oh, oh, wonderful!* —grita admirado.

—Nos vamos en seguida —dice Esteban.

—Os quedaréis por lo menos a tomar un café —dice Chemari dirigiéndose al carro.

—Se acepta.

—Es que no quiero llegar muy tarde —aclara Esteban—. Mañana me espera un día bueno.

El borreguillo recubierto mama suavemente en la ubre de la que no es su madre. La madre lo lame con suavidad y dulzura.

El perrazo que Esteban ha regalado a Chemari permanece en guardia sin atreverse todavía a reclamar las caricias de los nuevos amos.

Chemari pregunta a Chaume:

—¿Le pusiste bien de comer?

—Este nos arruina. Es un saco sin fondo.

—Habrá que, de vez en cuando —dice Chemari, dirigiéndose a Esteban—, y por supuesto con permiso de la Compañía, cazar algún bichejo.

—Tienes permiso.

—Y al mismo tiempo practico, según me ha recomendado tu suegro. ¿No sabes —dice ahora dirigiéndose a Chaume— que han anunciado hoy la boda?

—Y que mañana compro el anillo como que dos y dos son cuatro. El anuncio de hoy no ha sido el formal. El anuncio formal lo haremos en Boise. Estáis invitados.

—Cara dura que tiene. Estáis invitados. ¿Y las ovejas también están invitadas? —exclama Chemari.

Toman el café de pie, a sorbos. Y después un trago de whisky puro.

—Gasolina para el viaje —dice Esteban dirigiéndose a su chófer.

—*Okay* —replica él.

Ya han montado en el *jeep* y están por despedirse. Esteban entonces, dando un abrazo a Chemari, le dice:

—Y que te conserves tan fuerte. Hoy has estado muy bien. ¿No sabes —dice dirigiéndose a Chaume— que hoy ha dejado muy alto el pabellón de los vascos? Se ha trincado al jefe de los peones de mi futuro suegro.

—¿Cómo que se lo ha trincado?

—Nada, nada, que se desafiaron a esto y lo otro, a lo que es propio nuestro, el hacha, el pulso, y lo dejó tamañico. Yo estaba viendo que lo desafiaba a mudar la pila de la fuente de sitio con agua y todo.

—Anda, no seas guasón.

—Si estuviste formidable, te lo digo yo.

—Bueno, bueno, a ver si no te olvidas de lo prometido, que nosotros para la Navidad hemos de estar ya al otro lado.

—¿Otra vez?

—Ya sabes quién soy cuando se me mete una cosa en la cabeza. ¿Por qué estoy entonces aquí? Porque se me metió aquí —y se señala la cabeza.

—Eres un buen cabezota.

Y el coche arranca.

Desde el primer momento Chaume se muestra más zalamero que de costumbre con Chemari. No es sólo el parentesco con Esteban, sino el hecho de que venga de la finca de Mr. Link, cosa que a él le impresiona mucho. Y más todavía el que se haya batido a lo vasco con el temible John. Quiere sonsacarle.

El *jeep* ya se está perdiendo. Chemari envía a *Rale* cerca del ganado. El perrazo nuevo le sigue.

—Oye —dice Chaume— y esta noche descansas, si quieres. Me quedo yo.

—No es necesario.

—Hombre, te lo digo de verdad. Otro día haces dos días seguidos. Has estado de juerga, vienes molido, te vas a quedar dormido y vas a amanecer con un reuma de aúpa.

—Ya será menos.

—Bueno, me quedaré yo.

De repente Chemari ha tenido un golpe de luz y ha respondido:

—Oye, pues por esta vez, acepto.

—Otra vez puedes tú hacerlo por mí.

—Convenido.

—¿Tienes hambre?

—Cenar, nada. Vengo hartito hasta aquí —y se señala el cuello. Luego añade—: El caso es que a mí todas esas puñetitas de las bandejitas, que hay que tomarlas con palillos, me dejan frío. Pero bebí una miaja, un poco de todo.

—¿Y qué fue eso del desafío con el caporal del míster?

—Nada, que se emperó y lo torcí como una margarita.

—¿A John? No me digas.

—¿Y cómo sabes que se llama John?

Chaume se queda pensativo y dice:

—¿No es así como lo ha llamado tu primo?

—Ni siquiera sabía que se llamara John o diablo.

El caso es que primero lo hice sudar y después lo hice sudar lo *sudao*.

—Pero, ¿qué pasó?

—¡Qué va a pasar! No pasó nada.

—Chico, si lo entiendo que me ahorquen.

—Luego él quiso que echáramos mano al revólver y yo dije que *nanay*. Luego él quiso que hiciéramos un número de circo encima del caballo y yo dije que *nanay* también.

—Yo creo que tú traes una trompa regular.

—Es posible. Puede ser que tengas razón. Y para que veas que has acertado me voy a tumbar en menos que canta un gallo. Oye, pero te debo una guardia...

—Me debes una guardia.

—Oye, pero yo aquí soy el jefe, ¿comprendes?

—¿He dicho yo que no seas el jefe?

—Por si acaso.

—¿Es que os han dado lenguas allí?

—Allí nos han dado de todo. Y hasta champán, y luego, bueno, no te digo lo que nos han dado después.

—¿Ha habido folklore?

—Un poco de folklore. Esa Esther, que habla como un pájaro, te he de decir que está como un tren. ¿He dicho como un tren? Pues no, está como un barco, como uno de aquellos barquitos que se acercan a la salida del Bidasoa...

—Estás como una chota.

—Bueno, bueno Mi primo dice que estoy mochales, tú ahora dices que estoy como una chota... ¿Y yo qué digo? Pues yo no digo nada, yo me voy a la cama (¿cuándo uno verá una cama?), y mañana será otro día...

Efectivamente, Chemari se ha dirigido a su tienda, ha mullido un poco el jergón y las mantas, se ha sacado la cazadora y se ha echado lanzando un suspiro hondo y prolongado...

Chaume aparta de la hoguera los leños a medio arder, coge su equipo y llama al perro. Se convence de que Chemari está roncando y sale hacia el puesto.

Vigilia

Chemari hace como que duerme, pero esta noche no la dormiré.

Por una parte, sin saber por qué, siente remordimientos, por otra le acucia una necesidad irreprimible de vigilar no sólo a su ganado, sino al propio Chaume. Sigue en el jergón esperando el momento de incorporarse.

¿Por qué él duda, por qué desconfía, por qué asocia involuntariamente a John con Chaume? El caso es que todo esto le impide dormir.

Es ahora cuando le entran remordimientos por no haberse enfrentado de una manera completa con el repugnante y bravucón de John. Debió aceptar lo del revólver. ¿Y si hubiera fallado? ¿Cómo comprometerse a lo del caballo y lo del búfalo? ¿Lo habrán felicitado todos justamente porque era el forastero y habrá hecho el ridículo como pastor, como vasco y como todo?

Chemari se siente intranquilo.

Sin pretenderlo expresamente fija su pensamiento en Chaume. Al principio Chaume era distinto. La soledad la conllevaba más difícilmente. Pero poco a poco había comenzado a hablar fuerte, a reír, a gastar bromas. Hasta tal punto que el propio Chemari, que también había sido en los primeros meses un tronco, últimamente, y cada día más, se veía envuelto en una especie de torbellino loco y desesperante.

Tendría que habérselo dicho todo a Esteban.

Pero, ¿qué era lo que podía decirle? «Estás medio mochales, estás medio mochales»...

Algo calla, algo finge, algo encubre Chaume. Eso es cierto. Recuerda gestos y palabras de Chaume, sobre todo en el viaje de Bilbao a Madrid. No parecía el mismo. Pero, ¿no era cierto también que ya desde el primer momento le pareció poco vasco? ¿Sería vasco puro? Al Oeste americano no debían enviar más que vascos legítimos, vascos por los cuatro costados. Desde el primer instante había tenido mucho interés, demasiado interés, en unirse a él. También había sido desgracia la suya.

No se atrevía, no podía atreverse a pensar de Chaume lo peor; pero de una cosa estaba seguro, por lo menos; de que Chaume y los hombres de Mr. Link, o por lo menos John y el perruno Tincho, habían tenido una reunión increíble en el fondo del barranco. Y Chaume nunca le había hablado de ello.

Chemari se revuelve en el jergón febrilmente.

Aquella misma noche Chaume se había mostrado excesivamente servicial. No era la primera vez que tanto Chaume como él habían estado dispuestos al cambio; pero aquel «si quieres esta noche descansas. Me quedo yo» era para Chemari, precisamente esta noche, motivo de muy confusas suposiciones.

Amodorrado, Chemari no sabe qué hacer. Como sonámbulo se levanta y vuelve a acostarse. Aunque no quiere confesárselo a sí mismo, también le viene al recuerdo el tono desenvuelto y alegre con que Lucy y Esther le han tratado. Ellas, mejor que el

padre, han parecido olvidarse de que era pastor, un pastor contratado para cuidar ganado en una estepa. Nada más que un pastor, que es lo que era. Un pastor perdido en el pastizal.

En alta voz dice:

—No volveré más. No volveré más al rancho, como no sea a lo que tengo que volver. Que se diviertan, que se casen, que aprendan inglés... que se mueran si quieren. Que me dejen en paz...

Pero ni él mismo se dejaba en paz. Un desasosiego extraño le corría por el cuerpo. Y como por más que hace no puede dormir, se levanta y se pone el capote. Después, el gorro pasamontañas, y se anuda al cuello la bufanda que había traído de España.

Son escasamente las tres de la mañana. Como un sonámbulo da vueltas alrededor del carro y de las tiendas. Fuma un cigarrillo detrás de otro, procurando ocultar la llama del mechero cada vez que los enciende. Ni siquiera nota el frío que hace. Los caballos le miran como asustados.

No se atreve a dirigirse al puesto. Tiene miedo de acertar en sus internas conjeturas. Tiene también miedo de hacer el ridículo ante Chaume. Está a punto de acostarse de nuevo.

Pero al fin sale hacia donde está el ganado.

Se va acercando poco a poco, como un ladrón o un cazador furtivo.

El rebaño está guarecido a lo largo de una hondonada, entre grandes piedras y matorrales secos y espinosos.

La noche está fría y bajo sus pies cruje la escarcha. Chemari contiene la respiración. Sería fatal que en este momento lo descubriera su propio perro o el nuevo guardián que se estrena esta noche.

Todo está en orden y pacífico. Las ovejas, apelotonadas unas contra otras por el frío, parecen levantar de la tierra una entrañable neblina, probablemente el vaho de los cuerpos de las madres calentando a las crías.

Chaume está recostado y bien tapado al lado de una hoguera mortecina. Los perros le rodean.

Chemari vuelve despacio y desmoronado a su jergón. Sus cálculos fallan. Probablemente Esteban tiene razón: se está volviendo un poco mochales. ¿Será que él no está hecho para la soledad, para esta hiriente y terrible soledad y que, por lo tanto, no servirá para pastor?

Se tumba, se tapa bien y comienza a roncar.

El parte de la compañía

Lo han despertado los ladridos de los perros y Chaume que le pregunta:

—¿Te gustaría de almuerzo arroz con leche como a los señoritos? Yo lo hago. Caliente estará muy bueno...

—Hace. Muy bien pensado.

Mientras prepara el almuerzo pone el aparato de onda corta. Es la hora en que la Compañía reparte sus noticias a todos los pastores esparcidos por las inmensas laderas del estado.

—¿Estás oyendo? —dice Chaume.

—¿Qué ocurre?

Pone más alto el aparato y se oyen las instrucciones en vasco.

—Nosotros no, pero otros han recibido ya órdenes de desplazarse hacia otras regiones.

—Estos cabritos de la Compañía —dice Chemari— se acordarán de nosotros cuando tengamos la nieve encima. Pues ellos no me conocen, no vamos a dejar que las ovejas sin pizca de verde y sin agua se nos queden en el hoyo. Si ellos no dan las órdenes nosotros saldremos del atolladero como podamos.

—Pero, míster Link ¿qué dijo?

—Qué va a decir. Misa es lo que dijo.

—Pues bastaría que Esteban quisiera...

A Chaume se le dan muy bien las cosas del cocinar.

Ya está hirviendo el arroz.

—Mi primo ya tiene bastante con su casorio y la Compañía está más sorda que una tapia. Me parece que era clara la última carta que mandamos.

—Nada, que de nosotros se han olvidado. Según yo pienso, nadie tendrá más interés por las ovejas que la Compañía.

—Pues no lo parece.

—Habrá que seguir dándoles la lata.

—Yo voy a esperar una semana más y hoy mismo remacharemos el clavo y veremos si a Esteban se le ocurre sacarnos de este atolladero. Nuestra obligación es cuidar y salvar las ovejas de todos los peligros. Nosotros estamos sobre el terreno y sabemos lo que conviene al ganado. Si el tiempo sigue como está y continúa empeorando, nosotros no pasaremos un invierno entero de sequía aquí y, como sea, cruzaremos al Norte.

—Pero no podremos. Tendríamos que contar con míster Link.

—A lo mejor nos deja.

—¿Y si no nos deja?

—Si no nos deja, en una noche oscura remontamos toda la orilla de los pantanos arriba y cuando quieran buscarnos estaremos en la otra parte.

—Dicen que la Compañía pone multas sobre el sueldo por no atenerse a las

instrucciones.

—¿Multas a nosotros, después de estar aquí como cabritos?

Están desayunando con ganas un enorme cacharro de arroz con leche cada uno. De acompañamiento, unos enormes trozos de pan y de queso.

—Pero a la fuerza no intentarás pasar por donde paran los hombres de míster Link.

—¿Te dan tanto miedo?

—Tienen pinta de gente peligrosa.

—Se cruzará. Si no hay más remedio se cruzará, aunque sea por encima de las patateras del suegro de mi primo.

—Eso es imposible.

—Ya se verá si es imposible. Las ovejas están muy flojuchas, algunas se caen, como habrás visto, y hay que ver cómo están saliendo los borreguillos. Algunos se quiebran al andar como palillos...

—Oye, pero tú no me metas a mí en ese lío de cruzar por donde dices.

—¿Cómo que no? Tú cruzarás conmigo.

—No estás hablando en serio.

—Estoy hablando muy en serio... como yo hablo en serio cuando hablo en serio... ya sabes.

—Yo creo que el golpe en la cabeza del otro día te ha trastornado un poco.

—¿Qué golpe?

—Aquel golpe, cuando viniste como un *ecce homo* y que todavía no me has dicho de qué fue.

—Te dije que me caí del caballo.

—Anda, anda, pero si tu caballo es un manso cordero.

—Pues me caí.

—¿Y por qué te caíste?

—El caballo vio una gran bicha que se cruzó en el camino y se espantó.

—Pues no lo contaste así entonces...

Terminan de comer. Chemari se pone a redactar una carta, operación para él sumamente costosa y a la cual da mil vueltas porque no sabe por donde comenzar. Chaume comenta:

—Ya verás como mañana o pasado recibimos nosotros también orden.

—Dios lo quiera. Yo creo que esta vez mi primo sí que hablará con los de la Compañía o por lo menos tendremos el permiso de míster Link. Seguro. A lo mejor en el camión de esta tarde... ya lo tenemos.

Chemari escribe con gran parsimonia. Arruga la frente con cara de hombre terco y tenaz. Se ve que está obsesionado.

Chaume lava en el charco sus pañuelos y demás ropa. Ha puesto a su lado música

a toda potencia.

Un correo extraordinario

A última hora de la mañana Chemari se ha ido a dar vueltas alrededor del ganado. Está contento de su carta.

Desde una alta roca que domina la rinconada donde pasta el ganado lanza sus miradas hacia las prometedoras veredas que llevarán su ganado a las tierras jugosas de más arriba.

Sin saber por qué se siente más contento. Es como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Chemari saca la armónica y comienza a tocar canciones de su tierra. ¿No vale su aldea, sólo su aldea, más que todo este interminable y rico país? Para él sí que lo vale. Él lo que necesita es esto, pasar horas, moler días, triturar meses, tragarse años. Años, pocos. Sabiendo que cada hora que pasa, cada día que muele, cada mes que tritura, cada año que se traga ha aumentado el montón de dólares. Y luego a vivir, que son cuatro días. ¿Qué es lo que hará con el dinero cuando regrese? Las ovejas, como percatadas del estado de ánimo de Chemari, no balan suplicantes ni angustiadas. Parecen conformes metidas en aquel embudo. El sonido de la armónica las tranquiliza y las hace más mansas y suaves. Sin embargo, viéndolas y mirándolas con ojos fríos, las ovejas no son ni sombra de lo que eran y de lo que podían ser. Claro que bastarían unos meses, la primavera, para que el cuadro cambiara bastante...

Chemari ha sentido vibrar un motor lejano. No es ningún avión. Es el camión del correo que hoy se ha adelantado. Aun caminando por entre las leñosas hierbas levanta una gran nube de polvo. El suministro es lo de menos.

Seguramente trae la solución del problema. Es casi seguro que Esteban se ha movido después de insistirle tanto y ya tienen el anhelado permiso.

Pero también probablemente esta vez sí que llega carta de Maribelcha. Tiene el presentimiento de que sí. Y corre hacia el carro.

—¿Hay correo? —pregunta a gritos.

—Hoy sí que tiene. Dos a falta de una.

—¡Viva! ¡Aupa el Athletic! —grita como un loco poniéndose delante del camión.

La llegada del correo siempre es un bello espectáculo en las praderas americanas. Los pastores hacen menos caso de los víveres y prendas que de las cartas o de los periódicos que les llegan de sus aldeas. Ese día ni ellos ni el ganado existen. Existen las cartas, el programa de fiestas, una foto, el recorte del periódico... Nunca esperan recibir malas noticias. Siempre se acercan con tremenda y desbordante ilusión al

paquete del correo.

Ocurre también a veces que el pastor que ha recibido alguna vez una decepción por medio del correo, se aparta de él instintivamente. Otros hay que, como temiendo un desengaño o una desgracia, esperan desde lejos a que les digan que tienen carta y hasta a que les delecten el remite.

Ya están descargando los paquetes, el suministro semanal, más si hay algún encargo especial hecho por ellos.

—Las cartas, las cartas —grita Chemari.

Bajan un bulto con ropas de invierno. Chemari ni hace caso, a pesar de que son buenas prendas y muy necesarias.

Es un momento simpático y como ritual. Chemari y Chaume se han tirado como hambrientos al leve fajo de la correspondencia sin hacer caso de comestibles ni de ropas.

—¿Estáis contentos? —preguntan los del camión.

Chemari, al ver que tiene carta de Maribelcha y de su madre, les dice:

—No os vayáis. Tenemos algún borreguillo lisiado y lo asaremos.

—Tenemos que ir a otros sitios.

—Nunca paráis aquí. Bajad, puñeteros.

Pero Chemari con sus cartas en la mano se ha aislado rápidamente. Ha buscado una peña, al lado del charco de agua que les sirve de abrevadero, y se ha puesto a leer ansiosamente la carta de Maribelcha.

Chaume está haciendo otro tanto en un rincón.

¡Con razón estaba él esta mañana de tan buen humor! Se lo decía el corazón. Al abrir la carta de Maribelcha ha caído al suelo un recorte de periódico. Es la crónica de la romería, de la misma romería en que ellos se conocieron y se apretaron fuertemente la mano por primera vez.

Chaume ha terminado en seguida. Y pregunta a Chemari.

—¿Qué te dicen?

—Si no he empezado todavía.

—¿No te dicen a cómo está la miserable peseta con relación al dólar?

—A mí no me hablan de esas cosas.

—¿Es de Maribelcha?

—Son dos de Maribelcha, y una de mi madre... ¡Tres cartas!

Las cartas de Maribelcha vienen en un sobre pequeño las dos juntas, escritas con letra hecha con mucho trabajo y, a pesar de todo, emborronadilla.

Chemari está absolutamente abstraído, y su cara es casi la de un niño.

Maribelcha ha escrito:

... ni yo ni tu madre comprendemos eso que dices que como nadie te ve te vas a dejar la barba. ¿No te ve tu madre, no te veo yo? ¿Es que no habrá

barberos por ahí, a pesar de que dicen que eso es lo más moderno de todo? A mí me gustas sin barba. Con barba no me hago a la idea de cómo eres. Aunque seas más guapo te quiero sin barbas. Eso debe de ser idea de las de ahí, porque muchos hombres salen en el cine con barbas y ellas están muy contentas. Aunque no haya barberos en el monte los habrá en la ciudad y aunque tú dices que vas tan poco, que no te creo, alguna vez irás. Aquí dicen que es que los pastores vivían como monjes, pero sería antes y ahora los pastores también se encontrarán por las carreteras americanas de esas tan altas y tan rubias como pasan por aquí, aunque dicen que por aquí no se va ni se viene de América. Si te gustan las americanas, pues te quedas ahí y en paz. Con irte ahí no sé si habrás salido ganando porque ya ves que yo soy casi como un garbancito pero no me negarás que todavía las hay más pequeñas que yo, aunque no sea ahí...

—Chavala, chavala, eres la gloria —grita Chemari corriendo por el campo como un loco.

Luego continúa leyendo:

... todas las tardes, al oscurecer, al salir del rosario, me acerco un rato a tu casa y me paso allí hasta que ya es la hora de cenar y a veces yo no ceno y no sé si tu madre cenará tampoco, aunque me parece que no... porque de tanto hablar de ti se nos pone la boca seca... No es por engañarte pero tu madre ya pasó lo peor y es el mejor invierno que pasa desde que te fuiste... No es por conformarte pero tu madre ya pasó lo peor. Al principio lo pasó mal, ahora que pasó te lo cuento... No se resignaba a que estuvieras fuera, pero poco a poco ha ido conformándose y de cuando en cuando dice: «El día menos pensado Che se vuelve, ya lo verás», aunque ella siempre cree que tú no volverás en aereoplano y siempre que dice algo sobre esto dice que lo mejor es el barco, ya que no puede ser en carreta o andando, que es lo mejor, porque tú eres fuerte y llegarías...

—Llegaré, llegaré —grita Chemari en su inmensa soledad como si estuviera dirigiéndose a alguien.

—Ya hablas solo —le grita Chaume.

—¡Qué remedio!

—¿Te dice algo del Athletic?

—¡Cállate de una vez! ¿Me quieres dejar en paz?

... el otro día estuve en Fuenterrabía con mis primos y conocí a un pastor ya viejuco que dicen que estuvo por donde tú estás. Dicen que se hizo famoso jugando a la pelota vasca en ese sitio pero yo creo que lodo esto tiene que ser

mentira, porque ¿es que ahí hay también frontón? No faltaba sino que los americanos también tuvieran frontones y boleras. Yo a todos los turistas americanos que veo pasar por la carretera los ponía a levantar piedras de cien kilos a ver si podían. El caso es que aquí nos aburrimos mucho porque estamos muy solas, pero tú también no hablas más que de tu perro, que ya estamos de Rale hasta arriba. Si es un perro tan hermoso manda por lo menos una fotografía, porque tu madre ya se cree que es un toro o poco menos. ¿Sigue la sequía esa? ¿Es verdad que se casa tu primo Esteban? Aquí no se lo creen mucho, pero yo digo que si tú lo dices por algo será. A lo mejor ella ni es católica siquiera... que sería, según dice tu madre, lo peor de todo.

—¡Vaya carta larga! Chemari, no te quejarás. ¿Es que la muchacha te deja con tus ovejas y se ha echado otro novio? —gritan los del camión.

—¿Queréis iros a la porra y dejarme en paz?

... aunque te había prometido que no iría al cine, alguna vez cuando ponen alguna de esas de vaqueros, por si se te ve por algún rincón, sí que he ido, aunque acompañada de mi prima la sacristana. Me figuro que por eso no te incomodarás conmigo, y cuando tú vengas, si es que no te olvidas de todo esto y haces como Esteban, iremos juntos. Los domingos sobre todo es que se me hacen muy largos... Tú dices que ya es hora de que deje de servir en el bar, y aunque bien me gustaría no aparecer por allí, no puede ser, porque hay que echar una mano, sobre todo a determinadas horas. Mi padre cada día está más pachucho y ni para las cuentas sirve...

—Oye, tú, que nos vamos a comer el cordero y no te vamos a dejar ni las criadillas... —dice el camionero, un tipo vasco y gordo con una nariz como un pimiento.

—No hagas caso y sigue leyendo —le dice el joven acompañante que hace de chófer.

Chemari se ha quedado con la carta en la mano meditando. Ahora coge la de su madre y la abre con gran respeto.

—Deja algo para luego —le gritan.

... ya hace tiempo que me vienen preguntando si vendemos el pedazo del cementerio y como tu padre nunca lo quiso vender yo digo que aquí no se hará nada sin contar contigo y que lo que tú digas. Los vecinos todos dicen que lo pagan más que vale pero yo no haré nada sin que tú digas y por todo el oro del mundo no vendería nunca lo que fue la dote mía, dote que tu padre aumentó como sabes cuando compramos después lo de Pancho. ¡Cómo vender si a lo

mejor lo que tú estás pensando es en comprar lo del Estanquero e incluso lo del sobrino del cura, porque con eso nuestra casa quedaría sola...! Tú sabes lo que hemos padecido pagando tantos años. Yo no necesita nada, con lo que tengo es bastante y soy feliz, pero más si tú estuvieras aquí... Tú has querido eso y yo lo que tú quieras, pero Rosa dice también que lo que tú quieras. No te he dicho que Rosa por lo que me dicen todos menos ella, sale con Juanchu el de Nachu, el de la herrería. Si llegara a casarse tú si vendrías, ¿verdad?

Sintió rabia porque su hermana pudiera casarse, pero se serenó en seguida al pensar en Juanchu que era un buen muchacho. Juanchu tenía para defenderse más que medianamente. Recordó a Juanchu haciendo el saque en el frontón, tipo pequeño pero duro como el acero.

Chemari vuelve al grupo.

—¿Buenas noticias o malas? —le pregunta Chaume.

—No del todo malas.

—Pues a celebrarlo. ¿Abrimos esa botella de tequila que tenemos ahí criando telarañas?

—Se abre. Una vez habrá que abrirla.

Chaume ha puesto el transistor a toda potencia.

—Estás muy contento —le dice Chemari.

—¿Y por qué voy a estar triste?

—Tiene razón —dicen los demás.

La comida transcurre entre pullas y bromas. Al parecer el Athletic va de mal en peor. Han estallado bombas en Bilbao y San Sebastián. Alguien ha escrito diciendo que vuelve el Rey... Todo lo comentan sin gran entusiasmo.

Chemari no está en lo que hablan. Está pensando en cuando él vuelva al pueblo. No sólo compraría lo que decía su madre sino algo más. Y pondría una gran vaquería y tendría su huerta, Y él y Maribelcha vivirían juntos en una casita nueva y tendrían niños.

Su madre pasaría temporadas con ellos y los niños la llamarían abuela.

De vez en cuando mira a Chaume. Este ha llegado a América con unas ideas muy distintas a las suyas. Nunca le ha oído hablar de regresar a España. ¿Chaume era vasco, vasco de verdad? No lo era, no podía serlo. No era lo mismo haber nacido junto a las aguas del Bidasoa que tener un padre de Valencia o de Aranda del Duero. Chemari se queda abstraído migando a Chaume hasta que Chaume dice:

—¿Es que tengo monos en la cara?

—Perdona, estaba pensando en otra cosa. ¿Y la Compañía no os ha dado ningún recado para nosotros?

—Nada, nada. Vimos a tu primo, que dijo: «Decidle que no se preocupe que ya recibirá noticias».

—¿Nada más que eso?

—Y añadió luego: «Decidle que no se ponga nervioso».

—¿Eso dijo? ¡Menudo fantasma está hecho mi primo! —ha dicho Chemari con gran escándalo de todos.

Y luego ha añadido:

—Sí, no os asustéis. A Esteban hay que darle un buen susto un día...

—No irás a pisarle la dama —ha dicho Chaume.

—A mí me sobran todas las americanas del mundo.

—No lo digas muy fuerte —dice el vasco repartidor del camión.

—¿Lo he dicho fuerte?

—Es que otros comenzaron diciendo lo mismo y mira cómo han acabado.

—Serían poco vascos.

—Y muy vascos que eran.

—Todo es cuestión de gustos.

—No digas nunca de esta agua no beberé —insiste Chaume.

—Bueno, bueno, vosotros decidle a Esteban de mi parte que qué quiere que le regale.

—Le tendrás que hacer un buen regalo. Es tu primo.

—A lo mejor te nombra padrino.

—Ahí va. Si te nombra padrino por lo menos doscientos pavos de los de aquí.

—Ya será menos —comenta irónicamente, cachazudamente Chemari.

—Sería bueno que pudiéramos echar una partidita —dice Chaume.

—No es posible —dicen los del camión del suministro.

—¡Para las veces que nos encontramos cuatro juntos! Este y yo —dice Chaume— alguna vez le hemos dado a las siete y media, pero Chemari no sirve para el juego. Se asusta en seguida. Con cuatro podríamos echar un buen mus...

—No es posible —repiten ellos levantándose.

—¡Huy, con lo que tenemos que hacer todavía esta tarde! —dice el jefe, poniéndose de parte del chófer.

—A otra vez será —dice Chemari, alegrándose del fracaso de la partida.

Como vasco ahorrativo, Chemari, desde que ha llegado al Oeste, no ha pensado más que en la posibilidad de ganar. En sus cálculos no entra perder ni siquiera un duro y menos en el juego. Chemari no se ha acercado a la capital más a menudo por esta razón. Tampoco acostumbra a pedir a los del suministro que le compren ninguna clase de chucherías, todo lo contrario que sucede con Chaume.

Los del suministro salen gritando:

—¿Qué dice el de Bidasoa?

—¿Manda algo el primo del jefazo?

—¡Aupa el Athletic! —grita Chemari, y saca el pañuelo de colores para

despedirlos. Y todavía grita—:

Y a la próxima a ver si traéis más cartas.

—Sí, más cartas y pedazos de trenza, ya, ya... —grita el vasco viejo.

Se pierden levantando nubes de polvo.

Las paga Rale

La tarde se la pasa Chemari contestando fatigosamente, dulcemente, a Maribelcha. Chaume va haciendo números en unos papelitos que rompe al instante.

Aquella noche la guardia le tocó, como era obligado, a Chemari. De entrada dio unas vueltas alrededor del ganado con *Rale* al lado. Era prematuro meter al nuevo perro en faena. Pero algún día tendría que estrenarlo. Cara al invierno era mejor disponer de un perro más. Era en esta época, según les habían avisado, cuando a veces sucedían los ataques de los coyotes.

Es una noche fría, hosca, ululante de ventiscas y cierzos. Chemari mirando al cielo en aquella inmensa soledad exclama varias veces:

—Si para el viento, nevará.

Pero el viento cada vez va en aumento. Las ovejas, replegadas unas contra otras, parecen a ratos doblarse. Es como si fueran a ser levantadas de la tierra salvajemente. Silba el aire al atravesar los arbustos y matojos.

Al amanecer, antes de empezar a clarear, Chemari se ha recostado en el hueco de una enorme roca.

Más que dormir lo que busca es resguardarse de las corrientes del viento desolador que barre las laderas.

Rale va y viene cumpliendo puntualmente su papel.

No conviene de ningún modo que a las ovejas arracimadas les entre el pánico. *Rale* las va conteniendo y tranquilizando.

Ha habido un momento en que a Chemari le ha parecido que el perro ladraba lejos con cierta desesperación o como si quisiera avisarle de algo. Indeciso entre acudir al sitio o esperar, se ha incorporado.

De súbito ha sonado en el barranco, con sus repetidos ecos, una detonación, y se ha escuchado algo así como un aullido.

Chemari ha comenzado a moverse torpemente entre las sombras. ¿No habrá sido Chaume, espantando algún bicho?

Hasta que han pasado los primeros minutos Chemari no se ha dado cuenta de que *Rale* ha dejado de hacer acto de presencia, cosa bastante extraña después de un disparo como aquél. Ha gritado fuertemente:

—¡*Rale!*

Pero lo único que ha escuchado es el galopar de un caballo o de varios caballos. Ha vuelto rápidamente al puesto y aunque los perros están nerviosos, ladrando fieramente, Chaume está profundamente dormido y roncando.

—Pero, ¿no has oído un tiro? —le dice zarandeándolo.

—¿Un tiro?

—Sí, un tiro. ¿Y *Rale*? ¿Dónde está *Rale*?

—¿Y me preguntas a mí por tu perro?

Han caminado los dos hacia el rebaño. Chemari lleva la escopeta lista.

—Es muy extraño todo esto —repite sin cesar.

—¿Qué es muy extraño?

—Pues lo primero que no dé señales el perro.

—Sí que es raro —contesta Chaume.

Después de dar muchas vueltas y rodeos encuentran a *Rale*. El perro tiene un tiro en la cabeza.

Los perros, al verlo, se han vuelto como locos de rabia. Chemari ha mirado a todas partes con odio también de fiera. Está amaneciendo.

—Vuelvo a jurar que me vengaré.

—Pero, ¿quién ha podido ser?

—¡Quién va a ser! Los criminales de los hombres de míster Link. ¡Tus amigos!

—¿Mis amigos?

—Yo te he visto una vez hablando con ellos en el barranco.

—¿Que tú me has visto...?

—Sí, yo te he visto.

—¿Y eso qué tiene que ver? También tú te los habrás encontrado alguna vez por ahí. Hasta ahora yo no he ido nunca al rancho de míster Link, ni he discutido con ellos. Yo, simplemente, si me han dicho adiós, pues les he dicho adiós... No somos animales, si nos saludan tenemos que contestar...

—Juro que la pagarán, como hay Dios que la pagarán... —y Chemari se ha puesto a acariciar al perro muerto.

Después lo coge en brazos y, seguido de Chaume, lo lleva hasta el puesto. Una vez allí lo deja con cuidado en el suelo y se pone a examinar la herida.

—Ven aquí —le dice a Chaume.

—¿Qué quieres?

—Tráete la pala y el pico.

Cuando llega le señala la herida y dice:

—Fíjate bien, es de revólver. De los revólveres que llevan ellos.

Va por el suyo y lo aprieta fuertemente.

—Igual que éste —dice.

Chaume se ha puesto a hacer un hoyo. No habla. Al ver el cariz que están tomando los acontecimientos ha comenzado a sentir miedo. ¡Conque Chemari los ha visto juntos! Los habrá visto juntos pero no sabe nada, no es posible que sepa nada. Con que hubiera sospechado algo no habría podido contenerse y hubiéramos tenido el gran lío. Sobre el mismo terreno. Naturalmente. Pero Chemari no se lo huele.

—Este sitio está *gafao* —dice Chaume. Y al ver que Chemari ni contesta, añade —: Estoy deseando que salgamos de aquí...

—Saldremos, saldremos, pero antes habrá que arreglar algunas cuentas. Esto no puede quedar así...

—¿No irás a volver al rancho?

—¿Y por qué no? Claro que volveré.

—Yo creí que no te habían quedado ganas de volver.

—Eso se verá. A quién no le va a quedar ganas de volver por acá será a ellos.

—Pero, ¿por qué han de ser ellos? No sabemos nada.

—¿Quién ha sido entonces?

—Ha podido ser algún vagabundo, si el perro se le echó encima...

—No estás tú hecho mal vagabundo.

Cuando el hoyo está terminado Chemari coge el perro y se dispone a enterrarlo. Pero, al ir a hacerlo, como si fuera una criatura, se arrepiente y lo deja al borde. Está haciendo verdaderos esfuerzos por no gritar como un energúmeno. Repite de manera mecánica:

—¿Tú crees que hay derecho a esto? Matarle a un pastor su perro, matármelo a mí, por ser yo, porque desde el primer momento me he dado cuenta de que son unos maleantes, unos canallas.

Por fin, agarra a *Rale*, le pasa la mano cariñosamente por la larga pelambreira, y lo deja en el hoyo con todo cuidado. Después echa la tierra encima muy despacito...

Se ve que está tramando algo. Chaume, por sacarlo de su aislamiento, dice:

—Menos mal que tienes el de Esteban. A perro muerto, perro puesto. Es un buen perro ¿Cómo le vas a llamar?

—Le voy a llamar *Demonio*.

—Pues mira lo que son las cosas, este perro tiene algo de demonio.

—Y si no lo tiene se lo pondré yo.

—Pero no te pongas así conmigo...

Chemari se ha alejado solo por el campo. Se ha agachado al suelo y ha cogido una lata. Luego la ha colocado sobre un peñascal. Se ha apartado unos metros y ha comenzado a disparar tratando de corregir su puntería.

Chaume desde lejos lo mira preocupado. Los perros ladran furiosamente.

Este día Chemari no vuelve siquiera a comer. Se ha internado entre las ovejas como olfateando las huellas del crimen... A su lado lleva el perro nuevo. Chaume,

aunque disimula, sigue desde lejos todos sus movimientos. Quizá los hombres de mister Link se han pasado de la raya Si hubieran consultado con él no habrían cometido tamaño error. Acaso la muerte de *Rale* ponga en peligro cosas más serias.

Necesariamente tiene que avisar a John y a Tincho. Se la están jugando estúpidamente todos.

QUINTA PARTE

El nuevo guardián: «Demonio»

La radio comenzó a dar instrucciones a los pastores para el movimiento del ganado. Pero a ellos no se les hace ninguna indicación en este sentido, sino que más bien se les ordena que permanezcan invariablemente en su puesto.

—¿No será el propio míster Link el que nos está jodiendo? —ha dicho fuera de sí Chemari.

—¿Qué interés puede tener míster Link en que estemos aquí o en otra parte? —le ha contestado Chaume.

—¡Qué sé yo!

Chemari está abatido, desmoralizado. Se siente más solo que nunca. La muerte de *Rale*, y de aquella manera, lo tiene paralizado, sin saber qué hacer. Después de escuchar las instrucciones se ha quedado mirando el tremendo y solitario paraje. Realmente no parece ser que esté allí por su gusto sino como cumpliendo una condena, ¡Y pensar que seguía existiendo el Bidasoa con sus márgenes de alisos y cañaverales!

Sin decir ni palabra ha preparado la montura de su caballo.

—¿Adonde vas, si se puede saber?

—Voy a dar una vuelta si me das permiso —ha replicado totalmente desabrido y descompuesto.

—Chico, no se te va a poder hablar. Pues yo, desde ahora, ¡silencio!

—Bien dicho, ¡silencio! Eso es lo que nos hace falta. Y apaga de una vez esa radio follonera.

Chemari ha salido andando con el caballo del ramal y con el nuevo perro al lado.

—Tú, *Demonio*, a mi lado...

Ahora sí que la tierra le parece muda e impenetrable. Todo, hasta su rebaño, le parece algo quieto, muerto, gélido, ajeno por completo. Pero al mismo tiempo su propia vida le parece algo vacuo, ocioso, sin sentido. ¡Sólo que dicen que en el Banco cada mes le apuntan doscientos cincuenta dólares más!

Ha tomado una ruta nueva. Si no les permiten moverse de esta estepa, por lo menos habrá que buscar al ganado rumbos mejores, aunque sea acercándose a la carretera. Algo habrá que hacer.

Sin embargo, su pensamiento tampoco logra fijarse en este punto concreto. Lo que más le obsesiona es Chaume. No sólo tiene enfrente a míster Link o por lo menos a los bribones de sus criados, sino que su compañero de penas y fatigas es más peligroso que los coyotes y que la cascabel cien veces; más peligroso mil veces que los osos y los leones, que todavía no ha visto ni de cerca ni de lejos. Hasta ahora

ningún bichejo le parecía tan temible y falso como Chaume. ¿Y por qué? No podía responder por qué; pero por algo sería. ¿No había dicho que «silencio»? Pues esa sería la prueba definitiva y acaso el castigo. Un silencio de muerte guardaría él hasta que aquello rompiera por algún lado. Desde hoy en adelante las borregas serían su única compañía, las borregas y *Demonio*, que ojalá lo fuera de veras con todos los que se metieran con él. ¡Y para colmo, Esteban viviendo como un señorito sin preocuparse de nada que no fuese su boda!

Chemari sigue campo adelante. Allí el terreno está mejor seguramente para el rebaño, pero le falta el agua. Sin agua abundante y sana es expuesto meterse con el ganado por aquellas miserables trochas.

A media mañana *Demonio* dio un salto y sacó los dientes.

Era la primera serpiente que veía. No era muy grande pero permanecía alzada. El caballo reculó hábilmente. Chemari sacó el revólver. Al segundo tiro cayó doblada. Esto animó extraordinariamente a Chemari. Recordaba ahora lo que le habían contado de uno de los pastores de por aquellos puestos que, mordido por una cascabel y encontrándose solo y viendo cómo avanzaba la infección no tuvo más salida que coger el hacha y cortarse la mano. Y se había salvado.

Por allí no había tampoco muchas posibilidades. Penetrar por allí sería como comenzar un destierro.

Acaso lo mejor de todo sería dejar el rebaño a su instinto. Las ovejas sabían orientarse perfectamente, aunque a veces parezcan ciegas y torpes.

¿Qué sacaba él con preocuparse si la Compañía no le daba la orden de avanzar? No se comprendía.

Fue regresando muy despacio. Era como si tuviera miedo de llegar. Se veía a punto de tomar una determinación importante.

Al parecer *Demonio* ha elegido dueño. Va pegado a Chemari como la uña al dedo. Al pisar de nuevo el puesto, por dentro se va repitiendo: ¿Me habrán traído aquí sólo para cumplir las apariencias, lo que allí decíamos *legea egin*, y no estaré en el secreto de la cosa? ¿Seré yo el único que no está en el secreto de lo que pasa aquí? ¿Será que todo consiste en tirar con las ovejas, donde quieran, y seguir adelante como una máquina?

Y remató diciendo:

—Pero para eso tan sólo no es posible que me hayan traído a mí y a otros, desde tan lejos. Eso lo podría hacer cualquiera.

Encuentra a Chaume remendándose unas botas. Chemari se apea en silencio.

Estalla la ruptura

Chemari se pone a engrasar y limpiar el revólver después de atender escrupulosamente al caballo y de ponerle el pienso.

—No habrás matado a nadie, me figuro —dice Chaume como gastándole una broma.

Chemari ni responde.

—Te advierto que en este país las leyes se cumplen y son muy fuertes.

Chemari permanece callado. Se ha levantado y se ha puesto a preparar la comida a *Demonio*. Al sentarse de nuevo en los pescantes del carromato, Chaume le dice:

—Si por algo, por lo que sea, estás descontento de mí, la cosa tiene fácil arreglo. Se lo dices, o se lo decimos a Esteban, a tu primo Esteban, a mí me trasladan a otro puesto y en paz.

Chemari tarda en contestar, pero al fin lo hace:

—Quizá eso venga después; pero mientras no viene y puesto que aquí hemos venido a cumplir un reglamento, y porque, además, aquí por ahora yo soy el jefe, desde mañana tú no tendrás nada que ver con el ganado. Tú te dedicarás a la comida, a la ropa, a los caballos, a la radio esa del diablo y todo lo demás. Yo me encargaré del ganado y tú de todo lo demás.

—¿Qué te he hecho yo a ti?

—Tú sabes muy bien que eso pudo ser así desde el principio. Y ahora me doy cuenta de que te he estado obligando, bueno, te he puesto en el turno de lo que no te correspondía.

—Protestaré a la Compañía.

—Ya puedes estar protestando. O estás conmigo o estás con otro. Si estás conmigo estarás como a mí se me ocurra.

—Tú me tienes manía. Yo quisiera saber por qué.

—Yo no te tengo manía.

—Te la tienes a ti mismo. El estar solo te está volviendo mochales. Ya lo dijo tu mismo primo.

—Es posible. Pero mientras la Compañía me tenga aquí y no me meta en un manicomio, aquí se hará lo que a mí me salga de las pelotas. Y se acabó. No vuelvo a hablar ni una palabra más. ¿No dijiste tú silencio?

Chemari se ha puesto a tostarse en la sartén un trozo de tocino y unas salchichas. Cuando están calientes las mete dentro del pan y se las come. Después se bebe una cerveza.

Chaume no se atreve a insistir. Aunque aquel día le toca la guardia a él, no está preparado para enfrentarse con Chemari.

Cuando lo ve irse con *Demonio* al lado, le dice:

—Algún día volverás a tus cabales, espero...

—Algún día —dice Chemari avanzando muy abrigado camino de la hondonada

donde debe de estar refugiado el ganado.

«*Demonio*», es realmente un demonio

Demonio, como queriendo hacer méritos en su estreno, se porta maravillosamente. Va y viene, rodeando como un anillo de cinturón la estirada correa del ganado.

Se diría que está contento porque haya desaparecido *Rale*. Sin embargo, Chemari cada vez que tiene que tender la mano para acariciarlo se acuerda de su perro muerto, con los ojos apagados como piedras del río, con la dentadura blanca y amarillenta como marfil, con el pelo hirsuto y crispado como un jabalí ahogado en la corriente.

—Que repitan la hazaña —se dice una y otra vez en alta voz.

Ya no se desprende del revólver. Las ovejas, al parecer, notan la ausencia de *Rale* o por lo menos a Chemari se le ha metido esta idea en la cabeza. Al oírlas balar les dice:

—Sí, sí, lo han matado. Como a un perro lo han matado los muy perros...

Con este desahogo Chemari va pasando la noche de vela. Ni en un momento descansa. Está llegando la hora de adoptar resoluciones firmes y radicales. A él no se le puede dejar tirado con más de dos mil borregas, como allí dicen, esperando el santo advenimiento de las lluvias, cuando ellas quieran decidirse a venir, y moviéndose en un área cronometrada como si fuera un muñeco de circo. Él es un pastor y los pastores se mueven como los vientos y las nubes, siguiendo la querencia del rebaño, que nunca falla. Es muy bonito dirigir rebaños desde una oficina, con un mapa iluminado y unos micrófonos...

Lo que Chemari no comprende es por qué a todos los pastores los van movilizand o hacia zonas más abastecidas de pastos y de agua y por qué a él, a pesar de Esteban y de que lo ha pedido repetidas veces, lo tienen poco menos que sujeto, como atado de pies y manos en este trozo de tierra inhóspita.

Visita inesperada

Muy temprano, antes de retirarse del rebaño, Chemari ha sido sorprendido por el ruido de un motor. Es un *jeep* que se acerca, pero no viene en la dirección de la carretera. Lleva los faros encendidos.

Demonio se ha lanzado como un bólido contra el *jeep*. Chemari ha tenido que

gritarle enérgicamente. Por llegar el coche de aquella dirección Chemari ha tenido la precaución de montar el revólver.

—Ja, ja, ja —dicen las dos hermanas Link al descender del *jeep*. Van vestidas con pantalones, muy deportivamente, a pesar del frío que hace.

Las dos bajan sonrientes, muy divertidas de ver a Chemari con aquella facha y el revólver en la mano.

—No somos indias —dice Lucy.

—No somos los pieles rojas —grita Esther.

Chemari lo ve y lo escucha todo embobado, pero la misma belleza y desenvoltura de las muchachas le hace mostrarse desde el primer instante arisco e irritado. A fin de cuentas, son las hijas del feudal granjero que lo tiene empantanado.

—Venimos, ¿sabes a qué venimos?, venimos a invitarte a la boda. ¿Comprendes?

Se meten las dos muchachas entre las ovejas y producen un revuelo y unas espantadas bastante regulares. Están alborozadas como niñas. De vez en cuando miran a Chemari.

—Fíjate qué cara de disgusto pone —dice Esther.

—Está terrible. Un poco más y nos echa a latigazos.

Chaume y su perro vienen hacia el grupo.

—¿Qué hay de Esteban?

—Ah sí, tenemos unas letras aquí... —y Lucy saca un sobre doblado del bolsillo del pantalón.

Chemari lee:

... en algo tenías razón. Dicen del rancho que no vale la pena de conceder ese permiso porque sería mucho el destrozo del paso de un ganado en esas condiciones... De todos modos no está dicha la última palabra, porque yo pienso hablar al viejo un día de estos... y entonces sabremos a qué atenernos...

—Irás a la boda —dice Lucy.

—Ya veremos —responde Chemari bastante secamente.

—Tienes que ir, te esperamos —dice Esther.

—¿Se sabe ya el día?

—Esteban ha dicho que será el primero de año.

—Año nuevo, vida nueva, dicen en mi tierra.

—Y aquí también —responden las dos casi a la vez.

Chaume se ha acercado muy cumplido y servicial.

—¿Querían tomar algo, algún café...? Hace una mañana muy fría.

—Tu compañero es muy caballeroso —dice Esther dirigiéndose a Chemari.

Todo aquello está molestando positivamente a Chemari. Además, no sabe disimularlo.

Chaume corre que se las pela y les trae un botellín.

—¿Qué whisky es este? —pregunta Lucy.

—Es ron, un buen ron —dice Chaume.

—Pero eso no es para señoritas —comenta Chemari.

—¿Por qué no? —exclama Lucy cogiendo el botellín.

Esto aumenta la contrariedad de Chemari, que se aparta del grupo con el pretexto de guardar la carta de Esteban.

Lucy bebe un trago con toda naturalidad. Luego tose, hace guiños y carraspea, pero más bien en plan de broma. Rápidamente saca del bolso un pitillo y lo enciende. Lucy, que en un principio le había parecido a Chemari una muchacha tímida y delicada, la está viendo como una mujer voluntariosa y dominadora. Sin embargo, Esther, a la que vio primero como una mujer demasiado resuelta, le está pareciendo ahora una chiquilla agradable y simpática.

Al acercarse al puesto, sin pedir ayuda a nadie, Lucy se ha montado en su caballo. La estampa es garbosa. Chaume la está aplaudiendo. Realmente es una hermosa mujer. Ahora es cuando, casi dolorosamente, Chemari, desde lejos, se está fijando en ella. El pantalón vaquero, muy ajustado, señala la rotunda afirmación de sus muslos. Cuando ella llama a Chemari, después de un leve trotecillo, para que la ayude a bajar, Chemari llega a sentir casi un dolor físico.

Sin quererlo también Chemari compara a las dos hermanas. El pecho erguido, brioso de Lucy contrasta con el aire melancólico y un tanto quebradizo de Esther.

Chemari está preguntándose inconscientemente:

«¿Y por qué Esteban habrá elegido a la mayor y no a la menor? Ya verás, le hará lavar los platos y planchar la ropa».

Hasta su propio caballo, tan manso siempre, tan noble, con sólo haberlo montado aquella mujer se ha encrespado y relincha inquieto. Es como si lo hubiera hecho joven con solo el leve azuzamiento de la carrerilla. Desde luego, mujeres con unas piernas tan largas, unos muslos tan bien modelados, unos pechos tan firmes y unas cinturas tan flexibles no las hay en su aldea, ni tampoco en los pueblos vecinos de Francia.

Chemari inclina la cabeza. Teme que ella le sorprenda mirándola y adivine lo que está pensando. Pero Lucy se mantiene altiva y soberbia, curioseando entre risas, y con Chaume al lado, la tienda de campaña.

Esther también quiere mostrar sus habilidades de amazona. Le pide ayuda a Chemari, que se acerca confuso y acomplejado.

El viento sacude graciosamente el pañuelo anudado a la cabeza de Esther. Aquel viento triste que vaga como una pesadilla por las yermas praderas sólo por estar rozando a aquella mujer ya parece un viento gallardo y acariciador. El caballo parece también mucho más resignado y viejo que le ha parecido nunca. Al bajar de la

potranca, le dice:

—El año que viene tú irás para San Ignacio a Boise...

—Huy, pero de aquí a entonces todavía falta mucho...

—Son unas fiestas muy divertidas: hay campeonatos de todo lo vasco, de pelota, de aquello de los troncos...

—¿Ah, sí? —y a Chemari le ha gustado el recuerdo de su proeza ante John.

—Se elige la Reina del año, también.

—A ver si te nombran a ti —y como le ha parecido meter la pata, añade—: O a tu hermana.

—No, no, casi siempre es una descendiente de vascos. Se pasa bien por San Ignacio. Van muchos pastores. Allí es donde hemos visto nosotros las danzas vascas... Esteban las baila muy bien...

—¿Sí? No lo sabía.

—Luego hay carreras de caballos con lanzamiento de lazo... y las vacas sueltas a ver quién es capaz de montarlas... Tienes que venir...

—Si está la cosa como ahora, no.

—¿Qué pasa ahora?

—Estas ovejas, ¿no las ve?, parecen almas en pena, no son ni la sombra de lo que eran.

Este diálogo resulta más entretenido e íntimo por la dificultad que ambos tienen con el idioma. Las palabras se acompañan de gestos, entre titubeos y risas; las fechas las escriben en el suelo con un palillo.

—¿Qué les pasa a tus ovejas?

—Ya se lo dije la otra vez. Las lluvias no han llegado. El invierno se ha presentado muy duro.

—Para entonces ya se habrá resuelto.

Lucy se ha acercado diciendo:

—No hay derecho.

—Decía que miremos cómo están las borregas, que aquí no pueden seguir, que Esteban ha olvidado de que existe, que él pidió permiso a nuestro padre para cruzar el valle y que no ha recibido ninguna respuesta...

—Yo no he dicho nada de eso.

—¿Sabe lo que tiene que hacer? Se lo digo yo, bueno, usted diga que se lo hemos dicho nosotras. Usted haga lo que le parezca y diga que nosotras le hemos dicho de parte de Esteban que lo hiciera...

—Eso no puede ser —protesta enérgicamente Chemari.

—Pues cuente con el permiso de nuestro padre. Si alguien le dice algo puede decir que nosotras le dijimos formalmente que estaba autorizado a cruzar el valle.

—¿Formalmente dice? Mira que los vascos no tenemos más que una palabra.

—¿No te están diciendo formalmente las señoritas? —interviene Chaume.

—Cállate tú, que a ti nadie te ha preguntado.

—Qué genio tiene —exclama Esther.

—No lo sabes tú muy bien —vuelve a intervenir Chaume tratando de conquistarse la simpatía de las muchachas.

—Ha prometido que para San Ignacio iré —dice Esther.

—Eso si antes no está trasladado.

—Yo no quiero que me trasladen hasta que se resuelva la situación del ganado aquí.

El rencor de Chaume aumenta cuando ve que las dos muchachas tienen un previsto plan respecto a Chemari. No sólo es Esther la que está absorbida por el pastor; la misma Lucy parece fascinada por Chemari, acaso por ser primo de Esteban o porque está pensando que es la pareja ideal para su hermana.

Las muchachas se despiden.

—¿Quieren algún mensaje para la capital?

—Sí, digan que nos manden la lluvia.

—Se lo diremos —dice Esther.

—O que nos saquen de aquí de una vez —insiste Chemari.

—Se lo diremos también.

—Tu padre, que es tan rico —dice Chaume como gastando una broma—. Bien podría producir aquí esa lluvia artificial que dicen que hay... Eso en Estados Unidos sería fácil...

—Papá es capaz de hacerlo —dice Esther. Y añade—: Es tan mandón como mi hermana.

El coche se dispone a arrancar.

—Oye, y a lo dicho pecho, como dicen por mi tierra. Algún día nos veis cruzar por el valle —les grita Chemari en el último momento.

—Siempre que no se entere el viejo —dice Lucy.

—¡Ahora nos sale con esas!

—Peor que papá serían los peones. Son muy celosos de su oficio.

—Pero teniendo permiso vuestro ya...

—¿Nuestro?

—Diga que sí, por lo menos el mío —grita Esther mientras el *jeep* se agarra por el empinado sendero para salir hacia la carretera.

Los dos pastores se han quedado en silencio. Los dos han tendido la mano diciendo adiós.

Primera decisión trascendental

Tan pronto el *jeep* se ha perdido entre barrancos y cerrillos, Chemari, aunque de manera impersonal, ha dicho:

—Hay que prepararlo todo, tiendas, carro y demás, porque nos vamos.

—¿No hablarás en serio, verdad?

—Mañana a primera hora comenzaremos el traslado.

—No creas que pienso seguirte.

—Entonces te quedarás aquí o te irás a la capital. Eso es cosa tuya. Mañana el ganado estará trotando.

—¿Y hacia dónde, si se puede saber?

—Todavía no lo sé fijamente, pero mañana de madrugada saldremos.

Y se ha puesto a disponer su saco y sus cosas. Chaume lo mira con los dientes apretados. No sólo muestra su rabia sino cierta impotencia y desesperación. Sin embargo, se ve que está dispuesto a rebelarse de algún modo.

Chemari prosigue, totalmente abstraído, juntando sus cosas, Chaume, sentado en la puerta de la tienda, fuma nerviosamente. A los perros que se le han acercado, los ha largado lejos, amenazándolos...

Lo extraño del caso es que Chemari, a pesar de todo, no parece de mal humor, canturrea alegremente canciones vascas a media voz.

Demonio le sigue constantemente.

No te metas en la boca del lobo

La comida la hacen en silencio. Dos o tres veces Chaume ha puesto el aparato transistor. Es como si esperara alguna orden expresa de la Compañía que pudiera suspender la marcha. Las instrucciones de la Compañía son las mismas de siempre aunque al final de la emisión del mediodía el locutor ha añadido con cierto énfasis:

«Se advierte a los puestos 7, 11, 14, 21, 33 —repetimos: 7, 11, 14, 21, 33— que estén preparados ante la eventualidad de una posible nevada...»

Chaume ha reído. Y ha dicho:

—¿Ves como no es posible salir?

—Saldremos.

—Pero mira que eres bruto.

—Como me digas otra vez bruto te romperé las narices, ya lo sabes...

De nuevo se ha establecido el silencio entre ellos.

Efectivamente el descenso de la temperatura es notable. El día se va poniendo gris, y frío. Sin embargo, Chemari prosigue disponiéndolo todo para la marcha.

Ahora se pone a redactar un mensaje para la Compañía. Saldrá a la carretera y lo entregará al primer coche que pase. Pero el mensaje no le sale a su gusto y lo rompe repetidas veces.

—Salir ahora —insiste Chaume— es meterte en la boca del lobo.

—¿De qué lobo estás hablando?

—De la nieve. No seré yo quien me meta en la aventura. Y mucho menos sin saberlo la Compañía.

—Nadie te ha pedido consejo.

—Pero mi consejo es que no te metas en la boca del lobo. Aunque no hace falta consejo ni nada. La nieve habrá caído antes de que nos podamos mover siquiera. Lo que habrá que hacer es lo que dice la Compañía, prepararse para la nevada...

Chemari se propone seguir reservado y distante y sigue preparando las cosas. Tendrá que ser lo más ceñudo y severo que pueda. Si pierde la autoridad en esta ocasión ya nunca podrá recuperarla.

Un descubrimiento sorprendente

Imperturbable, Chemari prosigue amontonando cosas.

Duda entre escoger para la caminata la boina vasca o el gorro pasamontañas. Ha habido un momento en que ha dudado entre el gorro de Chaume y el suyo. Se conocen por una marca.

Cuando ha ido a dejarlo con cierta rabia, arrugado entre las manos, ha notado algo dentro del forro. Se queda parado y de nuevo palpa con cuidado el forro del pasamontañas.

—Haz un café, si puedes —le dice a Chaume con el objeto de alejarlo.

Chaume sale hacia el regato, entre las peñas, cerca de donde pasta el ganado. De mala gana, silbando, se pierde entre las rocas.

En cuanto Chaume ha salido, Chemari mete la punta de la navaja por entre las costuras, unas costuras que se ven recientes, y trata de sacar unos papelitos. No es posible sin que se note. Hace presión hasta que uno de los papelitos asoma la punta.

Por fin lo consigue.

Es un billete, de cien dólares. Es posible que los otros dos o tres papelitos que suenan dentro sean otros tantos billetes de cien o quién sabe de cuánto.

¿De dónde puede haber sacado Chaume aquel dinero? Chemari se ha quedado de piedra.

Cavila un instante y, rápidamente, arregla lo mejor que puede el gorro y lo deja de la manera más normal posible.

—¿No es Chaume el que siempre dice que lo mejor es ir poniendo el dinero en el banco? Todavía podía explicarse que tuviera algún billete de diez o de veinte dólares, pero ¿uno de cien? Y lo peor de todo es que Chemari tenía la sospecha de que los otros eran por lo menos de cien también. Aquello ya era una pequeña fortuna. Cuanto más lo pensaba más incomprensible lo encontraba.

Todo lo de Chaume, y cada vez más, estaba lleno de misterio. Lo vio regresar silbando, tan tranquilo. Todavía, por sus gestos, y más por el giro que iban tomando las nubes, no terminaba de creer en el inminente traslado.

Pues se trasladarían por encima de todo. Y una vez arriba lo primero que haría sería pedir a Esteban que le quitara este compañero. Ellos dos no emparejaban. Además, Chaume para quien lo quisiera. Pero fue en este instante cuando se dijo que si él verdaderamente sospechaba cualquier cosa (quién sabe lo que podía ser) de Chaume, no tenía derecho a traspasarlo a otros. Tenía más: bien la obligación, de descubrir lo que fuera.

La revelación de los dólares escondidos en vez de irritar a Chemari lo dejó más dueño de sí, más sereno. Era como si siempre hubiera sentido aquello. Ahora recordaba muchas frases sueltas de Chaume:

—Tú, Chemari, ¿has tenido en tus manos alguna vez algún verde de cien? ¿A que no? ¿Y de quinientos? ¿Habrá de quinientos? De mil sí hay. ¿Tú calculas bien lo que es un simple papelillo que vale más de diez mil duros, así por las buenas?

Por el cielo pasaron alborotando, y como cortando el aire, varias bandadas compactas de patos salvajes. Era una señal cierta de que el frío aumentaba. Irían hacia los lagos más templados. Parecían de color de rosa, a pesar de lo grisáceo del día.

Paseando, paseando, Chemari se acerca al rebaño. Va pensando que, aunque a él le parece que no se han movido del sitio, en menos de tres meses se han desplazado por lo menos quince kilómetros.

A la hora de comer, Chaume le ha preguntado como en tercera persona:

—¿Y habrá que salir?

—He decidido que no. No tenemos por qué movernos. Lo que voy a hacer es acercarme al puesto 21. El viejo aquel me resultó simpático. Era un tío *salao*. El podrá aconsejarme.

—Dejarás que pase el temporal que se acerca, por lo menos.

—A lo mejor salgo mañana.

—No te lo recomiendo.

—Lo que yo sí te voy a recomendar a ti es que te encargues del ganado mientras yo esté fuera. Será cosa de tres o cuatro días lo más.

—¿Ir y volver, tú crees?

Una extraña oración.

El día siguió revuelto y hosco, precipitado a la nevasca. Al atardecer estaba claro que el ganado no podría moverse de su sitio e incluso se dudaba de que Chemari pudiera ponerse en camino.

Durante toda aquella noche, Chemari, disimulando cuanto podía, estuvo sólo preocupado con lo que había de hacer. Antes de dormirse se le ocurrió rezar a Baxajaun, a quien allá por su tierra tantas veces había oído nombrar como protector de los rebaños.

Baxajaun tiene alto cuerpo de forma humana, cubierto de pelo. Su larga cabellera le cae por delante hasta las rodillas, cubriéndole el rostro, el pecho y casi el vientre entero. Baxajaun, que habita en las cuevas alzadas entre las rocas y en los laberintos de los bosques, da fuertes gritos por las montañas y los parajes solitarios cuando la tempestad se acerca para que los pastores pongan en salvaguarda su ganado. La presencia de Baxajaun la denuncian claramente las ovejas con un simultáneo estremecimiento que las hace mover los cencerros. Después de esta sacudida las ovejas se aquietan y conforman. Está claro que cuando las ovejas han sentido de cerca la presencia de Baxajaun los pastores pueden descansar tranquilos. Baxajaun es temible, pero es el amparador de los sencillos y justos pastores que buscan, antes, que el propio, el bienestar de su rebaño.

Pensando en todo lo que había oído decir sobre Baxajaun, quiso rezarle un Credo; pero el Credo o se le había olvidado o lo trabucaba con la Salve. Por fin, cansado, le rezó un Padrenuestro, sin ver en ello ninguna clase de confusión idolátrica ni nada parecido. Si Baxajaun tenía algún poder era porque ciertamente se lo había dado el Dios cristiano de su aldea.

Hacia el puesto 21

Chemari se levanta temprano y se pertrecha de latas y comida. Luego llena la colosal petaca de aquel aguardiente mejicano, o lo que fuera, que tenían guardado en una garrafita para cuando llegaran las grandes heladas.

Chaume se levantó y, envuelto en la manta, le dijo:

—Tú estás loco. Si vienen de Boise los de la Compañía se lo diré.

—Tú di lo que quieras.

Demonio se puso al lado de Chemari. Sería su compañero de viaje. Chemari, además del revólver, cogió la escopeta.

—Si me veo precisado comeré liebre o pato, lo que caiga... —dijo como

disculpándose. Luego añadió, con un aire campechano y jovial, desacostumbrado en él—: Y cuidado con las ovejas. Hasta la vista.

Enfiló en la misma dirección del día en que acompañó al viejo reflexivo y aconsejador. A las nueve de la mañana ya lleva dos horas largas de camino. El caballo se está portando muy bien. Hace frío, un frío acerado e intenso, pero las dos bestias y el pastor avanzan implacables, como cumpliendo al unísono un imperativo sagrado.

Chemari ni mira las cuencas en donde comienza la cascada de matorrales que conducen al rancho de míster Link. Va pensando en todo lo que le dijo el viejo Federico, en lo que le insinuó. Lo recuerda todo perfectamente:

—No tropieces nunca —le había recalcado— con los peones que están al servicio de un señor de estos. A estos les ha costado mucho triunfar y eligen muy bien la gente. Es gente dura y sin escrúpulos. No se paran en barras. No creas que es como en nuestro pueblo. Nada de eso. Aquí todo se ha hecho a base de leña y es gente peligrosa.

—Pero, ¿qué pueden hacerme, si yo no me meto con ellos? —le había replicado Chemari en aquella ocasión.

—Ellos tienen a gala, muchacho, no dejarse pisar el terreno.

—Nunca uno ha pensado meterse en líos. Uno lo que quiere es que lo dejen en paz. Con cumplir con la ley y con la Compañía, lo demás me tiene sin cuidado.

—Es que ellos aquí son la ley.

—Pero míster Link puede muy bien despedirlos si se portan mal.

—Ellos le son muy útiles a míster Link para dominar esta inmensidad de tierras. No prescindirá fácilmente de ellos.

—Un día me oirá míster Link. Mi primo Esteban me ayudará. Yo lo que quiero es atravesar esta región y estar, como vosotros, en esa parte de arriba...

Ya lo había oído míster Link, ayudado por Esteban. ¿Y qué había sacado en claro? Nada. Que siguiera resistiendo en el más puro erial. Ahora ya estaba capacitado Chemari para entender todo aquello. Ahora ya lo había comprobado en su propia carne y en la de su perro. Y hasta ahora no había habido más que advertencias.

Los linderos de míster Link iban quedando a la derecha.

La soledad era completa, emocionante, pero al mismo tiempo amedrentadora.

Chemari no quiso ni mirar los lejanos pero frescos pastizales que eran como el anuncio de la hartura y de la gloria. Al contrario, derecho en su camino, pisaba aquella manta interminable de abrojos casi con delectación.

Conforme avanza se siente bronco, airado. No dejará en la estacada a su rebaño. Se para a comer al borde de un regato y mientras mastica y da de comer a *Demonio*, mira al cielo preocupado. Si comienza a nevar le va a ser muy difícil dar con el puesto 21.

Continúa la marcha. Hay momentos en que, a pesar del frío, casi se duerme

encima del caballo. Pero cuando se da cuenta, tiembla. Si le pasara algo, tardarían quizás varios días en encontrarlo.

Pasa la noche en una especie de cueva entre las rocas. Los matorrales llegan casi a formar un círculo alrededor de él. Duerme a sobresaltos, abrazado a *Demonio*. De vez en cuando el viento gime y el caballo pone las orejas tiesas. No muy lejos merodean los lobos.

A la mañana siguiente, antes de comenzar a clarear, Chemari ya está de pie y en marcha de nuevo.

¿Cuándo llegará el día en que pueda ponerse al frente del ganado, azuzar con el perro a las ovejas y avanzar como si fuera un torrente? Aunque probablemente él se pondría el último, para responder de todas y cada una de ellas. ¿No había ayudado a nacer a cientos de corderillos? ¿No había ayudado a que los esquilaran? Eran ya algo suyo.

Nada lo detendría. Nada ni nadie. Las ovejas, obedientes, ciegas, inexorables, arrollarían lo que se pusiera delante.

Y saldrían, ¡vaya si saldrían!, a la zona pastosa y verde.

Y Chaume tendría que seguirle. Después, que hiciera lo que le diera la gana. Que huyera hacia Boise o que se fuera con los peones de míster Link si eso era lo que estaba soñando desde hacía tiempo.

Las ovejas no fallarían. Conocían perfectamente su voz. Y si alguien se metía por en medio sería arrollado. Y después la Compañía y Esteban personalmente que hicieran lo que les diera la gana. Lo importante era alcanzar la verde franja y que sus ovejas pudieran pastar hasta hartarse.

No había ni podía haber ley divina ni humana que obligara a un pastor a presenciar la consunción implacable de su ganado. Los ojos de las ovejas eran ya reproche y acusación. Él había venido a este país, ciertamente, como todos, a ganar dinero, pero no a doblegarse ante cobardes y criminales, que eso es lo que eran gentes del género de John y del desgraciado de Tincho.

El balido de las ovejas cambiaba por días y él lo tenía metido en las sienes. Los de Boise vivían bien.

Pues que siguieran viviendo... y les aprovechara.

Al mediodía había llegado a un cruce de carreteras por el que pasaban de tarde en tarde algunos coches. Chemari consultó su mapa. No iba del todo descaminado, pero tenía que corregir la dirección.

Casi un día, o por lo menos medio día más.

Había al borde de la carretera un cafetín de madera. Chemari se acercó, aunque con precaución. De los Estados Unidos lo que él prefería, quizás no conocía otra cosa, era la soledad. Pero tuvo la tentación de acercarse.

Nadie le hizo caso. La radio daba noticias de grandes nevadas en todo el país.

—Está invitado —le dijo en inglés el dueño.

Probablemente era costumbre invitar a los pastores. O si no lo era, lo habían visto tan despistado y triste que lo invitaban.

Emprendió de nuevo el camino. Poco a poco fue entrando por zonas más jugosas y agrestes. De vez en cuando era fácil encontrar extensas manchas de arbolado. Aquello era más lo suyo. En contra de lo que había pensado, el frío fue decreciendo.

Le tocó dormir en un rancho quemado. Hubo ruido de ratas, pero nada más.

¡Hota, compadre!

Al hacerse al camino de madrugada se encontró, en un sendero de cabras, o quién sabe si antiguamente senderillo de fieras salvajes, con una moto que venía dando brincos.

Como pudo, Chemari le preguntó si sabía dónde había ovejas. Para indicárselo hizo un gesto bastante cómico. El motorista, que iba vestido de vaquero, le dijo que más arriba.

Cuando Chemari se quedó solo empezó a reír y se tomó un trago. Luego se fumó un cigarrillo. Había sabido llegar.

A las dos horas de caminata, ya más sosegada, divisó a lo lejos el ganado. Estuvo a punto de dejar el caballo y echar a correr. Pero siguió cabalgando. El caballo iba cansado.

También a él lo habían visto, porque alguien vino a recibirle por entre los arbustos.

Era Agustín.

—Hola, compadre —fue lo primero que dijo.

—Hola —le contestó Chemari.

—¿Vienes desde allá?

—¿Desde dónde voy a venir, si no? ¿Y el viejo?

—Arriba está.

—Vamos para allá.

El viejo, cuando lo vio, se restregó los ojos repetidas veces.

—¿Es una visita?

—Es una visita —respondió Chemari.

—¿Y en estos días?

—Algún día tenía que ser —ha contestado Chemari con toda parsimonia.

Rápidamente, Chemari se ha acordado de sus camaradas de viaje y ha dicho:

—Por favor, un buen pienso para este animal, que se ha portado como un jabato.

Y lo mejor que tenéis para *Demonio*, mi perro, que está recién estrenado.

—¿Y el otro que tenías?

—Me lo mataron.

—No digas cosas raras.

—Sí, me lo atravesaron a tiros.

—No es posible —dice el viejo.

—Por aquí no suceden esas cosas —añade el joven.

—Así fue.

—¿Y el compañero? —vuelve a preguntar Agustín.

—Sí —agrega el viejo—, aquel muchacho que era, ¿de dónde era aquel muchacho?

—El dice que vasco —responde muy grave Chemari—, pero yo creo que no ha pasado de Aranda del Duero.

—Pero ¿está bien? —vuelve a preguntar Agustín.

—Claro, claro. Está como todos... Ahorrando.

Chemari es mimado desde el primer momento. El viejo se empeña en que lleva poca ropa y quiere prestarle alguna prenda. Hay, además, que preparar un gran festín.

—¿Qué es lo que tú decías aquel día, allí, cuando enfermó Juan Pablo, el de Berriz?

—¿Era de Berriz?

Nadie recuerda.

—¿Qué es lo que decías?

—¿Aupa el Athletic, sería?

gyt23—Eso, eso —dice el viejo. Y al instante añade en plena euforia—: Pues, ¡Aupa el Athletic!

Pero Chemari está impaciente y, sin que nadie pueda contenerlo, decide echar un vistazo al ganado. El ganado está a unos trescientos metros, en una especie de vaguada.

—Prepara el rancho, muchacho —dice el viejo a Agustín.

—Damos una vuelta rápida y en seguida volvemos —aclara Chemari.

Tan pronto vio que Agustín se dedicaba a preparar el rancho, Chemari cogió del brazo al viejo y lo fue llevando aparte.

—Le parecerá una broma, es posible, pero yo he venido a confesarme con usted —ha dicho Chemari para empezar.

—Lo suponía. Bueno, suponía esto o algo parecido. ¿Te ha entrado ya lo que aquí llamamos el dolor vasco?

—¿Qué es eso?

—Ya puedes figurártelo, unas ganas irresistibles de volver.

—Pues no, no me ha entrado el dolor vasco.

—O sea, que no volverías.

—Ganas no me faltan, pero no es eso. Se trata de otra cosa...

—Yo, la verdad sea dicha, cuando te vi aparecer bien sabe Dios que me he dicho: éste viene a algo...

—A algo vengo.

—Los viejos siempre tenemos nuestro ojo, que no nos falla...

Ya se divisa la mancha blanca del rebaño. Las laderas inclinadas parecen cubiertas de nieve.

Confesión

—Le envidio —dice Chemari.

—¿A mí? ¿Y por qué?

—Por todo esto. Esto es mejor que aquello... cien veces.

—Eso es lo que uno siempre piensa de lo del vecino...

De todos modos, era verdad. El ganado de los del 21 era gloria comparado con el de ellos. Chemari se ha quedado pensativo y triste.

—¿De qué se trata, muchacho? —le ha preguntado el viejo.

—Pues la verdad es que no sé cómo empezar.

—Empieza como quieras.

—¿Y si no es verdad lo que pienso?

—Lo que sea entre los dos ha de quedar para siempre.

—Pues verá...

Chemari ha dado un puntapié a una lata vieja y ha exclamado con toda fiereza:

—¡Maldita sea! ¡Qué suerte perra la mía...!

El viejo ha lanzado un grito amistoso a sus ovejas, que se han removido mansurrónamente. Luego dice, como distraído:

—No sé por qué me parece que no estás muy seguro de lo que vas a decirme.

—Esa es la verdad. No estoy seguro de lo que iba a decirle. Pero a alguien se lo tengo que decir. No puedo volver al puesto con esto dentro. Si no se lo contara a alguien reventaría...

—Pues revienta, si quieres, de una vez ya y descansas.

—Llevo varias noches sin dormir.

—Por eso te digo que el contarlo siempre te servirá de algo. Yo sé muy bien lo que es tener algo dentro, querer soltarlo y no poder.

Chemari enciende un cigarro y le da nerviosamente unas cuantas chupadas. Después lo tira. *Demonio* está a su lado como un testigo formal del encuentro.

—Se lo diré, qué coño, como si me fuera a confesar. Usted es para mí como si fuera el padre cura.

—En cura que mea no creas.

—Todos los curas mean.

—Pero mearán agua bendita, si acaso...

—Bueno, ya está. Lo contaré. Lo que quiero decirle de una vez es que creo que mi compañero de puesto me ha salido ladrón o algo peor...

—¿Te ha faltado algo?

—Ojalá fuera a mí a quien le faltara algo.

—No entiendo.

—Pues está claro; es algo peor, algo mucho peor. El tal Chaume es un bandido de tomo y lomo.

—¿No estarás tú un poco, vamos, un poco alterado?

—Pudiera ser, no lo niego, pero yo digo lo que pienso.

—Sigue, sigue.

—Seguiré; Chaume no juega limpio. Comenzó la cosa cuando un día lo vi hablando con los peones de míster Link, unos tipos poco de fiar.

—¿Qué de malo tiene que hablara con ellos?

—No era sólo que hablara con ellos; es que a mí ya entonces me pareció que tenía con ellos algo que ver.

—¿Cómo se puede entender un vasco con esos hombres, que no hablan ni palabra de español y menos de vasco?

—El jefe de los peones tiene un ayudante mejicano...

—Ah, ya.

—Hablaban y reían. Incluso estoy seguro de que se entregaban recados y no sé si papeles...

—Será que le proporcionan cosas: tabaco, botellas, o quién sabe si tratan de buscarle algún puesto en el ganado de ellos. Siempre los ayudantes tratan de independizarse como sea. Lo sé por experiencia... ¿Qué papeles o recados le podían entregar?

—El caso es que ayer, mirando en el carro, dentro de su gorro vi billetes grandes.

—¿A qué llamas tú grandes?

—Billetes de cien, más de uno y quién sabe si billetes de más...

—Serán sus ahorros.

—Me consta que no. Pero no es eso sólo; con los peones de míster Link yo he tenido varios choques.

—Pero, ¿por qué?

—Ellos sabrán por qué. Un día me tendieron un lazo y me hicieron caer. No sólo esto, me amenazaron, se han reído de mí, me persiguen...

—Lleva cuidado, muchacho, con lo que dices. Esas cosas no acostumbran a suceder por aquí.

—Ha sucedido más. Días atrás, hace sólo tres días, me mataron a *Rale*.

—¿*Rale*?

—Sí, *Rale*, mi perro.

—¿No querrás meter en ese asunto a tu compañero?

—No, él claro está que no fue. Si hubiera sido yo no estaría aquí. Ni él estaría tampoco allí. Él estaría enterrado junto al perro.

—Calma, calma... pastor, que todo esto me suena a cosa muy rara. Habrá que meditarla despacio.

—A eso he venido.

—Pues, nada, vamos a comer que ya es hora. Y ni palabra. Como en la confesión.

—Ni palabra. Eso es lo que yo iba buscando... Y una cosa le digo...

—Di lo que sea.

—Estoy muy contento de haber venido.

—Pues a la manduca, que Agustín tiene buena mano. Ya verás.

Volviendo hacia las tiendas, Chemari ha agregado:

—A mí lo que más me envenena la sangre es que Chaume no es vasco.

—¿Que no es vasco? ¿Y cómo entonces está aquí?

—Vasco puro no lo es. Cómo se ha colado no lo sé. Ni sé tampoco por qué mi primo ha tenido que ponerlo conmigo. Yo hubiera preferido cien veces estar a las órdenes de otro en donde hubiera sido, o estar solo, como están los de Montana, a esta compañía...

Han llegado junto al fuego. En una sartén honda burbujan las patatas y los trozos de cordero.

—A la lucha —dice Agustín.

—Vamos a la lucha —grita Chemari.

—¿Y qué es lo que tú gritas en estas ocasiones? ¿Qué es lo que decías?

—¡Aupa el Athletic.

—¡Viva! —gritan los dos como si fuera un himno de guerra.

Comida, café y copa

La comida se hace en silencio.

Comen con apetito, tragando y bebiendo. Los perros al acecho cogen al aire las tajadas... de huesos.

De vez en cuando silba el viento y las lonas del carro parece que vayan a escapar.

—Malo se presenta esto —dice el viejo.

—¿Nevará? —pregunta Chemari.

—Yo creo que no nevará. Esto terminará en lluvias —dice Agustín.

—Dios te oiga —exclama Chemari.

Siguen masticando y trasegando cerveza. Entre bocado y bocado abren latas.

—Esto, con pan del de allá... —dice Chemari.

—Pan, dices. No me acuerdo ni cómo es el pan de nuestra tierra.

Agustín pregunta:

—Y su compañero, ¿qué tal?

—Bien, bien... por allá está, como todos, soplándose los dedos...

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dice el viejo.

—Cualquiera sabe —dice Agustín.

—Pues que a lo mejor me voy para allá, dándome un paseo —dice el viejo, dirigiéndose a Chemari.

—¿Con este tiempo? —dice el joven.

—¿Qué le pasa al tiempo?

Chemari no sabe qué decir. Al terminar la comida el viejo ya está decidido y se pone a preparar sus cosas. Agustín se ve que está acostumbrado a obedecer y no dice nada. Mientras tanto, Chemari pasea preocupado alrededor del carro y de las tiendas. ¿Y si todo es una aprensión suya...? ¡Meterle una caminata como aquella al pobre viejo!

Los dos en camino

El más extrañado de que se ponga el viejo en camino es *Demonio*, sobre todo porque tiene que aguantar la presencia del perro del viejo. Pero el viejo no lleva ninguna clase de armas.

—¿Usted no se trae la escopeta?

—¿Para qué? Ya la llevas tú por si tenemos que comemos algún bicho. Yo no llevo más que esta navaja —y saca una navaja cabriterera y la muestra.

Después comenta:

—Esta me sirve para la comida y a veces para atender a alguna oveja lisiada... ¡Con esta he capao yo una cantidad...!

Ya lo tiene todo a punto. No lleva muchas cosas.

Cuando se decide a ir por el caballo, le dice al muchacho:

—Tú, todo igual que siempre. Yo en seguida vuelvo...

Abandonan el puesto 21. A ratos sale el sol, pero es un sol debilucho y triste...

Al cabo de un rato el viejo dice:

—Y a ti se te habrá ocurrido al menos contar las ovejas.

—Ocurrírseme sí que se me ha ocurrido, pero no lo he hecho.

—Eso es lo malo. Debiste empezar por ahí.

—¿Crees que es fácil hacerlo sin que él se dé cuenta?

—Pero podías haberlo hecho muy bien con él y hubieras comprobado cómo reaccionaba. ¿Comprendes? Decir que era una orden de la Compañía.

—El que lleva todos los papeles de la Compañía y las instrucciones de la maldita radio esa es él.

—Pues habrá que empezar por contar las ovejas, una a una... No creas que es tan difícil como parece. Ya verás...

—¿Y si faltaran ovejas...? ¿Qué haría yo? Tendría que irme y regresar.

—Si faltaran el que deberá volver será él.

—Comprenderá que yo tenía que decírselo a alguien. Pero, ¿y si no es cierto nada?

—No importa.

—Mira que si no hay nada...

—Mejor sería que no hubiera nada. Pero, ¿y si lo hay? Una cosa así sólo podría resolverse citándolo a Boise con cualquier motivo y allí entre cuatro de los nuestros plenamente juramentados la cosa quedaría liquidada. Durante seis meses, pongo por caso, que esté sin cobrar. Ya verá cómo ahí sí que le duele.

—Yo había pensado decírselo a mi primo Esteban, pero el hecho de que esté en las oficinas me hizo desistir...

—Es natural.

Van cabalgando con gran tranquilidad. En los ratos en que el sol se oculta entre las nubes ellos se embozan un poco. Los perros van en fila delante, como indicando el camino.

Al hacerse de noche, el viejo pastor ha olfateado el terreno y ha mirado calmamente hacia todas partes. Por fin ha exclamado:

—Por aquí cerca encontraremos un buen sitio. Porque habrá que descansar, ¿no?

—Claro. Habrá que descansar.

—Yo más que nada por los animales... lo digo. Por mí me podría pasar caminando toda la noche. Pero es mejor dormir un poco esta noche y mañana arrearle fuerte. Así llegaremos antes de lo que él se imagina. ¿No te parece?

—Creo que es lo mejor.

—Pues tira a la izquierda. Por ahí hay unos apriscos muy viejos donde muchos se han refugiado ya en días de tormenta y de nieve.

Tan pronto han dado con el refugio se han tirado al suelo y no lo han pensado mucho. Rápidamentese acurrucan en un rincón con los caballos al lado y los perros

casi entre las piernas.

—Yo no quiero comer nada —dice el viejo.

—¿Se siente mal? —le pregunta Chemari un tanto inquieto.

—Prefiero descansar a comer. Mañana muy de mañana probaremos ese lomo. Tú toma lo que quieras.

Chemari ha encendido un cigarro. Hombres y bestias permanecen como amodorrados, mientras el viento de tarde en tarde silba casi como una fiera acorralada. En medio del silencio se oye la voz de Chemari que exclama:

—Mira que tener que sucederme esto a mí.

—No te preocupes, zagal. Todo se arreglará. Se han arreglado cosas peores.

A los pocos minutos el viejo estaba roncando. Sin poderlo evitar, Chemari no puede dormir. Repetidas veces ha suspirado desde el fondo de su alma.

Devoran los kilómetros

Casi oscuro todavía se han puesto en camino después de haber calentado en un cacharro grandes trozos de lomo. Después se han hecho un café al que han añadido un chorrillo de leche condensada. Los caballos han tomado un buen pienso y los perros pan empapado en el jugo de la carne.

—Si vemos algún animalejo habrá que tirar —dice Chemari.

—Bueno, así veremos la puntería que tienes. ¿No sabes cómo me llamo todavía?

—Pues no.

—Me llamo Federico —dice el viejo. Luego agrega—: Tengo sesenta y ocho años.

Van a un ritmo casi atropellado, como si los fueran persiguiendo. Van además pegado el uno al otro, intentando cortar las frías rachas de viento helado que azotan la pradera.

—Menos mal que no nieva por ahora —dice Chemari.

—No creo que nieve, si acaso lloverá.

—Ojalá llueva, sobre todo allá abajo...

Devoran los kilómetros. Chemari dos o tres veces ha sentido ganas de pararse a encender un pitillo, pero lo ha dejado. El viejo Federico tiene razón. Conviene que lleguen de improviso. Es imposible que Chaume los espere tan pronto.

Si prosiguen la marcha como la llevan podrán aparecer por el puesto 14 al atardecer.

Se pasan horas enteras sin hablar.

Dan con un arroyuelo remansado y claro en el que los caballos casi se zambullen

a pesar del frío que hace.

Al mediodía hacen una breve parada para tomar un bocado. Los dos pastores llevan una pinta bien extraña, con la barba crecida y el atuendo lleno de polvo. Han ido dejando las manchas verdes y se internan ahora en la zona desolada y árida.

Chemari comenta:

—Todo esto ya me está resultando conocido. Nos vamos acercando.

—No queda mucho.

—Si seguimos como vamos, llegaremos antes del anochecer.

—Vamos a llegar bastante antes.

Hay momentos en que casi se duermen encima de las caballerías. Alcanzan un paraje de rocas puntiagudas y altas de color rojizo. Tienen que cruzar un desfiladero. El viento sopla allí horrísono y lúgubre.

—Vaya sitio —dice Chemari.

—Aquí no es raro encontrar huesos. De todo hay huesos por aquí, de caballos, de hombres...

Atravesaron aquella fantástica y extraña región y se internaron por la orilla hacia los raquíuticos bosquecillos que son como la antesala del rancho de míster Link.

Demonio ya se ha dado cuenta de que están acercándose a su ovil. Quizá se ha dado cuenta al ver la cara de acecho y precaución que comienza a poner Chemari.

Penetran en el barranco sorteando las piedras de la frontera que separa el mundo de míster Link del resto de la región.

Chemari va deseando llegar y a la vez temiéndolo.

—Conque tú crees que tu compañero no es trigo limpio.

—Algo de eso.

—Pues ahora se sabrá. Tú deja la cosa en mis manos.

El viejo Federico, como si todo esto fuera motivo de jolgorio, se ha puesto a cantar:

*No te cases con viejo
por la moneda.
La moneda se gasta,
y el viejo queda.*

Chemari le pregunta:

—¿Y usted de veras no ha pensado nunca volver allá?

—¿Quién sabe? Puede...

Al salir hacia la dilatada llanura les han dado en la cara los primeros copos de nieve.

—No cuajará —dice el viejo.

—Si cuaja, sí que la hacemos.

—Mientras el viento venga así no hay cuidado. Han acelerado el trote.

—Si seguimos así llegaremos antes de lo pensado.

¿Cómo explicar a Chaume la presencia del viejo? Algo habrá que decirle.

Sin embargo este ritmo ha durado poco. Al descender por una de las cuevas nevadas el caballo del viejo ha resbalado y queda herido de la pierna derecha trasera.

Se impone ligarle la herida, lo cual les lleva algún tiempo. Luego arrecia la nevada.

—¡Dios sabe a quién le estará encendiendo velas o rezando para que no lleguemos en toda la noche! —exclama Chemari.

—No digas eso —dice el viejo.

—Es la verdad.

Prosiguen de nuevo la marcha, pero ahora inevitablemente mucho más despacio.

Sin embargo, se están acercando. Tratando de evitar la proximidad de los campos de mister Link se desvían a la derecha todo lo que pueden.

Chemari ya está en sus dominios. Bueno, ¡ojalá fueran sus dominios aquellos! Pero ya se mueve con más soltura.

—Dentro de media hora, allí. Y nos tomamos un café bien calentito y un buen trago.

Al acercarse al puesto los perros son los primeros en comunicarse. El perro de Chaume ha dado la voz de alarma y los otros dos le han contestado.

No hay luz en el puesto.

¿Dónde está Chaume?

Pero Chaume no ha salido a recibirlos, como era de esperar. Chemari ha pensado que con vistas a la nevada estará colocando el ganado en sitios más resguardados.

Sin embargo, no deja de extrañarle la inquietud del perro. Debe de llevar horas completamente solo. Chemari le dice al viejo que aguarde y se va a donde está el ganado. Lleva su linterna y *Demonio* está a su lado.

Ha llegado al sitio llamando a las ovejas con voz tranquilizadora y esperando el grito de Chaume. Pero Chaume no aparece. Hasta que Chemari grita repetidas veces y cada vez más alto:

—¡Chaume, Chaume, Chaaumeee!

Como una fiera cautelosa y temible Chemari se interna por entre el ganado. Algo raro ocurre o ha ocurrido allí; las ovejas se mueven, alteradas, huidas, como resabiadas. El frío que hace más bien debería tenerlas replegadas y unidas. Pero las ovejas, como denunciando un extraño peligro, balan suplicantes ante la cercanía de Chemari. Chemari vuelve a gritar:

—¡Chaume, Chaume, Chaaaauuumeeee!

Y nada. Chemari se queda pensando. Todo aquello es muy anormal. Su semblante se endurece poco a poco. En vez de pensar que a Chaume ha podido ocurrirle algún percance y que puede estar más cerca, acaso necesitando auxilio, lo que piensa es lo peor de todo. Y mientras vuelve a la tienda se va diciendo en voz alta.

—¿No decía yo? Estará en el barranco, con los peones del diablo...

Al llegar a la tienda ha sido Federico quien ha preguntado:

—¿No está?

—No está. Y el ganado está alborotado.

—¿Has mirado bien?

—He mirado y he gritado.

—¿Y está muy lejos el sitio ese del barranco en donde lo viste la otra vez?

—Una hora larga yendo a caballo y de prisa.

—¿Y por qué no nos acercamos?

—Habría que tomar algo y esperar un poco por si apareciera.

—Yo creo que él ha calculado mal el tiempo de tu vuelta. Ahora es cuando empiezo a pensar mal de tu compañero. Pues aun cuando no esté haciendo nada malo, ha dejado el ganado solo en una tarde infernal.

—Y tan infernal.

—Yo creo que estamos perdiendo un tiempo precioso —dice el viejo tremendamente resuelto a salir de dudas.

Han dejado los caballos en la parte más resguardada y con abundante pienso. Dan de comer a los perros. Chemari, nervioso, va de un lado para otro. Antes de salir mete en el bolsillo una botella del aguardiente mejicano.

Sobre la pista

Parten del punto en donde está el ganado.

Aunque los copos que siguen cayendo son muy débiles no es fácil encontrar rastro alguno. Sin embargo, *Demonio*, completamente percatado de lo que se trata, tira hacia adelante con una fuerza reveladora. Chemari en este momento quisiera que todo fuera mentira, un sueño suyo. Va además preocupado por el viejo Federico, que de vez en cuando tiene que detenerse para recobrar la respiración.

Al llegar a un declive del terreno donde la nieve se ha espesado un poco más, *Demonio* se ha detenido gruñendo y como queriendo señalar que importa mucho no detenerse allí. Ciertamente *Demonio* va detrás del rastro de Chaume. Chemari, de vez en cuando, llama al perro y le hace saber que no debe ladrar. El perro le comprende

muy bien.

—Mira, mira —ha exclamado el viejo.

Entre la nieve hay todavía señales de pisadas, pero no tan sólo de hombre, sino de ovejas. Las cagarrutas están recientes y frescas, podría decirse.

—¿No se lo dije? Aquí estaba ocurriendo algo raro. ¡Maldito sea!

—Calma, muchacho, calma.

Continúan andando. Ahora Chemari pone mucho cuidado en desviarse de todos los picos desde donde puedan ser descubiertos. Sube y baja antes de aparecer por los roqueños miradores que dan a los barrancos.

—Quédese aquí —le dice al viejo mientras se desliza por una estratégica pasarela hecha en las rocas.

Se dirige al pico puntiagudo que domina la entrada de la torrentera. Se va pegando a las rocas mientras el perro le sigue, arrastrándose.

También el viejo por su parte se pone a escalar buscando un observatorio propicio. Como quien no da importancia a la cosa se quita el calzado y luego se santigua.

Chemari ya está arriba, trepando sobre la cumbre. El viejo le hace una seña con la mano. Los dos parecen tener sobre sí el presentimiento de que les va a tocar presenciar algo grave y aciago. El viejo ha dejado de pensar que Chemari está ofuscado por una manía.

El primero en escuchar unos extraños silbidos ha sido el viejo. Y cuando ha divisado a Chemari en un saliente de la roca ha vuelto a hacerle señas. El viejo sigue ascendiendo.

La gran traición

Es en este momento cuando Chemari ve desde arriba a Chaume arrinconado en una especie de cueva del desfiladero y rodeado de un montón de ovejas.

A Chemari se le nublan los ojos de cólera y de rabia.

Le hace señas al viejo de que se acerque.

¿Cómo no se dio cuenta antes? ¿Por qué habrá sido él tan desgraciado para que se le arrime un bicho de este calibre, que ponga a generaciones y generaciones de pastores vascos en el peor de los ridículos?

Sin poderse reprimir exclama:

—Ni colgado, paga.

El viejo va ascendiendo penosamente al promontorio donde está Chemari, que descansa sobre una especie de barrigón de la roca. Desde abajo resulta materialmente

imposible verlo.

Chemari permanece con la cara pegada a la roca, tendido en el suelo con el perro al lado. Ahora las ovejas han comenzado a balar como pidiendo protección y ayuda. Chemari se levanta. Ya no puede contenerse. Está dispuesto a bajar.

El viejo pastor se acerca, jadeando. Y detiene a Chemari.

—Muchacho, un poco de calma —le dice.

—¿Calma? ¿Calma con un criminal de esta calaña? Esto no se hace...

—Claro que no se hace, pero espera... —y el viejo ha señalado hacia la entrada del desfiladero.

Avanzan cautelosamente dos caballistas. Son John y Tincho, muy abrigados. Chaume les tiende la mano.

—Ese muchacho está loco —dice el viejo.

—Lo que pasa es que es un canalla, un truhán, un falso Judas, como siempre lo pensé...

Chaume saluda a los dos peones de míster Link con toda normalidad. Las ovejas se han espantado al acercarse los caballos. Balan insistentemente.

El viejo dice a Chemari:

—Cuenta las ovejas.

—¿Para qué?

—Cuéntalas, hombre.

—Lo que habrá que contar será el rebaño entero...

—Eso vendrá después.

—Pero ¿es que lo vamos a dejar vivo...?

—Calma, calma...

Chemari trata de contarlas. Pero se pierde varias veces.

—Hay de cuarenta y cinco a cincuenta.

—No te pongas nervioso. Cuéntalas bien, una a una.

El perro está arañando la tierra y reprimiendo las ganas que tiene de dar el ladrido de alarma. Pero el perro también observa la operación y es como si comprendiera.

John saca ahora la cartera. Está contando unos billetes. Se los tiende a Chaume quien los vuelve a contar y se los guarda.

—Igual que un gitano —dice Chemari.

—Igual, igual... —responde desolado el viejo.

Es ahora cuando el viejo pastor comienza a afectarse de veras. Sobre todo al ver que Chaume, después de haber guardado el dinero, se pone a fumar un cigarro al lado de aquellos dos traficantes. Tincho, sin embargo, se está ocupando de juntar las ovejas. El viejo pastor dice:

—Una cosa así nunca hubiera querido que la vieran mis ojos. ¡Un pastor vasco convertido en traidor y ladrón!

—Ese no es vasco.

—Pero es de nuestra tierra.

—Por eso mismo habrá que desenmascararlo delante de todos...

—Los pastores vascos siempre fuimos aquí fieles y honrados a carta cabal.

—Pues ya lo ha visto con sus propios ojos. Me lo decía el corazón, me lo decía la sangre...

—Tiene que estar loco. Es imposible que ese desgraciado crea que esto no se iba a descubrir nunca. Es un inconsciente, es un...

—Es un ladrón, eso es lo que es. Y muerto o vivo tendrá que ir por éstas y por todas las ovejas que falten al aprisco de míster Link ¡Vaya si irá! ¿Se da usted cuenta de que yo soy el responsable del puesto?

—Me doy cuenta; pero responsables somos todos y esto lo resolveremos entre todos, con nuestro propio código... Un asunto tan feo no debe salir de entre nosotros...

La tremenda decisión

En el momento en que Chaume da la mano para despedirse, dejando las ovejas en manos de sus cómplices, el viejo pastor, arrebatado inesperadamente de ira y de violencia, se ha echado sobre una enorme piedra y haciendo un gran esfuerzo ha logrado empujarla y que caiga abajo con gran estrépito y pavor.

Demonio ha comenzado a ladrar, mientras el viejo en un ataque imprevisible de furor, grita una y otra vez:

—¡Ladrones, ladrones...!

La voz desgarrada del viejo ha puesto frenético también a Chemari, que en un súbito raptó, ha sacado el revólver y ha disparado dos tiros.

Las ovejas se han espantado y los tres hombres de abajo se han guarecido rápidamente junto a las rocas. Ha sido John el primero en responder a los tiros, pero sin localizar fijamente a los dos pastores. John tira al aire, desconcertado. Chemari ha cogido a *Demonio* y, como si fuera una persona, le ha dicho:

—Vete por allá. Ladra desde aquella parte.

La distancia que separa a Chemari y al viejo de los de abajo es importante, pero más que la distancia les separa la dificultad del descenso.

Los peones de míster Link, decididos y osados, protegiéndose uno al otro, llevándose por delante las ovejas y sujetos los caballos por la brida, avanzan hacia la salida del desfiladero. John lleva la pistola a punto. Chaume se ha quedado solo.

—Hiciste mal en disparar —dice el viejo.

—¿Hizo acaso usted bien gritando cuando los podríamos haber sorprendido con las manos en la masa?

—No hice bien, muchacho. Pero es que no pude contenerme.

—Ni yo.

—Creo que hemos metido la pata.

Chaume está, tratando de escabullirse del desfiladero.

Demonio ladra desde arriba, como si quisiera saltar al vacío.

Ahora es cuando los dos pastores comienzan a darse cuenta de que su sitio ha estado muy bien elegido para enterarse del criminal enredo, pero de ningún modo para intervenir en él.

¿A dónde dirigirse? ¿Perseguirán a los hombres de mister Link? Cuando lleguen ellos abajo habrán desaparecido con las ovejas. Sin embargo, no podrán negar haber sido vistos. En algún sitio tendrán que meterse. Pero lo que más importa es Chaume, y lo mismo Chemari que el pastor viejo, señalándole, se dicen:

—Hay que cogerle en este sitio.

—Se nos va a escapar.

Aunque se meta debajo de la tierra, iremos por él.

—¡A por él...!

Es el viejo el que está demostrando mayor irritación y coraje.

Para que Chaume no pueda llamarse a engaño, Chemari le ha lanzado un *irrintzina* temible y perseguidor. No se trata de un grito suplicante y angustioso, sino más bien de un grito de denuncia y de repudio. Los dos pastores y el perro parece que vayan de caza y en busca de una presa importante. Descienden por el barranco con ímpetu terrible y justiciero.

Los caballistas han logrado desaparecer.

—Ahora sí que me oirá mister Link —dice Chemari en un descanso.

—Es posible que mister Link no sepa ni jota de toda esta granujada.

—Por eso mismo me escuchará con los oídos más abiertos.

No es fácil llegar al fondo del barranco. Lo mejor sería acorralarlo para que no tuviera salida; pero van a llegar tarde. El desfiladero tiene unos cortes peligrosísimos y hay instantes en que no tienen más remedio que detenerse y agarrarse.

—Espéreme aquí —dice Chemari al viejo.

—No es posible. Yo tengo que estar delante.

—Se nos va a echar la noche encima, ya verá.

—No importa. Daremos con él.

Por fin encuentran un atajo serpenteante y se descuelgan por él con todo cuidado. Delante va el perro, que se para constantemente esperando a sus amos.

Chemari lanza un nuevo grito salvaje que resuena dentro del desfiladero y se repite en unos ecos prolongados y patéticos.

Ya han llegado al cauce seco del enorme cañón o torrentera. A uno y otro lado tienen altísimos paredones de roca. Las moles de piedra ofrecen vetas y brillos rojizos sanguinolentos. El viejo jadea pero no se detiene. Lleva los puños apretados. Chemari lo va dejando atrás.

Chaume les lleva bastante delantera.

—Está loco, está loco, está loco —repite el viejo machaconamente.

Ya han abandonado el desfiladero. Ahora se encuentran con una zona enmarañada de matojos y raíces secas. Hay enormes piedras sueltas que impiden dar con el bulto de Chaume.

—¿Por dónde se habrá ido este sinvergüenza, este bandido...?

—Por allí se ha escapado —dice el viejo.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sabe el perro.

Efectivamente. *Demonio* no permite que Chaume se detenga en un buen escondrijo. El perro va señalando su camino a los perseguidores.

—Tú ten calma, muchacho —recomienda el viejo.

—¿Calma? Lo confesaré todo y devolveré hasta la última oveja...

—Eso sí, eso sí...

El perro ladra furiosamente. De rato en rato Chemari vuelve a sus gritos vascos y cada vez éstos tienen más acento de protesta y de rabia. A pesar del frío que hace los dos pastores van sudando.

—Allí está.

—¿Dónde? —pregunta el viejo.

—Míralo cómo cruza aquella loma.

—Está loco, está loco, está loco —repite el viejo—. ¿Dónde va por ahí?

—Va a la parte de los pantanos. Sabe que por ahí no es fácil pasar.

—Tampoco podrá pasar él. ¿No te digo que está loco, que todo esto es obra de un loco? ¿Y tú no habías notado nada?

—Lo pensaba todo, pero no lo quería creer.

—¿Y qué piensa hacer corriendo como un loco este desalmado? —grita el viejo fuera de sí.

—Creerá que se está riendo de nosotros.

—Que no tiene a Dios ese loco. Si no es vasco de ley, va a saber lo que somos los vascos...

—Es para matarlo.

—No te precipites, muchacho. Hazme caso a mí. Hay castigos que son mucho peores. Ya lo verás.

—Él siempre me decía: mira que los hombres de míster Link son de cuidado.

—También los vascos somos de cuidado.

Ahora están cruzando una tierra arenosa. Comienzan a extenderse las sombras del crepúsculo sobre la yerma geografía. Del barranco han pasado a la arena y dentro de poco comenzarán a moverse entre charcas y lodazales. Pero el perro no se engaña. El perro va adelante sin que nadie lo pueda detener. Chemari, viendo que al viejo comienzan a flaquearle las fuerzas, le dice:

—Espéreme aquí, yo puedo correr más.

—No lo consentiré.

—No podemos ir toda la noche detrás de él.

—Haz lo que yo te diga, muchacho. Vuelve a lanzar los gritos nuestros...

En la inmensidad desolada del paisaje los *irrintzina* resuenan bárbaramente. Luego dice el viejo:

—Dispara tres tiros al aire.

Los tiros han excitado mucho más al perro, que se ha lanzado a la carrera de un modo incontenible y acometedor. Desde la loma y ya con escasa claridad los dos pastores han podido ver a Chaume deslizarse por entre los reguerillos del pantano.

Vuelve atrás, loco

Ha sido el viejo, cuando ha visto a Chaume internarse en la espesura del barrizal, donde de vez en cuando relucen los pozos de fango, quien, con todas fuerzas, creyendo que puede oírle, grita:

—Vuelve atrás, loco.

Pero Chaume prosigue su huida inconcebible a través de aquella masa blancuzca y reluciente.

—Cuando quiera volver atrás —dice el viejo— no va a poder.

—Déjalo, a ver si se hunde... —contesta impasible ya en su indignación Chemari.

El perro trata de adelantarse a Chaume dando un rodeo, pero tiene que volverse ante la blandura del terreno. Impotente para avanzar, el perro ladra ahora lastimero.

—¿Cómo se llama ese insensato?

—Chaume, decía que había que llamarle.

—¡Chaume! —grita el viejo con todas sus fuerzas.

—No le oye.

—Pero muy bien sabe que somos nosotros.

—Por eso huye.

—¡Chaume! —vuelve a gritar el viejo—, que no vas a poder salir. ¡Chaume!

Pero Chaume no se detiene ni mucho menos. Hundido hasta las rodillas, continúa

su macabra fuga.

Para amedrentarle, Chemari dispara al aire de nuevo.

Y es esto quizás lo que precipita el fatal desenlace. Porque Chaume, queriendo escaparse de la cada vez más cercana presencia de sus perseguidores, tuerce hacia unos montículos cubiertos de matojos que descubre a su izquierda. Entonces se hunde cada vez más. Se le ve hacer esfuerzos enormes por levantar los pies. Se le ve mirar angustiosamente en todas direcciones. Chemari y el viejo están paralizados de terror. Chaume se hunde sin remedio. Cada esfuerzo que hace por salirse de la masa viscosa, sólo sirve para hundirle más. Los dos pastores ven, horrorizados, cómo el cuerpo de Chaume desaparece entre gritos y braceos espantosos.

Chemari y Federico tantean el terreno y avanzan hacia el lugar en donde Chaume acaba de ser tragado por el fango; pero no tienen más remedio que detenerse. Bajo sus pies el terreno es movedizo ya y peligrosísimo. El perro es quien les impide avanzar también. Se interpone ladrando entre ellos y la zona pantanosa, manteniéndose el animal con gran dificultad en medio del lodo. Los dos pastores tienen ya el barro hasta el tobillo. Se cogen de la mano espantados. No saben moverse ni hacia adelante ni hacia atrás. Permanecen quietos y callados, mientras las sombras van cayendo sobre el trágico paraje.

—Estaba loco —dice el viejo, llorando—. Ya lo dije antes: estaba loco, loco...

—Creería que lo íbamos a rematar a tiros.

—Era un pobre loco, un loco. Este chico tenía que estar loco.

El viejo está llorando y no sabe decir otra cosa.

—Un loco que nos ha enloquecido a nosotros también.

El viejo no se resigna a la desgracia total y repetidas veces grita con su voz temblona:

—¡Chaume, Chaume, sal, ven, no te pasará nada...!

Y el propio Chemari con su voz más potente pero también dramática grita:

—Vuelve, Chaume, no te pasará nada... Te estamos esperando... ¡Ven!

Un silencio pavoroso envuelve a los hombres y a la pantanosa tierra. De vez en cuando el perro aúlla lúgubrementemente. Los dos pastores van saliendo del espeso barrizal como pueden, tremendamente abatidos y apesadumbrados.

Todavía en la orilla esperan un rato mirando el vacío.

—¿No será que me hizo a mí la impresión de que se hundía y habrá continuado escapándose?

—Yo también lo vi que se colaba.

—Mis ojos ya no son los de antes. Antes era capaz de ver un zorro o un oso a medio kilómetro.

—Pero usted oyó sus gritos de socorro igual que yo.

—Estaba loco. Era un loco. Eso es lo que ha pasado... Lo dije desde el momento

en que lo vi con ellos y las ovejas. Tenía que terminar así.

Ya es de noche. Los dos pastores, con andar resignado y pesaroso, se dirigen al puesto abandonado. De rato en rato Chemari dice:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—No sé, no sé, nunca había pensado que tuviera que presenciar tan horrible cosa —dice el viejo como disculpándose.

Voz de alarma

Al llegar al puesto el perro de Chaume se muestra intranquilo y parece que ha adivinado la tragedia. Va de la tienda al sitio donde duermen las ovejas, suplicante, inquieto, jadeando.

Los dos pastores están tomando en silencio un bocado. Apenas pueden pasar el pan.

—Creo que estoy más hundido que él —dice Chemari.

El viejo no dice nada.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué va a ser de mí ahora, con las ovejas que faltan, que Dios sabe las que serán, con el compañero desaparecido...? ¡En qué mala hora...!

El viejo está pensativo, como arrumbado, casi como alelado.

—Fue la fatalidad. ¿Por qué había de tocarme a mí esto?

De repente el viejo ha salido de su postración y ha dicho con toda energía, poniéndose de pie:

—Muchacho, hay que hacer algo.

—¿Qué es lo que se puede hacer en un caso así?

—Hay que tener fe. Se ha hundido él y se ha hundido en todos los terrenos, porque lo ha querido... Sólo él es culpable de su muerte y de todo lo demás... Enloqueció y se suicidó, eso es todo. Lo mismo le podría haber dado por ahorcarse. Eso es lo que ha sucedido.

—Habría que avisar lo primero a la Compañía.

—¿Tú entiendes el manejo del aparato ese?

—El único que lo usaba era él. Pero algo ya lo entiendo yo.

—Puedes probar.

—¿Llamamos a la Compañía?

—No. Mi consejo sería llamar antes a todos los pastores de los puestos vecinos, a los mayores. Y que se presenten aquí. Y entonces veremos entre todos lo que conviene hacer. Y lo que se acuerde será lo que valga para siempre.

Chemari se dirige al carro y comienza a maniobrar en el aparato de pilas de onda

corta. Es un aparato que ellos han usado muy pocas veces y sólo para gastar alguna broma a los pastores vecinos. Pero siempre era Chaume el que se dedicaba a estas tareas, lo mismo que a recibir los partes de la Compañía.

—Habrás que dar la voz de alarma —dice el viejo— a nuestros compañeros. Deben estar aquí a media mañana lo más tarde. Que se hagan la jornada de noche, como sea... Di también que yo estoy ya aquí. Pero no digas nada de lo ocurrido...

—Nunca me gustó mucho este aparato...

El viejo se acerca. Entre los dos manejan el aparato. Por fin se han encendido las lámparas y se ha escuchado un ruido alentador.

—Así es —dice el viejo.

—Y ahora, ¿qué hago?

—Simplemente llamar y pedir que vengan. Que vengan cuanto antes.

—¿Tú crees que me oirán?

—Si tenemos suerte, sí. Y si te oye uno, al cabo de una hora o dos alguno más te habrá escuchado.

—O habrán escuchado al otro.

—Nosotros apenas lo poníamos. Solo Chaume. A él sí le gustaba...

—Pero otros sí lo ponen. Y Dios querrá que nos oigan.

Chemari se aplica a la tarea:

—¿En español o en vasco?

—En vasco siempre. Es lo mejor. Así nadie que lo escuche sabrá de qué se trata. Y si no en vasco, en español.

—Lo escuchará antes que nadie la Compañía.

—No importa. Si viene alguien de la Compañía, también será vasco, seguramente, y se someterá a lo que aquí se diga.

—¿Y si viene la policía?

—¿Hemos cometido algún crimen, acaso? Era un loco, ya te lo he dicho. Un loco...

Chemari comienza, primero con timidez, después con entereza:

Entzun arren, entzun arren... Artzai Eskaldunak... Artzai Eskaldunak... Ahal dezunik ariñen... Askar... Laguntasune, laguntasunee... Entzun, entzun...^[6]

Las palabras *laguntasune*^[7], *artzai mutil*^[8], *artalde*^[9] *mesta*^[10]. vuelan por los aires del Estado de Idaho como las piedras de las hondas de los pastores. Se percibe claramente por el tono de Chemari que se trata de una llamada entre iguales y hermanos de raza. El tono es angustioso, pero firme y lleno de confianza.

Chemari pasa al cambio; pero nadie responde.

—No nos oirán —dice desesperanzado.

—Tú sigue —le dice el viejo un tanto irritado.

Y Chemari repite y repite una y otra vez la llamada. Chemari pone toda su emoción en lo que dice. Parece como si dirigiera su ruego al mismo cielo. De rato en rato descansa y en seguida vuelve a sus llamadas:

«Atención, atención... Aquí el puesto 14... Es algo grave... Os necesitamos... Me pongo al cambio en seguida... Aquí el puesto 14...»

Pero nadie contesta. Sin quererlo, Chemari hace las llamadas en español:

«Atención, atención... Pastores vascos vecinos, pastores vascos vecinos... Venid cuanto antes... En seguida... Os necesitamos. Es una llamada de socorro... Atención, atención...» «Es muy urgente... Es aquí en el puesto 14, entre el pantano y el rancho de Mr. Link... Venid alguno de vosotros... Poneros en camino los que me escuchéis... Cambio, cambio...»

Repite y repite lo mismo una y otra vez, algunas veces desalentado, creyendo que habla al vacío, otras más animado, queriendo imaginarse que, conforme lo oyen, los compañeros se ponen en marcha.

—Sólo falta ahora que los hombres de Mr. Link hagan una de los suyas...

—Si los peones de Mr Link ven llegar a los pastores vascos, a todos los pastores vascos de la comarca, temblarán, muchacho. Nosotros somos pacíficos, pero hasta que nos hartan...

Chemari prosigue sus llamadas, cada vez en tono más desasosegado y angustioso:

«Aquí el puesto 14... Os necesitamos... Nos dirigimos a los pastores vascos vecinos... Somos los compañeros del puesto 14... Os necesitamos... Necesitamos que vengáis por lo menos uno... Necesitamos vuestra presencia, vuestra ayuda... Venid, venid... Al puesto 14 los que nos oigáis... Es aquí, junto al pantano... Os necesitamos...»

Chemari está extenuado, más que nada por las emociones del día. El viejo entonces le quita el micrófono y comienza él:

«Aquí, en el puesto 14... Os necesitamos a los pastores vecinos... Poneros en camino en cuanto escuchéis nuestra llamada... Aprovechar la noche para venir... Cambio, cambio...»

—Hay que descansar un poco.

—Yo no podré ni descansar...

Y de nuevo Chemari se aplica al aparato. Llevan más de una hora de llamadas. Pero, ahora, al decir «cambio», Chemari obtiene una respuesta:

«Os hemos oído... Os hemos oído... Aquí el puesto 19... Salimos... Sale mi compañero en seguida... Soy Luis Urmeneta... Seguiremos haciendo vuestra llamada... No os preocupéis... Salid también a la carretera y entregad el aviso escrito a algún coche... Cambio, cambio...»

—Nos han oído, nos han oído —grita Chemari. Se acerca al viejo y da una palmada. Está loco de alegría.

—¿No te lo dije, muchacho?

—Nunca creí que este instrumento sirviera más que para las gansadas de Chaume... que en paz descanse...

—Vuelve al aparato, contesta a esos —le dice el viejo.

Chemari se ha puesto a comunicar:

«Muchas gracias a los del 19... Está bien pensado lo de la carretera... Seguid llamando vosotros... Gracias a Luis Urmeneta... Cambio,»

La noticia de que no están solos ha animado a Chemari, que se pone ahora a la escucha. Responden también los del puesto 11. Al cabo de un rato son varias las emisoras que contestan y que a su vez hacen la llamada del puesto 14:

«Atención, atención... Los pastores vascos que nos oigan, acudid al puesto 14... Allí nos necesitan... Es urgente... Al puesto 14... Al que está al lado de los pantanos... Cambio...»

Los mensajes en vasco y español cruzan las praderas. Los pastores vascos se disponen a ponerse en camino. Chemari no está solo. El viejo pastor le dice:

—Muchacho, échate un rato. Mañana será un día de mucho jaleo.

—No dormiría. No puedo ni descansar. Desde que volvimos de allá ni me he acercado a ver las ovejas. Tengo como miedo de mirar el ganado. Y luego, ese perro de Chaume, con su manera de aullar, yendo y viniendo al pantano, asustando a las ovejas... Ese maldito perro...

Pero Chemari está casi como el perro, paseándose, sin poder estarse quieto.

—No te preocupes y duerme.

—No puedo. Señor, señor... ¿Cómo estaría yo para no darme cuenta antes? ¿Y cuántas ovejas faltarán?

—Eso es lo de menos, muchacho. Las ovejas aparecerán. Y si no aparecen... tú tendrás tus ovejas. Los pastores vascos siempre han sido respetados en esta tierra.

—Sí, pero mire lo que ha hecho un pastor vasco.

—Ese era un loco. Ya te lo dije. Por eso se ha querido matar. Además, estoy seguro de que no era vasco. Ahora es cuando estoy seguro de que no era un vasco legítimo. No podía ser vasco. Ese era un intruso. Ya me han dicho a mí que ahora vienen muchos camuflados, muchos que se hacen pasar por vascos...

—¡Y me tuvo que tocar a mí, el intruso! Y luego todos creen que soy digno de envidia, por ser el primo de Esteban. ¡Digno de envidia!

—Túmbate, muchacho. Al amanecer saldremos a la carretera y enviaremos algún mensaje más. Cuantos más pastores vengan, mejor.

—Se enterará todo el mundo de lo que aquí ha ocurrido.

—No te preocupes. El recado, de momento, será sólo para los vascos. Y en este país nadie va donde no le llamen. Aquí todo el mundo va a sus cosas. Nadie se preocupará de lo que aquí ha pasado... nadie más que los que tengan que enterarse.

Se han tumbado en la tienda. Pero Chemari al rato se ha incorporado. El viejo ha dicho:

—Vamos a rezar un Padrenuestro por ese loco... ¿Cómo dices que se llamaba, que ya no me acuerdo?

—Chaume, decía que se llamaba Chaume.

—Pues un Padrenuestro por el loco Chaume... Que Dios le perdone —y el viejo se ha santiguado.

Los dos pastores han rezado el Padrenuestro. Al concluir, el viejo ha añadido:

—*Requiescat in pace...* —y como en tono de broma—: ¿No se dice así?

Ninguno de los dos puede dormir. El perro de Chaume sigue aullando de manera lamentosa y fúnebre.

El mensaje escrito

Con las primeras luces del alba los pastores se han puesto de pie. Y el viejo ha dicho:

—Tomaremos un café bien cargado y saldremos los dos en caballo a los cruces de carretera. Inmediatamente nos vendremos acá por si comienzan a aparecer.

—¿Y qué haremos en la carretera?

—A cualquier coche que pase le daremos un recado escrito para los pastores que puedan ver o para que los dejen en la cantina por donde suelen aparecer algunos de ellos. Eso es lo mejor, vamos, si te parece.

—Ya sabe usted que aquí manda y se hará lo que usted diga; pero a mí me hubiera gustado ir de día al pantano. Quizá no ha muerto, o si ha muerto, acaso lo podamos sacar...

—No te hagas ilusiones. Chaume se hundió y se hundió porque quiso hundirse. Ya viste, además, cómo era imposible entrar. Ni siquiera el perro. Yo mismo no comprendo todavía cómo él pudo entrar tan dentro... No es la primera desgracia que sucede en ese pantano endemoniado.

Chemari escribe unos mensajes breves en vasco.

En seguida los pastores, el viejo y Chemari, parten juntos, sin perros, pero con armas. Caminan en silencio. Al llegar a un cruce, después de media hora de marcha, el viejo dice:

—Dentro de dos horas o un poco más hemos de estar en el puesto de regreso. No conviene que llegara alguno de los puestos vecinos, se encontrara solo y cundiera la alarma. Esto que ha sucedido hemos de llevarlo en secreto entre nosotros los vascos... Y lo que se haya de decidir se decidirá cuando estemos juntos por lo menos

cinco o seis. Cada uno que diga su parecer y luego se obra con arreglo a eso...

Parten cada uno en una dirección.

Desde lejos se dicen adiós con la mano y gritan:

—Hasta pronto.

—Hasta dentro de un rato...

Como sincronizados llegan los dos casi a la misma hora al cruce de la carretera y esperan un rato. Reparten el recado escrito a varios coches que pasan.

Ahora ya es seguro que más temprano o más tarde casi todos los pastores de los puestos vecinos recibirán la noticia y se apresurarán a acudir.

Es cuestión de un día de espera y sufrimiento.

El viejo y Chemari vuelven al puesto. El primero en llegar al cruce donde se separaron ha sido Chemari. Se ha bajado del caballo y se ha puesto a fumar un cigarro. Le parece difícil que el viejo haya pasado antes.

Efectivamente, al poco rato lo ve aparecer.

Cuando se encuentran lacónicamente se dicen:

—¿Hubo suerte?

—La hubo —contesta el viejo.

—Y yo también a pesar de que no hay manera de entenderse con esta gente. Calcule que, como si tal cosa, les hablaba en vasco...

Llegan al puesto. Nada anormal. El perro de Chaume sigue dando vueltas. De vez en cuando se para, levanta la cabeza en dirección al pantano y lanza tristes aullidos. Hasta que por fin, desaparece.

—Ha decidido ir a buscarlo —dice el viejo.

—No creo. Yo creo que está tan loco como su amo, que Dios haya perdonado.

La magna asamblea

A última hora de la mañana han visto aparecer sobre las lomas el primer compañero. Antes de que éste llegue al puesto, el viejo le dice a Chemari:

—No hay que contarles nada hasta que no haya por lo menos cinco o seis aquí. Esperaremos hasta las tres o las cuatro, ¿te parece?

—Me parece poco tiempo. Es mucha la distancia a que están algunos. Eso calculando que se hayan enterado muchos.

—De todos modos, a los que vayan llegando se les dice solamente que Chaume ha desaparecido, pero sin más. ¿Entiendes?

—No se lo creerán...

—Puedes ir diciendo también que han desaparecido ovejas y que te han matado al

perro...

—Van a creer que este puesto tiene la negra...

¿Qué pensarán de mí?

—Es sólo para dar tiempo. Después, a todos juntos, ya se les cuentan las cosas bien. ¿Comprendes?

Los perros ladran furiosamente. Está llegando el primero. Es un vasco grandote, de cejas espesas, nariz colorada y cuello de toro.

—¿Se ha declarado la epidemia? —dice al tirarse del caballo. Y luego, al saludar a los compañeros—: ¡Vaya recibimiento! Ni que se hubiera muerto alguien...

Chemari le ofrece café en silencio.

En seguida ven aparecer otro por el otro lado. Viene al trote. Desde lejos saca el pañuelo y lo extiende gritando:

—¡Ehhh, ahhh!...

—Vaya, ese parece más joven que tú, ¿eh? —dice el viejo al recién llegado. Míralo, cómo viene...

Pero la sorpresa es grande. Aunque se adelantan a recibirlo, se tira del caballo antes de llegar. Es un viejo de pelo blanco como el de las ovejas, con las cejas también blancas y unos ojos pardos irónicos, que resultan muy simpáticos. A pesar de que se ve que tiene edad, es un tipo dinámico, nervioso y resistente.

Al acercarse, dice:

—Bueno, ¿esto va de boda o de entierro?

Chemari y el viejo procuran no dar demasiadas muestras de preocupación. Pero apenas lo consiguen. Los recién llegados, sin embargo, se ve que no quieren mostrarse curiosos ni indiscretos. Ellos han sido llamados y están aquí. Lo demás no es cuenta suya.

Ahora lo que se ve llegar es un *jeep* de montaña. Chemari se echa a temblar.

—¡La Compañía! —exclama desolado.

Pero no es la Compañía. Son dos pastores jóvenes a quienes les han prestado el *jeep* en un rancho próximo a su puesto.

Chemari piensa que si la gente de Mr. Link fuera así no habría ocurrido lo que ha ocurrido. ¿Y por qué su primo Esteban le habría asignado precisamente aquel siniestro lugar? Por lo visto, porque había sido el suyo y a él le había dado suerte. «Sin embargo, a mí...», pensaba Chemari.

Los dos pastores jóvenes, como presintiendo algún peligro, vienen bien armados. Llevan revólver y rifle. Sin embargo, su aspecto no puede ser más pacífico, a pesar de las armas.

—¿Dónde están esos indios o los robadores de ganado que hay que limpiarse? —dice uno de ellos.

—¿Será verdad que hay robadores de ganado? —dice el otro.

Estos, conforme se acercan a la tienda, gritan:

—¡Cerveza!

—¡*Bierrrr, bierrrr!*

Chemari está sorprendido de la gana de bromas que traen algunos vascos pastores, a pesar de que han sido convocados con tanta urgencia y con palabras misteriosas. Y lo que más le extraña es que ninguno al llegar pregunte por su campero. Dan por hecho que él y el viejo forman la pareja del puesto 14.

Cuando están comiendo hay algunos que preguntan:

—Para algo se nos habrá hecho venir, tragándonos los kilómetros como longanizas, ¿no?

—No nos irán a enrolar en el ejército americano.

—¿Y por qué estamos aquí, si se puede saber?

Pero el viejo pastor todavía es el patriarca entre ellos. Representa para todos la autoridad y el prestigio de la raza y del oficio.

—Calma, amigos. Todo se dirá...

Están comiendo aún cuando aparece primero uno de los que llegaron con Chemari y Chaume a Boise, y un poco más tarde, cuando ya se han reunido en torno a las tiendas y están pasándose de mano en mano una cantimplora llena de coñac que ha traído el último recién llegado, hace su aparición un pastor canoso, asmático, muy flaco y un poco encorvado.

Cuando lo ven llegar renqueando, todos se levantan y le ofrecen el sitio de preferencia. Hay entonces un momento de silencio que testimonia el rango que para el pueblo vasco tiene su código y sus costumbres.

—Todavía vendrá alguno más —dice uno.

—Esto ha sido un éxito, un verdadero éxito —comenta otro.

—¿Es que nos van a subir el sueldo? —pregunta un joven.

—¿Se trata de declararse en huelga —dice otro joven— hasta que no nos traigan mujeres a los puestos?

Todos ríen, menos el pastor viejo que preside la pequeña pero ya importante asamblea. Sin embargo, la cara de Chemari está demostrando que ya no puede más.

El pastor viejo, al fin, da una palmada y dice:

—Aquí estamos todos porque nos han llamado. Yo fui el primero en llegar, llamado por Chemari...

Todas las miradas se clavan en él. El viejo prosigue:

—Pero cuando yo llegué aquí todavía las cosas estaban en su lugar. Bueno, al menos parecían estarlo. Las sospechas de Chemari eran ciertas: su ayudante se estaba entendiendo con los peones del vecino Mr. Link, el amo de medio Idaho, y disimuladamente les estaba entregando (por dinero tenía que ser y no podía ser de otra manera) ovejas del rebaño...

—Eso no puede ser —dice uno.

—Puede haber alguna confusión... —agrega otro.

—Para hacer una acusación así hay que estar muy seguro —añade un tercero de los que se resisten a creer.

Hay un ambiente de consternación entre los pastores. Parecen todos preguntarse con las miradas: ¿Dónde está el culpable? El viejo, con gran serenidad, prosigue:

—Yo mismo lo vi con mis propios ojos y la cosa va a ser muy fácil de demostrar, porque lo primero que habrá que hacer es rescatar, si podemos entre todos, el cuerpo del culpable...

—¿Ha sido muerto?

—¿Quién lo ha matado?

Ahora los ojos se dirigen a Chemari. El viejo continúa:

—Primero iremos todos, o una parte, según os parezca, a esa región pantanosa que algunos de vosotros habréis visto al pasar. Hay que recoger el cadáver y darle sepultura y sepultura cristiana... porque está bien claro que él no quiso matarse. Pero lo cierto es que se mató y se mató delante de nosotros...

—¿Se suicidó, es lo que quieres decir? —pregunta el viejo del pelo canoso.

—Él iba huyendo. No se atrevía a presentarse a nosotros, probablemente ante su compañero. Porque a mí no creo que él me reconociera, si bien él sabía que Chemari no estaba solo y que había otro testigo de su infamia...

—¿Vosotros, entonces, le seguisteis? —vuelve a preguntar el viejo respetable.

—Claro que le seguimos: Íbamos Chemari y yo con el perro delante. Íbamos llenos de indignación; el mismo perro ladraba como si no pudiera tolerar tan grande injusticia y deshonor...

—Era para matarlo —dice uno de los jóvenes.

—Nos ha desprestigiado a todos.

—Pero, ¿qué le pasaba a ese muchacho, para que hiciera eso? —pregunta otro.

—¿Cómo era él? —pregunta a su vez el gordo coloradote.

—¿Era aquel que gastaba bromas por el aparatejo?

—El mismo.

Y el viejo continúa:

—Desde el primer momento en que yo vi lo que vi, y cómo huía y no volvía la cabeza siquiera, o la volvía como una alimaña que sabe que ha hecho el daño, yo no hacía más que repetir: Está loco, es un loco... Es lo mismo que sigo repitiéndome ahora. Una persona normal no hace tontamente, por cuatro billetes, por cuatro cochinos billetes, o los que fueran, lo que ha hecho. A ese le pasaba algo raro, llevaba dentro algún mal, quién sabe qué. En la historia de los pastores vascos, y llevamos cientos de años aquí, nunca había ocurrido nada semejante, por lo menos que yo sepa... ¿Sabéis vosotros o habéis oído algo parecido?

Todos niegan con la cabeza.

—¿De dónde era ese muchacho? —vuelve a preguntar el viejo canosillo.

—De una cosa estoy seguro —afirma Chemari con todo convencimiento—: de que no era vasco. Vamos, que no era vasco legítimo. No lo digo por su vasco, que tampoco lo hablaba nada más que sabía algunas palabras, sino por muchas otras cosas. Será fácil, además, sacarlo por los papeles. Él había vivido en Tudela algunos años por lo menos, pero yo creo que su padre no era vasco. No sé si me dijo una vez que era valenciano; pero no me acuerdo. O si me dijo que había vivido él en Valencia. Él también hablaba mucho de Logroño, y de un pueblo de Logroño que se llama Alfaro... Y también de Aranda de Duero... Pero donde vivía era en Tudela. Había trabajado en una serrería y también en una bodega, eso sí que me lo dijo...

—¿No hablaba mucho él, entonces? —inquire el viejo.

—Era un poco raro... Aunque durante semanas yo creía que el que era raro era yo. Una vez lo encontré, casualmente, hablando con los hombres del rancho ese de al lado. Esto ya me dio muy mala espina...

—¿Y cómo podía entenderse con ellos?

—Allí hay algunos mejicanos que hablan español. Yo mismo los he oído hablar en el rancho. Y luego él, que había puesto mucho interés desde el primer momento en aprender el americano. Y ya hablaba algo... Pero yo digo que era raro, porque lo mismo se pasaba unos días muy hablador y más alegre que unas castañuelas, que se apartaba a un rincón y no decía ni palabra. Su obsesión era el transistor y el salirse del pastoreo. Eso sí que lo dijo muchas veces. A él no le gustaba esta vida..., hasta parece que le tenía manía al pobre ganado.

—¿Cómo sospechaste el robo de las ovejas?

Chemari mira hacia todas partes muy atribulado y continúa.

—El momento fijo en que comencé a sospechar, no lo sé. Un día encontré también una oveja muerta, recién parida, fuera de la ruta del rebaño. Era muy raro que la oveja, a punto de parir, fuera sola hasta allí. Todo esto... y luego cuando lo vi en el barranco con John y Tincho...

—¿Quiénes son esos?

—Los peones de Mr. Link, los que dije antes. Uno de ellos es una especie de capataz y el otro un mejicano, que es la sombra del otro. Desde el primer momento en que me vieron me odiaron a mí. ¿Y por qué, digo yo? Hace poco ¿quién tuvo que pagar la cosa? Mi perro *Rale*. Apareció con dos tiros en la cabeza el pobre animal. Era como una advertencia para mí, porque yo creo que un día iban también a por mí... Son capaces.

—No lo creo, no creo que llegaran a eso. Nunca se han metido en este país con los pastores vascos, por lo menos de una manera tan seria, muchacho.

—¿Entonces?...

—¿Tú tuviste algún encuentro con ellos? —y el viejo sigue metódico y calmoso el interrogatorio de Chemari. Es como si necesitara conocer todos los detalles, ante una acusación tan grave e insólita.

—Yo un día me acerqué al rancho de Mr. Link, es decir, quise acercarme, pero al llegar al puentecillo de la entrada me tiraron el lazo y me hicieron caer a tierra. Pude matarme. Ellos se quedaron riendo. «Para que vuelvas más por aquí», dijeron.

—¿Y a qué ibas al rancho?

—Creía que era mi deber de conciencia hablar con el viejo ranchero. Su hija, además, es la novia de mi primo, el que está en el Secretariado ese de nuestra Compañía.

—¡Ah, conque eres tú el primo de Esteban... ese muchacho tan listo...!

—Sí, señor.

—¿Y cómo se atrevieron a impedirte el paso a la finca de un particular?

—Ellos son así y mandan en la tierra de Mr. Link y en todo su alrededor.

En este instante aparece un nuevo pastor. Es muy joven y lleva sólo tres meses con el ganado. Es un tipo delgado y de pómulos colorados. Lleva boina y un cayado en la mano.

—¿De qué puesto eres, muchacho?

—Del 15. El viejo está malo y no ha podido venir.

—Bien. Siéntate ahí —y el viejo prosigue, dirigiéndose a Chemari:

—¿Llevabas armas entonces?

—Sí, yo llevaba la escopeta.

—Era para cruzarles la cara —dice uno de los jóvenes.

—Yo creo —interviene el viejo, conciliador— que eso fue más bien una broma, pero no creo que tuvieran mala intención.

—¿Y matarme el perro también ha sido una broma?

—Eso habría que denunciarlo a la Compañía —dice el del cuello grueso y colorado.

—Ya ves, lo del perro creo que más bien sería porque les estorbaba para su negocio con tu compañero. Aquí el que pecó fue ese compañero tuyo... Este es un mal asunto. A nosotros siempre nos han respetado en esta tierra, pero ha sido porque nos hemos hecho respetar. Malo que uno de nosotros falte... Entonces, ya veis lo que pasa: entonces los demás nos pierden el respeto. Si tu compañero hubiera sido como es debido, ni contigo se hubieran metido esos peones. Malo que uno de nosotros falte, muchachos. Cientos de años de confianza puesta en nosotros y de honradez a carta cabal, se vendrían abajo...

Todos los jóvenes asienten y se quedan como meditando.

—Tú, pues, no llegaste a hablar con Mr. Link... —pregunta ahora el viejo del 21.

—No. Yo iba tan sólo a pedirle como el mayor favor que me dejara cruzar la parte

alta de su finca, una especie de cañada, para aposentar el ganado en una región algo mejor. Esta zona tiene la mala. Llevamos siete meses sin llover. El ganado va de un lado para otro, pero cada vez más desnutrido. Ni siquiera tenemos buenos abrevaderos. Yo le pensaba jurar por todo lo más santo al dueño del rancho que mi ganado haría poco daño Cruzaría, si era menester, en una noche; pero ellos no me dejaron llegar. Me dio la impresión de que relacionaban mi visita con el encuentro de Chaume en el barranco. Pero a nadie se lo dije, ni a mí mismo. Al llegar herido, con un golpe en la cabeza que sangraba y toda la espalda amoratada, Chaume se asustó. ¿Qué era, por qué había sido? Yo escurrí el bulto y vi que en él entraba el terror. Tan pronto luego le hablé de que cruzaríamos este desierto hasta remontar el valle alto, pasara lo que pasara, vi que se llenaba de miedo. Y es que no tenía la conciencia tranquila. Yo a todo esto, cuando me tiraron al suelo, juré por lo más sagrado que me habría de vengar...

—Te dolió mucho la cosa.

—Me dolió mucho lo mío, porque fue arrastrarme y tirarme como una res en medio de las risotadas de todos; pero a mi sufrimiento iba junto el de las ovejas. Las ovejas estaban sufriendo inútilmente, cuando podían estar mucho mejor allá arriba. Varias veces había pedido a la Compañía el traslado a quince kilómetros o veinte más arriba de la línea de mister Link. Es buena zona y no está esquilhada...

—La Compañía no le ha respondido —dice el viejo del 21.

—Han dicho siempre que paciencia, mientras a otros les han dado el pase a pesar de que no estaban en una situación tan crítica como la nuestra. Pero un día vino mi primo y me llevó a ver a su novia. Fue el mismo día que la pidió formalmente —allí chocamos.

—¿Con el viejo ganadero?

—No, no, con los peones. Ellos no podían sufrir mi presencia y al fin la armaron. Me provocaron a varias cosas, a tiro de revólver, a lazo, a no sé cuantas cosas más... Querían a la fuerza humillarme y que yo fuera el número de circo... de la fiesta. Pero les salió mal la cosa. Yo lo reté, al jefe John, que es persona muy poco de fiar, a cortar un tronco. Lo dejé a medio.

—Bravo.

—Bien hecho.

—Quedó casi agotado. Luego él propuso alguna otra cosa de acá, no sé si derribar unas vaquillas, y yo dije que sólo me sometía a las costumbres de mi tierra. Y lo hice echarse un pulso. Lo destrocé, francamente lo digo, lo dejé temblando de rabia, pero ya todo el mundo estaba de mi parte. Como siguió tentándome y había bebido un poco, cuando me propuso no sé qué, yo dije también que lo desafiaba a capar carneros en menos tiempo y con más limpieza, sin que apenas la res se enterara.

Los pastores ríen todos. Pero en seguida han vuelto a concentrarse en el asunto en

que están. No es posible que ellos estén allí, habiendo abandonado sus puestos, para enterarse solamente de un pleito personal entre Chemari y los peones de un rico ranchero. Sobre todo los jóvenes parecen excitados y nerviosos. Son partidarios de que se haga algo cuanto antes. Pero el pastor canoso, como responsabilizado de su papel, es el que se dirige de nuevo a Chemari:

—¿Y cuántas ovejas crees que pueden faltar?

—Ahí está, que no tengo ni idea. Más de una vez quise contarlas, pero en este terreno es difícil. Además él siempre daba largas. Él no quería. Yo solo no podía hacerlo y sobre todo sin que él se enterara. Últimamente ya había entre nosotros cierta tirantez. El creo que comenzó a recelarse algo... Entonces fue cuando decidí irme en busca de los vecinos del puesto más cercano —y señala al viejo del 21— y aquí el amigo me quiso acompañar para comprobar las cosas, aunque no sé si por dentro creía en ellas...

—Pues, la verdad —dice el viejo— no terminaba de creerlo. Una cosa así es muy difícil que le entre a uno por la cabeza.

La boina de Chaume

Hay unos instantes en que todos permanecen callados. El viejo pastor que preside la reunión de pronto se levanta y dice:

—Bueno, muchachos, hay que hacer algo. Tenemos que hacer algo... Lo primero, digo yo, será ir al sitio donde está hundido. Todavía no sabemos si hay alguna manera de rescatar el cadáver...

—No creo que se pueda —dice el viejo del 21.

El otro viejo, el del pelo canoso, pero de aspecto animoso y dinámico, interviene:

—¿No tendríamos, antes que nada, la obligación de avisar a la policía?

—Claro, claro —dicen algunos.

—Un cadáver no debe ser tocado antes de que llegue el juez o la policía —insiste el viejo.

Es ahora cuando los pastores se dan cuenta de la gravedad de la situación. Se han puesto todos de pie y nadie dice nada. Chemari aprovecha el momento de silencio para ir al carro. Vuelve con la boina de Chaume y se la ofrece al viejo diciendo:

—Sería bueno examinar esto...

Los viejos rompen el forro de la boina y aparecen cuatro billetes de cien dólares.

—Pudieran ser sus ahorros —dice el más viejo.

—Sus ahorros, igual que a mí, se los ingresaba la Compañía en el Banco —aclara Chemari.

Los billetes y la boina están pasando de mano en mano. No es corriente que en las manos de los pastores hayan parado muchas veces billetes de estos.

—Este chico no estaba bien de la cabeza... —ha sido el comentario del más viejo.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí?, pregunta el pastor que está haciendo de fiscal. Es el clásico tipo del vasco lento, dubitativo, pero firme.

—Igual que yo, diez meses y doce días.

—Igual que nosotros, entonces —añaden dos más.

Honor vasco

El pastor del pelo blanco a quien todos desde el primer momento han reconocido autoridad, se une con el pastor viejo del 21 que ha sido testigo, junto a Chemari, de la desdichada aventura. Los dos pastores viejos conversan un rato aparte de los demás. Seguramente estudian los términos de la resolución que han de tomar. Los más jóvenes esperan. Por fin, el pastor del 21, que actúa de responsable convocador de los demás, les dice:

—Bueno, muchachos, todos os habéis dado cuenta de que la cosa es delicada y grave. Creo que este compañero —y señala a Chemari— hizo lo mejor que se puede hacer en un caso así: acudir a los demás compañeros. Por eso estamos todos aquí. Un vasco no puede dejar a otro vasco en un apuro. Sobre todo que estamos en una tierra extraña y hemos de ser, como ha sido siempre, uno para todos y todos para uno. Si entre todos los que estamos aquí ahora mismo no fuéramos capaces de arreglar lo mejor posible esta desgracia que nos ha pasado a todos, porque esto nos ha pasado a todos, es como si nos hubiera pasado a todos, puesto que le ha pasado a un compañero; si no somos capaces, digo, de hacer algo, no seríamos dignos de ser vascos viejos y legítimos. En esta tierra siempre nos han respetado, nunca nadie se ha metido con nosotros; pero porque nosotros nos hemos hecho respetar. Tener esto bien metido en la cabeza, muchachos. Si lo que ha hecho este desgraciado, o este loco, se hace público, muchos creerían que los vascos ya no somos los vascos. No puede caer sobre la honra de todos la falta de ese loco. Tampoco se puede dejar aquí al compañero al descubierto...

Todos dan muestras de asentimiento. Y el viejo continúa:

—Pero esto tiene un remedio, siempre que todos seamos capaces de guardar un secreto —y el viejo los va mirando a todos, uno por uno, fijamente—. Nadie debe saber, fuera de nosotros, que aquí ha habido robo de ovejas ni ningún otro delito. Como comprenderéis, los peones esos no lo van a ir diciendo, por la cuenta que les tiene...

—¿Y la muerte de Chaume, cómo se va a explicar? —pregunta alguno.

—Ya lo dije muchas veces: estaba loco. Era un loco y se mató... Puede ser que no haya podido con la soledad... Ya veis lo que dice Chemari: que no le gustaba el pastoreo... No le gustaba esto, estaba desesperado... En todo caso, nosotros no sabemos nada...

—No ganamos nada —y ahora el que interviene es el más viejo— echando más lodo sobre la cabeza de ese pobre muchacho, que Dios le haya perdonado. Con decir que no se sabe por qué huía... Porque está claro que él se metió en el pantano huyendo de algo... Seguramente se había vuelto loco y ni él mismo sabía por qué corría hacia el pantano... ¿Comprendéis?

—Yo creo —continúa el viejo del 21— que lo que podemos saber, que lo único que sabemos, es que aquí Chemari me fue a buscar a mí porque notaba algo raro en su compañero. Cuando llegamos lo buscamos por todas partes y no lo encontramos, hasta que por fin dimos con él en el pantano. Le llamamos, pero no quiso volver: se metió, se metió...

Esto es todo lo que sabemos. ¿No te parece, eh, Chemari?...

Chemari hace el gesto de asentir. Se le ve profundamente apesadumbrado, caído.

—Yo lo que creo que es un poco peligroso engañar a la policía. Ellos siempre lo descubren todo... —dice tímidamente uno de los jóvenes.

—Nosotros no tratamos de engañar a la policía. No tratamos de encubrir a ningún criminal. El único criminal aquí era el muerto... Y tratamos solamente de salvar su honor de pastor vasco... aunque no fuera vasco. Y el honor de todos. Pero si hay alguno que no esté de acuerdo...

Nadie responde. Todos están cabizbajos y abatidos.

—Fijaros bien: no se trata de decir ninguna mentira. Se trata tan sólo de callar un detalle: el robo de las ovejas. Todo lo demás es igual... En cuanto a las ovejas, este compañero —y señala otra vez a Chemari— no se puede quedar al descubierto. El tendrá sus ovejas...

—Lo primero que hay que saber —dice el más viejo de nuevo— es las ovejas que faltan. Por eso, si os parece, empezaremos por contarlas...

Y el grupo de pastores jóvenes, con Chemari a la cabeza, se dirige a la angostura del terreno donde se amontonan y esparcen las ovejas. Se colocan estratégicamente en varios puntos y las van haciendo girar. Chemari en cierto modo es quien dirige la operación. Los perros mantienen a raya el ganado. El día está hosco y revuelto, con nubes plomizas y viento fuerte. Esto contribuye a hacer del recuento del rebaño una escena de locura.

Rápidamente los pastores han consumado la operación. Se reúnen ahora en una loma y cada uno da la cifra del grupo que le tocó contar. En un papel van apuntando los números y luego suman. Faltan unas ciento ochenta, oveja arriba oveja abajo.

Chemari está pálido y desencajado. El pastor alto y coloradote repasa ahora, desde allí mismo, todo el conjunto del ganado.

—Un buen puñado ya falta. Acaso esté rozando las doscientas.

—Ladrones, miserables —se repite Chemari, aunque en tono inerte, sin ira ya.

Vuelven los pastores al lado de los más ancianos, que se han quedado sentados junto a las tiendas.

—¿Confirmado, eh? —pregunta el viejo, ya compañero inseparable de Chemari.

—Y tan confirmado —responden.

—Bueno, no te preocupes, muchacho —dice el viejo dirigiéndose a Chemari. Le pone la mano en el hombro y prosigue—: Todo tiene arreglo en la vida menos lo que le ha pasado a tu compañero. Esto de las ovejas tiene solución, se la buscaremos entre todos... Aquí donde estamos, lo que sea de uno tiene que ser de todos. Tú no te encontrarás solo frente a la Compañía. Y ahora, vamos, si os parece, a lo otro, a lo más delicado...

Todos, siguiendo al viejo, van en busca de los caballos. Los perros están alterados. Cuando ya van a partir el viejo ha separado a dos de los pastores, el grandote de cuello grueso y uno de los más jóvenes, y les ha dicho:

—Vosotros quedaros al cuidado de todo esto...

La caravana se pone en marcha. Apenas hablan entre sí. Se ve que van a cumplir un oficio ingrato. Se van perdiendo entre las lomas. Por el horizonte corren, bajas y estiradas, como galgos, unas nubes hoscas y raudas.

Al cabo de un buen rato de camino comienza a lloviznar. Los pastores, con sus gorros y sus boinas bien caladas, avanzan en dirección a la zona pantanosa. Los viejos se echan encima la manta de cuadros. Nadie habla. La procesión impone no sólo por el aspecto de los pastores sino por la desolación del paisaje que van cruzando.

Dos manos desesperadas

Se van acercando ya al sitio. En cabeza van el viejo y Chemari.

En la zona de los pantanos está lloviendo. Al llegar, se encuentran al perro de Chaume, que al borde de la zona pantanosa aúlla lastimeramente. Los demás perros se le unen ladrando y aullando. Los pastores están abrumados.

Pero ni siquiera los perros pueden internarse porque se hunden. La llegada de los demás perros y de los pastores parece haber excitado al perro de Chaume, que lucha, como puede, contra el viscoso elemento y consigue acercarse más y más. Los otros perros se esfuerzan en seguirlo, pero, ladrando desesperadamente, tienen que desistir.

Llega un momento en que el perro de Chaume se hunde en la masa movediza y maloliente.

Todos los pastores han intentado penetrar por algún lado, pero todos se han ido quedando paralizados. El perro de Chaume fue, en el primer momento, como un ejemplo a seguir. El mismo perro parecía querer animarlos con sus ladridos. Pero todos se han sentido inmovilizados ante aquel suelo blando, terrorífico.

—No hay nada qué hacer —dice el viejo.

—Pero, ¿cómo él pudo pasar siquiera por aquí?

—Eso mismo es lo que me digo yo...

El perro de Chaume ha hecho como un esfuerzo por saltar y se ha hundido casi del todo. Ladra agónicamente, mientras se hunde sin remedio. Cuanto más hace por salir y avanzar, más se hunde. Se está repitiendo en el perro el lento agonizar de su amo. Sin embargo, el perro se está defendiendo mejor. Hay momentos en que a todos les parece que va a saber sobrenadar aquel lecho blanduzco y pestilente.

Algunos de los pastores han probado a penetrar desde más lejos, entrando por las lomas que hay a la izquierda, pero tampoco pueden pasar. Uno por uno se han visto obligados a volverse. La lluvia que está cayendo y que debió de caer por la mañana ha contribuido a reblandecer aquel colchón de barro movedizo.

—Ese perro no sale ya —dice Chemari.

Los pastores lo llaman. Pero es inútil. Todos los demás perros forman un coro trágico de ladridos; pero ninguno se atreve a penetrar en el pantano. Los pastores discuten si será mejor rematarlo de un tiro cuando ya el perro está a punto de desaparecer. Algunos preparan ya la escopeta. Pero el viejo canoso dice:

—Eso nunca. Pudiera resultar luego un lío para la policía.

El perro de Chaume ha concluido por hundirse. Nadie podría decir que aquella terrosa superficie sea en el fondo algo tan fluido y pegajoso. El perro se queda apresado en el fango como un pájaro en el visco. Apenas le quedan fuera el hocico y las orejas.

El viejo entonces saca un catalejo y se pone a mirar la indiferente y patética llanura. La tierra del pantano es como la carne de un cadáver abandonado. Hay un punto en que el catalejo se detiene. Lo que ven los ojos del viejo pastor son dos manos crispadas sobresaliendo de la tierra blanda y cenagosa.

—Mirad allí, muchachos.

El catalejo pasa de mano en mano. Todos quieren comprobar el hallazgo. Alguno dice que no ve nada y por más que le hacen mirar una y otra vez él dice que no ve nada.

Todavía hacen nuevos intentos de penetrar en el pantano. Pero el viejo, viendo lo peligroso del terreno, grita:

—Atrás todo el mundo.

Vuelven en silencio, cubiertos de barrizal, lo mismo que los perros que todavía, de vez en cuando, se detienen y, mirando hacia la zona pantanosa, ladran lastimeramente.

—No hay nada qué hacer... —dice el viejo, y todos asienten con su silencio.

—Debió de ser una muerte horrorosa la de ese desgraciado. ¿Visteis cómo el perro luchaba?... Dios nos libre de una cosa así.

—¿Podrá hacer algo la Compañía, o la policía? ¿Podrán sacarlo? —pregunta uno de los más jóvenes.

—Yo no creo que puedan hacer nada.

—Pero investigarán, harán preguntas... —Chemari se ve que está preocupado con las diligencias.

—La policía, y la Compañía, saben muy bien que un hombre hasta ahí sólo puede haber entrado solo. El solo se mató...

—Pero harán investigaciones...

—Si ellos no saben nada del robo de las ovejas..., lo demás que lo averigüen, que averigüen lo que quieran.

—Si pueden sacar el cadáver... verán que lleva encima el dinero...

—Allá el muerto, muchachos, que se explique el muerto.

Todos rodean a Chemari como si quisieran demostrarle su afecto y su solidaridad.

—Lo peor para mí es tener que seguir aquí. Para mí... es como si este lugar estuviera maldito...

Entonces el viejo, con toda parsimonia, le dice:

—También eso se pensará, o mejor dicho, ya está medio pensado. Es muy posible que traslademos el puesto 14 más arriba... ¿eh? ¿Qué te parecería?

Chemari por toda contestación sonríe.

Lentamente caminan en busca de los caballos. El viento les da de cara. Los más viejos se encorvan para avanzar. Los caballos resuelan afanosamente y los perros van y vienen entre caballos y pastores, excitados, nerviosos.

Solidaridad

Vuelven consternados. Nadie habla. Chemari, ya en el puesto, les ofrece café, pero nadie tiene ganas de nada. Han formado una especie de círculo y se miran unos a otros, en silencio. Los viejos de nuevo están aparte discutiendo y diciendo algo importante. Todos se muestran turbados, indecisos, abatidos. Pacientemente cada uno se va quitando el barro de los pantalones valiéndose de las navajas.

—Huele esto peor que a establo... —dice uno.

—Huele a diablos fritos —responde otro.

—Maldito sea el queso —dice otro.

Por fin, el viejo mas viejo da unas palmadas, como reclamando atención, y dice:

—Muchachos, vamos a acabar de zanjar todo esto de una vez. Nosotros —y señala al otro viejo— hemos pensado una cosa que vosotros diréis si os parece bien. Uno de vosotros irá a Boise y dará cuenta a la Compañía. La Compañía tiene que estar enterada. No hay más remedio. Pero, dentro de La Compañía, creemos que el primero que debe saberlo es el primo de éste —y señala a Chemari— y acaso el secretario, que también es vasco. Ellos son los primeros que deben saberlo. Ellos luego decidirán lo que hay que hacer.

—Y ellos responderán, ya veréis cómo responderán —interviene el otro viejo.

—Claro que responderán —agregan otros.

Chemari es el más desmoralizado. Para sus adentros está pensando que acaso él, interviniendo a tiempo, hubiera podido evitar el desastre total. Si él le hubiera cortado las manos a Chaume no estarían ahora clavadas en la ciénaga. Debió cogerlo a tiempo y hacerle ir por las ovejas. O pararlo en la salida del barranco, sin hacer caso del viejo. Sin embargo, el pensamiento de Chemari tanto como en Chaume se concentra en las ovejas. ¿Cuántas faltarán de verdad? ¿Dónde habrán ido a parar? En medio de los demás pastores, Chemari va y viene como sonámbulo, como ajeno a todo.

El viejo continúa:

—Estamos ante un caso de vida o muerte, pero no sólo aquí para el compañero — y pone la mano sobre el hombro de Chemari— sino para todos nosotros.

—Claro, claro —responden.

—Nuestro deber es salvar el prestigio de todos, de todos, incluso el de ese pobre desgraciado que se hundió en la charca... No vayamos a hundirnos todos en esa misma charca... Lo primero, pues, que haremos es enviar un mensaje a La Compañía, es decir, al primo de Chemari. El sabrá si luego hay que avisar a la policía, como me figuro. Está claro que se trata de un loco que se ha querido suicidar. No es el primer caso de locura en estas tierras, dicen que por la soledad, en gente no preparada para resistirla meses y meses... Lo segundo que hay que arreglar es lo de las ovejas que faltan. El amigo no puede quedar al descubierto. Y ya estamos de acuerdo en que aquí no ha habido ningún ladrón, ningún traidor... —y el viejo mira inquisitivamente a todos, pero todos asienten en silencio—. Faltan, más o menos, unas doscientas ovejas, ¿no es así? Pues bueno, en esta comarca bien habrá cuarenta puestos de pastores vascos. Por lo tanto, nos toca a cinco o seis ovejas cada uno, a lo más. ¿Estamos de acuerdo? Aquí ya somos... ocho. Ya lo sabéis, en cuanto cada uno llegue a su puesto le queda la obligación de volver trayendo sus cinco o seis ovejas, lo mismo da una más o una menos... Cada uno también queda encargado de avisar a otros compañeros para que traigan su parte... Esto es lo que aquí al amigo —y señala

al otro viejo— y a mí nos ha parecido lo mejor. ¿Qué decís vosotros?

Chemari estaba haciendo señas de que no podía consentirlo. Es el primero en hablar:

—Eso si que no, eso no puede ser. Aquí, además, yo seguramente tengo la culpa. Yo debí descubrirlo antes, evitarlo. Los demás no tienen por qué...

Pero el viejo le interrumpe:

—¿Es que tú no hubieras hecho esto por uno de los demás? ¿Por cualquiera de los que estamos aquí?

El argumento desarma totalmente a Chemari que no sabe qué replicar. Al fin, dice:

—Yo claro que lo haría.

—Entonces, tú te callas —y el viejo continúa—. Seis ovejas, y aun diez ovejas, no significan nada. Todos lo sabéis. En un plazo de una semana, este muchacho tendrá sus ovejas. No creo que antes la Compañía investigue nada. En todo caso para eso estaría su primo...

Chemari aparece más abatido que nunca. Agacha la cabeza y parece cavilar. Se ve que le duele el sacrificio de sus compañeros.

El viejo continúa, cada vez más alegre, con cierto optimismo ya, cómo si las cosas estuvieran a punto de ser solucionadas:

—Pero aún hay una tercera parte: que esta noche lo que haremos es levantar entre todos este campamento y remontar por el barranco hacia arriba, hacia las praderas más altas. Este ganado, y sobre todo Chemari, no pueden seguir aquí. Pasaremos el ganado por los linderos de la extensión de míster Link, procurando naturalmente que no haga ningún daño... Lo pasaremos de noche.

Chemari ha levantado la cabeza como si hubiera oído algo inesperado, asombroso... No acaba de creer lo que ha oído. Al fin, pregunta:

—¿Y si se nos echan encima los vaqueros de míster Link?

—No se echarán encima —contesta el viejo con toda calma.

—Y si se echan, pues nos los quitamos de encima —dice uno de los jóvenes.

—No será necesario, muchachos —insiste el viejo—. O yo no sé nada de la vida, y creo que sé algo, o los peones de míster Link no se meterán con nosotros esta noche.

—¿No sería mejor pedirle permiso? —dice Chemari tímidamente.

—El viejo míster Link ni se enterará. ¿O crees tú que el viejo ranchero sabe nada, ni siquiera de lo que estaban haciendo sus peones? ¿Qué le importan a él doscientas ni trescientas ovejas? Está claro que el ranchero no sabe nada. Y nosotros tampoco se lo diremos... si no hace falta decirlo. ¿Comprendéis? Los peones también saben que, si es preciso, se le dirá... Nosotros somos gente pacífica. Esto también es un mérito que no tienen todos. Por esto también nos quieren en esta tierra, donde todo es

violencia y brutalidad. Nosotros no nos metemos con nadie, no nos hemos metido nunca con nadie. Por eso no se meten con nosotros. Ahora... cuando sale un truhán, como ese que se hundió en la charca, es lo peor. ¿Vosotros creéis que si no hubiera sido por él esos peones se hubieran metido nunca contigo? —y se dirige a Chemari.

—Claro, claro —dicen todos.

El viejo continúa:

—Por eso, Dios me perdone, pero ese muchacho está muy bien donde está, no sé si digo una barbarie; pero ése mereció bien su castigo, mereció morir tragando barro...

Todos están abrumados.

El viejo, para animarlos, se pone de pie y pregunta:

—Todavía no me habéis dicho qué os parece el plan...

—De acuerdo en todo —ha sido casi la voz unánime.

—Pues manos a la obra...

—Lo mejor será —interviene el otro viejo— que ahora tomemos un bocado, mejor caliente que frío. La tarde no está muy agradable y nos espera una dura tarea. Antes de que la noche se eche encima del todo podíamos estar en camino. Al mismo tiempo, se avisa a la Compañía de la ruta y nos buscarían ya en el nuevo paradero.

—Sí, hay que prepararlo todo antes de que se haga de noche. Chemari se encargará del ganado.

El y aquí el compañero —y señala al joven alto y pálido— irán al frente del ganado. Aquí el amigo de Azpeitia también puede ir con ellos —y se dirige al fuerte y colorado—. Vosotros —y se refiere a los más jóvenes— iréis protegiendo el flanco, y nosotros iremos en el carro, a retaguardia. Habrá que concentrar nuestras fuerzas en los puntos que lindan con las salidas del rancho ese... Pero bien entendido que nosotros no hemos de atacar a nadie... Si nos atacasen, entonces no habría más remedio que defenderse.

Todos están en todo de acuerdo con los viejos.

Sin embargo, los pastores se sienten preocupados, entristecidos. Los más optimistas parecen ser los más viejos.

Se levanta el campamento

Comienzan todos a levantar el campamento. Da la sensación de que aquello fuera una tierra maldita y tuvieran prisa por abandonarla. Al ver a los viejos moverse con diligencia y coraje, los jóvenes se van enfervorizando poco a poco. Unos se dedican a los caballos, que necesitan un pienso doble para la jornada que les espera; otros se

dirigen a donde está el ganado y toman las primeras providencias para el traslado, principalmente con las ovejas recién paridas o a punto de parir.

Chemari está atento al refrigerio que habrán de tomar antes de partir y a las provisiones que han de llevar.

—¿Qué rancho tenemos? —pregunta uno de los jóvenes.

—Carne con patatas y tomate frito, ¿te hace?

Entonces el viejo del puesto 21 ha tenido un rasgo de esplendidez y de humor y le ha dicho a Chemari:

—Si aquí fuera posible agarrarse a la caza nos agarraríamos a la caza; pero no habrá más remedio que hacerse con un corderillo. Busca alguno que esté lisiado o tenga algún defecto pero que sirva para asado. No podemos hacer la faena de traer a estos hombres y darles carne de lata con tomate frito... Este cordero se lo pondremos también en la cuenta a los hombres de míster Link —y el viejo ríe.

El pastor que va a salir hacia la carretera para acercarse a Boise en el primer coche que quiera llevarlo, se está arreglando por su cuenta. Come pan con tocino a la brasa. Luego, en una gran jarra de café se echa medio bote de leche condensada.

A la hora de comer ya todos se sienten compenetrados con la jornada que les espera. Como un solo hombre comienzan a vibrar ante las palabras del viejo. Ahora está diciendo:

—Yo creo, muchachos, que los peones esos nos dejarán en paz; pero si no nos dejan, tendrán su merecido. Nosotros no atacaremos, eso sí que no; pero tampoco nos dejaremos pisar. Porque si una sola vez dejamos que nos tomen el pelo, luego nos lo tomarían por costumbre. Y eso sí que no.

—Por descontado —dice el otro viejo.

—Probablemente ellos corrompieron al compañero de Chemari, prometiéndole Dios sabe qué cosas —dice uno de los jóvenes, que viste camisa de cuadros.

—Pero él se dejó corromper —replica otro joven, uno muy delgado, con una nuez enorme, todo lo cual lo hace parecer más alto—. Yo no los culpo a ellos. Ellos al fin pagaban las ovejas. ¿Las pagaban o no las pagaban? Pero el que tenía toda la culpa era él. Para mí, que él es el único culpable.

—No se hable más del muerto —interviene otra vez el viejo—. Dejad que los muertos descansen en paz... Muerta parece toda esta tierra, y no hay derecho a tener el ganado aquí encerrado, en este laberinto de rocas peladas y de hierbajos secos. Y por eso, nos iremos también de aquí. Y el que venga detrás...

Comen y beben con ganas, mientras los perros se reparten el botín de los huesos. Antes de que terminen de comer, el pastor que ha de acercarse a Boise se despide de ellos. El viejo le amonesta:

—Ya sabes, nada de explicar nada, pregunte quien pregunte. Tú, primero al secretario, que es vasco, y al primo de aquí, de Chemari. Y ya sabes, el compañero de

Chemari se ha matado. Nada más. Y Chemari se traslada con las ovejas; no quiere seguir en esta tierra maldita y quemada. Y está en su derecho.

—Oye —le gritan los jóvenes—, y cuidado con quedarte allí de juerga, mientras los demás la estamos pringando.

—Cuidado con las tiparracas esas de los bares, que te dejan limpio en menos que canta un gallo.

El pastor, muy consciente de su papel, se aleja solo.

Se forma la caravana

En las alforjas están metiendo provisiones. También se preocupan de las armas, aunque sin ansia combativa. Sin embargo, las limpian y preparan con esmero. Al parecer no ha pasado nada. Ellos no han buscado ni buscaron nunca la camorra. Ellos son pacíficos por naturaleza. Las tiendas ya están desmontadas. Todos los utensilios y aparejos están colocados en el carro. Apenas quedan por el suelo algunos restos de latas, piedras ahumadas, trozos de madera que indican que allí ha habido un puesto de pastores.

Los dos caballos de tiro están enganchados al carro.

Todos están pendientes de la orden del pastor viejo, que es el que dirige la operación. Fuman en silencio mientras tanto.

El viejo llama a Chemari y le dice:

—Tú respondes del ganado, ¿no?

—Yo creo que sí.

—Te acompañarán estos dos —y señala al más resistente y fuerte de todos, el de la nuca de toro y la nariz colorada y al muchacho delgado, de palidez extraña pero con unos redondeles de color subido en las mejillas y aquella nuez que parece un picaporte.

El venerable pastor de los cabellos blancos está orgulloso de los de su raza. Son hombres de una pieza, disciplinados, fuertes insobornables. Y comenta:

—¡Qué lástima que yo no me echara nunca a la cara a ese tipejo! Lo hubiera conocido en seguida. Era seguramente un intruso. Estoy seguro de que no era de los nuestros. Aquí no tendrían que venir más que los de nuestra tierra, bien escogidos. Menos mal que tras el pecado, ha tenido la penitencia, una buena penitencia...

—¿Saldremos pronto? —pregunta Chemari dirigiéndose hacia donde está el ganado.

—Vosotros podéis iros poniendo en marcha ya.

Chemari, acompañado de los otros dos, sale a la colina que domina su ganado.

Una vez arriba, tan pronto ha divisado el montón desparramado de las ovejas, se ha santiguado con toda solemnidad y ha dicho:

—Vamos.

Es un momento que había deseado mucho. No había derecho a tener encajonado a su rebaño. Para algo más se lo habían entregado.

—¡Riauu, riaaauuu! —ha gritado Chemari a sus ovejas.

Han comenzado a resonar estruendosamente las esquilas de las ovejas guías.

Chemari dice a sus compañeros:

—Yo iré delante, tú en medio —le dice al fino— y tú detrás —y les da un manotazo a cada uno.

Los perros comienzan a azuzar a las ovejas. Parece que las vayan a devorar. El revuelo del rebaño es imponente. El ruido de las pisadas de las ovejas parece el de un ejército en movimiento.

—¡Riauu, riaaauuu, adelante! —grita Chemari.

Chemari sabe que lo peor de un rebaño en marchas forzadas es dudar un instante. Una vez puesto el ganado en marcha no hay que vacilar. Habrá que avanzar como sea, como un alud de nieve, como una montaña que se desploma...

SEXTA PARTE

La marcha

Pocos saben lo que cuesta mover un rebaño de dos mil ovejas cuando éstas se sienten atemorizadas por algún peligro. Pero ellas conocen perfectamente la voz del pastor. El «Riau, riauuu» que Chemari repite a cada momento es para ellas suficiente. Se van removiendo presurosas, formando como un oleaje de lana.

El único que va a pie es Chemari. A los flancos van, montados a caballo, los dos compañeros. ¿A qué velocidad puede moverse un rebaño? Las ovejas ya son un río que avanza, un río incontenible, desbordado, pavoroso...

Chemari va delante señalando el camino con su cayado. Hay que tener cuidado de que las ovejas no se desmanden. Las ovejas de por sí tienden a desperdigarse a veces justamente en el sitio donde el peligro es mayor.

Habría que evitar dos peligros: las charcas pantanosas y los barrancos.

Ya el carro se ha puesto en marcha también.

Los caballos van al paso, lentamente, formando una fila de puntos orientadores a los bordes del rebaño. Los perros van también a los lados, sujetando el temor instintivo de las ovejas. En medio del silencio de la tarde las ovejas balan entre asustadas y felices. Probablemente presienten que van a puntos altos donde el pasto será más abundante.

La soledad es densa, impresionante, desafiadora. Los pajarracos siguen al ganado. Son aves macabras que saben que en estas desbandadas siempre alguna oveja queda herida y tirada en el camino; o acaso algún tierno corderillo recién nacido.

La caravana está a punto de penetrar entre las moles de rocas. Chemari detiene un poco la marcha del ganado y prepara su escopeta. Al cinto lleva también el revólver listo. Si le atacaran no podría contenerse...

Las ovejas silenciosas, amontonadas, avanzan ya como un batallón guerrero. Mirándolas cómo progresan obedientemente, igual que soldados, Chemari ha rogado:

—Gran Dios, Señor de los pastores: que no ocurra nada con sangre y que lleguemos al final con bien...

El rebaño avanza en forma de cuña. Los perros van delante y a los lados. Chemari lleva pegados a sus talones los corderos y las ovejas más fieles. A unos y otras, según los gustos, les va dando terrones de azúcar o de sal.

—Os vais portando muy bien, perfectamente —dice cariñosamente a las más próximas.

Los perros también animan a las ovejas con ladridos que parecen mimos.

—Tú, *Perla*, adelante. Tú, *Maribelcha*, a mi lado —prosigue Chemari como si estuviera delirando.

El pastor lo mismo reparte entre su ganado caricias que patadas. Pero lo domina, y las ovejas al sentirse dominadas exageran cada vez más la docilidad y el respeto. Las ovejas caminan contentas a pesar de que saben que el camino no es el acostumbrado y cotidiano. Es como si se hubieran percatado de que algo raro ha ocurrido. Y marchan obedientes, apretujadas, intentando avanzar cada una sobre la cabeza de la vecina.

Hay un momento en que el ganado más que un conjunto de ovejas es como un torbellino de aguas alborotadas, como una cascada arrolladora, como una pleamar de olas avanzando incontenibles, desbordantes, inundadoras. Así era el rebaño de Chemari avanzando por el pedregal.

Hay momentos en que Chemari, aun en medio del peligro y del miedo, se siente feliz, omnipotente, inatacable. Las ovejas son su defensa y serán su salvación. Si no sintiera que el momento es peliagudo para él, Chemari en estos momentos hasta caminaría cantando. Pero no puede; es más, hay momentos en que siente miedo, verdadero miedo, miedo como no lo ha sentido nunca, ese miedo que no debería sentir un hombre, ese miedo que él sabe que si tiene que explotar de alguna manera será en furia destructora de lo que sea y contra quien sea. Sin embargo, las ovejas que le inspiran estas ideas de superación son también las que le van haciendo sentirse pacífico y humano.

—No te quedes atrás, *Maribelcha*. Muy bien por *Perla*. Un aplauso a este *Demonio* de los demonios...

De vez en cuando Chemari vuelve la cabeza hacia su rebaño. Adivina y teme que alguna oveja se le quedará en el camino reventada por el esfuerzo; pero esto es inevitable. Para que se salven todas alguna debe perecer.

Al subir y bajar los desmontes pelados, Chemari grita:

—Riá, riá, riauu...

Una horrisona tormenta de balidos va poblando las solitarias crestas. Los balidos que al principio habían comenzado siendo vacilantes y lastimeros, son ahora arrogantes y casi amedrentadores. El estruendo del ganado es formidable y una majestuosa columna de polvo va indicando el sitio por donde, en forma de gleba apiñada, se va precipitando. Las ovejas avanzan imantadas por una voluntad, que es la de Chemari. Se ve que serán capaces de ir hasta el final porque presienten en la voz del pastor la promesa de pastizales húmedos y abundantes. Las ovejas, como temiendo el extravío y anhelando la integridad de todo el rebaño, a veces casi se solidifican en los desmontes formando como un río salvaje y fiero, unido y temible.

—Esto debí hacerlo antes... —se va diciendo Chemari.

Demonio viene hasta su amo y salta triunfante delante de él. Chemari sigue con sus pensamientos:

—También debí darme cuenta antes, mucho antes, de lo de Chaume... Fui muy

tonto.

Como una catarata

Desde el carro le han mandado un aviso a Chemari. Debe ir atemperando la marcha del ganado. A la derecha hay un riachuelo y las ovejas deberán beber en él antes de lanzarse al cruce de la sierra y el barranco.

Chemari no es partidario de esta detención pero no tiene más remedio que obedecer.

Las ovejas han quedado amparadas en una ladera, protegidas por los perros y los pastores. El riachuelo las ha atraído como un imán. Se apretujan, se pisan, se incrustan unas entre las otras buscando el líquido refrescante y reparador. Chemari, entretanto, se acerca al carro y recibe órdenes. Ahora será el otro viejo el que dará la orden de marcha. Si por él fuera ya estarían cruzando el barranco. Era mejor pasarlo a última hora de la tarde que ya de noche. Por lo menos esa era su opinión. Pero no había más remedio que obedecer. Con doscientas ovejas de menos, no es fácil alzar la voz. Sobre todo cuando los pastores, como buenos camaradas, estaban dispuestos a poner cada uno cinco o seis ovejas, las que hicieran falta, para completarle a él el rebaño.

—En marcha —ha gritado el viejo.

Y como las olas de un mar, en seguida ha llegado hasta Chemari el ímpetu arrollador del ganado en movimiento azuzado por los perros.

—¡Riá, riá, riáuuu! —ha gritado Chemari con voz potente y enérgica.

Ahora o nunca, piensa Chemari mientras estimula y organiza la cabeza de la columna. Están cayendo las primeras sombras de la noche. Chemari va pensando si John y Tincho serán capaces de atacar de noche o lo dejarán para las primeras horas de la madrugada, una vez que todos se encuentren rendidos y despistados por el desconocimiento del lugar. El amanecer justamente les va a coger atravesando el barranco.

Pero cada vez que Chemari vuelve la cabeza se llena de valor y de una especie de ira sagrada. Ve los rostros de sus compañeros rígidos, concentrados, justicieros. A pesar de que ellos de por sí son rudos, bonachones, sencillos, más bien infelices, en este momento son algo más que individuos que están viviendo de prestado en un país inabarcable y poderoso. Los vascos en este momento se sienten porción de un pueblo intocable y digno de todo respeto.

Un pensamiento domina completamente a Chemari. El cruce de la extensión de tierras que caen bajo la vigilancia de los hombres de míster Link debe hacerse antes

de que la Compañía tenga noticia de lo sucedido. Aunque en Boise no lo crean, él está defendiendo en estos instantes el nombre y los intereses de la Compañía. Pero será mejor que se enteren cuando las cosas estén cada una en su sitio, comenzando por el cuerpo de Chaume.

Ya están entrando en lo abrupto de la sierra. Pronto comenzará el peligroso descenso hacia las calcáreas gargantas que van a dar a los pasillos rojos del barranco.

Aquel será, sin duda, el sitio elegido por John y los suyos. Seguro que cuando lo vean aparecer, van a pensar que va solo y van a intentar echarse sobre él, con el lazo, como es su costumbre.

El sendero de la sierra es estrecho. Las ovejas pasan como aguas locas de una catarata. El paso es difícil. Las ovejas se atropellan sin querer y muchas se lastiman y se quejan. De todos modos, ya es tarde para detenerse. Si alguna queda herida, los del carro ya sabrán qué hacer con ella.

Demonio va y viene desde la cabeza al final del rebaño achuchando a las ovejas y despertando rabia y coraje en los demás perros.

El carro avanza con un farol encendido.

Momento de peligro

Ya es de noche. Chemari bebe de su cantimplora y enciende un cigarrillo. Él es el único que va pensando que la marcha no terminará en paz. Él ha conocido a John y a Tincho y sabe que no son gente que olvide ni perdone fácilmente.

Se están acercando al portillo del barranco. Dos montañas cierran el camino. A partir de entonces el cauce de la torrentera se adelgaza. De vez en cuando tendrán que toparse con enormes pedruscos que casi tapan el paso. El carro no tendrá más remedio que ir sorteando los obstáculos. De tarde en tarde surgen grandes matas de adelfas y de cactus extraños.

Al enfilear hacia el barranco hasta el propio ganado parece haber percibido la sensación de peligro. Ha sido en este instante cuando Chemari, subiéndose en una piedra alta, ha lanzado un prolongado *irrintzina*. Las montañas han devuelto el eco de la llamada ancestral y los demás pastores han respondido repletos de coraje. Los perros se han excitado y saltan entre los riscos como fieras desatadas.

El barranco es ahora como una caverna de espectros. Aquí y allá surgen inesperadamente las luces de las linternas. El pisar de las ovejas forma un ruido fragoroso y monótono. De los agujeros y de las grietas de las rocas salen despavoridos los pájaros.

Cada vez las sombras son más densas. Todo el barranco resuena con rumor de

ataque o de huida, no se sabe bien.

Chemari piensa y dice incluso en alta voz:

—Es mejor que haya un poco de luna.

Los pastores tienen los ojos acostumbrados a las sombras. Los pastores, entre las sombras, distinguen muy bien a sus ovejas y saben también dar con el fulgor de los ojos del lobo o del zorro. Los pastores, aun con los ojos cerrados, saben muy bien cómo es la tierra que pisan.

Claro que también Chaume sabía la tierra que pisaba y, sin embargo se hundió. Y ha quedado hundido para siempre en ella. O a lo mejor es que nunca supo bien la tierra que pisaba...

Chemari va pisando fuerte, dueño de sí, casi retador.

Ha llegado un momento, cuando Chemari, empujado por la fuerza del ganado que le arrastra inexorablemente, ha visto próxima la angostura del barranco y ha dicho:

—Yo, Señor, prometo que me casaré con Maribelcha, allá en mi pueblo, y que viviré para siempre como cristiano, si yo y mi rebaño salimos de ésta...

Chemari se ha apartado un momento del alud de las ovejas. Está orinando al pie de los murallones. Mientras orina está rezando un *Padrenuestro*. ¿No era esto lo que había deseado desde hacía meses, atravesar el barranco, aparecer en la deslumbrante llanura y enfilarse arriba hasta llegar a aquella planicie superior que tantas veces había acariciado con los ojos, presintiéndola más que dominándola? Pues ya estaba en ello. Y además, no iba solo. Casi una decena de compañeros le seguían y le confortaban en la empresa.

Quien se iba a llevar la gran sorpresa era su primo. Se iba a quedar de una pieza cuando se enterara. ¿Por qué su primo le habría asignado de compañero a aquel desgraciado de Chaume, que quedaba ahora hundido en la charca? ¿Por qué, además, lo puso allí, precisamente allí, junto al rancho de mister Link, su suegro, todo lo respetable que se quisiera, pero con una patrulla de matones a su alrededor, peores que gitanos de la peor calaña? Quizás todo había sido casualidad. Mala suerte suya. Nadie tenía la culpa. Quizás nunca debió él venir a esta tierra...

En todo esto iba divagando Chemari cuando hasta sus oídos llegó el grito traspasador de unos *irrintzinas* continuados que se le clavaron en los oídos. Los perros ya han acusado la terrible fuerza del grito vasco. No es ahora un grito de júbilo ni de euforia. Es un grito desnudo como un cuchillo que los montes van devolviendo aserrado por el eco y hecho clamor de angustia.

Las ovejas cohibidas, desconcertadas, desesperadas, rompen el ritmo anhelante que llevan y se lanzan unas sobre otras...

Minutos de tensión

Chemari en su primer impulso hubiera querido volver atrás. Pero en seguida lo que hace es apartarse a un lado del ganado y gritar:

—¡Riau riau, riauuu...!

Las ovejas pasan a su lado como el torbellino de una cascada. Y siguen pasando. Balandando, pisándose, embistiéndose... Los perros han formado un círculo en torno a ellas.

Chemari ha colgado su cayado en el hombro y se ha amarrado a la escopeta. Pero luego piensa que no es el arma apropiada y ha preparado el revólver.

Las ovejas siguen pasando. Pasan como un ciclón aventado. Todo el barranco tiembla y retumba como una catarata hirviente de truenos.

Suena lejos un tiro.

Chemari en medio de su pánico y de su confusión sonrío. Al menos ya se han descubierto los culpables.

Cuando da con el muchacho delgado —probablemente el pastor más joven de todo el Estado—, Chemari le dice:

—Tú sigue delante con el ganado. Hay que descender hacia el valle. Sigue el camino que va hacia el rancho de míster Link. Pase lo que pase.

El muchacho tembloroso duda.

Pero en ese momento se acerca el tipo fuerte, de la nariz colorada, el hombre de cuello recio como el de un toro.

—Adelante tú también con el ganado. No podemos quedarnos encajonados aquí...

Todavía vacilan. Chemari les grita:

—Yo conozco el modo de arreglar esto. El carro debe pasar. No podemos dejar que se ceben en ellos...

Los pastores y el ganado siguen. Hay alguna oveja lastimada en el suelo.

Demonio está al lado de Chemari. Y como si el perro pudiera entenderle, Chemari le dice muy por lo bajo:

—Creo *Demonio* que llegó la hora.

Chemari comienza a ascender por las crestas del barranco agarrándose como si fuera una alimaña. Ahora es cuando en Chemari se destapa la indomable terquedad del vasco. *Demonio* pegándose al terreno como una serpiente, acompaña a su amo.

Chemari piensa que hasta ahora lo único bueno que ha hecho Esteban por él es regalarle esté perro. *Demonio*, bautizado así por Chaume, es un verdadero demonio.

Chemari ha llegado a una primera cornisa amplia. Se ha deslizado sagazmente sin perder de vista el carro.

El carro ha apagado el farol. Pero sigue avanzando. Los caballos van a los lados.

Chemari piensa que esto está bien hecho. Probablemente los viejos se han apeado

y van a pie. El carro es un blanco demasiado fácil si los malvados atacan.

Todo esto va enfureciendo a Chemari. Al perro le ha apretado el morro repetidas veces más que nada para desahogar su furia. El perro comprende. Chemari sigue trepando, agarrándose a los peñascos.

Probablemente, si piensan atacar a fondo atacarán buscándole concretamente a él. De eso está seguro. No es posible que hayan olvidado su juramento. El mejicano vendido se lo habrá traducido fielmente. Pero el ataque no debe suceder en el barranco. El ataque es casi seguro que lo preparan en la planicie, a la salida del barranco. Desde arriba es difícil que puedan hacer blanco.

De todos modos, ha llegado la hora. Lo que sea, ahora tendrá que ser. No va a estar toda la vida dándole vueltas a las cosas y arrepintiéndose, como le pasó con Chaume.

Jadeando, Chemari ha podido tumbarse en una segunda cornisa más pequeña y estrecha que la anterior. Pero *Demonio* no ha logrado escalar la mole. Chemari espera.

Han vuelto a sonar unos disparos. Chemari los ha localizado. Es muy posible que no sean más que John y Tincho. O acaso alguno más.

Pero el carro sigue avanzando. Su traqueteo resuena en la garganta desoladoramente.

El ganado debe de estar a punto de encontrar el boquete de salida del barranco. Los balidos de las ovejas resuenan cada vez más lóbregos y lejanos.

¿Qué le habrá pasado a *Demonio*? El perro no aparece. Sin embargo, una cosa buena hace, que es no ladrar. Chemari trata de colocarse precisamente en el pasillo rocoso que John tendrá que recorrer cuando quiera buscar la salida del barranco. Chemari tiene las manos arañadas y despellejadas. Pero sigue subiendo. Tiene que llegar al cruce del caminillo antes que decidan dar la batida al ganado en la explanada, frente al valle en que comienzan las tierras de míster Link.

Ya casi está alcanzando el descenso, pero en ese momento escucha los ladridos de su perro. Chemari se queda parado. Efectivamente, es *Demonio*. Ladra a la parte trasera del carro. Su ladrido es claramente un aviso de peligro imprevisto.

Chemari comprende al instante. El peligro está abajo. Cuando el perro lo advierte no es posible que esté equivocado. Todo el esfuerzo que ha hecho para subir ahora lo tiene que hacer para bajar. Pero descender también es difícil: un pie en falso y puede estrellarse.

Demonio sigue ladrando. Ahora como advirtiéndole de un peligro inminente. Chemari casi se lanza al vacío sin saber apenas dónde pone los pies. Se está arañando las manos y hasta la cara. Sin embargo, va teniendo suerte. Chemari se desliza como una bala.

Ahora se da por enterado. Es posible que hayan decidido atacarles por la espalda.

Si han dejado pasar el ganado será porque piensan acorralarlo más adelante. Es probable que con el pretexto de allanamiento de la finca hayan determinado cometer alguna barbaridad.

No tardó mucho en descender. Con sorpresa para él mismo va encontrando huecos y salientes en donde apoyarse.

Con todo, el carromato avanza más de prisa de lo que él quisiera. Y el perro *Demonio* sigue ladrando cada vez más rabioso y amenazador.

Por fin ha llegado al fondo del terraplén. Chemari entonces en vez de descubrirse se esconde hasta de su mismo carro. Pero todavía queda atrás *Demonio* clavado como una piedra, ladrando.

Suena un tiro. Es casi seguro que John y Tincho están atrás, dispuestos a acometer por la espalda. Agazapándose como un conejo, Chemari cruza a la otra parte del barranco y se tira al suelo. Allí, en un recodo, escucha unos ruidos raros, pisotones y bufadas. Son los caballos. ¿Cuántos hay? ¿Cuatro, seis...? Desde luego hay más de dos. Chemari se queda pegado a tierra unos instantes. No se sabe si lo que hace es rezar, pensar o temblar. No se atreve a moverse. De pronto escucha claramente la voz de John. La conoce muy bien, pero no sabe lo que dice. Por el tono está claro que da órdenes a sus hombres. Al momento parten al trote. ¿Cuántos caballos son? Por lo menos cuatro o cinco. Los caballos se alejan siguiendo al rebaño por el flanco derecho. *Demonio* los persigue de lejos ladrando; pero en seguida vuelve hacia su amo y calla. Chemari le aprieta el morro.

—Vamos, *Demonio*, no hay tiempo que perder.

Y Chemari, con el perro pegado a los talones, echa a correr en dirección al carro. Tiene que advertir a sus compañeros. Seguramente piensan atacar a la salida del barranco.

Chemari no puede más. Está deshecho, agotado, más por la tensión nerviosa que por el esfuerzo realizado.

El perro, como si supiera exactamente su intención, se le adelanta hacia el carro, ladrando.

Al mismo tiempo Chemari, a medida que se acerca al carro, lanza sus gritos de socorro. El carro ya ha advertido su presencia y detiene su marcha. Chemari sólo ha podido gritar:

—Abridme...

Sube al carro pero apenas puede hablar. Está desfallecido. El viejo le da unas palmadas:

—Calma, muchacho, no pasa nada...

—¿Cómo no pasa nada? Están ahí, nos persiguen. Seguramente piensan atacar a la salida del barranco...

—No atacarán —y el viejo habla con gran seriedad—. Te digo yo que no

atacarán. Si pensaran atacar ya lo habrían hecho. Han estado a menos de veinte pasos de nosotros. Nos han seguido, nos han visto, han disparado al aire... Pero nada más.

—Se ve que nos van vigilando, nos van siguiendo... Pero yo también creo que no harán nada —dice el otro viejo.

—Es que todavía no hemos pisado los linderos de sus tierras —replica Chemari—. Pero, ¿creéis que se van a quedar quietos cuando vean que nos metemos en los dominios de mister Link? Lo tomarán de pretexto para atacarnos.

—Tú cálmate, muchacho. Estás muy excitado. En todo caso será mejor conservar la calma. Si atacan... nos defenderemos.

Chemari se limpia la sangre y la tierra de las manos con un trapo y saliva.

—A la salida del barranco será lo gordo... —dice.

Detrás del carro van dos pastores a caballo con las escopetas dispuestas. El cario sigue avanzando en el barranco. En el silencio de la noche sigue escuchándose el trepidante pisar del ganado y sus vagorosos balidos, a veces cercanos y aterrorizados.

Chemari bebe un trago de una cantimplora que le ofrecen. No habrá fuerza humana capaz ya de detenerlos. Aunque él personalmente no llegara a cruzar el valle de mister Link, al ganado ya no habrá modo de volverlo atrás. El ganado se está salvando; por lo menos está a punto de salvarse. Dos horas más y habrá cruzado la parte más difícil. Tres horas más a la marcha que van y el ganado estará a la otra parte de la ladera.

De vez en cuando Chemari mira desconfiado y temeroso hacia atrás. ¿Por dónde se presentarán John y Tincho? Chemari está seguro de que atacarán. En el fondo le molesta un poco la tranquilidad de los viejos. De momento, sentado en el carro, descansa. Entre tanto piensa que las ortigas y los hierbajos resechos se van quedando atrás y que los pastos no tendrán más remedio que aparecer de un momento a otro. Sin embargo, no logra tranquilizarse. A cada ruido vuelve la cabeza y hasta hay momentos en que acaricia el revólver.

Pero de momento todo parece haber quedado tranquilo. El galopar de los caballos de los hombres de John ha dejado de oírse. Y el ganado sigue avanzando como un alud de nieve.

Avance implacable

Al salir el carro por el portillo que cierra el barranco, lo primero que ven Chemari y los demás son los faros encendidos de un *jeep* parado.

Chemari teme lo peor. Los hombres de John seguramente le han tendido la emboscada. Chemari trata de adelantarse para saber qué ha podido ser del ganado.

Pero una voz vasca le grita desde el coche:

—¡Chemariiii!

—Pero si es Esteban —grita alborozado Chemari dirigiéndose a los demás pastores.

Del *jeep* descienden Esteban, un señor americano que lleva un gran sombrero de ala ancha y prendida en la cazadora una estrella de *sheriff*, otro americano y, finalmente, el pastor que se había acercado a Boise para dar cuenta de lo sucedido.

Esteban viene hasta Chemari. Los dos primos se abrazan.

—Pero, chico, ¿qué te ha pasado y a dónde vas con el ganado?

—Ya ves, mala pata que tiene uno.

—Pero... tú no tienes culpa de lo ocurrido. ¿Tú qué culpa tienes? Tú has debido quedarte en tu sitio... ¿Qué prisa tenías para mover el ganado? Esto es lo que has hecho mal, esto —y Esteban señala la caravana. Se ve que está irritado contra Chemari.

Chemari calla. Entonces el viejo del 21 se acerca y dice:

—Este muchacho no tiene la culpa de nada; pero el ganado estaba allí muy mal... y aprovechamos que estábamos todos para ayudarle a trasladarlo...

—Pero podían haber esperado a que viniéramos nosotros —y señala al *sheriff*.

—Usted tiene mucha razón... En eso no hemos caído. Pero aquellas condiciones eran muy malas para el ganado y hasta para las personas. Yo creo que el compañero de Chemari se ha vuelto loco por eso...

—Pero bueno, ¿qué ha pasado con ese muchacho? —y ahora Esteban se dirige de nuevo a Chemari.

—Yo no sé lo que le ha pasado... ¡Yo qué sé lo que le pasaba!

Esteban habla un momento en inglés con el *sheriff*. Luego se dirige otra vez a Chemari:

—Pero tú, ¿no habías notado algo antes?

—Claro que había notado, pero, ¡yo qué sabía!

El viejo del 21 interviene de nuevo:

—Este chico notaba algo raro en su compañero. Entonces fue cuando vino a buscarme a mí... Y llegamos al puesto. Chaume no aparecía por ningún lado... Creíamos que se había fugado o algo... Al fin lo encontramos, allá en el fondo del barranco... Lo llamamos, lo llamamos... Pero en cuanto nos oyó y nos vio, en lugar de volver, en lugar de venir con nosotros, echó a correr, como loco (yo creo que estaba loco, loco...) Pues, que en lugar de venir, echa a correr, y nosotros detrás llamándolo, llamándolo... —que se va al pantano ese... Y nada... que no vuelve atrás, que se mete, se mete...

—Pero... ¿tú no habías tenido ninguna discusión con él, ni nada? —pregunta Esteban a Chemari.

—Yo nada, yo sólo que lo veía muy callado... Y que ya otras veces se había ido solo al barranco. Y yo venga a buscarlo... Y por eso acudí aquí al compañero.

—¿Vosotros os llevabais bien?... ¿No?

Esteban habla de nuevo con el *sheriff* en inglés. En seguida, dirigiéndose a Chemari, le dice:

—El *sheriff* dice que le acompañes al sitio donde está Chaume...

—Bueno, yo estoy dispuesto a lo que sea... Pero primero quisiera, si puede ser, dejar al ganado en sitio seguro, más allá de esa montaña. Son mis ovejas, no quisiera dejarlas aquí... Ahora no tendremos más remedio que atravesar las tierras de míster Link. Sus hombres nos vienen siguiendo, seguramente nos atacarán o harán alguna de las suyas... No quisiera dejar solos en esto a mis compañeros...

—¿Que los hombres de míster Link os vienen siguiendo?

—Sí, han tirado varios tiros al aire. Por ahora sólo al aire...

—Estando yo, los hombres de míster Link no se meterán con vosotros... ¿Y cuánto tiempo necesitas para dejar las ovejas a la otra parte?

—Pues eso habrá que verlo... no sé exactamente; pero yo creo que dentro de tres o cuatro horas estaremos al otro lado... Yo espero que tú me comprendas. Mi obligación ahora es dejar las ovejas a salvo. Todavía no sé cómo acabará esto. Lo había deseado mucho tiempo... No había derecho a que estuviéramos allí, metidos entre la charca aquella y el erial... y sin una mata, y sin llover... Este pobre ganado no sé cómo ha resistido...

—Bueno, bueno —le corta Esteban— ya sé que eso fue siempre tu manía. Pero dejémoslo. Ya está hecho. ¡Qué se va a hacer!...

—Es que si hubiéramos estado arriba seguramente no habría ocurrido lo que ha ocurrido...

—No creo que tenga nada que ver: ni tú, ni la sequía, ni el terreno tienen nada que ver con lo que ha ocurrido. Vamos, me parece a mí...

—Yo no podía seguir allí... me hubiera vuelto loco yo también.

—Bueno, bueno, ya está bien. Vamos a ver...

Y Esteban habla de nuevo con el *sheriff* en inglés. Al cabo de un rato se vuelve a Chemari y dice:

—De acuerdo, te dejaremos llevar el ganado. Además, os vamos a acompañar. Luego te vienes con nosotros... el *sheriff* necesita hacer unas diligencias. ¡Ah!, ¿quién dices que estaba contigo? —y Esteban busca con la mirada al viejo del 21—. Usted se tendrá que venir también...

—No faltaba más, yo voy a donde haya que ir.

—Pues, en marcha. Nosotros iremos delante —y Esteban y sus acompañantes se dirigen al *jeep*.

Chemari se adelanta entre todos los pastores y va ganando terreno hasta dar con la

masa de sus ovejas. Se mete entre ellas y avanza. Los demás pastores le ayudan a encauzar las ovejas. Los perros, percatados de que se impone la marcha forzada, azuzan al ganado. Chemari lanza tres «Riau, riau, riauuu» vigorosos y enérgicos. Las ovejas se aprietan en torno suyo y balan suplicantes. De nuevo el rebaño avanza como una riada incontenible. Están entrando en las lindes de míster Link...

Al borde del camino que van abriendo las ovejas en atropellado desfile, se ven entre las sombras algunos hombres de la ranchería. Están estupefactos. No se mueven. Están impresionados por el coraje y la solidaridad que van demostrando los pastores. Cuando Chemari lanza un *irrintzina* los demás le van contestando por turno. Desde el carro responden también los viejos, aunque sus gritos son más apagados.

Al rato los perros salen disparados hacia el flanco derecho del ganado. Ladran desesperados, como avisando de un peligro.

—Ya están ahí —piensa Chemari.

En seguida se oyen los caballos. Allí están, al mismo borde del rebaño, John y los suyos. Son seis caballistas. Chemari los ve muy bien y todos los pastores han podido verlos. Se han detenido en un altozano y desde allí contemplan el paso del rebaño. Claramente se ha oído gritar a John:

—*Okay, okay! Let'em go!*^[11].

Pero Chemari no ha entendido nada. Sólo sabe que están allí y que pueden atacar de un momento a otro. ¿Y Esteban? ¿Dónde estará Esteban? El *jeep* se ha perdido llanura adelante. Si los hombres de míster Link atacan, Esteban ni se entera. Cuando se entere ya será tarde. Chemari piensa que él no va a estar esperando a que venga su primo a salvarlo. El sigue animando a su ganado, pero lleva la pistola a punto.

Los demás pastores también los han visto. Todos se acercan a Chemari y rodean el ganado. Todos llevan sus armas a punto. Chemari comienza a sentirse tranquilo. Sus compañeros le transmiten una extraña serenidad. Si John hace alguna de las suyas sabrá quiénes son los pastores vascos...

Pero John y los suyos no atacan. De vez en cuando galopan a lo largo del camino que lleva el rebaño. Es como si estuvieran comprobando que todo va en regla; es también como si les estuvieran guardando escolta a lo largo de los terrenos de míster Link.

Chemari comienza a creer que los hombres de John no tienen intención de molestarles. Y Chemari, en medio de la noche, sonrío...

—¡Riau, riau, riauuuu!... —y el grito de Chemari es casi un grito de triunfo.

La tierra de promisión

Está amaneciendo. Enfrente están las montañas, con sus cumbres nevadas y sus interminables laderas cuajadas de verdor. El rebaño sigue su marcha de manera implacable y jubilosa.

Al cruzar las últimas piedras que señalan los límites de los dominios de míster Link, Chemari se vuelve hacia su rebaño, abre los brazos y lanza un *irrintzina* prolongado y eufórico, que es coreado por todos los pastores. Los perros saltan gozosos a los lados del ganado. Chemari entonces saca su armónica y comienza a tocar. Hay un estremecimiento en todo el rebaño. Parece como si las ovejas quisieran todas acercarse al pastor para oír su armónica. Chemari avanza tocando, radiante.

La caravana comienza a ascender por entre pinos cuando brilla el primer rayo del sol. Los pájaros cantan produciendo una algarabía grandiosa al paso del rebaño. Luego cruzan una torrentera. De vez en cuando Chemari deja de tocar la armónica para animar a su ganado con algún grito.

Al coronar la montaña se encuentran ante una dilatada llanura cuajada de pastos que van espesándose en los repliegues del terreno. Chemari se siente feliz, dueño de sí, como no se había sentido desde que había llegado a esta tierra.

Sigue atendiendo a la llegada del ganado, que viene agotado, azuzado por los perros, alentado por los pastores. Pero también el rebaño parece estremecerse de gozo animal al pisar esta tierra nueva y fecunda. Los balidos de júbilo se expanden por la montaña. Chemari espera a que el ganado se vaya serenando. Llega también el carro y los demás pastores. Todos están rendidos pero alegres. El pastor viejo dice a Chemari:

—¡Ya estarás contento, eh! Esto es muy hermoso...

Chemari, con un ímpetu increíble, después de la dura marcha, se dispone a plantar la tienda. Los demás le ayudan. En muy poco tiempo la tienda queda levantada. Chemari, dirigiéndose al viejo, le dice:

—Ahora tendremos que bajar con mi primo; pero yo quisiera que esta noche todavía nos quedáramos todos aquí... para celebrarlo.

—¿Qué es lo que hemos de celebrar, qué? —pregunta el vasco de cuello grueso y colorado, acercándose.

—Algo tendremos que celebrar, digo yo... —responde Chemari.

—Pero, ¿tú crees que estaremos de vuelta a la noche? —pregunta el viejo.

—Yo pienso estar aquí a la noche, pase lo que pase —responde decidido Chemari.

—Si tú lo dices, muchacho, estaremos aquí a la noche y lo celebraremos.

Los pastores están de buen humor. Algunos se han ido en busca de un riachuelo y se están chapuzando. Se gastan bromas. Otros están pidiendo de comer. Nunca habían esperado que todo concluyera así. Todos, más o menos, habían temido cualquier emboscada traidora de los peones de míster Link. Ahora recuerdan los malos

momentos del paso del barranco, cuando sonaron los primeros tiros. Pero todo ha pasado. El ganado se ha esparcido por la llanura abundante de pastos, confiado y feliz. Los balidos han dejado de ser angustiosos y también los ladridos de los perros que saltan y retozan queriendo mostrar su alegría por el nuevo emplazamiento.

Ya hay una hoguera encendida. En seguida, sobre el fuego, hay una sartén. Dos pastores están ordeñando ovejas. Otro corta pan duro. En un plato se amontonan los trozos de tocino y de chorizo.

—¡Vaya almuerzo que nos vamos a tirar al colete! —exclama alborozado el pastor del cuello grueso y nariz colorada, mientras él mismo se abre una lata de cerveza.

Sobre el monte reinan la paz y la camaradería.

La tremenda confianza

Los pastores están desayunando cuando aparece el *jeep* con Esteban y sus acompañantes. Las grandes rebanadas de pan, los trozos de chorizo y los torreznos son trasegados en cantidad. Los pastores les ofrecen de todo; pero sólo aceptan café.

Esteban procura hablar aparte con Chemari:

—Ya estarás contento, ¿eh?

—Pues, sí, ya estoy contento. Y no por mí, sino por las ovejas...

—Pues, ¿sabes lo que he pensado?... Que lo mejor es que tú te vengas a Boise conmigo. No quiero que te quedes más en el monte... Lo malo es que tendrías que aprender un poco de inglés en seguida...

—No me hables ahora de eso...

—¿Por qué no? Comprendo que tengas disgusto por lo de tu compañero. Pero tú no has tenido culpa de nada. No creas que en la Compañía va a haber nada contra ti por eso... Al contrario, ya sabré yo sacar partido de todo esto para que te den un puesto allí. Y las chicas, ¿sabes?, se van a poner contentísimas. Tú no sabes la simpatía que te tienen.

Ante las palabras de su primo el gesto de Chemari es de honda tristeza, de verdadero sufrimiento. Se ve que lucha por no descubrir un secreto.

Al fin dice:

—A lo mejor, yo me vuelvo allá...

—¿Volverte ahora, volverte ya?... Pero, ¿por qué has de volver? Te digo que todo esto a ti no te perjudica lo más mínimo, si es eso lo que crees. Yo ya tenía pensado llevarte a Boise, más tarde o más temprano. Y mira por donde, ahora es la ocasión... No sabes tú todavía lo que a ti te espera en esta tierra.

—Yo no espero nada.

—¿Tú qué sabes? Esta racha te pasará... Es natural que ahora estés así. Pero todo pasa. Antes de una semana, te habrás olvidado de todo...

—Hay cosas que no se olvidan...

—Eso es mentira, una gran mentira: todo se olvida —y Esteban recalca las palabras, al mismo tiempo que les da un acento de nostalgia.

—Es que yo no quiero olvidar, ¿comprendes?

Esteban ha callado un momento. Al fin dice:

—Nadie quiere olvidar. Chemari... Pero olvidamos igual, olvidamos, aunque no queramos...

—Yo no tendré más remedio que volver... ¡Lo he prometido!

—¿A quién lo has prometido?

—Lo he prometido esta noche, mientras avanzaba con las ovejas, cuando no sabía si llegaría vivo, si llegaríamos nadie...

—Pero, qué loco estás... ¿Por qué no ibas a llegar vivo? Te has empeñado en creer que John y los peones son unos criminales, unos bandidos de película... Esa es la influencia de las películas del Oeste —y Esteban adopta un tono de chanza.

Chemari está cada vez más concentrado. Calla.

Esteban vuelve a preguntar:

—¿A quién y qué has prometido esta noche, vamos a ver?

—¿A quién va a ser? A quién se promete todo, a quién no se le puede ocultar nada... A Él se lo he prometido.

—Pero bueno, hablas como si tú tuvieras algo que ocultar...

—Pues claro que tengo algo que ocultar.

—¿Qué es? —Esteban está ahora duro.

—Prométeme que no saldrá de ti. Todos los compañeros han acordado, hemos acordado, que esto no saldrá de entre los vascos, de entre nosotros los pastores...

—Bueno, dime de una vez lo que es: yo también soy vasco, ¿no? Yo también fui pastor, antes que tú fui pastor...

—Ya lo sé, ya lo sé. Por eso te lo voy a decir...

—Dilo de una vez.

—Yo venía notando algo raro en Chaume; pero no es que estuviera loco... No, no estaba loco. Lo que estaba es vendiendo las ovejas de nuestro rebaño, robando ovejas... ¿Comprendes? Robando las ovejas y vendiéndolas... ¿Sabes cuántas ovejas me faltan, más o menos? Doscientas ovejas...

—Me dejas de una pieza. ¿Cómo podía hacer eso? ¿A quién vendía las ovejas? .

—¡Ahí está! ¿Sabes a quién vendía las ovejas? A John y a Tincho, a ellos se las vendía... Ellos se las compraban.

—¿Es cierto eso?

—Y tan cierto. Yo no me atrevía ni a pensarlo siquiera. Y por eso fui a buscar al viejo del 21. Él lo vio como yo. El vio cómo Chaume les entregaba las ovejas en el fondo del barranco. El vio, como yo, cómo le daban el dinero y cómo Chaume lo guardaba... Esto es lo que vimos con nuestros propios ojos. ¡Un pastor vasco estaba haciendo esto!

—No puedo creerlo...

—Nadie lo puede creer. Nada más que viéndolo, como lo hemos visto nosotros...

—¿Y vosotros, entonces, qué hicisteis?

—¡Ahí está! Que nosotros hicimos mal en gritarle. Nosotros debimos callar. Pero no nos pudimos contener. Nosotros le gritamos, y él, al verse descubierto, echó a correr...

—Vosotros le seguisteis...

—Nosotros le seguimos al principio. Pero cuando vimos que se metía en el pantano, le llamamos, le dijimos que no le iba a pasar nada, que se volviera... pero él siguió, siguió... No podíamos hacer nada: le llamamos con todas nuestras fuerzas, que se volviera. Pero no quiso... Y se hundió.

—Pero... esto habrá que decírselo al *sheriff*.

—Los viejos han acordado que no se diga nada. No podemos ir contra esto. Es un acuerdo de todos.

Esteban calla. Se ve que reflexiona profundamente.

Chemari continúa:

—No se ganaría nada con remover las cosas. Él ya ha tenido su castigo, un castigo bien malo... Y luego que, ¿sabes?, Chaume no era vasco.

—¿Que no era vasco?

—No, seguro que no era vasco. Eso es lo que nos consuela a todos. Pero eso sólo lo sabemos nosotros. Para todo el mundo era un pastor vasco, ¿comprendes?

—Claro, claro. Esto es un gran disgusto para mí, te lo aseguro. Esto no había sucedido nunca, vamos, yo creo que nunca... ¡Nunca!

—Por eso yo... me voy.

—¿Pero por qué te has de ir tú? ¿Tú qué culpa tienes?

—Ya lo sé que no tengo culpa... Pero, mira: me ha tocado a mí esto y no a otro.

—Eso no importa nada. En todo caso es una mala pata, nada más.

—Yo lo tomo como un aviso, como una señal...

—¿Una señal de qué? No seas tonto y deja ya de pensar cosas raras.

—Creo que yo no nací para esto...

—Tú has nacido para esto precisamente. Tú has sabido llevar muy bien la cosa. Y en todo caso, esto no tiene ninguna importancia. Ya verás cómo no la tiene. Antes de una semana nos habremos olvidado todos de esto, y tú tienes aquí un porvenir clarísimo, a mi lado. Te lo digo yo. No olvides que dentro de poco yo seré quien lleve

el rancho...

Chemari hace un gesto de disgusto:

—Bueno, si te parece no querría hablar más de esto. Ahora vamos a lo que vamos y lo demás ya tendremos tiempo de hablarlo.

—Eso sí, ya hablaremos... Tú ahora debes descansar unos días y olvidar este feo asunto... Pasados algunos días, hablaremos Esteban y Chemari se incorporan a la reunión. El *sheriff* ha terminado de tomar su café y habla con Esteban en inglés. El viejo del 21 y Chemari se preparan para marchar con ellos. Chemari se acerca de nuevo a Esteban y le ruega:

—Oye, yo quisiera estar de vuelta a la noche, si puede ser, vamos. No quisiera que todos estos compañeros se tuvieran que marchar así, sin que yo los despida como es debido...

Esteban sonrío y le da una gran palmada en la espalda. En seguida habla con el *sheriff* un momento y luego dice a Chemari:

—A la noche podrás estar muy bien de regreso. Tendremos que traerte...

Cuando todos han montado en el *jeep*, los pastores, de pie, les dicen adiós con la mano. En seguida comienzan los comentarios:

—Pues éste, a lo mejor, con todo esto ha hecho su agosto.

—Es posible. Ya veis que el primo lo quiere bien...

—Nada me extrañaría que se lo llevara consigo a la ciudad.

—Me parece, por lo que he oído, que se lo quiere llevar; pero Chemari no parece muy decidido.

—¡Será tonto Chemari!

—Ya veréis cómo se va y además ¡quién sabe!, luego otra boda...

—Chico, no hay como tener un primo... Un primo hay que tener hasta en el infierno. Para algo servirá...

—¿Pero, vosotros creéis que volverá a la noche, como ha dicho?

Entonces interviene el viejo canoso y dice:

—Muchachos, si este chico ha dicho, y su primo también, que vuelven a la noche, ellos volverán. Y nosotros tenemos que tener preparado algo... Así, que, ea, ¿qué os parece si buscamos por ahí algún cordero que no esté mal para meter en las brasas?

—¿Pero es que vamos a celebrar algo de verdad?

—Cualquiera sabe —dice el viejo filosóficamente—. Chemari dirá cuando venga. Creo que Chemari tendrá algo que celebrar... Digo yo...

Y la actividad comienza en la ladera. Los pastores han decidido preparar un banquete para el regreso de Chemari.

Se prepara el gran festín

Los pastores, mientras tanto, eligen dos de los mejores corderillos y los sacrifican. El pastor del cuello gordo se ha acercado a una cantina que hay en la carretera a cinco kilómetros y vuelve con un saco lleno de latas y viandas.

Los corderos cuelgan de la rama de un árbol sangrantes. Ya está ardiendo el fuego y se nota un ajetreo alegre entre todos ellos, que sacan cosas del carromato y preparan la gran comilona.

—Menudo susto se va a llevar cuando aparezca.

—Es justo que lo celebremos —dice uno de los jóvenes.

—Ya estaba hasta los mismísimos de tanto Chaume —dice el del cuello gordo.

—¡Al diablo Chaume! —dice el viejo, y es el primero en vaciarse una lata de cerveza.

—Pero el muchacho algo ha sacado en claro —dice otro de los jóvenes.

—Era natural. El primo tenía que terminar tirando de él.

Los pastores están animados. Lo que en este momento los tiene contentos es el sentirse juntos y que todo haya terminado en paz.

—La cara que habrá puesto míster Link cuando se haya enterado —dice el viejo del 21.

—No podrá quejarse. No se le hizo el menor daño a su «jardín»... —dice el otro viejo riendo.

—Lo que tiene que hacer míster Link es dar el bote a esos ladrones de ganado que tiene en su rancho —dice uno de los jóvenes.

—Lo hará, lo hará. Seguro que lo hará —agrega el del 21.

—Tan pronto el primo de Chemari se lo cuente —agrega el viejo del pelo blanco.

Todos parecen haber salido de una pesadilla. Ahora beben. Hay uno de los jóvenes que al ver la pradera y el ganado esparcido por sus verdes lomas dice:

—Esto ya se parece más a lo de allá... y a continuación canta:

*Asturias, patria querida,
Asturias de mis amores,
quien estuviera en Asturias
en algunas ocasiones...*

Los pastores aplauden. Pero no están ociosos. Hay uno que está preparando la ensalada. En un plato de soldado de esos de cinc, vuelca un tarro de aceitunas y luego latas de sardinas y atún. También corta cebolla mientras dice dirigiéndose a los demás:

—Mirad qué lagrimones, puñeteros. Me habéis dejado lo peor...

Otro de los jóvenes va abriendo botes de tomate y mermeladas. Pero entre faena y faena, beben y canturrean.

—¿Y dónde pondremos las tajadas? —dice el que hace de cocinero mientras se dispone a empezar a cortar el primer cordero.

—En el *kaiku*, hombre. Ahora no tenemos queso que hacer. Y si sabe a leche, mejor. Aquí todo sabe siempre a leche. Hasta nosotros sabemos a leche.

—A mala leche, querrás decir.

—¿Mala leche, zagal? Eso seréis vosotros, los recién quitados de la teta —dice el viejo canoso.

Regresan Chemari y el viejo

Los pastores no hacen más que mirar hacia la torrentera. La tarde va cayendo y Chemari no aparece. Pero de todos modos siguen bebiendo y cantando. Por fin aparece el *jeep* y aplauden. Pero el *jeep* no se acerca al nuevo puesto 14, sino que se va al borde de la torrentera para que descendan Chemari y el viejo del 21. Desde el interior les hacen signos de saludo con la mano y el *jeep* se aleja.

Chemari y el viejo son recibidos entre apretones de mano y palmadas.

—Oye, ¿tenemos lepra para que esos no hayan querido acercarse?

—No es eso —dice Chemari—, ya me lo habían dicho. Tienen que estar en Boise esta misma noche. —A lo mejor terminas también tú allí.

—Eso está más claro que el agua —añade otro de los jóvenes.

—Quién sabe —dice lacónicamente Chemari. Enseñan a Chemari los preparativos de la gran comilona y beben todos juntos, no sin dejar que antes el viejo del 21 diga con toda solemnidad:

—A la salud de todos los presentes y hasta la próxima.

Luego le explican a Chemari:

—Mira, tenemos dos platos: primero cordero frito, con un guisote bárbaro; y luego, para el que no quiera cordero frito ni guisote, cordero a la brasa... Conque, a elegir.

Han hecho un círculo y se han sentado en el suelo. El que hace de cocinero, antes de sentarse, reparte entre los perros los despojos de los corderos.

Está atardeciendo y los pastores forman un cuadro nostálgico. Parece que estén cumpliendo un éxodo o una reunión solemnemente triste. Los pastores saben que después de la comida tendrán que separarse. Por eso, no cejan en sus bromas:

—Oye, tú —le dicen al del cuello grueso y colorado— ¿es verdad que tienes una *ardia*^[12] con la que te acuestas las noches de invierno?

—No me seas *segaila*^[13], tú —responde.

Todos la cargan con él. Ahora es el viejo canoso el que le dice:

- Lo que me han dicho es que estás ya más rico que todos nosotros juntos.
—Sí, sí; el cementerio de mi aldea ya lo puedo comprar cuando vuelva.
—¿Pero tú piensas volver?
—Yo voy a volver y cuando vuelva seré él capador de todas las Vascongadas.
—¡Qué bestia!

La espera

Todos ríen y beben. Están comiendo con un apetito feroz. Uno a uno se van quitando el cinturón.

En el rostro de Chemari hay, con todo, un gesto de melancolía y cansancio. Se ve que las diligencias de junto al pantano lo han desmoralizado un poco. Por eso, de rato en rato, le dicen los compañeros.

—Levanta ese ánimo, muchacho.

—Olvídalo todo.

—Aquí no ha pasado nada. Lo dicho: tú tendrás tus ovejas y luego te llevarán a la capital. Allí por lo menos de vez en cuando verás alguna hembra...

—Aunque parezca que no, dicen los que lo han probado que las americanas son calientes como las cabras —dice uno de los jóvenes.

—Este terminará emparentando de veras con su primo...

—Anda y ríete del mundo —añade sentencioso el viejo—. ¿No querías este pastizal? Pues ya lo tienes.

—Menudo *sorod*^[14] te ha tocado en suerte.

Chemari se levanta y trae del carro una botella de whisky. La enseña y dice:

—La tenía guardada para una buena ocasión, aunque a mí me gusta más el aguardiente de nuestra tierra...

—Trae para acá.

Beben en la misma botella con enorme afán. Están sudorosos y ahítos. Pero no cesan de beber y de decirse bromas. Al del cuello de toro, como ellos dicen, le echan un montón de sal en la mermelada y sale escupiendo.

Es precisamente en este instante cuando Chemari, adoptando un aire grave, les dice:

—Bueno, no se trata de amargar la comida a nadie, pero el que quiera algo para la tierra, no tiene más que avisarme y decirme lo que quiere enviar. Dentro de unos días, tan pronto todo esto quede claro, y venga el sustituto, me largo.

—No seas tonto.

—Estás loco.

—Chaume lo contagió por lo visto.

—Eso lo dices ahora.

—¿Conque esto es lo que querías celebrar? —dice muy calmoso el Viejo más viejo.

—Lo he decidido y no me volveré atrás —insiste. Por eso mi primo no quiso acercarse. Se ha disgustado conmigo. No importa. Yo regreso, conque, ya lo sabéis. Ir preparando si queréis algo porque estoy dispuesto a ir a la aldea de cada uno de vosotros...

—Tú bromeas.

El viejo del 21 se ha quedado mirándole fijamente. Y, al ver el gesto de Chemari ha dicho con gravedad:

—Yo sé que no bromea.

Pero son los jóvenes los que no quieren convencerse y murmuran, aunque ya sin mucho convencimiento:

—A lo mejor cambia de idea.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —le pregunta el viejo canoso.

—Van a faltar unos días para el año —responde.

—De manera que te vas a pasar las Navidades en la aldea. Eres un granuja de marca —dice el del cuello grueso, que está congestionado.

—Por eso se ha enfadado mi primo, porque ni siquiera me quedo a su boda.

—¡Maldito Chaume, la cola que ha traído el *desgraciao*!

Todos quedan pensativos, entristecidos. Chemari entonces se da cuenta de que está deshaciendo el tono alegre de la velada. Va al carro y coge su armónica muy concentrado, mientras piensa en su aldea intensamente, comienza a tocar. Después de varios titubeos, se decide por Maite. Una lágrima resbala por la mejilla del viejo pastor del 21. En cierto modo, todos los pastores miran a Chemari con ojos de envidia y de respeto.

—Oye, ¿qué es lo que dirás al llegar a Barajas?

—Sí, sí, qué es lo que vas a decir al pisar tierra española.

—A ver, a ver cómo te portas y qué dices de nosotros —agrega el más jovencito.

—¿Pues sabéis lo primero que diré al llegar a Barajas, y a Bilbao, y a San Sebastián, y a mi aldea?

—Sí —gritan todos.

—Pues, ¡Aupa el Athletic!

Los pastores gritan:

—¡Aupa el Athletic!

—¡Vivaaa!

Chemari vuelve a la tonada de Maite y todos corean la canción, mientras los perros rodean a sus amos agradecidos también del banquete. Los caballos relinchan,

acaso presintiendo la jornada de camino que les espera Se escucha también algún balido de las ovejas.

La noche va cayendo mientras todos, hermanados, cantan:

*Buscando hacer fortuna
como emigrante
marché a otra tierra
y entre las mozas una
quedó llorando por mi querer...*

Chemari está sacando a la armónica notas vibrantes, emocionadas. Está inspirado como nunca. Las sombras de la noche no permiten ya ver los ojos de los pastores empañados en lágrimas. Alguno de ellos, para disimular, se suena con fuerza. Pero todos cantan poniendo el alma en la canción. Las ovejas y los perros están silenciosos, quietos, estremecidos. Hasta los matojos y la pinada parecen escuchar inmóviles, transidos. Y la canción vasca, plena de nostalgia y de melancolía, señorea el paisaje y los cielos en este rincón del Oeste americano...

Epílogo

De Boise a Nueva York, con escala en Chicago, el viaje en avión es un verdadero suplicio para Chemari. A su lado va un representante de la Compañía que, de vez en cuando, le dice:

—Todavía creo que se arrepentirá.

—No creo.

—Claro que todavía está a tiempo. Un simple telegrama desde Nueva York, y saldrían a esperarle.

Chemari calla y sonríe. Él no está arrepentido de nada.

Mientras vuelan sobre territorio americano Chemari no puede reprimir su intranquilidad y desasosiego. Está deseando que el avión vuele sobre el Atlántico para comenzar a pensar en su aldea y en lo que allí le espera. No puede apartar de sí el pensamiento de Chaume, que fue su compañero de asiento en el avión, hace ahora casi un año.

Es ahora cuando comprende el horror de aquella muerte insensata y sobrecogedora. Había muerto a poco más de cien metros de él mismo, ahogándose en el cieno... Y él sin poder hacer nada. De sólo recordarlo Chemari se agarra al asiento del avión y siente náuseas. Y luego el recuerdo de John y Tincho, dos bravucones indeseables. Chemari pone un gesto de desprecio. Allá su primo Esteban, que tenía estómago para tratar con ellos y que iba a ser su jefe dentro de muy poco. Allá él. Para él todo, el rancho, los caballos, los hermosísimos ganados, las inmensas tierras de míster Link, con todos sus peones dentro.

Ahora el rostro de Chemari se dulcifica y hasta sonríe. Es que se está acordando de su perro *Demonio*. A *Demonio* sí que le hubiera gustado traérselo consigo. Se lo hubiera llevado a su aldea. Pero no le han dejado traérselo...

Chemari vuelve con el rostro curtido, pero ni más gordo ni más delgado de lo que salió. Aunque la camisa que lleva, así como la cazadora, los pantalones y los zapatos son americanos, la boina es la misma que sacó de su aldea. Esto le da cierta seguridad y aplomo en medio de la febril excitación con que se mueve dentro del avión. Se levanta sin necesidad, para volverse a sentar a cada momento. Va a los servicios sin tener ganas de nada, sólo porque no puede estarse quieto.

—Duerma un poco, procure dormir... —le dice el representante de la Compañía que se ha prestado a ser su guía hasta Nueva York, en un viaje forzoso que tenía que hacer.

Pero Chemari no puede dormir, aunque a ratos entorna los ojos. Este viaje en avión es para él mucho peor que el de venida. Entonces venía entre los demás pastores. Venía bebiendo, rodeado de compañeros. Ahora va solo y lleno de presagios. Son presentimientos sin ninguna base razonable, pero no puede liberarse

de ellos. A ratos también, cuando el avión tiene algún bache, teme que pueda sobrevenir un accidente.

—¿Le esperan en su casa? —pregunta su compañero.

—No he dicho nada. Así la sorpresa será mayor. O a lo mejor lo aviso desde Madrid o desde Bilbao...

A la salida de Chicago el avión sufrió unos bandazos y sacudidas fortísimas. Metido en el avión, entre nubes, a Chemari le parece como si el viento fuera a arrancar las alas del aparato.

En Nueva York tuvo que esperar varias horas sin saber qué hacer. Varias veces se ha levantado pensando comprar un pañuelo para Maribelcha y ha vuelto a sentarse. Por fin se decide, cuando ya su avión está a punto de salir, y le compra un pañuelo de gasa floreado.

Ya están sobre el agua. Chemari mira por la ventanilla y un gozo liberador se refleja en su rostro. De nuevo nubes y tremendos coletazos del avión. Chemari reza un padrenuestro con todo fervor.

La azafata le sirve un whisky doble, casi sin agua. Chemari se lo atiza de golpe. Quisiera aturdirse. Quisiera ya estar llegando. Ojalá este viaje lo hubiera podido hacer andando. Lo habría hecho con mucho gusto, aunque tardase años. Pero no montado en este bicharraco que le da un miedo espantoso. Desde luego en cuanto llegue a Madrid, nada de aviones. Se iría hasta Bilbao en tren y de Bilbao a Fuenterrabía en coche de línea.

¿Cuándo vería su tierra, su casa, su carretera, su taberna, los montecillos, el riachuelo, la llovizna?...

¡Mira que si ahora le pasaba algo al avión! ¿Y si su madre y Maribelcha se enteraban porque alguien lo leía en el periódico y se lo decían? El mar, siempre el mar... Y nubes, y más nubes... Y el ruido penetrante y desmoralizador de los motores, que alguna vez parecía como si se fueran a parar.

De rato en rato se echa mano a la cartera. Llevaba dinero suficiente para resistir los primeros meses hasta que encontrara trabajo en su pueblo. Trabajo no le había de faltar. Llevaba bastante para arreglar la casa y hasta para casarse. Claro que podría haber traído mucho más, una fortuna, una verdadera fortuna, si hubiera querido quedarse unos años. Y aceptar el puesto que su primo le había ofrecido. O simplemente quedándose en la montaña, con las ovejas, unos años más, ahora que el puesto 14 era lo que se dice un puesto próspero y apetecible.

El que se había quedado profundamente disgustado era su primo Esteban. La cosa no era para menos. La salida intempestiva de Chemari, además, le había producido serios contratiempos de organización.

Chemari no quiso ni esperar a que se cumpliera el año del contrato, aunque sólo faltaba poco más de un mes. Y esto era lo que menos podía comprender Esteban.

Chemari sí que lo comprendía muy bien. Pero no era cosa de decirle a su primo que lo que no quería era precisamente estar en su boda. No quería tener que ver a John y a Tincho. Tampoco podía resistir la idea de volver a ver a Esther. Aquella muchacha le perturbaba demasiado. Le miraba de una manera... Y Chemari prefería la superficie tranquila y quieta de los ojos de Maribelcha.

—Pero, ¿cómo no te quedas, por lo menos, a mi boda? Esto sí que no te lo perdono —le decía Esteban.

—No, no, comprenderás que yo quiero pasar las Navidades con mi madre... y con quien tú sabes.

—Lo que pasa es que te has rajado.

—Claro que me he rajado, no me avergüenzo de decirlo. Yo no sirvo para esta tierra...

—Eres un vasco sentimental, miedoso y poco emprendedor.

—Tienes razón, tienes toda la razón.

Y Chemari sabía que su primo tenía razón. Él no servía para aquello. Aun el monte, las ovejas, la soledad, él lo resistiría bien. Si no hubiera sucedido lo de Chaume... Pero desde lo de Chaume se sentía como flojo, vacío, desamparado. Parecería mentira, pero era como si Chaume a él le sirviera de compañía. Desde aquello casi no podía dormir. Siempre le parecía que Chaume había de aparecer de un momento a otro. Y no podía soportar esta sensación... Y luego, Esteban que había salido con aquello de llevarlo a Boise. Él no servía para Boise. Aun para la montaña y las ovejas; pero Esteban quería hacerlo progresar demasiado de prisa. Y esto a él le daba miedo, tanto miedo como le estaba dando ahora el mismo avión. Él prefería ir a pie y despacito. «Como tú era yo cuando llegué aquí», le había dicho muchas veces Esteban. Pero Chemari creía que no, que Esteban nunca había sido como él. Él había venido a esta tierra grande y rica para hacer un dinerito, pero nunca pensando en prosperar tanto. Bien se veía que su primo quería casarlo con Esther... ¿Y le gustaba a él Esther, realmente? Gustar sí que le gustaba; le gustaba quizás demasiado. Y tampoco es bueno que una mujer le guste a uno tanto... Una mujer así está bien para verla en el cine. Pero para casarse con ella... ¿Acaso le daba miedo también a Chemari, tanto miedo, también, como le estaba dando ahora mismo el avión, este sentirse por encima de las nubes, este vértigo de sentirse sin la tierra debajo de los pies...? Pues, sí, también Esther le daba miedo, ¿por qué no reconocerlo? Él volvía a su Maribelcha, que era una mujer como había sido su madre, como todas las de la aldea. Pero más guapa que ninguna, eso sí. Y que le quería de verdad... Otra cosa era su primo, que nunca había tenido novia en la aldea. Pero él no le podía faltar a su Maribelcha...

Chemari volvió a pedir algo de beber, pero ahora coñac, que para eso ya estaban llegando a Portugal. El viaje parecía no terminar nunca. No podía siquiera leer,

aunque pensaba que debería interesarse algo por las noticias de los periódicos y revistas de su país. Eran todos un poco atrasados, pero para él eran actualísimos. Durante un rato hasta se entretuvo contando hasta cien, y luego otras cien, y otras cien. Quería que pasaran los minutos. También rezó una y otra vez la Salve. Al ver que estaban volando sobre Lisboa y que iban a aterrizar unos minutos, Chemari se sintió inundado de alegría y de fuerza nueva. En un arranque de entusiasmo, prometió:

—Señor, yo te prometo que me casaré con Maribelcha y me portaré siempre como un buen cristiano... si llego con vida... y encuentro a todos bien...

Poco a poco, la paz que no conocía desde hacía semanas y semanas, le iba entrando con el paisaje y la luz de esta tierra que ya era su tierra. Lloró de emoción al ver unas sierras cubiertas de pinos y casitas. Vio también la línea refulgente del río, que brillaba como una espada desnuda. Iban descendiendo. Aquello ya era España. Una vez en su país, pues viviría. Si ganaba tres, pues con tres; si ganaba uno, pues con uno. Él no tenía nada contra América, y mucho menos contra los pastores vascos ni contra su primo. Y tampoco contra las borregas. Pero estaba visto que aquello no era para él. Si aquello hubiera estado destinado para él no le hubiera pasado lo que le pasó... Una cosa que decían que no había pasado nunca...

Avisaron que había que ponerse los cinturones. Había que apagar también los cigarrillos. Chemari estaba sudando. También era una lata que el avión ahora tuviera que llenar sus depósitos de gasolina, con lo poquito que faltaba para llegar a Madrid.

El avión se puso de lado. Chemari no quiso mirar hacia abajo. Vio algo así como un campo de deportes o un cementerio, no pudo precisar bien. Ya no faltaba más que este mal rato, y después otro mal rato. Lo mismo que el avión iba a hacer ahora lo haría en Barajas. Y todo listo y salvado. De nuevo prometió que sería bueno a carta cabal durante toda su vida si llegaba a pisar la ermita de su aldea y la taberna en donde hubo un día paisanos que nunca creyeron que fuera capaz de irse a América. Pues sí, había ido y volvía. No era como otros que se quedaban allá queriendo volver y no sabiendo. Ni como aquellos otros que sólo pensaban en ahorrar, y que, cuando querían darse cuenta, se encontraban con una rubia por esposa y con pasaporte americano...

Él era fiel a su sangre y al grito de la raza. El avión se bandeó y los motores medio se paralizaron, pero al instante rugieron de una manera extraña. Chemari cerró los ojos. Era como si estuvieran cayendo indeteniblemente hacia la tierra. Chemari al ver el agua tan cerca hizo su última promesa, no mentalmente, sino con palabras pronunciadas que su vecino no pudo captar. Con toda solemnidad dijo:

—Si aterrizamos bien, yo juro que no monto más en un avión. Aunque tarde más, iré en tren hasta mi tierra, tarde lo que tarde...

Madrid, marzo de 1963.



JOSÉ LUIS CASTILLO PUCHE. Escritor y guionista español, nacido en Yecla, Murcia, en 1904, falleció en la misma localidad en el 2004.

Su obra refleja el profundo existencialismo católico que lo llevó a ingresar en un seminario a los 25 años, siguiendo una vocación sacerdotal que abandonó en 1943 para estudiar periodismo. Fue socio honorario de la Sociedad Hemingway y obtuvo el Premio Nacional de Narrativa en dos ocasiones, en 1954 (año en el que se casó con la también escritora Julia Figueira) con *Con la muerte al hombro*, y en 1982 con *Conocerás el poso de la nada*.

Al comienzo de la Guerra Civil tomó partido por el bando republicano, aunque no llegó a combatir. Fue colaborador de diversos periódicos y revistas, como *Signo*, *Mundo Hispánico* o *Correo literario*, *Pueblo* y fue corresponsal en distintos países de Europa, América y África, llegando a obtener en 1952 el Premio Nacional de Periodismo por su artículo «España, escándalo y locura».

Su obra narrativa está marcada por temas recurrentes como el miedo a la propia mortalidad, la religión (temática por la que fue ampliamente censurado y perseguido por el franquismo) y un profundo humanismo que indaga en la importancia del individuo. Sus influencias entroncan directamente con escritores como Azorín y Baroja. Además de novelas, escribió también numerosos ensayos de historia, arte y literatura, además de libros de viajes y guiones para cine y televisión.

Notas

[1] Toros. <<

[2] Burlas y burradas. <<

[3] Burro. <<

[4] Fiesta. <<

[5] Novio. <<

[6] Atención, por favor. Atención, por favor. Pastores vascos, pastores vascos. Lo más rápido posible. Rápido Ayuda, ayuda... Atención, atención... <<

[7] Socorro <<

[8] Zagal, pastor. <<

[9] Rebaño. <<

[10] Reunión de pastores. <<

[11] ¡Quietos, quietos! ¡Dejadlos pasar! <<

[12] Cordera. <<

[13] Cabrito. <<

[14] Pradera. <<